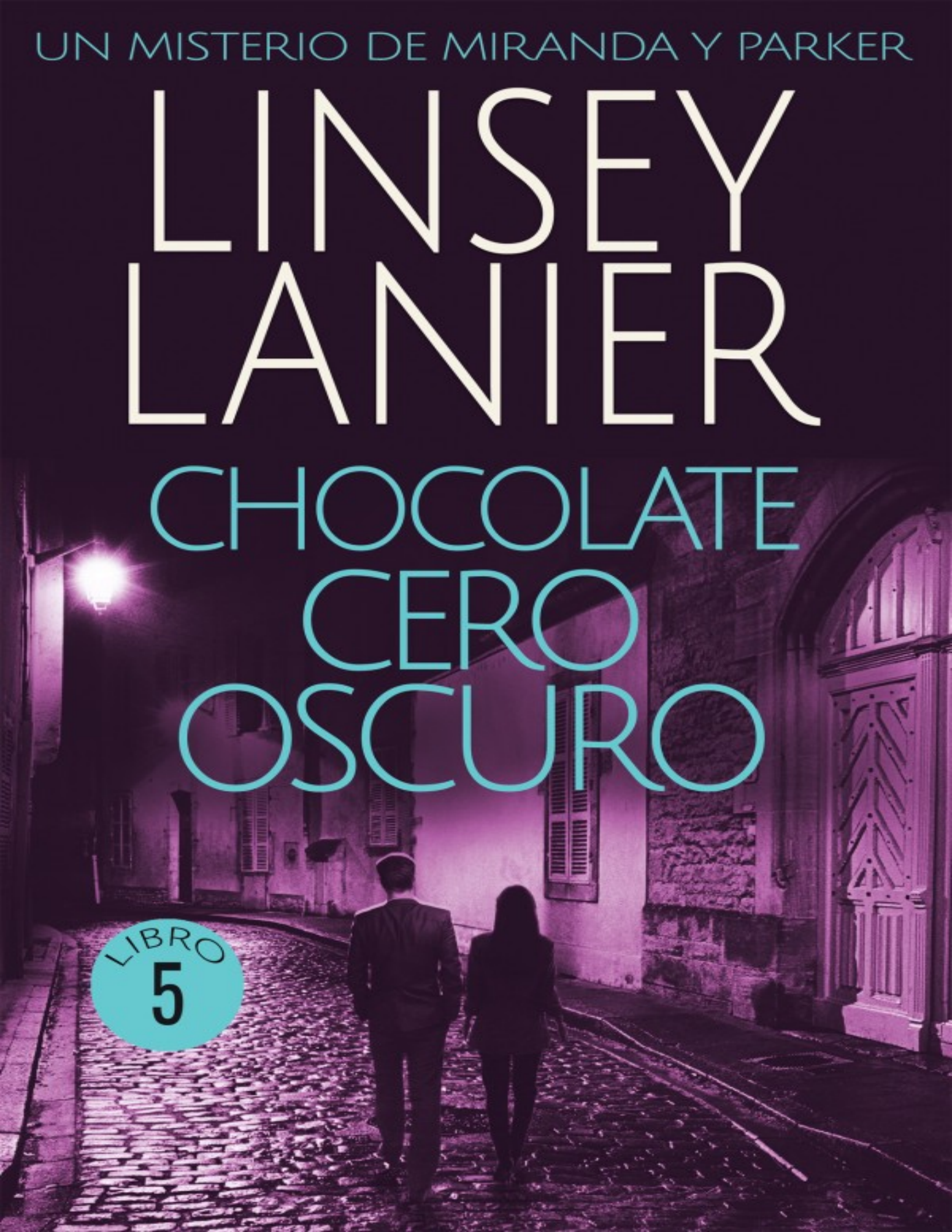
UN MISTERIO DE MIRANDA Y PARKER

LINSEY LANIER

CHOCOLATE CERO OSCURO



CHOCOLATE CERO OSCURO

Un Misterio de Miranda y Parker - Libro 5

Linsey Lanier

Felicity Books

Derechos de autor © 2025 Felicity Books

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida ni transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, incluyendo fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del editor.
La historia, todos los nombres, personajes y eventos representados en esta obra son ficticios. No se pretende ni debe inferirse ninguna identificación con personas reales (vivas o fallecidas), lugares, edificios o productos.
Este libro electrónico no puede revenderse ni regalarse a otras personas. Si está leyendo este libro y no lo compró, por favor, regrese a su tienda en línea y adquiera su propia copia.
Gracias por respetar el trabajo de la autora y ayudarla a ganarse la vida.

ISBN: 978-1-966699-37-8

RESUMEN

París.

La Ciudad de las Luces.

La Ciudad del Amor.

La Ciudad de la Muerte.

La mejor amiga de la detective privada Miranda Steele está disfrutando al máximo de su viaje a París, Francia. Tras ganar el primer premio en un concurso de cocina, está aprendiendo a preparar exquisitos postres de chocolate negro con el mejor chef de la ciudad.

Pero cuando el amor de su vida desaparece, su viaje de ensueño se convierte en una pesadilla.

Recurre a las únicas personas en las que confía.

Sin perder un segundo, Miranda y Parker toman un avión a Francia.

Pero la búsqueda de su amiga y colega resulta ser infructuosa.

Pronto se ven envueltos en una peligrosa conspiración que podría significar el fin para todos ellos.

Y ahora Miranda se pregunta si Parker sabe de los mensajes amenazantes que ha estado recibiendo en su teléfono.

¿Lo sabe? Quizás no importe.

Si los villanos se salen con la suya, nunca volverá a ver a Parker.

CONTENIDO

Página del título
Derechos de autor
Resumen
Capítulo Uno
Capítulo dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho

Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo Veintidós
Capítulo Veintitrés
Capítulo Veinticuatro
Capítulo Veinticinco
Capítulo Veintiséis
Capítulo Veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo Veintinueve
Capítulo Treinta
Capítulo Treinta y Uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo Treinta y Tres
Capítulo Treinta y cuatro
Capítulo Treinta y Cinco
Capítulo Treinta y Seis
Capítulo Treinta y Siete
Capítulo Treinta y ocho
Capítulo Treinta y Nueve
Capítulo Cuarenta
Capítulo Cuarenta y uno
Capítulo Cuarenta y Dos
Capítulo Cuarenta y Tres
Capítulo Cuarenta y Cuatro
Capítulo Cuarenta y Cinco
Capítulo Cuarenta y Seis
Capítulo Cuarenta y Siete

Capítulo Cuarenta y ocho
Capítulo Cuarenta y Nueve
Capítulo Cincuenta
Capítulo Cincuenta y Uno
Capítulo Cincuenta y Dos
Capítulo Cincuenta y Tres
Capítulo Cincuenta y Cuatro
Capítulo Cincuenta y Cinco
Capítulo Cincuenta y seis
Capítulo Cincuenta y Siete

CAPÍTULO UNO

¿Cómo podía pasar algo malo en un día tan perfecto?

Joan Becker salió por las puertas de cristal de *Le Gastronomique Divine*, en el decimoquinto *arrondissement* de la ciudad, a la pintoresca callejuela francesa y aspiró el aire con olor extranjero.

París.

Llevaba tres días enteros en la ciudad y todavía no podía creer que de verdad estuviera allí.

Con la sonrisa que ya debía de tener permanentemente dibujada en el rostro y el exquisito sabor a chocolate y frambuesas frescas de su clase de cocina aún en la lengua, se dirigió a la esquina.

El postre que ella y los demás estudiantes habían preparado ese día le recordó a su propia Delicia de Chocolate y Frambuesa, la creación con la que participó en el Concurso de Postres de Verano en su país y que le había hecho ganar esa semana de clases de chocolatería y pastelería en la famosa escuela de cocina.

La lección de hoy había sido incluso más desafiante que la de los dos días anteriores.

Un pastelito amarillo individual con relleno de queso crema, cubierto con un ganache de chocolate amargo y adornado con las frambuesas que los estudiantes habían seleccionado esa misma mañana en el mercado al aire libre.

Su profesor, el Chef Emile, había mostrado con paciencia cómo preparar el platillo mientras todos tomaban notas. Luego hubo una degustación y, finalmente, cada uno tuvo que reproducir el postre.

Un caballero mayor, *Monsieur* Emile era tan alto que se erguía por encima de sus alumnos, sobre todo con su altísimo gorro de chef. Con sus largos brazos y gestos dramáticos, podía ser un poco intimidante.

Pero a Joan le parecieron amables sus ojos azul pálido. Le gustaba cómo citaba algunos de los dichos de su padre, como *Le secret est dans la recette*. «El secreto está en la receta».

Y además, ella le había caído en gracia.

Ese día, cuando probó la creación de ella, declaró que era la mejor de todas. Sus capas eran uniformes. Sus sabores, maravillosos. Incluso señaló el arte de su llovizna de frambuesa sobre el postre y le guiñó un ojo con picardía.

—¡*Parfait*! —había exclamado, agitando una mano en el aire.

Los demás en la clase parecieron un poco celosos.

Aún mareada por el cumplido, Joan se abrió paso por la bulliciosa calle parisina, entre los peatones y ciclistas de la acera, y subió a un autobús que esperaba.

En lugar del metro, le gustaba tomar el autobús de regreso al hotel porque prefería ver los lugares de interés desde la superficie.

Había aprendido que aquí se consideraba de mala educación sonreír a los extraños en el transporte público, así que ignoró al hombre de aspecto malhumorado con barba y boina que iba a su lado y, en su lugar, sonrió por la ventana a la arquitectura que pasaba.

Las estructuras de cinco y seis pisos de fachadas color crema y marfil con sus techos fantasiosos, encantadores balcones redondeados y delicadas barandillas de hierro parecían devolverle la sonrisa. Tenían siglos de antigüedad. Habían estado allí cuando los carruajes recorrían esta avenida, quizá desde que María Antonieta perdió la cabeza. Tal vez haría una réplica de uno de ellos en chocolate blanco para su proyecto final.

Había montones de lugares de comida en esta calle. En todas las calles por las que había pasado, en realidad. Bistrós, braserías y panaderías. Pastelerías, chocolaterías y cafés.

Se preguntó cómo sería vivir allí, quizá abrir su propio local y hacer productos que rivalizaran con los de sus vecinos. Sería un trabajo duro, aquí, en la capital gastronómica de Europa. Además, ella tenía su propio servicio de catering en Atlanta.

Y estaba su cariño, que la esperaba en el hotel.

A Dave le gustaba pasear por las tiendas cercanas y hacer algo de turismo mientras ella estaba en clase. Pero cuando llegaba a casa, todo estaba permitido. Después de todo, era una segunda luna de miel y estaban a punto de celebrar su primer aniversario de bodas.

Su sonrisa se acentuó al pensar en el rostro adorablemente común de su esposo mientras tomaban un café cargado y cruasanes recién horneados esa mañana. Con una mirada pícara, Dave le había prometido una sorpresa para cuando volviera a casa.

Se preguntó qué sería.

No importaba. Amaba todo de París y todo de Dave. Había sido su amor de la infancia. Todavía tenía que pellizcarse ante todas las cosas maravillosas que se estaban haciendo realidad para ella.

La pequeña Joan Fanuzzi, de Brooklyn, en la Ciudad de las Luces y el romance con el amor de su vida.

Siempre se había considerado una mujer dura. La vida le había dado algunos golpes duros. Pero había sobrevivido y ahora… Sí, en ese momento la vida era simplemente perfecta. O como diría el Chef Emile: «*Parfait*».

Se rio tontamente para sus adentros mientras se bajaba del autobús en su parada.

Iba tarareando mientras subía en el pintoresco y pequeño ascensor del hotel y casi bailó por el pasillo una vez que se detuvo. No podía esperar a ver qué le había comprado Dave.

Metió la llave antigua en la cerradura y la giró.

—Cariño, ya estoy en casa —canturreó con su voz más seductora.

No hubo respuesta. Qué raro.

—Cielito, ¿adivina qué dijo hoy el Chef Emile? —Entró y cerró la puerta con llave detrás de ella. La habitación estaba vacía. La cama, pulcramente hecha.

Era una habitación pequeña decorada en sencillos tonos marrones y beis con una foto panorámica del Arco del Triunfo en la pared. Todo parecía limpio y ordenado, como si nadie hubiera estado allí desde que pasó la camarera. Pero eso no podía ser.

Cruzó el suelo hasta el diminuto balcón y se asomó a través de las cortinas ligeras. Dave no estaba allí. Solo la bonita barandilla de hierro forjado y el paisaje de la ciudad con un trocito de la Torre Eiffel a lo lejos.

Se dio la vuelta. ¿Estaría en el baño?

Corrió hacia la vieja puerta de madera y llamó. ¿La sorpresa era un baño de burbujas en esa bañera antigua con patas? Eso sería romántico.

—¿Dave? ¿Estás ahí?

Silencio.

Esto se estaba volviendo ridículo. Abrió la puerta. —¡Listo o no, allá voy!

Pero dentro no había nada más que el suelo de damero, el lavabo, la bañera, la pequeña cabina de ducha que parecía una ocurrencia moderna en la decoración.

Jabón y toallas limpias pulcramente dispuestas en el tocador. También aquí parecía que la camarera acababa de irse. Todo limpio y seco.

¿Qué diablos?

Volvió a la cama y se dejó caer sobre el colchón, sacando su celular. Lo menos que podía haber hecho era dejar un mensaje. Pero había tenido el teléfono apagado toda la mañana por la clase.

Lo encendió y comprobó.

Nada. El último mensaje era de ayer.

¿Se había ido a alguna parte? ¿Se habría distraído con algún aparato brillante en una tienda de electrónica? Sería muy propio de él, pensó, marcando su número. Dave podía ser un poco despistado a veces, pero no se olvidaría de su propia sorpresa, ¿o sí?

Le armaría un escándalo por pegarle semejante susto y luego lo perdonaría de inmediato.

¿Cómo podría no hacerlo? Era tan adorable. Y la amaba con locura. Y era un gran padre para sus tres hijos. Se habían quejado cuando les dijo que tenían que quedarse con su madre durante este viaje. Y luego estaban esos grandes ojos de cachorrito suyos.

Suspiró mientras el teléfono sonaba. Pero luego saltó el buzón de voz.

Su voz familiar resonó en su oído: «Eh… hola… sí. Hablas con Dave. Probablemente estoy ocupado ahora, pero deja un mensaje y te devolveré la llamada. Nos vemos».

—Dave, soy yo —dijo con una risa nerviosa—. Terminé la clase y estoy en el hotel. ¿Qué está pasando? Llámame de inmediato.

Dejó caer el teléfono en su regazo y se quedó sentada mirando por la ventana a la ciudad. Una extraña sensación de pavor comenzó a apoderarse de ella. Esto no era propio de Dave.

Algo andaba mal.

Volvió a tomar el teléfono y marcó su número. Quizá tenía mala conexión. De nuevo, saltó el buzón de voz. Colgó y fue al escritorio, revolvió los pocos papeles que había allí, buscando una nota que pudiera haberle dejado.

No había ninguna.

Regresó a la cama y se hundió en el colchón. Miró fijamente el teléfono, deseando que sonara.

Pero no lo hizo.

«De acuerdo», pensó, mientras los nervios y la ira se apoderaban de ella. *Si no vienes a mí, Dave Becker, yo iré a ti*. Se levantó, agarró su bolso y salió por la puerta.

Ya basta de jueguitos. ¿Dónde diablos estaba su marido?

CAPÍTULO DOS

Miranda Steele tomó su tenedor de plata de la mesa de mantel blanco del restaurante y atacó esa delicia pegajosa de chocolate y helado que el chef Basardi le había puesto personalmente enfrente un momento antes. El broche de oro para la cena gourmet que había creado de delicada ternera en salsa de vino, con fettuccine al huevo recién hecho y zanahorias diminutas talladas en forma de flores.

Mientras la música suave y elegante acariciaba sus oídos, Miranda se llevó un bocado del postre a la boca… y pensó que había muerto y llegado al paraíso.

—Dios mío, Parker. Esto está buenísimo.

Con una sonrisa de satisfacción, Parker se reclinó y agitó su bebida ambarina, sus ojos grises como el acero brillando con regocijo.

—Me alegra que lo apruebes.

Observó el cabello oscuro y entrecano que él mantenía perfectamente peinado, sus expresivas cejas oscuras, su rostro delicioso y su cuerpo musculoso por el que cualquier mujer de la ciudad mataría por estar cerca. Como de costumbre, iba impecablemente vestido con un traje azul oscuro que costaba un dineral y corbata de seda.

¿Pero por qué no? Además de ser el director ejecutivo de la agencia de investigación privada más exitosa del sureste, era el hijo de Wade Parker Segundo.

Mirando por la ventana, examinó el paisaje urbano del centro de Atlanta que brillaba abajo y recordó la primera noche que la llevó allí, a las Torres Parker. Él le había señalado todos los edificios que

su padre poseía. En ese entonces quedó impresionada. Todavía lo estaba.

Pero no era por eso que se había casado con él. No, se había casado con él por puro amor.

Y quizá por la comida. Tomó otro bocado del glorioso postre.

—Sabes —dijo, señalando el plato con el tenedor, con la boca todavía medio llena—, creo que esto es una conspiración para engordarme.

Sus labios se curvaron en esa media sonrisa sexi que le estrujaba el corazón, mientras arqueaba una ceja oscura.

—No creo que corras ese peligro después de tu entrenamiento de esta tarde.

¿Cómo se había enterado de eso?

Él había insistido en que se quedara en casa sin trabajar los últimos días y ella se estaba aburriendo como una ostra. Así que hoy había bajado al sótano de la mansión Parker y había pasado una hora más o menos golpeando los sacos en la sección que habían convertido en un pequeño gimnasio.

—No deberías esforzarte tanto.

Estaba preocupado por los puntos que tenía en el pecho de una herida de cuchillo reciente. Pero solo eran cinco. Nada que ver con los veinticinco que le había hecho su ex hacía un tiempo.

Encogiéndose de hombros, tomó su vaso de agua y bebió un trago para calmar el escozor del helado.

—Estoy bien. Te preocupas demasiado.

—¿Ah, sí?

La mirada en sus ojos la hizo sentir repentinamente incómoda. De hecho, la había mirado así varias veces desde que regresaron de su último caso. La ponía nerviosa.

La hacía preguntarse sobre esos mensajes amenazantes en su antiguo celular… y si de alguna manera él se había enterado de ellos.

No. Estaba siendo paranoica.

Le había dado el celular a Dave Becker, uno de sus dos mejores amigos en la Agencia, para que averiguara quién le enviaba esos mensajes. Becker había descubierto recientemente que se le daba bien la tecnología y había entrado en el departamento de

Informática Forense de la Agencia. Le había jurado no contarle a Parker sobre los mensajes, y era un hombre de palabra. Si no podía confiar en Becker, ¿en quién podía confiar?

Aunque, hacía unos días, ella y Parker habían llevado a Becker y a su mejor amiga, Fanuzzi, al aeropuerto. Se iban a París para una segunda luna de miel. Al bajar del auto, él se las había arreglado para murmurarle que todavía estaba en ello. Que probablemente no avanzaría mucho por un tiempo.

Se metió el tenedor en la boca y dejó que el chocolate y el helado se deslizaran por su garganta mientras pensaba en un tema de conversación diferente.

—Ayer comí con Mackenzie y Colby Chatham —dijo después de tragar otro sorbo de agua.

Parker dejó su bebida.

—Sí. ¿Cómo fue eso?

—Bien. Mackenzie está ayudando a Wendy a prepararse para el Regional.

—¿Está lista para eso?

Miranda también se lo había preguntado.

—Creo que la está presionando demasiado. Wendy no tiene la experiencia que Mackenzie tenía a esa edad.

La expresión de Parker se suavizó.

—Suenas como una madre.

Miranda bajó la mirada a su plato. ¿A que sí?

—Bueno, Mackenzie es mi hija. —Aunque no la hubiera criado. Y Miranda había pensado en Wendy como su hija desde que conoció a la niña.

Y luego estaba el chico.

El joven cuyo nombre era Timmy, se había enterado recientemente. El chico de la clase de biología que había estado rondando la pista de patinaje donde Wendy practicaba creando oportunidades para hablar —o para coquetear—, dependiendo de la perspectiva, con Mackenzie.

Miranda no sabía cómo lidiar con eso.

Parker observó a la mujer que tenía enfrente, pensando en todas las injusticias por las que había pasado en su vida. Su oscuro cabello

con su arreglo naturalmente salvaje parecía más hermoso que cualquier peinado que un estilista pudiera crear. Su cuerpo esbelto y musculoso, que mantenía en excelente forma, era tentador en el vestido azul plateado que había elegido para ella.

La amaba más de lo que jamás había amado a nadie.

Pero durante los últimos días, ese amor intenso había estado en guerra con su intensa ira hacia ella.

Justo después de su último caso, había descubierto el viejo celular de ella en el escritorio de Dave Becker. Y también había descubierto varios mensajes de texto amenazantes en él. Su querida esposa, con la que había hecho un pacto de no guardarse secretos, se lo había dado a Becker para averiguar quién enviaba esos mensajes.

A sus espaldas.

Sin que Miranda lo supiera, ese celular estaba ahora guardado bajo llave en un cajón de su escritorio en la Agencia. Él mismo había estado rastreando el origen de los mensajes desde que le quitó el celular a Becker.

Hasta ahora, no había descubierto nada. Pero pronto encontraría el origen de esos mensajes.

Picoteando su postre, Miranda carraspeó. «Culpabilidad», pensó él.

—Oye, me pregunto qué tendrá planeado Fanuzzi para la fiesta.

Él sonrió genuinamente. Estaba deseando que llegara la celebración de su matrimonio de hacía un año.

—Algo encantador, conociéndola.

—Sí. —Miranda se removió en su asiento.

Parker la estaba mirando de esa manera otra vez. Como si quisiera tener un par de asaltos con ella en una sala de interrogatorios. Algo pasaba. Antes de que pudiera decidir qué hacer al respecto, sonó su celular: el reemplazo del antiguo que le había conseguido Becker.

Lo levantó de la mesa, donde lo había dejado junto a los cubiertos, y frunció el ceño.

—¿Qué pasa? —preguntó Parker, su voz grave repentinamente tensa.

—Fanuzzi. ¿Para qué me llama? —Presionó el botón—. Hola. ¿Llamas para contarme tu cita romántica?

—Murray. Gracias a Dios que te localicé. —Fanuzzi sonaba muy alterada. Nada que ver con la dura nativa de Brooklyn que había llegado a conocer cuando llegó por primera vez a Atlanta.

Habían sido amigas desde sus días juntas en el equipo de carreteras de las interestatales de Atlanta. O más bien, Fanuzzi había sido su amiga. La había buscado cuando ella no quería encariñarse con nadie.

Miranda se tensó.

—¿Qué pasa?

—Es Dave. No puedo encontrarlo.

—¿Cómo que no puedes encontrarlo?

Fanuzzi respiró hondo y las palabras salieron de su boca a mil por hora.

—Regresé al hotel de mi clase de cocina esta tarde y Dave no estaba aquí. Se suponía que me estaría esperando, pero la habitación estaba vacía. He buscado en todas las tiendas a las que podría haber ido. He intentado llamarlo una docena de veces pero no contesta.

¿Qué?

—Espera. ¿Esta tarde? —Miranda miró su reloj—. ¿Qué hora es allí?

—La una y media de la mañana. Lleva desaparecido más de nueve horas. Tienes que ayudarme, Miranda.

¿Nueve horas? No estaría metido en algún tocador con alguna fulana francesa, ¿o sí? No, Becker no era así. Estaba loco por Fanuzzi. La amaba a ella y a sus hijos. Nunca haría eso. Entonces, ¿dónde diablos estaba?

—¿Has llamado a la policía?

—No. No sabía cómo lo manejarían. —Sonaba tan perdida y asustada.

Parker se inclinó sobre la mesa y le tocó el brazo.

—¿Qué está pasando, Miranda? —Parecía tan preocupado como ella se sentía.

—Becker ha desaparecido. Toma. —Le entregó el celular mientras intentaba ordenar sus pensamientos.

¿Becker desaparecido en París? Podría estar en cualquier parte. El primer lugar para buscar eran los hospitales. O las comisarías. Quizás lo habían arrestado de alguna manera. Quizás simplemente se había perdido de verdad.

Pero mientras escuchaba la preocupación en la voz de Parker, una sensación como una fría tormenta de hielo la invadió.

Esto no era bueno. Nada bueno.

—Sí. Por supuesto. Intenta mantener la calma. Te avisaré lo antes posible. —Colgó y le devolvió el celular.

—¿Qué?

Pero Parker ya se estaba poniendo de pie.

—Le dije que tomaría el próximo vuelo.

¿Le dije? Lo miró fijamente como si de repente se hubiera vuelto morado.

—Voy contigo, Parker. —No era una petición—. Fanuzzi es mi mejor amiga.

Él la miró a los ojos y por un momento esa extraña vibra que había estado recibiendo de él durante días la golpeó con toda su fuerza.

¿Qué demonios?

Pero no había tiempo para un debate.

Como si estuviera eligiendo el menor de dos males, le dio un seco asentimiento.

—Por supuesto. Vámonos.

Y arrojó varios billetes grandes sobre la mesa y la acompañó fuera del restaurante.

CAPÍTULO TRES

No fue fácil reservar un viaje a un popular destino turístico europeo en pleno julio sin previo aviso. Pero Parker hizo su magia y les consiguió dos boletos en un vuelo directo.

Solo que estaban en clase turista en lugar de la habitual primera clase. Los asientos eran incómodos, la comida mala y la turbulencia fue fuerte.

Miranda apenas pegó ojo.

Se sentía fatal cuando bajó por la escalerilla del avión y parpadeó ante el sol de casi mediodía en el aeropuerto Charles de Gaulle al día siguiente.

Pero sabía que Fanuzzi lo estaba pasando muchísimo peor en ese momento.

—Le dije a Joan que nos encontraríamos con ella en su hotel —dijo Parker, guiando a Miranda hacia un taxi que los esperaba después de que sortearan la aduana y atravesaran el enorme aeropuerto.

El auto aceleró por una ancha autopista de cuatro carriles a través de unos quince kilómetros de paisaje plano y poco interesante hasta que llegaron a la ciudad. Entonces se toparon con el tráfico y parecieron retroceder varios siglos en el tiempo.

Iglesias antiguas, tiendecitas pintorescas y edificios ornamentados bordeaban calles viejas que parecían bifurcarse en cada intersección con un patrón diferente. Todas ellas con un montón de florituras llamativas y ornamentos de hierro forjado por todas partes. En contraste con los camiones, las bicicletas y el tráfico de peatones de abajo. Todo era tan elaborado, tan bonito, tan… parisino. Casi podía oír los acordeones.

—Estamos en la zona de la *Île de France*, en dirección a la Rive Gauche —le informó Parker—. Solo faltan unos pocos kilómetros.

Kilómetros, ¿eh? —¿Ya habías estado aquí?

Él asintió. —Sylvia y yo solíamos traer a Gen cuando era pequeña.

—Ya veo —dijo ella.

No era fácil imaginar a la pragmática de Gen en un lugar conocido por el arte y la belleza, pero era bien educada, así que Miranda le creyó.

Antes de conocer a Parker, como la mayoría de la gente, Miranda había imaginado ir a París algún día, pero nunca pensó que llegaría. Y nunca había albergado las ideas románticas que la mayoría de la gente tenía sobre la ciudad. Antes de que Parker apareciera no había habido mucho romance en su vida.

Aun así, nunca habría imaginado que llegaría a la Ciudad de la Luz para buscar a una amiga perdida. Observó las aceras abarrotadas. Parecía haber gente de todas partes. ¿Cómo diablos iban a encontrar a Becker entre estas multitudes?

—Es el apogeo de la temporada turística —señaló Parker, cuyos pensamientos se hacían eco de los de ella.

—¿Crees que podremos encontrarlo? —se atrevió a preguntar.

Él hizo una pausa por un momento mientras su mirada experimentada recorría la calle. —Con algo de suerte, simplemente está perdido y encontrará el camino de regreso al hotel.

No sería difícil, pensó Miranda, mirando de nuevo a la multitud. Y las calles eran un laberinto.

Se obligó a animarse. —Sí, tal vez nos esté esperando cuando lleguemos.

—Si es así, quizás podamos usar el viaje como nuestra propia segunda luna de miel.

Esa idea la hizo sonreír. —Eso sería divertido.

Pero por alguna razón no creía que se librarían tan fácilmente.

###

Llegaron al hotel, que Parker le dijo que estaba en una sección de la ciudad llamada Montparnasse, en el decimocuarto *arrondissement*, que ella supuso que era una especie de distrito.

Consiguió que un botones se llevara sus maletas y la acompañó adentro. —Reservé una habitación para nosotros aquí. Está en el piso de Joan —le dijo mientras entraban en un vestíbulo pequeño y pintoresco con paredes de madera oscura y un suelo con un patrón de tablero de ajedrez antiguo.

Bastante genial que pudiera hacer eso en el apogeo de la temporada turística, pero Parker tenía una forma de obrar milagros a veces. Además, el hotel no era tan lujoso. Un alojamiento muy inusual para él.

—Creo que deberíamos ver a Fanuzzi antes de ir a la habitación y desempacar —dijo ella mientras subían por un ascensor que crujía y tenía una puerta de hierro forjado. Aunque se moría por dormir unas horas.

—De acuerdo.

El ascensor se detuvo. Salieron y Parker señaló hacia el pasillo.

Llamó a una puerta que estaba dos más allá de la suya.

De inmediato, Miranda oyó pasos y el sonido de la cerradura al girar. Fanuzzi abrió la puerta.

Caray. Miranda nunca había visto a su amiga así.

Llevaba una blusa de algodón roja y pantalones blancos que parecían no haber sido planchados nunca. El cabello castaño con mechas que siempre llevaba bien peinado estaba alborotado por todas partes. Las ojeras oscuras bajo sus ojos rojos e hinchados parecían pozos de alquitrán. Una combinación de llanto y falta de sueño.

Ninguna de las dos era del tipo muy de abrazos, pero instintivamente Miranda rodeó a la pobre mujer con los brazos. —Oh, Fanuzzi.

—Miranda —gimió Fanuzzi y la hizo entrar mientras Parker cerraba la puerta.

Su teoría de que Becker estaría aquí para recibirlos se hizo humo. —Lo siento mucho.

Fanuzzi sacó un pañuelo de papel de su bolsillo y se sonó la nariz. —Cielos. Me prometí a mí misma que no me iba a derrumbar así. —El tono descarado que solía teñir su acento de Brooklyn había desaparecido, reemplazado por un tono hueco.

—Es perfectamente comprensible —dijo Parker, recorriendo la habitación con la mirada.

—Muchas gracias por venir. De verdad lo aprecio.

—Puedes agradecérnoslo cuando encontremos a tu esposo.

Secándose los ojos, asintió y señaló dos sillas vacías que no hacían juego. —Tomen asiento. No tengo café ni nada. Siento que la habitación sea tan pequeña.

Miranda se acomodó en el sillón mullido que llenaba la diminuta esquina junto a la ventana. —No te preocupes. Tenemos que empezar con esto.

—Claro. Sí. —Fanuzzi se dejó caer en una esquina de la cama—. ¿Qué tienes en mente?

Miranda miró a Parker, que estaba espiando por las cortinas.

—¿Dónde crees que podría estar Dave? —dijo él.

Fanuzzi lo miró con ojos vacíos. —No tengo ni idea. Lo he buscado por todos los lugares que se me ocurren.

Parker se acercó a un pequeño escritorio y encontró una libreta y un bolígrafo. Se los entregó a Fanuzzi. —Haz una lista.

—De acuerdo. —Fanuzzi pensó un minuto y luego empezó a escribir.

Con un nudo en el estómago, Miranda apoyó los codos en las rodillas para calmar los nervios. —Intenta ir en orden cronológico. Para que no te dejes nada.

Fanuzzi asintió. —Ayer por la mañana desayunamos juntos en el café de la esquina. A Dave le gustan los cruasanes de allí.

—¿A qué hora fue eso? —dijo Miranda.

—Temprano. Sobre las seis. Tenía que llegar a clase. Estábamos haciendo *entremets*.

Su clase de cocina. Miranda casi había olvidado que Fanuzzi había ganado unas lecciones en una elegante escuela de cocina francesa. Era difícil imaginar a su amiga italiana horneando pasteles franceses.

—Bien. ¿Y luego qué?

Fanuzzi ladeó la cabeza un momento y luego se encogió de hombros. —Me despedí de Dave y subí al autobús.

Miranda tamborileó los dedos contra su rodilla. —Así que podría no haber vuelto a la habitación.

—Los dos días anteriores sí lo hizo.

—¿Una especie de rutina?

—Sí, más o menos. Volvía a la habitación y leía un rato, luego salía y curioseaba por algunas de las tiendas locales o hacía turismo. Hacia el mediodía, se iba a almorzar a algún sitio y buscaba una excursión o un espectáculo para nosotros en su tableta. Ya sabes, ¿algo que pudiéramos hacer por la noche?

—¿Tenía su dispositivo con él? —preguntó Parker.

—Sí. Pero ayer me dijo que tendría una sorpresa esperándome cuando volviera.

¿Sorpresa? Podría ser una pista.

—¿Tienes alguna idea de lo que podría haber sido? —preguntó Parker.

Ella levantó los hombros. —Ya conoces a Dave. Puede ser bastante creativo. Podría haber sido cualquier cosa.

Miranda reprimió un suspiro. Esto no era de mucha ayuda. —¿Has hablado con el conserje?

Fanuzzi asintió. —Dijo que no vio a Dave entrar ni salir.

Sonaba como si algo hubiera pasado y nunca hubiera regresado.

Miró a Parker. Estaba trasteando con su teléfono, con una expresión sombría. —No hay señal de la tableta de Dave ni de su celular.

El estómago de Miranda dio otro vuelco. Habría sido fácil encontrarlo de esa manera, pero ahora no podían. ¿Los había apagado ambos? ¿Se habían hecho añicos en un accidente? ¿Becker seguía de una pieza?

Hospitales, pensó. Necesitaban comprobar los hospitales.

Cruzó la mirada con Parker y vio que sus pensamientos eran un espejo de los suyos. Él negó con la cabeza de forma imperceptible.

Cierto. Fanuzzi se volvería loca si mencionaban hospitales ahora.

Un momento. El celular. ¿Tenía Becker *su* celular encima? ¿El de los mensajes de texto desagradables? Se puso de pie.

—Emm… discúlpame un minuto. ¿Te importa si uso tu baño?

Fanuzzi señaló una pequeña puerta tras una esquina estrecha. —Claro, adelante.

Miranda se acercó y cerró la puerta tras de sí. Sacó su teléfono y marcó su número anterior. Sonó y sonó y sonó. Finalmente, escuchó su propia voz. Becker no había cambiado el mensaje. Colgó e intentó con su aplicación de rastreo. Introdujo el número de nuevo y esperó a que se conectara y lo localizara. Lento como una tortuga. *Vamos, vamos*. Oyó movimiento en la habitación y miró la puerta cerrada.

Finalmente, la cosa pitó. Miró fijamente la pantalla.

Atlanta. Becker había dejado su viejo celular en la oficina.

Dejando escapar un suspiro de frustración mezclado con alivio, tiró de la cadena del extraño inodoro y salió a tiempo de ver a Parker extenderle la mano a Fanuzzi para pedirle la libreta.

Un destello de una mirada gélida en su dirección hizo que Miranda se estremeciera. Y se preguntara si él sabía exactamente lo que ella había estado haciendo allí dentro.

—¿Has terminado? —le dijo a Fanuzzi.

Con aspecto totalmente agotado, ella se la entregó con un cansado encogimiento de hombros. —Es todo lo que se me ocurre.

Parker recorrió el papel con la vista. —Es un comienzo. Investigaré estos lugares. Mientras lo hago, ¿por qué no descansas un poco? Miranda puede cuidarte.

¿Qué acababa de decir? Con la boca abierta, Miranda lo fulminó con la mirada. ¿Qué quería decir con «cuidarte»? ¿No se suponía que ella estaba a cargo de este caso?

Pero antes de que pudiera soltar siquiera una maldición, Fanuzzi se puso de pie de un salto. —Ni hablar, Wade. No puedo dormir ahora. Voy contigo.

Con el músculo de la mandíbula tensándose, Parker frunció el ceño a Fanuzzi y luego a Miranda.

Leyó los pensamientos en su rostro como si fuera un telegrama personal. Quería que ella —ambas— se quedaran aquí sanas y salvas mientras él salía a hacer el trabajo sucio. Pero sería perder un tiempo precioso quedarse aquí y discutir con las dos, así que cedió. Por ahora, de todos modos.

—Muy bien —dijo, casi como un gruñido, mientras se dirigía a la puerta—. Vámonos entonces.

CAPÍTULO CUATRO

De vuelta en la calle, la multitud parecía haberse duplicado.

Luchando contra el gentío, el ruido del tráfico y las conversaciones apagadas, Miranda se abrió paso entre la multitud con Parker y Fanuzzi a su lado. Muchos de ellos debían de ser turistas, paseando y mirando vidrieras. Otros eran gente de negocios que corrían hacia algún trabajo después de un largo almuerzo. Y luego estaba la gente en bicicletas y motocicletas.

La calle tenía un inconfundible encanto parisino.

Una pequeña y pintoresca tienda con un escaparate lleno de ropa y sombreros de moda. Una fachada de aspecto elegante con joyas llamativas en exhibición. Un lugar sofisticado que ofrecía boletos de avión a lugares exóticos de todo el mundo. Como si no estuvieran ya en uno. A un lado de la calle, había motocicletas estacionadas en fila. Al otro, una fila de bicicletas. Supongo que los conductores tenían que dejarlas en alguna parte.

Justo cuando pasaba rugiendo un gran autobús, llegaron a una esquina…, si es que se le podía llamar esquina a unas cinco calles que salían de la misma intersección como los radios de una rueda. Pero en una de sus curvas había una tienda con un toldo de color marrón oscuro que se agitaba con el viento y clientes que holgazaneaban en bonitas sillas de mimbre en mesitas redondas que salpicaban la acera.

Le Vieux Café, se leía en la elegante caligrafía del toldo.

—¿Es aquí? —preguntó Miranda.

—Sí. —A Fanuzzi le tembló la voz—. Aquí fue donde vi a Dave por última vez. —Luchó por controlarse—. Dicen que Hemingway y Picasso solían venir aquí.

Parker asintió. —Esta zona de la ciudad es donde los pintores y poetas solían reunirse en los años veinte.

—Genial. —Habría sido muy agradable disfrutarlo si solo estuvieran de vacaciones. Pero Miranda sabía que Parker intentaba distraer a Fanuzzi para que no entrara en pánico.

Desde luego, no estaban allí para hacer turismo.

El estómago de Miranda gruñó al ver a dos ajetreados camareros que correteaban de un lado a otro con uniformes negros y delantales blancos. Cada uno sostenía bandejas de plata con platos de almuerzo de aspecto delicioso. Se le empezó a hacer agua la boca. Incluso allí, en la calle, los olores que emanaban del café prometían una comida más que suculenta. Y ella solo había tomado un café en el avión.

Con cara de determinación, Parker le retiró una silla en una mesa vacía.

—¿Vamos a pedir? —Por mucha hambre que tuvieran, no había tiempo para comer.

—Vamos a fingir que sí —aclaró él—. Es la mejor manera de llamar la atención del personal y conseguir su cooperación.

—De acuerdo. —Se sentó, pero pensó que estaban perdiendo unos minutos muy valiosos.

Fanuzzi se deslizó en el asiento que Parker le sostenía. —Ah, tiene razón, Murray. Los franceses son muy especiales. Tienes que hacer y decir lo correcto o te ignoran.

Debía de tener razón. En cuanto el trasero de Fanuzzi tocó la silla de mimbre, uno de los camareros se detuvo en su mesa.

Era una joven alta y de huesos grandes, de rasgos y pelo oscuros, que llevaba un moño sin pretensiones en lo alto de la cabeza. Podría tener unos veintitantos años. Pero con el sencillo uniforme oscuro y el delantal, parecía mayor.

—*Bonjour* —dijo sin sonreír, aunque sus ojos mostraron un momentáneo destello de hambre que Miranda había visto en la mayoría de las mujeres cuando conocían a su esposo, demasiado guapo para ser verdad.

Sin inmutarse, Parker le dedicó a la joven una versión de bajo voltaje de su sonrisa de rompecorazones. —*Bonjour*. —Y luego soltó

algo en francés.

¿Cuántos idiomas sabía? Nunca dejaba de sorprenderla.

—*Madame*. —Hizo un gesto de cabeza hacia Fanuzzi—. ¿Ha encontrado a su *mari*, a su marido?

—No. Todavía no. —Fanuzzi les hizo un gesto con la mano—. Estos son dos amigos míos de Estados Unidos. Han venido a ayudarme. Miranda, Wade, esta es Claudette. Nos ha atendido todos los días desde que estamos aquí.

La joven asintió, de nuevo sin sonreír.

—Encantado de conocerla, Claudette —dijo Parker—. ¿Le importaría responder a unas cuantas preguntas?

Con la bandeja aún en la mano, la joven levantó un hombro mientras miraba a un hombre corpulento que devoraba una ensalada más allá. —Unas cuantas. Estamos ocupados.

—Lo entiendo. Pero esperamos que recuerde a qué hora se fue el marido de mi amiga de su café ayer.

—Ya me lo preguntó y ya le dije que no me acuerdo —dijo con el ceño fruncido y un acento tan espeso como el glaseado del pastel que una mujer de la mesa de al lado estaba a punto de devorar.

—Estábamos sentados justo allí. —Fanuzzi señaló un lugar a unas cuantas mesas de distancia, más cerca de la calle.

—*Oui*. Me dijo eso esta mañana cuando vino a preguntar por él.

—Me despedí y Dave se quedó aquí. Eran poco antes de las siete. Tomé el autobús justo ahí, en la esquina.

Con las pobladas cejas oscuras fruncidas, Claudette asintió con impaciencia. —*Oui*. Sí recuerdo que se quedó. Se tomó otra taza de café. Recuerdo que la tomó con leche.

—Siempre toma el café con leche. Incluso en casa.

—*Oui*, *oui*. Ya me ha dicho eso. Pero me ocupé y cuando volví a la mesa, su marido ya no estaba.

Parker asimiló aquello como si fuera información nueva. —¿Y no mencionó adónde iba?

—*Non, monsieur*. Estaba con su tableta. No hablamos.

—¿Está segura de que no lo vio marcharse, quizá en esa dirección? —Parker señaló al otro lado de la calle.

La estaba guiando, intentando refrescarle la memoria. No funcionó.

Claudette miró al hombre corpulento de la otra mesa. Acababa de terminar su ensalada. Soltó un suspiro de frustración. —*Non, monsieur*. No vi nada. Lo siento mucho. —Y se dio la vuelta y fue a atender al otro tipo.

—¿Ven? —dijo Fanuzzi, con la voz quebrada de nuevo—. No aparece por ninguna parte.

Parker cruzó la mesa y le tocó la mano en un tierno gesto de amistad. —No hay por qué entrar en pánico, Joan. Apenas estamos empezando.

A Miranda le pareció que Becker no había vuelto a la habitación ese día. —¿Qué llevaba puesto la última vez que lo viste? —le preguntó a Fanuzzi.

—Un suéter de un verde apagado que le regalé por su cumpleaños. Sus vaqueros favoritos, que siempre le digo que son demasiado anchos. Y los tenis que le gusta usar, aunque los parisinos los consideren de mal gusto. Revisé su armario. No falta nada más.

—Quizá podamos localizar esa camisa —le dijo Miranda, intentando sonar optimista.

Después de que Parker dejó unos cuantos euros en la mesa solo por cortesía, se levantaron y se dirigieron calle abajo hacia la siguiente parada en la lista de Fanuzzi.

Sí, apenas estaban empezando, pero Miranda tuvo la sensación de que ya llevaban demasiado retraso.

CAPÍTULO CINCO

La siguiente parada estaba al otro lado de la calle, en un callejón más pequeño llamado *La Rue d'Hélène*.

Este lugar tenía puertas de cristal relucientes bordeadas con un vidrio brillante grabado con elegantes letras doradas que deletreaban *C'est Bon*. Parecía una peluquería elegante, pero el tentador aroma que se derramaba sobre la acera no era de laca para el cabello. Y cuando entraron y Miranda vio una amplia vitrina de cristal en el otro extremo, supo por qué se le hacía agua la boca de nuevo.

Dentro de la vitrina había bandejas y más bandejas de los dulces más hermosos que había visto en su vida.

Pequeños cuadraditos brillantes con cobertura de chocolate, crème brûlées en miniatura, filas de discos rellenos de crema con los colores del arcoíris, profiteroles rebosantes de un espeso relleno, pasteles coronados con cerezas negras. En las paredes y en estantes por toda la tienda, había varios surtidos de exquisiteces envueltos en redes de color pastel y exhibidos en canastas coloridas.

Una vez más, le rugió el estómago y carraspeó para disimularlo. Aunque no había comido en horas, sintió como si estuviera engordando solo con respirar ese increíble aroma.

Había una fila.

Con cara de fastidio, Parker se puso al final mientras ella se cruzaba de brazos y resistía el impulso de golpear el suelo brillante con el pie. ¿Otra vez el protocolo? ¿No se puede molestar a los dependientes o no te dirán nada? Era más fácil en Estados Unidos, donde podías agarrar a alguien por el cuello y sacarle la información a la fuerza. Pero Parker siempre prefería el enfoque tranquilo y sereno.

O tal vez no. Se inclinó hacia su oído. —Guárdanos el lugar en la fila. Vuelvo enseguida—. Y salió de la tienda.

—¿A dónde va? —quiso saber Fanuzzi.

—Solo a verificar algo. —Miranda creyó tener una idea. La misma que había tenido en el hotel. Hospitales.

—¿Qué? —A su lado, Fanuzzi se estaba impacientando.

Para distraerla, Miranda señaló el mostrador. —¿Por qué crees que Becker pudo haber venido aquí?

—Dave encontró esta pastelería nuestro primer día aquí. Le encanta. —Señaló hacia la vitrina—. Sus favoritos son los éclairs de chocolate y los macarrones de pistacho. Preparamos algunos en clase el lunes. Le traje uno al hotel. Dijo que era el mejor de todos.

Clase. Miranda tuvo que recordarse que esa era la razón por la que Fanuzzi y Becker habían venido a París. Había ganado un concurso de cocina y las clases en una elegante escuela culinaria eran el primer premio.

—¿Debías ir a una clase esta mañana? —le preguntó.

Los ojos de Fanuzzi se veían aún más tristes. —Llamé a la escuela y dije que tenía una emergencia. El chef Emile, que es mi profesor, se puso al teléfono y dijo que esperaba que todo estuviera bien y que podía recuperar la lección mañana si quería.

—Fue muy amable de su parte. —Ahora Miranda se sentía aún peor por su amiga.

Había tenido que faltar a la clase que tanto le entusiasmaba. Si Becker estaba durmiendo la borrachera en algún lugar, le patearía el trasero. Pero Becker casi nunca bebía.

Fanuzzi siguió hablando de las cosas que había aprendido en su clase. El tipo correcto de crema y mantequilla que usar y dónde encontrar los mejores granos de cacao. Miranda observaba a los atareados dependientes ir y venir deprisa, buscando las selecciones de los clientes. El personal vestía de algodón rosa con el obligatorio delantal blanco y, al igual que en el café, ninguno sonreía.

Parker acababa de regresar con cara de no haber tenido suerte y había tomado su lugar a su lado cuando una mujer pequeña y redonda con el pelo rizado del color del caramelo tibio salió de la trastienda. Llevaba el mismo atuendo rosa y blanco, pero la forma

en que empezó a ladrar órdenes al personal le dijo a Miranda que tenía cierta autoridad allí.

Le dio un codazo a Parker.

Él levantó un dedo para llamar su atención justo cuando ella miró y vio a Fanuzzi.

—¡Oh, *madame*! —Se acercó a ellos contoneándose—. ¿Está aquí de nuevo? —Su tono era maternal y con un fuerte acento.

Fanuzzi asintió. —Sí, aquí estoy. Joséphine, ellos son Miranda y Wade, mis amigos de Estados Unidos que vinieron a ayudarme a encontrar a Dave.

—*Bonjour* —dijo Parker y le estrechó la mano a la mujer.

—*Bonjour* —repitió Miranda e hizo lo mismo.

—Cuando le conté a Joséphine por qué estaba en París, fue lo suficientemente generosa como para darme algunos consejos para usar en mi clase.

Las mejillas de la pequeña mujer se redondearon como manzanas acarameladas. —Oh, no puedo competir con *Monsieur* Emile. Es uno de los grandes chefs de París. Su restaurante siempre está rebosante de clientes. Aquí a todos nos apasiona la comida, pero la pasión del chef Emile podría llenar el Sena.

Miranda enarcó las cejas. —Estoy impresionada. —No se había dado cuenta de que Fanuzzi se había codeado con ese nivel de talento culinario.

Entonces los ojos marrones de Joséphine adoptaron una mirada apesadumbrada mientras negaba con la cabeza a Fanuzzi. —Su Dave, su esposo, no ha estado aquí. Lo he estado buscando, pero no lo he visto.

—¿De verdad? —dijo Fanuzzi—. Pensé que podría pasar por un macarrón.

Aferrándose a un clavo ardiendo. Miranda se preguntó si su amiga estaba a punto de desmoronarse.

—¿Le importa si hablamos con algunos de sus empleados? —preguntó Parker.

—No, para nada.

—Joan, ¿tienes una buena foto nítida de Dave en tu teléfono?

Como si saliera de un trance, Fanuzzi parpadeó mirando a Parker. —Sí. Claro. —Sacó su celular y comenzó a desplazarse por sus fotos. Sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas.

—Yo la encuentro. —Miranda casi le arrebató el aparato de las manos a su amiga. Revisó las fotos y encontró una de Dave sonriendo tímidamente a la cámara, con un bigote de crema del pastelito que acababa de comer. La habían tomado aquí. Serviría.

Le entregó el teléfono a Parker, ya que él era el que tenía el encanto.

—¿Con cuál de mis empleados le gustaría hablar, *Monsieur*? —preguntó Joséphine.

—Con todos.

Se sentaron en una pequeña mesa redonda en la esquina mientras Joséphine traía a cada miembro del personal uno por uno. Incluso sacó a rastras a algunos de los panaderos y pasteleros de la trastienda. Pero por muy hábilmente que Parker hiciera sus preguntas, la respuesta era siempre la misma.

Nadie había visto a Dave Becker desde el miércoles.

CAPÍTULO SEIS

Estaban de nuevo en la calle y Miranda ya había tenido suficiente. Volver sobre los pasos que Fanuzzi ya había dado dos veces no los llevaba a ninguna parte.

—Necesitamos hacer algo diferente —dijo ella.

—De acuerdo. —Parker se volvió hacia Fanuzzi—. ¿Adónde pudo haber ido Dave que no hayas revisado ya?

La pobre mujer se llevó la mano a la frente e intentó pensar. Se veía tan cansada y agotada por la preocupación, que Miranda supo que sus neuronas no estaban funcionando bien. Las suyas propias le daban advertencias de bajo voltaje.

—Eh… los Jardines de Luxemburgo. Es un parque.

—Sí —dijo Parker—. Lo conozco.

Por supuesto que lo conocía.

—Dave me dijo que paseó por ahí el primer día que estuve en clase. Dijo que era hermoso. Quiere llevarme, pero todavía no hemos ido.

—Muy bien. —Parker asintió—. Intentémoslo.

—¿A qué distancia? —quiso saber Miranda.

Fanuzzi hizo un gesto con la mano, y su rostro se tornó esperanzado.

—A solo unos diez minutos a pie en esa dirección.

Echaron a andar, abriéndose paso por varias avenidas arboladas, pasando junto a edificios antiguos de aspecto oficial. Un teatro con fachada roja. Un torreón de forma extraña en la siguiente esquina con amapolas rojas que se desbordaban de las jardineras bajo sus altas y ornamentadas ventanas.

Debían de haber pasado por una docena de cafés, y los olores a pan recién horneado y a carne chisporroteante que salían de ellos a

la calle hicieron que el estómago de Miranda volviera a rugir. Supuso que, décadas atrás, artistas y filósofos frecuentaban esos mismos establecimientos para comer, beber y reflexionar sobre el sentido de la vida.

Por muy atontada y desanimada que se sintiera, empezaba a preguntárselo ella misma en ese momento.

Como antes, las calles estaban atascadas de coches aparcados, ciclistas y hordas de peatones. Un hombre de pelo largo y con casco, vestido con un traje gris, pasó zumbando en una motocicleta negra. Otro hombre de traje, este calvo, pasó junto a ellos pedaleando en una bicicleta normal. Llevaba una barra de pan francés bajo el brazo.

Al menos estaba envuelta en papel.

En la esquina, una mujer de piernas largas con un elegante atuendo rojo cruzaba la calle llevando de la mano a dos niñas pequeñas. Las niñas también iban vestidas de punta en blanco. O tal vez de punta en blanco y medio cada una.

Pasaron junto a un hombre medio calvo con un chaleco de cuero, que canturreaba para sí mismo con una guitarra colgada del hombro. Una pareja con camisas holgadas, tomados de la mano y llevando mochilas idénticas para él y para ella. Una mujer mayor con una gran cesta cubierta con un paño rojo brillante.

Miranda escudriñó a la multitud en busca de un hombre bajo, de pelo oscuro, cejas pobladas y nariz grande con aspecto perdido, pero si Becker deambulaba por París con amnesia, incluso con sus rasgos distintivos, sería fácil pasarlo por alto entre el gentío.

Al cruzar rápidamente una intersección antes de que una moto la atropellara, Miranda echó un vistazo a Parker y lo sorprendió estudiándola.

Parker apartó la mirada, pero había visto el cansancio que crecía en los ojos de su esposa, junto con su obstinada determinación. Deseó con todo su corazón poder darle una buena comida y enviarla de vuelta al hotel para que durmiera lo que tanto necesitaba. Pero sabía que sería inútil intentar reprimir ese espíritu imparable suyo. Si lo intentaba, ella se iría por su cuenta a alguna parte y él no iba a permitirlo.

Además, tenía que pensar en Joan, que estaba igual de agotada e incluso más alterada por los nervios.

A los suyos tampoco les iba muy bien. Temía lo peor para Dave. A lo largo de los años, había perdido a algunos antiguos aprendices de la Agencia. Francis Miller, que se había hecho policía en Washington D.C. y había muerto en acto de servicio. Allen Hill, que había entrado en el Servicio Secreto y había desaparecido; su cuerpo apareció tres años después.

Pero nunca había perdido a un empleado cercano. Joan y Dave se habían convertido en parte de su círculo. Eran familia. La pérdida de Dave Becker sería como la pérdida de un hijo.

No podía dejar que sus miedos interfirieran con su raciocinio.

Una vez más, echó un vistazo a su esposa y notó el pliegue de irritación entre sus cejas. Eso encendió su propia molestia, pero no había nada que se pudiera hacer por ninguno de los dos en ese momento.

Al pasar por una tienda que parecía la versión francesa de Kinko's, Miranda reprimió la repentina indignación que sintió. Parker la estaba excluyendo, guardándose sus pensamientos para sí, protegiéndola como podía con ella allí mismo. Bueno, podía perdonarle que no le dejara tomar el mando. Quejarse de eso sería mezquino, ya que la vida de Becker podría estar en juego.

Pero había algo más.

No estaba confiando en ella, no se comunicaba con ella, no analizaba las cosas con ella como siempre habían hecho. Por supuesto, no podía hacer mucho de eso con Fanuzzi al alcance del oído. Pero Miranda no sentía la misma conexión, la misma comunicación tácita con él que habían tenido en otros casos. Algo andaba mal, y tenía la sensación de que era el mismo algo que había estado percibiendo toda la semana.

Llegaría al fondo de eso. Justo después de que encontraran a Becker.

¿Dónde diablos podía estar? La preocupación se arrastraba por su cansado cerebro, nublando su pensamiento. Se imaginó a su amigo, a su compañero de trabajo, vagando por las calles de París. Sería totalmente vulnerable, modesto, confiado. Un inocente en el

extranjero. ¿Se habría encontrado con algunos «amigos» en algún lugar? ¿Habría pasado un rato con ellos mientras calibraban a su víctima… y le habrían robado? Podrían haberlo golpeado y dejado en algún callejón de París.

Ay, Becker. ¿En qué diablos estabas pensando?

CAPÍTULO SIETE

Pareció más una hora que los diez minutos que Fanuzzi había prometido, pero al fin llegaron a una concurrida calle transversal.

El otro lado estaba denso con altos árboles verdes y arbustos que se mecían con el viento, prometiendo un lugar para escapar, un santuario lejos del ruido y el ajetreo. Frente a los árboles se erguía una alta valla de hierro negro con puntas doradas. Debía de haber sido erigida por algún rey francés de siglos pasados.

Parker las guio para cruzar la calle. Encontraron una puerta en la barrera y entraron en la tierra encantada.

Bueno, quizá no exactamente encantada, pero sí definitivamente hermosa. Y llena de gente.

Bajo el cálido sol, avanzaron por un sendero de grava a través de una multitud de visitantes que parecían representar todas las edades y nacionalidades del mundo. Miranda se esforzó por echarles a todos al menos un vistazo superficial, pero ninguno de ellos se parecía a su colega Becker.

Bajo hileras e hileras de árboles solemnes, con sus ramas ondeando perezosamente con la brisa, pasaron junto a una persona tras otra. Algunas con ropas sosas, otras con atuendos más coloridos, con bolsos y mochilas colgados de los hombros. Algunas paseaban enérgicamente, otras avanzaban con pesadez.

Llegaron a un sendero curvo bordeado por una espléndida variedad de tupidos macizos de flores. Parecía que allí se había plantado y cuidado con esmero todo tipo de flor de todos los colores. Morado y rosa. Azul y blanco. Amarillo y rojo.

Desde luego, los franceses sabían cómo cultivar un jardín.

Había sillas de metal verdes alineadas en fila y la gente se relajaba en ellas como si no tuvieran ningún otro lugar adonde ir.

Una pareja conversaba en tonos bajos y secretos. Una mujer mayor que podría haber sido maestra leía un periódico. Un tipo con camiseta sin mangas, descalzo, se estiraba ocupando dos sillas.

Más reflexiones sobre el sentido de la vida, supuso Miranda, mientras los estudiaba a cada uno. Ninguno era Becker.

Pasaron de prisa por un campo de tulipanes rojos que era custodiado por la estatua de un tipo desnudo que parecía estar contemplándose el ombligo. Había muchos tipos desnudos sobre pedestales por aquí.

Al fin, apareció a la vista un enorme estanque ovalado con una fuente en el medio. Junto a una balaustrada que separaba las flores de otro camino de grava, una madre regañaba a su hijo pequeño mientras él miraba con anhelo a otros niños que navegaban barquitos de juguete en el estanque. Ese sí que era un lugar donde podría estar Becker. Le encantaban los niños. Pero no estaba por ninguna parte cerca del estanque.

Más allá del agua se alzaba un castillo. La ostentosa estructura era tan enorme como magnífica, con una alta torre del reloj, decenas de ventanas altas y demasiados tejados oscuros y empinados para contarlos. Seguramente Becker no podría haberse metido ahí.

Escudriñó el espacio cubierto de hierba que conducía al edificio, con el corazón encogido. Dondequiera que miraban, la gente tomaba el sol, disfrutando de la paz y la tranquilidad.

Agradable para unas vacaciones, pero no era lo que ella necesitaba en ese momento. Tenía que permanecer despierta, alerta.

—Este lugar es enorme —le susurró a Parker.

—Más de veinte hectáreas.

Por supuesto, él ya había estado aquí. Se dio cuenta de que no estaba admirando el paisaje, sino que miraba su teléfono mientras caminaba.

—¿Joan? —dijo él.

—¿Sí? —Fanuzzi iba un poco más adelante y su voz tenía un sonido lejano.

—¿Puedes enviarme esa foto de Dave por correo?

—Claro —sacó su celular y empezó a pulsar botones y a deslizar los dedos—. Hemos tomado un montón hasta ahora.

—Envíamelas todas —con ojos cansados, le dirigió a Miranda una mirada cautelosa—. Tenemos que separarnos. Llévate a Joan y muéstrenle la foto de Dave a todo el que puedan.

Ella asintió de acuerdo. —Claro. A ver si alguien lo ha visto.

—Si algunas de estas personas frecuentan el parque, puede que haya una posibilidad. Nos reuniremos frente al castillo en treinta minutos —señaló hacia la imponente estructura—. Si encuentras algo, llámame de inmediato.

—Por supuesto.

Él le dedicó una inconfundible mirada de «ten cuidado» y se marchó en la otra dirección.

Estaba actuando raro otra vez, pero ella no tenía tiempo para ocuparse de eso ahora. Tenía que encontrar a su compañero de trabajo.

—Vamos, Fanuzzi.

Se dirigieron a las filas de sillas, abordando a los que holgazaneaban de uno en uno, con Fanuzzi haciendo las presentaciones ya que conocía el idioma. Un tipo con camisa de mezclilla y corbata las miró con el ceño fruncido y negó con la cabeza tras echar un vistazo a las fotos. Debió de pensar que intentaban venderle algo.

Una mujer que intentaba evitar que dos niñas se pelearan por un globo estudió la foto de Dave y luego se disculpó. Un tipo con gafas concentrado en una tableta parecía prometedor. Quizá Dave había entablado conversación con él sobre la última aplicación de moda.

Pero después de que hubo estudiado las fotos el tiempo suficiente para que Miranda golpeara el suelo de grava con el pie, negó con la cabeza.

Otro fracaso, pensó Miranda mientras doblaban la esquina frente al castillo. Fanuzzi no había dicho una palabra en varios minutos y sabía que la realidad estaba empezando a calar en ella.

Levantó la vista y vio a Parker bajo los árboles, que venía hacia ellas. Su rostro estaba mortalmente serio.

Dios, no.

Preparándose, tomó a Fanuzzi del brazo. —¿Qué pasa? —le dijo a Parker.

Cuando llegó junto a ellas, extendió una mano y la posó suavemente en el hombro de su amiga. —¿Joan?

—¿Qué pasa, Wade? —le tembló la voz.

—Hay un hombre que coincide con la descripción de Dave en *Lodge du Ciel*.

—¿Dónde? —dijo Miranda. Sonaba como un complejo turístico.

—Es un hospital cerca de Notre Dame —dijo Parker.

Hospital. Lo sabía.

Fanuzzi se derrumbó. —No. Dios mío. ¡No!

Una mujer que pasaba por allí les dedicó una mirada curiosa, pero siguió su camino.

Parker rodeó a Fanuzzi con el brazo en un abrazo fuerte y tranquilizador. —Todavía no sabemos si es él, Joan. Pero si lo es, significa que está vivo.

Ella le golpeó el pecho con un puño. —Debería haber sabido que no se iría por su cuenta. No se perdería. Debería haber sabido que algo terrible le había pasado. Debería haber llamado a la policía.

—Nos llamaste a nosotros. Nos encargaremos de ello.

CAPÍTULO OCHO

Parker se apresuró a tomar un taxi.

El taxista avanzaba bastante rápido en medio del denso tráfico de la tarde, pensó Miranda, mirando por la ventanilla un gran autobús turístico que estaban rebasando. Seguramente se había dado cuenta de que algo andaba mal por sus rostros angustiados y su destino. Aun así, sentía que avanzaban a paso de tortuga.

El taxi se dirigió al norte y, después de varios kilómetros, o lo que fueran, cruzaron un antiguo puente sobre el Sena. El paisaje era precioso. Farolas de hierro forjado bordeando el puente, barcos turísticos pasando por debajo sobre el agua verde y agitada, majestuosos edificios antiguos a lo largo de la orilla.

Antiguo, sereno y hermoso. Un maravilloso lugar para vacacionar.

Lo que solo subrayaba lo terrible que debía de ser esto para Fanuzzi.

Por fin llegaron al hospital, un edificio enorme e imponente con un poco menos de la floritura arquitectónica de sus vecinos. Daba verdadero miedo.

Parker le pagó al taxista y se apresuraron a atravesar la alta entrada arqueada, pasando por una sección con el letrero *Urgence*. Nadie tuvo que traducirle lo que eso significaba.

Las luces del techo eran viejas y arrojaban haces de luz espeluznantes sobre un suelo sin brillo. El aire estaba viciado, mezclado con el olor de fluidos corporales con una capa de antiséptico. A la izquierda, una sala de espera estaba abarrotada de gente.

Parker se dirigió con paso decidido hacia una enfermera en un mostrador de recepción e inició una tensa conversación en francés que, para Miranda, sonó como un montón de maldiciones dichas con

amabilidad. Eran extranjeros. No podían demostrar que eran familiares del hombre que habían venido a ver. Y la política del hospital francés sería estricta bajo esas circunstancias. Pero ella sabía que Parker podría salirse con la suya. Siempre lo hacía.

Mantuvo un brazo alrededor de Fanuzzi mientras su amiga miraba y luchaba por respirar. Miranda quería decirle que todo estaba bien, que todo iba a salir bien. Pero a Fanuzzi nunca se le dieron bien las falsas esperanzas.

Tras unos angustiosos diez o quince minutos, Parker regresó y asintió en dirección a un pasillo.

Habían entrado.

Se dirigieron en la dirección que él había indicado, doblaron una esquina y se encontraron en un corredor estrecho. O quizás solo parecía estrecho por las camillas alineadas contra una de las paredes. Camillas con pacientes quejándose en ellas. Santo cielo.

Una anciana yacía balbuceando al techo. Un hombre de mediana edad con una vía intravenosa gemía como un perro perdido. Un niño pequeño con un parche en el ojo sollozaba.

Miranda sintió el deseo de acercarse a él, de consolarlo. A todos ellos. Pero no había nada que pudiera hacer por ellos.

Las luces de aquí arrojaban un tinte amarillento sobre todo. Los olores eran más fuertes y no le sentaban nada bien al estómago vacío de Miranda. Bajo su brazo sintió temblar a Fanuzzi mientras pasaban junto al mar de pacientes.

—Vamos —le susurró—. No te desmorones.

Fanuzzi asintió con rigidez. —Tienes razón, Murray. Tienes razón. —Pero seguía temblando.

—Está en una habitación. La ciento cuarenta y ocho. —Parker tomó el picaporte de la puerta.

—Tranquila —le dijo Miranda a Fanuzzi mientras Parker abría la puerta y la hacía entrar en la habitación.

Era justo lo que cabía esperar.

Sondas bombeando, pantallas parpadeando, monitores emitiendo pitidos silenciosos. En medio de la austera habitación, una cama con las barandillas subidas. Sobre la cama yacía un hombre envuelto en vendas. Miranda no podía verle la cara, pero distinguió la nariz que

sobresalía de la gasa. Era aproximadamente del tamaño de la de Becker.

Se le secó la garganta cuando Fanuzzi le apretó la mano con la fuerza de una liga.

Como los otros en el pasillo, el hombre empezó a gemir, luego a murmurar, moviendo la cabeza de un lado a otro sobre la delgada almohada. —*Giselle. Pardon, pardon. S'il te plait*. —Siguió murmurando en francés.

Miranda le lanzó una mirada ceñuda a Parker. —¿Qué está diciendo?

Parker se acercó a la cama para ver más de cerca al paciente. —Parece que le está suplicando a alguien llamada Giselle que lo perdone por haberla engañado.

—¿Giselle? —Fanuzzi soltó la mano de Miranda y se acercó lentamente y de puntillas a la cama.

Miranda la siguió, conteniendo la respiración mientras su amiga se atrevía a tocar la barandilla de la cama.

—¿Dave? —susurró Fanuzzi.

El hombre empezó a gritar. —¡*Je suis désolé*! —Giró la cabeza mientras sus gruesos labios se curvaban en un gruñido.

Sus dos dientes frontales eran de oro.

El rostro de Fanuzzi palideció.

Se volvió hacia Miranda. —Ese no es Dave.

CAPÍTULO NUEVE

—¿Y ahora qué hacemos? —la voz triste de Fanuzzi resonó en los oídos de Miranda.

Estaban de pie fuera de la entrada del hospital, contemplando el tráfico y el Sena al otro lado de la calle, con sus puentes antiguos y sus barcos modernos brillando bajo el atardecer. No sabía cómo responder.

Quería encontrar a Becker. Quería poner toda la ciudad patas arriba y sacudirla como una alcancía hasta que él saliera rodando. Se le estaba partiendo el corazón por este fiasco. Pero la cabeza le daba vueltas. Tenía ganas de volver al hospital y que la internaran.

—No lo sé —admitió Miranda—. Pero si no como algo rápido, creo que voy a desmayarme aquí mismo en la acera.

Fanuzzi se dio una palmada en la frente. —Ay, por Dios, Murray. Wade. Ustedes dos acaban de llegar de un vuelo nocturno; deben de estar agotados. Y ni hablar de que muertos de hambre.

—Es culpa mía —la voz grave de Parker sonó reconfortante por encima del hombro de Miranda—. Debí haberme asegurado de que ambas comieran.

—No, es culpa mía. Es que he estado tan preocupada por Dave. —Las lágrimas comenzaron a llenar de nuevo los ojos de Fanuzzi.

Miranda levantó las manos. —No es culpa de nadie. O es culpa de todos. No me importa. Solo necesito un restaurante.

Parker hizo un gesto hacia la izquierda. —Creo que hay uno bueno por allá.

—Vamos.

Y sin más discusión, las acompañó a lo largo del edificio y cruzaron la calle hasta un pequeño y agradable bistró.

###

El lugar era más elegante por dentro de lo que parecía por fuera. Manteles blancos, candelabros delicados, cortinas floreadas en los altos ventanales.

Se sentaron en un rincón tranquilo cerca de una chimenea apagada mientras un enjambre de meseros se apresuraba a cumplir todos sus caprichos.

En ese momento, una lata de salchichas de Viena y un paquete de galletas saladas le hubieran parecido una comida gourmet. Así que la verdadera comida gourmet que Parker pidió para ellas fue… bueno, si no era la mejor comida que Miranda había probado en su vida, tenía que estar muy cerca.

Plato tras plato de comida que habría cuestionado de haber estado en su sano juicio fue traído a la mesa. En cambio, engulló todo como un halcón hambriento que devora a su presa.

Caracoles y codorniz asada y una especie de carne —no preguntó qué era— envuelta en una salsa con queso deliciosamente sazonada que untó con el pan exquisito. Y vino. Un vino francés delicioso, con cuerpo, añejo. Del tipo que se lee en las revistas de lujo, si es que una lee esas cosas.

Fanuzzi protestó por el gasto, se ofreció a pagar su parte, pero Parker insistió.

Miranda sabía que era más que sus modales de alta cuna lo que impulsaba ese gesto. Era culpa. La misma culpa que le carcomía las entrañas, perdiendo una batalla en ese momento contra su apetito voraz. Pero una vez que estuviera saciada, regresaría para otro asalto y ganaría.

No habían encontrado a Becker. Ni siquiera habían avanzado en el caso, si es que se podía llamar caso a la desaparición de un amigo en un país extranjero. No tenían pistas, ni indicios, ni adónde ir a partir de ahí. Excepto al siguiente lugar habitual de la lista: la morgue.

—Cielos, eso estuvo bueno. —Fanuzzi dio su último bocado y se reclinó en la silla con los ojos cerrados.

Con la cabeza despejándose, Miranda le sonrió a su amiga, contenta de que al menos pudieran darle una comida reconfortante si no podían darle ningún otro consuelo.

De repente, Fanuzzi se enderezó de un salto. —¡El Cuisinart!

—¿Cómo dices? —Miranda miró a Parker, que observaba a Fanuzzi con preocupación.

—¿El procesador de alimentos? —preguntó él.

Fanuzzi agitó las manos como si fuera un concepto difícil de explicar. —Hacen más que eso. El martes fuimos a una gran tienda por departamentos en los Campos Elíseos. *Jacques du Coeur*. Dave estaba buscando aparatos electrónicos, pero yo vi una plancha Cuisinart a la que le había echado el ojo desde siempre. Tiene placas removibles y todo. Puedes hacer todo tipo de platillos con ella. Pero yo la quería para mis paninis especiales.

Miranda volvió a mirar a Parker. —Ajá.

—Dave quería comprarla, pero le dije que podíamos conseguirla más barata en Estados Unidos. —Se volvió hacia Miranda como si eso lo explicara todo.

Miranda hizo un círculo con la mano. —¿Y?

Fanuzzi levantó ambas manos al aire. —Pues que creo que esa era mi sorpresa.

—¿Crees que Becker fue a esta tienda por departamentos en algún momento del miércoles para comprártela? —preguntó Miranda.

—Sí. Ahora sí me estás entendiendo.

Bueno, no podía seguir allí, pero tal vez alguien lo había visto. Era algo. —¿Hasta qué hora están abiertos? —Afuera, el sol se había puesto hacía rato. Se estaba haciendo bastante tarde.

Parker ya estaba buscando el lugar en su teléfono. —Hasta las nueve. Vámonos.

CAPÍTULO DIEZ

Otro viaje en taxi y un paseo por un cruce peatonal subterráneo los llevó a un edificio alto en una de esas esquinas extrañas.

Un pequeño tramo junto a la avenida principal con otros dos carriles que se bifurcaban, de modo que la tienda formaba un triángulo con la punta cortada. Un gran triángulo que ocupaba toda una manzana.

La fachada de *Jacques du Coeur* estaba iluminada con un elaborado patrón de luces deslumbrantes. Pero claro, toda la calle ardía en luces, incluidos los olmos que la flanqueaban a ambos lados y el precioso arco en la distancia. Miranda recordaba haber visto el famoso lugar en películas y en la televisión, pero en persona era realmente impresionante.

—*La plus belle avenue du monde* —dijo Parker, contemplando la avenida—. La avenida más hermosa del mundo.

Miranda sonrió con ironía al mirar las tiendas de lujo más allá de los árboles. —Y la más cara.

—Desde luego.

Fanuzzi soltó un gruñido de esposa. —Por eso Dave y yo juramos no gastar dinero aquí. No sé en qué estaba pensando con ese Griddler.

Sonaba como si ya hubiera decidido que allí encontrarían a Becker. No era bueno hacerse demasiadas ilusiones. Pero Miranda no se atrevió a decirlo en voz alta.

Dentro los recibieron suelos de madera noble y relucientes mostradores con montones de expositores. Zapatos y ropa y billeteras. Carteras y perfumes. Corbatas y cortauñas. Similar a algunos grandes almacenes estadounidenses, excepto por las escandalosas etiquetas de precio… y la barrera del idioma.

—Los utensilios de cocina están en el segundo piso. —Fanuzzi señaló la escalera mecánica y la siguieron hasta allí.

Parker acercó la boca a la oreja de Miranda para susurrar: —Cuídala si esto no funciona.

Ella asintió y disfrutó el breve momento de cercanía. Desde el hospital, Parker parecía haber derribado el muro entre ellos y ahora se sentía más conectada con él. No habían tenido un segundo a solas desde que aterrizaron y deseaba tocarlo, hablar con él, hacerle el amor. Ya lo compensarían cuando encontraran a Becker.

Ja, ahora era ella la que se estaba haciendo demasiadas ilusiones.

Al final de los escalones mecánicos, siguieron a Fanuzzi mientras se escabullía entre expositores de ollas y sartenes, planchas y salsearas, y porcelana fina expuesta sobre elegantes juegos de mesa.

—Aquí estamos. —Señaló una vitrina de cristal—. Ese es el Griddler.

Era un armatoste grande, rectangular y de acero inoxidable que se parecía mucho a una wafflera.

Parker le hizo un gesto a una empleada. Se acercó una mujer delgada y de rostro alargado. Llevaba un ceñido vestido multicolor con un escote lo suficientemente bajo como para mostrar un montón de senos, si es que hubiera tenido alguno. Su pelo artificialmente rojo estaba aplastado con gel y su cara, cubierta de maquillaje, probablemente todo muestras del mostrador de cosméticos. Miró a Fanuzzi con aire de superioridad por encima de una nariz estrecha, luego a Miranda. A continuación, sus ojos pusieron la habitual mirada de «¿de verdad me está pidiendo esto?» cuando llegó a Parker.

Derrochando encanto, Parker empezó a camelársela en francés, pero después de unas pocas frases, por suerte, cambió al inglés.

—Es más o menos de esta altura. —Parker indicó un par de centímetros por encima de su hombro—. Y aquí tiene una foto reciente de él.

Con una sonrisita de «no-puedo-creer-que-me-esté-pidiendo-que-haga-esto», Su Majestad de Cuisinart se dignó a mirar la

pantalla del celular.

Como todos los que habían mirado la foto, giró la barbilla a un lado y a otro, entrecerró los ojos, parpadeó. Luego negó con la cabeza. —Lo siento, *monsieur*. No recuerdo a ese hombre.

—Habría estado muy interesado en su Griddler. —Parker señaló el electrodoméstico en la vitrina—. Pudo haber comprado uno. ¿Lo mandó a un hotel en Montparnasse?

Ella se limitó a mirarlo y a respirar.

Parker le dedicó esa sonrisa irresistible suya. —¿Podría revisar sus registros, *s'il vous plaît*?

Sus labios se movieron de un lado a otro. —*Un moment* —dijo y se alejó de ellos, por un pasillo y a través de una puerta trasera.

Si Parker no fuera tan guapo, sin duda le habría dicho el equivalente francés de «váyanse al diablo». Pero después de unos minutos, Miranda empezaba a preguntarse si el encanto se había desvanecido y ella había decidido tomarse un descanso para el café.

Esto no resultaba tan prometedor como Fanuzzi había esperado.

—Podríamos rastrear la tarjeta de crédito de Becker —ofreció Miranda.

Parker lo consideró por un momento. —Llevaría algo de tiempo.

Fanuzzi negó con la cabeza. —Probablemente usó efectivo. Le gusta contar los billetes en euros.

Bueno, eso era una maravilla. Miranda tamborileó los dedos sobre el reluciente mostrador de cristal. No llegaban a ninguna parte. Justo cuando estaba a punto de sugerir que se rindieran e intentaran otra cosa, un joven apareció por detrás de una columna tras el mostrador y se acercó.

Era bajo y de aspecto frágil. Rostro redondo e infantil, con un pelo rubio casi blanco como pelusa de durazno y unas finas gafas de montura dorada. Llevaba pantalones de color verde oliva, una camisa de vestir blanca y almidonada y una pajarita que combinaba a la perfección con sus pantalones.

—Disculpen —dijo. Su acento era británico.

—¿Sí? —respondió Parker.

—¿Debo entender que han estado preguntando por un cliente?

Parker se puso rígido. —Así es.

Era lo que les faltaba. Que los echaran por acoso o algo así.

Tímidamente, el empleado de la tienda extendió una mano. —¿Puedo ver la foto?

Parker le entregó el celular.

El hombre de verde echó un vistazo y asintió. —Sí. Atendí a ese caballero ayer.

Fanuzzi contuvo el aliento. —Lo sabía. ¿Compró esto? —clavó un dedo en el Griddler en exhibición.

—Iba a hacerlo. Para su esposa. Lo pensó durante mucho tiempo. Luego decidió que no. Creo que después se fue al mostrador de joyería. Pensé que su esposa debía de ser del tipo caprichoso.

Fanuzzi sonrió con alivio. —Entonces, ahí es donde debemos ir. Al mostrador de joyería.

—Espere. —El hombre hizo una pausa y miró por encima del hombro—. Poco después, quizá unos veinte minutos más tarde, estaba en mi descanso en la planta de abajo y lo vi de nuevo. —Sus finas cejas se fruncieron como si reflexionara sobre un profundo secreto.

—¿Y? —dijo Miranda. Ya había tenido suficiente del juego de las veinte preguntas por esa noche.

—Y, bueno… —volvió a mirar por encima del hombro—. Sería más fácil si se los muestro. —Se giró hacia la empleada pelirroja que acababa de regresar de dondequiera que se hubiera ido—. Anna, ¿puedes encargarte del mostrador un momento, por favor?

###

Siguieron al hombrecito rubio de verde por la escalera mecánica de vuelta a la primera planta, apenas logrando seguir el ritmo de su pequeño cuerpo que zigzagueaba entre la multitud de clientes.

Finalmente, llegaron a una entrada lateral de la tienda y él se detuvo.

—Yo estaba aquí fuera —dijo el empleado, manteniéndoles la puerta abierta.

Miranda salió, seguida de Fanuzzi, Parker y el hombrecito.

Era solo una calle lateral, uno de los carriles que se desviaban de los Campos Elíseos y bordeaban la tienda. Ajetreada, atestada de

peatones, un grupo de motocicletas aparcadas en una zona designada, coches a lo largo del bordillo.

Se giró hacia el empleado. —¿Qué vio exactamente?

Asintiendo con entusiasmo, señaló calle abajo, en dirección opuesta a la avenida principal. —Vi a ese hombre, el cliente que había estado preguntando por el Cuisinart, justo allí. ¿Ve dónde está aparcado ese Saab rojo?

Miranda entrecerró los ojos para mirar la calle y localizó el descapotable de color manzana brillante. —Sí. De acuerdo.

—No llevaba ningún paquete en la mano y recuerdo que pensé: «caray, debemos de estar fallando en nuestras tácticas de venta», porque yo sabía que estaba listo para comprar algo. Conozco las señales de compra.

Fanuzzi se estaba impacientando. —¿Así que nos está diciendo que se fue en esa dirección?

—No. Estaba en la acera. Cerca de donde está ahora ese Saab. Solo que entonces había una furgoneta blanca aparcada ahí.

—De acuerdo —dijo Miranda.

—Estaba hablando con un hombre. Miraban algo. Un mapa, creo. Había otro hombre, uno grande, apoyado en la furgoneta, observándolos.

Miranda miró a Parker.

No le gustaba nada esta historia. —¿Qué está diciendo?

—Esa es la cuestión. No estoy seguro de lo que estoy diciendo. No me gusta acusar a nadie de nada, pero…

—¿Pero qué? —Fanuzzi levantó las manos como si estuviera a punto de sacudir al hombrecito.

Con los ojos agrandándose detrás de las gafas, el hombre dio un paso atrás. —No lo sé. Me dio mala espina. Lo cual es extraño, porque por aquí pasan cosas mucho más raras. En fin —se metió la mano en el bolsillo—, no sé por qué, pero decidí sacarles una foto. Ya sabe. ¿Por si acaso?

Sacó su teléfono celular, lo manipuló un poco y les mostró la pantalla.

Miranda la examinó mientras Parker miraba por encima de su hombro y Fanuzzi se apiñaba a su lado.

Era la misma calle en la que estaban, aunque en la foto era de día y no de noche. Pero la calle estaba flanqueada por los mismos edificios ornamentados a un lado, y lo que parecían apartamentos de lujo al otro. Cerca de uno de los relucientes escaparates había dos hombres parados.

Solo se les veía la espalda.

El de la izquierda tenía el pelo oscuro y algo largo, del largo que Becker se lo había dejado crecer. Llevaba el pulóver verde opaco, los jeans holgados y los tenis que Fanuzzi había descrito. El hombre de la derecha tenía el pelo rubio oscuro, hasta los hombros. Era alto, delgado y vestía una camiseta negra, pantalones azul marino y una chaqueta ligera. Tenía la cabeza girada hacia el hombre vestido como Becker, y Miranda pudo ver un borrón de sus facciones: una gran nariz aguileña y ojos penetrantes.

Estaban a pocos metros de la furgoneta blanca. Un hombre musculoso, también de negro, estaba apoyado en el capó del vehículo.

Con los enormes brazos cubiertos de tatuajes verdes cruzados sobre un pecho de barril, estudiaba al par con atención.

La hora en la foto era la 1:42 p. m. de ayer.

—Esa es la ropa que Dave llevaba puesta, sin duda. —La voz de Fanuzzi sonaba temblorosa.

Miranda sintió un escalofrío en la nuca, pero no podía dejar que su amiga viera que estaba preocupada.

Parker se volvió hacia el empleado. —¿Le importaría enviármela a mi teléfono, *Monsieur*...?

—Green. Terrance Green.

—¿Es usted británico?

—Sí, señor. Nacido y criado en Yorkshire, ¿sabe? Crucé el canal hace cinco años por la oportunidad de trabajar en una tienda elegante. —Hizo un gesto hacia atrás.

Parker intercambió correos electrónicos con él y se aseguró de que el tipo enviara la foto mientras seguían allí parados.

—¿La recibió, señor Parker? —preguntó el empleado.

—Acaba de llegar.

La puerta de entrada de la tienda se abrió y la voz de una joven rubia con el ceño fruncido resonó. —Terrance, ¿qué estás haciendo aquí afuera? La hora del descanso ya terminó.

—Sí, Flavie. Ya voy. —Se volvió hacia Parker con una sonrisa de disculpa—. Es mi jefa. Lo siento mucho, de verdad tengo que irme.

—Entendemos —dijo Parker—. Asegúrese de avisarnos si vuelve a ver al caballero de la foto.

—Sí. Por supuesto que lo haré.

—Ha sido de gran ayuda. Gracias.

—De nada. —Se dio la vuelta y se apresuró a entrar en el edificio.

—Vamos —dijo Miranda, dirigiéndose hacia el lugar donde estaba el Saab rojo.

Parker y Fanuzzi la siguieron hasta allí y los tres registraron la acera, examinando las losas grises como si pudieran arrancarles secretos.

No había sangre. Ni señales de lucha de ningún tipo. Ni huellas, aunque la acera tendría miles de ellas por el tránsito de gente. Sintiéndose desesperanzada, Miranda giró la cabeza y se fijó en un olmo cercano. Al igual que sus vecinos, estaba adornado con las familiares luces de París y plantado en un trozo de tierra en la acera, con el tronco protegido por una corta valla circular. Los postes de la valla proyectaban sombras en la tierra.

Miranda parpadeó al verlo. ¿Se estaba volviendo loca?

Justo en ese momento, Parker le tocó el brazo y asintió en la misma dirección. Él también lo había visto.

Se acercó al árbol, extendió la mano por encima de la valla y recogió la forma negra y rectangular. La examinó, asintió a Miranda y se la entregó a Fanuzzi.

Fanuzzi la tomó y la miró fijamente durante varios largos momentos. —La tableta de Dave —susurró.

—La batería parece estar muerta —dijo Parker.

Fanuzzi intentó encender la tableta. Cuando no respondió, la acunó en sus brazos como a un bebé recién nacido, con los ojos anegados. —Dave debía de estar muy distraído si perdió esto.

Miranda observó a su amiga, esperando una reacción mayor. No tardó en llegar.

A medida que el impacto de lo que acababan de descubrir la golpeaba, Fanuzzi palideció. —Esto significa que algo horrible le ha pasado a Dave, ¿verdad?

—No podemos sacar conclusiones precipitadas, Joan —dijo Parker.

Ella agitó la tableta hacia él. —¿Cómo no vamos a hacerlo? Esos hombres podrían haberlo matado. ¿Por qué? —Lo miró fijamente un momento, luego se arrojó a los brazos de Miranda y se echó a llorar.

Miranda abrazó a su amiga sollozante mientras esta se aferraba a ella como si le fuera la vida en ello.

Era el agotamiento lo que la estaba haciendo derrumbarse, pero Fanuzzi tenía razón. Becker podría estar en problemas. Graves problemas.

Tenían que hacer algo. Lo que fuera. Pero su mente se sentía como una bruma neblinosa de algas y la acera de repente pareció ondular bajo sus pies como si estuviera surfeando una ola en Hawái. Llevaba más de veinticuatro horas despierta, salvo por los breves momentos de sueño en el avión, que apenas contaban.

Por encima del hombro de Fanuzzi, le lanzó a Parker una mirada de pánico, de «¿y ahora qué vamos a hacer?».

La tristeza bordeaba sus cansados ojos grises mientras las estudiaba a ella y a su amiga. —Conozco a alguien.

—¿En la policía de aquí? —preguntó Miranda.

—No. En la Inteligencia francesa.

—¿La Inteligencia francesa? —¿En qué demonios estaba pensando?

—¿La Inteligencia francesa? —repitió Fanuzzi, saliendo de su ataque de llanto.

—Quizá pueda aportar algunas ideas —dijo Parker como si fuera a comprar pasteles—. Las oficinas están cerradas ahora. Iré a verlo a primera hora de la mañana.

Ahí estaba ese «yo» de nuevo. Miranda estaba demasiado cansada para enfadarse por eso ahora. Lo haría mañana.

Se rascó la cabeza. —Sí, suena bien. Por ahora, tenemos que descansar. Estamos todos agotados. Así no le servimos de nada a Dave.

Fanuzzi le dirigió una mirada desvalida.

Parker le tomó el brazo. —Tiene razón, Joan. Podemos abordar esto con la mente fresca por la mañana. Y quizá para entonces tengamos noticias.

Buenas noticias, esperaba Miranda mientras Parker llamaba a otro taxi.

Lentamente, Fanuzzi asintió. —Sí, tienes razón. Los dos tienen razón. Tendré que aguantar hasta entonces.

###

A pesar de su preocupación, la cabeza de Fanuzzi se reclinó en el asiento en cuanto subieron al taxi y se quedó dormida. Cuando llegaron al hotel, Parker la cargó hasta su habitación como a una niña que se había quedado despierta demasiado tiempo y la acomodó en la cama. Dejó la tableta y su celular junto a ella en la mesita de noche, y él y Miranda la dejaron en paz.

—Espero que se quede dormida un buen rato —dijo Miranda cuando entraron en su propia habitación.

—Sí —murmuró Parker.

Miró alrededor de la habitación. Decorada en los mismos tonos marrones apagados, no era más grande que la de Fanuzzi. Sus maletas estaban al pie de la cama, todavía hechas. No tenía energía para ocuparse de ellas.

Mientras miraba fijamente el cuero oscuro, su mente se desvió hacia la foto que el empleado de la tienda había tomado. El hombre con nariz de pájaro con el mapa. La cara del gran hombre tatuado que observaba a Becker. ¿Le habrían hecho daño? ¿Lo habrían… secuestrado? ¿Por qué? Nadie se había puesto en contacto con Fanuzzi para pedir un rescate.

Se quitó los zapatos de una patada y empezó a quitarse el saco solo para descubrir que Parker estaba detrás de ella. Él le quitó la chaqueta y la colgó en el armario junto a la que él acababa de quitarse.

Como un robot, se tambaleó hacia la cama. Podría ser simple y sencilla, pero en ese momento parecía irresistiblemente tentadora.

—Tenemos que hablar —masculló.

—Sí —dijo él de nuevo.

Se acostó sobre las sábanas, con los pensamientos a mil por hora. *No es que quiera ser obsesiva ni nada. Sé que estamos aquí por Fanuzzi y Becker. Pero solo quiero señalar que, técnicamente, es mi turno de estar a cargo. Era nuestro acuerdo, después de todo.* Apoyó la cabeza en la almohada. *Es más que eso... siento... que me estás... excluyendo.*

Excluida. Estaba fuera de combate. Profundamente dormida.

Tristemente, Parker sonrió al mirar a su esposa.

Se había olvidado de desvestirse. Él rodeó la cama, la levantó con cuidado y le quitó la ropa. La dobló y la puso en la pequeña cómoda que había. La arropó con las sábanas y examinó el último corte en su pecho.

Deseó con todo su corazón haber podido dejarla en casa.

Solo Dios sabía qué le había pasado a Dave Becker, pero su ojo experto le decía que esos hombres de la foto eran peligrosos. Y lo más probable era que se hubieran fijado en el desprevenido turista americano por alguna razón y, ¿qué? Podía imaginar un sinfín de escenarios, todos los cuales requerían ir tras esos hombres.

No quería que su esposa se viera involucrada en enfrentarlos.

Se quitó el resto de su propia ropa, la colgó y se metió en la cama junto a ella. Apagando la luz, se quedó mirando su hermosa figura. Era exquisita. La persona más preciada del mundo para él. Haría cualquier cosa para mantenerla a salvo.

Mañana encontraría una forma de mantenerla ocupada mientras él buscaba a Dave. Ella discutiría, por supuesto. Pero esta vez no cedería. La mantendría a salvo.

Y con esa firme resolución, se dejó llevar por el sueño.

CAPÍTULO ONCE

Se despertó con un sobresalto. *¿Dónde estaba?*

Y entonces lo supo.

O supo que no lo sabía.

Con el corazón todavía latiéndole con fuerza, se dio la vuelta sobre el colchón delgado y raído que le habían dado y se frotó los ojos. Al menos el colchón era mejor que esa silla a la que lo habían tenido atado por tantas horas. La espalda lo estaba matando por eso. Pero al menos no lo habían golpeado.

Todavía no.

Se quedó mirando el techo alto. Muy arriba, quizá a quince pies o más de distancia, había una ventana estrecha. Podía distinguir las manchas y el yeso desconchado de las paredes por la pálida luz que entraba por sus sucios cristales.

¿La luz del día o las luces de la ciudad? No podía distinguir ningún sonido de la ciudad, pero quizá estaba demasiado alto para oírlos. El lugar olía a moho y a orina. Era viejo. Eso no le decía mucho sobre su ubicación. Podía estar en medio de París o en medio de Estambul.

Si tan solo pudiera encontrar una forma de trepar por la pared hasta esa ventana…

Se sentó, sintiéndose débil y mareado. Ni en sueños podría trepar así. Lo único que había comido era uno o dos platos de pan francés y queso que la mujer le había dado. Agarró la botella de agua de plástico que ella le había arrojado y la abrió. Vacía. La sed le arañaba la garganta.

¿Cuánto tiempo llevaba allí? No tenía ni idea.

De repente, las lágrimas asomaron a sus ojos. Apretó los dientes para no sollozar.

Joanie. Mi nena. La chica que había amado toda su vida. La chica que había perdido y vuelto a encontrar por algún milagro. Debía de estar volviéndose loca de preocupación, pensando que le había pasado algo horrible.

Algo horrible le había pasado.

Debería haber sido más listo. Debería haber presentido que algo andaba mal cuando aquel desconocido demasiado amable le había pedido indicaciones fuera de *Jacques du Coeur*.

Todo había sucedido tan rápido.

Era un hombre de buen aspecto, un hombre de apariencia completamente inocente con el pelo largo y rubio oscuro y una nariz grande como la suya. Se le había acercado en la acera y le había pedido indicaciones para llegar a la Sorbona. Le había tendido un mapa, como haría cualquier turista perdido.

Había hablado en francés. Dave supuso que era de otra parte del país. Se alegró de poder ayudar, de poder practicar sus habilidades con el idioma.

Pero mientras Dave miraba el mapa, recordó haber visto pasar a otro hombre. Un hombre grande. Dave había pensado que un momento antes había estado apoyado en una camioneta cercana.

Por un instante, solo una fracción de segundo, pensó: *«Eso parece extraño»*. Luego sintió un pequeño pinchazo en la nuca. Era el segundo hombre. Se había dado la vuelta y se había acercado a él por detrás.

Debería haber reaccionado. Pero, por el amor de Dios, ¡estaba de vacaciones! No esperaba tener que pelear en sus vacaciones.

Y entonces las piernas se le habían convertido en gelatina y se dio cuenta de que los dos hombres lo sostenían por los brazos y lo arrastraban hacia la parte trasera de la camioneta blanca en la que el hombre grande estaba apoyado.

Abrieron las puertas de un tirón.

No, no, recordó haber pensado. *No voy a entrar ahí. No quiero entrar*. Intentó luchar, intentó lanzar un golpe. Pero sus músculos no respondían a sus órdenes. Eran inútiles. No habría podido resistirse ni a una mosca, mucho menos a esos dos brutos.

Y entonces estaba en el suelo y la camioneta se movía. Y sus párpados se habían cerrado por su propia voluntad.

Otra vez se quedó mirando la ventana, en lo alto de su prisión. Parecía burlarse de él.

Debería ser capaz de encontrar una salida a este lío. Después de todo, se suponía que era un investigador privado. Se suponía que era un tipo de análisis forense digital, aunque todavía no era un experto. Se suponía que era un aprendiz de la Agencia Parker.

Pero lo único que podía recordar de su entrenamiento era que la mejor manera de salir de una situación difícil era no meterse en ella en primer lugar.

Sí, claro.

Pobre Joanie. Si tan solo pudiera volver con ella. Si tan solo pudiera volver a abrazarla. Ansiaba sus brazos más que nunca en su vida. Quería verla. Quería volar de vuelta a Atlanta con ella ahora mismo y ver a los niños.

¿Qué estaría haciendo Joanie ahora mismo? ¿Intentando encontrarlo? ¿Habría llamado a la policía? ¿Qué harían estas personas si lo hubiera hecho?

Contuvo el aliento. No, Joanie no llamaría a la policía. Era más inteligente que eso. Llamaría a Steele. Llamaría al señor Parker; nunca se atrevía a llamarlo por su primer nombre como hacía Joanie. Para Dave, siempre sería el señor Parker. Su jefe. Ay, Dios. Qué detective tan inepto debía de parecer ahora.

El pestillo de la puerta sonó y su corazón comenzó a latir con fuerza. La puerta se abrió y el hombre entró. El grande y musculoso de los tatuajes verdes.

Lo agarró del brazo.

—Levántese, americano.

—Claro, espere un minuto, ¿quiere?

Pero el tipo lo levantó de un tirón antes de que pudiera afirmarse sobre sus pies y lo arrastró fuera de la habitación. Lo llevó hasta la dura silla de madera en la que lo habían puesto antes y lo sentó de un golpe. El otro tipo, el hombre delgado que le había pedido indicaciones, le tiró de las manos hacia atrás mientras el otro le ataba los pies a las patas de la silla con cuerdas.

Miró a su alrededor en el estrecho espacio buscando una escapatoria. No había ventanas allí. Solo unos pocos muebles, una cocina improvisada en la esquina y una luz horrible sobre su cabeza. Era tan de los años treinta.

Quizá pensaban que era un espía. Quizá pensaban que tenía información. Quizá iban a sacársela a golpes.

Se le revolvió el estómago.

Detrás del hombre grande podía ver a la mujer paseándose de un lado a otro, murmurando para sí misma en francés como lo había hecho antes.

Una larga y elegante cola de caballo negra hasta la cintura. Ropa oscura y ajustada y botas negras, como en una película de espías. Tendría unos treinta y pocos años. Bonita. Mucho maquillaje. Era obvio que su temperamento era feroz. Había estado maldiciendo y discutiendo con los hombres todo el tiempo que lo habían mantenido en la silla.

Solo había captado fragmentos de lo que decían. Estallidos de «*merde*», que había aprendido que podía significar cualquier cosa, desde «caramba» hasta «mierda», y «*ta gueule*», que pensó que significaba «cierra el puto pico». Y luego algo sobre cocinas y restaurantes. Pero debía de haber entendido mal esa parte.

Había escuchado con atención, intentando desesperadamente captar una pista sobre dónde lo habían llevado y por qué. Pero no había descubierto nada. Y luego se había quedado dormido y lo habían arrastrado a esa habitación.

La mujer se acercó a la mesa contra la pared y tomó un teléfono. Su celular. Habían tirado su tableta, pero se habían quedado con su teléfono. Lo primero que había hecho fue quitarle la batería para que nadie pudiera rastrearlo. Pero en ese momento, tomó la batería y la metió en el teléfono.

Lo encendió y la música alegre de su celular resonó en las paredes desnudas.

Con los ojos oscuros clavados en él, cruzó el suelo. Manipuló la pantalla hasta que encontró lo que quería. Lo presionó y le acercó el teléfono a la oreja.

Temblando de pies a cabeza, escuchó el tono de llamada.

###

A Joan le dolían tanto los brazos que pensó que se le caerían de sus cuencas en cualquier momento. Pero siguió revolviendo, revolviendo y revolviendo. Batiendo la harina y los huevos y el azúcar hasta que tuvieran la consistencia justa. Tenían que estar bien. Tenían que estar bien. Pero eran tan difíciles de hacer.

Miró la mesa de repostería cubierta con el arcoíris de macarrones. Había hecho veinticuatro docenas hasta ahora. Veinticuatro docenas. Doscientos ochenta y ocho macarrones. Pero querían treinta. Setenta y dos más.

Podía oler la siguiente tanda horneándose en el horno. ¿Se estarían quemando? ¿Los había dejado demasiado tiempo? No podían arruinarse. Simplemente no podían. Tendría que volver a hacerlos y no había tiempo. Tenía que hacerlos todos a tiempo. Si fallaba, nunca volvería a ver a Dave.

Y entonces sonó la campana. Se le había acabado el tiempo. ¡No! Eso estaba mal. Se suponía que le quedaban quince minutos más. No era justo.

Pero la campana seguía sonando y sonando y sonando.

Abrió los ojos de golpe y se incorporó en la cama. Era su celular el que sonaba.

Antes de que su cabeza se despejara, su mano buscó a tientas el teléfono en la mesita de noche. Ni siquiera recordaba haberlo puesto allí.

—¿Hola? —respondió, conteniendo la respiración.

—¿Joanie?

El corazón casi se le detuvo. Empezó a temblar de pies a cabeza, como un plato de gelatina. Como su hijo, Tommy, cuando pensaron que estaba teniendo una convulsión aquella vez.

—¿Dave? ¿Eres tú?

—Sí, soy yo. —Sonaba asustado, tembloroso—. Estoy bien, cariño. No te preocupes.

Un destello de ira la invadió.

—¿Qué quieres decir con que no me preocupe? ¿Dónde diablos estás?

—Ese es el problema, cariño. En realidad no sé dónde estoy. Ay, Joanie. Nena, lo siento tanto. —Empezó a lloriquear.

Su corazón se ablandó. Ay, Dios. ¿Cómo podía estar enojada con él? Todo lo que quería era volver a verlo.

—Está bien, Pimpollito. Solo dime dónde estás y...

—Ya es suficiente —dijo alguien.

Oyó un quejido y de repente había otra voz en el teléfono.

—¿*Madame* Becker? —Una voz femenina. Baja. Ronca. Aterradora. El acento era francés. Muy marcado.

—¿Sí? —No pudo mantener la firmeza en su propia voz.

—Supongo que le gustaría recuperar a su esposo, ¿no?

—¿Qué quiere decir?

—Responda a la pregunta —exigió ella.

La ira de Joan revivió de golpe. No con Dave esta vez. Con esta mujer.

—Por supuesto que sí. ¿Quién es usted? ¿Qué le ha hecho?

—Tendrá a su esposo de vuelta cuando el Chef Emile me dé lo que quiero.

—¿Cómo dice?

—Chef Emile —dijo la mujer lentamente, como si Joan fuera una perfecta idiota.

—¿Chef Emile? —¿Qué diablos tenía que ver él con esto? Dave ni siquiera lo conocía.

—Lo conoce, ¿o no?

—Claro que sí. —Pero no bien. Era su profesor. Lo había visto tres veces. Decidió no decírselo a la mujer.

—Entonces, déle mi mensaje.

—¿Su mensaje?

—El que le acabo de dar. —Podía oír la rabia de la mujer filtrándose a través del teléfono—. Liberaré a su esposo cuando el Chef Emile me dé lo que quiero.

Joan comenzó a temblar de nuevo. Sintió las lágrimas calientes empezar a correr por sus mejillas. No tenía ni idea de lo que esta desconocida estaba hablando.

—¿Qué quiere usted del Chef Emile?

—Él lo sabrá.

Y el teléfono enmudeció.

CAPÍTULO DOCE

Miranda se dio vuelta y pasó un brazo por encima de Parker, saboreando la sensación de su cuerpo, su olor, aunque todavía estaba medio dormida. Aún no era hora de levantarse. Imposible. Se habían acostado hacía apenas unas horas. Solo quería quedarse allí y disfrutar de un largo momento de paz.

Pero, de repente, sintió cómo él se tensaba bajo su cuerpo mientras un sonido la sacudía y la terminaba de despertar.

Toc, toc, toc, toc.

Alguien aporreaba la puerta.

—¿Wade? ¿Miranda?

Se incorporó de golpe.

—Fanuzzi.

Parker se puso de pie de un salto y se enfundó unos pantalones mientras Miranda se envolvía en las sábanas.

Llegó primero a la puerta y la abrió de par en par.

—Joan, ¿qué pasa?

La menuda figura italiana de Fanuzzi apareció en el umbral. Llevaba una bata y tenía el pelo revuelto por todas partes. Estaba pálida como una muerta.

—Tuve noticias de Dave.

—¿Cuándo? —Parker la hizo entrar en la habitación y cerró la puerta.

—Ahora mismo. Me llamó a mi celular.

Miranda le tomó la mano a su amiga.

—¿Dónde está?

—No lo sé. —Se dejó caer en la pequeña silla del escritorio, con la mirada perdida. Estaba en shock.

—¿Cómo que no lo sabes? —Miranda miró a Parker mientras él tomaba su propio teléfono y activaba el rastreador del de Dave.

—Apenas me dijo hola cuando una mujer tomó la línea.

—¿Una mujer?

—Una mujer francesa.

Miranda miró fijamente a su amiga, obligándose a que sus facciones no delataran la rabia que le hervía por dentro. ¿Becker se había largado con una francesa y había hecho pasar un infierno a su esposa? Sin duda iba a patearle el trasero.

Fanuzzi vio a través de su fachada y levantó una mano.

—No, no. No es así. La mujer dijo… dijo… —empezó a jadear.

Miranda le puso una mano en el hombro.

—Tranquila, Fanuzzi. Suéltalo poco a poco.

Fanuzzi inhaló una respiración profunda y ruidosa por la boca.

—La mujer dijo que podía devolverme a Dave cuando el chef Emile le diera lo que ella quiere.

—¿Quién?

—El chef Emile. El profesor de las clases de cocina que estoy tomando.

—Ah. Cierto. —Las clases a las que estaba faltando—. ¿Y qué diablos tiene que ver él en esto?

Completamente perdida, Fanuzzi levantó las palmas de las manos.

—Todo lo que sé es que esa mujer horrible tiene a mi Dave. —Se cubrió la cara con las manos.

¿Una mujer? ¿Y qué hay de los dos tipos de la foto de anoche?

—No hay señal del celular de Dave —dijo Parker con gravedad.

—Le quitaron la batería.

Parker asintió.

—No quieren que los rastreen.

Miranda se acercó para mirar el teléfono y vio la hora. Un poco después de las seis.

—¿A qué hora empieza tu clase? —le preguntó a Fanuzzi.

—A las siete menos cuarto —respondió ella con un triste acento de Brooklyn.

Miranda se volvió hacia Parker.

—Deberíamos ir a hablar con este tipo.

Observó cómo se tensaba la mandíbula de Parker mientras su cerebro recalibraba el plan de visitar a su amigo en la Inteligencia Francesa esa mañana. Por el profundo surco entre sus sexi cejas, Miranda supo que si hubieran estado solos, habría habido una discusión.

Pero Parker era demasiado elegante para discutir delante de una amiga.

En vez de eso, inhaló lenta y mesuradamente.

—Muy bien. Veremos qué puede decirnos este chef Emile.

CAPÍTULO TRECE

La pura necesidad los obligó a tomarse el tiempo para ducharse y vestirse. Miranda decidió optar por un atuendo profesional y eligió unos pantalones de vestir azul oscuro con una chaqueta a juego, una camiseta gris con cuello en V y zapatos de vestir cómodos. Lo bastante intimidante, por si el chef se ponía pesado. La elección de Parker de un traje de negocios gris marengo le indicó que estaba en la misma sintonía. Y que planeaba visitar más tarde a su amigo de la inteligencia francesa.

Cuando se reunió con ellos en el pasillo, Fanuzzi llevaba una blusa de volantes color cerceta, unos pantalones capri color durazno y sandalias. Parecía lista para su clase.

Buena tapadera, pensó Miranda.

Y entonces Parker insistió en que desayunaran. Habría discutido también sobre eso, pero decidió elegir sus batallas. Aun así, para cuando subieron al taxi y se dirigieron a la escuela de cocina, ya se les había hecho bastante tarde.

—El chef Emile suele llevar a la clase al mercado al aire libre en *le Rue Lecourbe* de inmediato —les dijo Fanuzzi mientras traqueteaban por las estrechas calles—. Para que podamos tomar los ingredientes frescos para lo que sea que vayamos a preparar ese día. El mercado abre a las siete.

—Deberíamos pasar por allí a ver si podemos encontrarlo —dijo Miranda.

—Chef Emile Amando —leyó Parker desde su teléfono y el sitio que hubiera abierto—. Renombrado propietario del restaurante con tres estrellas Michelin *Chez Amando* en la ribera derecha de París, un establecimiento conocido por sus soberbios platos principales y exquisitos postres.

Miranda arrugó la nariz. —¿Michelin? ¿Como la compañía de llantas?

—Una y la misma.

De repente, Fanuzzi cobró vida y se giró para mirarla. —¿No es una chifladura, Murray? A mí también me pareció raro cuando me enteré. Pero es porque la compañía quería que la gente usara los autos —y les pusiera llantas— para ir a restaurantes elegantes. Así que empezaron una guía por allá en los mil novecientos y calificaban los establecimientos de comida en ella.

Era más de lo que Miranda quería saber sobre el tema, pero se alegró de distraer a su amiga con algo que despertaba su interés.

—Como aprendiz —continuó Parker—, el chef Emile estudió con un maestro *pâtissier*, luego se convirtió en *commis de cuisine* bajo las órdenes de su abuelo y fue ascendiendo, asumiendo el cargo de *chef de cuisine* en *Chez Amando* hace siete años. Hijo de César Amando y nieto de Gautier Amando, ambos también chefs con estrellas Michelin, ha publicado varios libros de gran éxito sobre cocina francesa, incluyendo *Pâtisseries pour Vous*. Sesenta y dos años. Nunca se casó. Sin hijos.

—Impresionante. —«Entonces, ¿quién es esta mujer?», se preguntó Miranda. Pero no lo dijo en voz alta por miedo a sacar a Fanuzzi de su zona culinaria.

—Es famoso —canturreó Fanuzzi—. Especialmente por sus postres de chocolate amargo. Hace suflés de chocolate amargo, macarrones, *crème brûlées*. Fue el primero en inventar esa receta. Soy muy afortunada de aprender con él.

—Claro que lo eres —convino Parker. Luego se inclinó hacia delante para dirigirse al taxista—. Nos bajamos aquí.

Ya habían pasado la escuela de cocina y estaban a la vuelta de la esquina del edificio con su bonito ribete y letras de color lila. El taxi se detuvo en la acera, Parker le pagó al conductor y sostuvo la puerta mientras Miranda y Fanuzzi salían.

Se dirigieron calle arriba, doblaron en otra esquina y, tras otro zigzag, llegaron a su destino.

Las calles de esta zona eran similares a las que habían recorrido el día anterior. Bordeada a ambos lados por encantadores edificios

antiguos de color crema, adornados con muchas ventanas y balcones elegantes, y formando esquinas de formas extrañas donde las calles se cruzaban en todas direcciones.

Pero el callejón utilizado para el mercado al aire libre estaba abarrotado.

Un hervidero bullicioso, donde los acentos extraños y los aromas extraños de gente extraña de todo el mundo se mezclaban con el olor terroso de las frutas y verduras frescas. Se habían levantado andamios a lo largo de toda la calle, a ambos lados, y estaban cubiertos con techos improvisados para crear escaparates temporales.

Los productos colgaban en bolsas de ganchos y estaban apilados en cajas en columnas desiguales a cada lado de las dos largas filas.

Papas y zanahorias y mandarinas. Nueces, aguacates e higos. Limones de Niza. Mangos de Perú. Trufas y granadas.

La multitud era tan densa que era difícil moverse. Miranda no sabía cómo iban a encontrar al famoso chef y a sus alumnos. Pero con Fanuzzi a la cabeza y Parker justo detrás, se abrió paso a través de la multitud mientras los vendedores la llamaban en francés, incitándola como feriantes a probar un trozo de naranja o una manzana, o a oler un melón recién cortado.

Una mujer le dio un codazo en las costillas mientras discutía con un vendedor en francés. Un hombre al otro lado le pisó el pie y frunció el ceño mientras negaba con la cabeza ante lo que fuera que le estuvieran ofreciendo.

Ni siquiera dijo: «Disculpe».

Otra mujer intentaba calmar a un bebé que chillaba mientras elegía tomates para la cena de esa noche.

Miranda quiso taparse los oídos. Agarró el brazo de Fanuzzi. —¿Ya lo ves?

Fanuzzi la apartó de un manotazo. —Está aquí. Solo dame un minuto.

—Está bien. Está bien. —No tenían tiempo que perder, pero sabía que su amiga era muy consciente de ello.

Dio unos pasos más y se dio cuenta de que se había quedado atrapada entre una caja de calabacines y una mujer que quería

examinar cada uno de ellos.

Se dio la vuelta y justo cuando se había liberado, vio a alguien que la observaba desde el otro lado. O eso le pareció. No podía ver mucho en las sombras del bajo toldo. Chaqueta oscura. Pelo largo y grasiento. Mejillas hundidas. Ojos oscuros y hundidos. ¿Un hombre?

Parecía estar observándola con la intensidad de un leopardo al acecho. Un escalofrío le recorrió la espalda.

Le dio un codazo a Parker. —¿Ves a ese tipo?

Él giró la cabeza en la dirección que ella había indicado. —No.

El hombre había desaparecido.

—¿Qué viste, Miranda? —Había algo más que preocupación en su voz baja y fuerte.

Pero no estaba segura de lo que había visto.

Fanuzzi le agarró la mano. —¡Ahí está!

Miranda giró el cuello. —¿Dónde?

—Justo ahí.

En un puesto más adelante vio a un hombre muy alto con una camisa de vestir blanca y pantalones oscuros. Tenía una nariz grande y el pelo gris desaliñado y sostenía un arándano ante varios jóvenes, que parecían estar pendientes de cada una de sus palabras.

—Deben ser *charnu* —les dijo, gesticulando con un brazo larguirucho—. ¿Cómo se dice? Carnosos. Y la piel debe estar bonita y tersa. El color, debe ser el azul más profundo. Por todas partes. No como este. —Tiró el arándano, sacudiendo la cabeza con asco, y tomó otro—. Este. *Comme ça*. —Se besó los dedos y los abrió en alto en el aire—. *Parfait*!

Un verdadero artista, pensó Miranda. Pero parecía tan apacible como el abuelo de cualquiera. ¿Cómo podía estar involucrado en lo que fuera que le hubiera pasado a Becker?

—¡Chef Emile! —gritó Fanuzzi.

El hombre de pelo gris dejó su arándano y escudriñó entre la multitud. Encontró la fuente de la voz y, sonriendo cálidamente, se abrió paso hacia ella.

—Ah, m*adame* Joan. *Bonjour*. ¿Cómo está? ¿Puede volver a clase hoy? ¿Ya terminó su emergencia?

—No exactamente, chef.

—Permítame encargarme de esto. —Parker se abrió paso entre unas cajas y extendió una mano—. *Bonjour*, m*onsieur* Amando.

La sonrisa se convirtió en curiosidad mientras el hombre tomaba la mano de Parker. —*Bonjour*, *monsieur*.

—Mi nombre es Wade Parker. Soy amigo de Joan. Al igual que mi esposa, Miranda.

El chef le tendió también a ella una mano de dedos largos. Parecía que esperaba que fueran críticos gastronómicos. —*Bonjour, madame*. Encantado de conocerla.

—*Bonjour* —respondió Miranda, lanzándole una mirada a Parker.

«Deberían ir al grano», pensó. Pero una vez más no había tiempo para discutir.

Después de una rápida mirada que más que pedir, exigía que tuviera paciencia, Parker desplegó su encanto para el chef. —Soy el dueño de la Agencia de Investigación Parker en Atlanta, Georgia.

El chef Emile pareció sorprendido. —¿En los Estados Unidos? ¿De donde es Joan?

—Sí. Mi esposa y yo somos investigadores privados. Estamos aquí por negocios.

Miranda observó cómo la expresión del chef pasaba de la amabilidad a la preocupación.

—¿Hay algún problema?

Parker bajó la voz. —Preferiría no hablar en la calle. ¿Hay algún lugar a donde podamos ir?

El chef parpadeó mirando a Parker. Parecía que se preguntaba si estaba en una película y dónde estaban las cámaras ocultas.

Luego asintió. —A mi oficina en *Le Gastronomique Divine*. Pero debo terminar mi clase aquí.

La voz de Parker se ensombreció. —Sería mejor ir ahora, chef.

El chef Emile se puso serio y asintió. —Por supuesto.

Hizo un gesto a un joven que Miranda supuso que era un asistente, le dio instrucciones para los estudiantes y luego se volvió hacia Parker.

—Por aquí —dijo, abriéndose paso entre la multitud.

Y los condujo a los tres de vuelta a través de los compradores y por las encantadoras calles hasta la escuela de cocina.

CAPÍTULO CATORCE

—Ahora. ¿De qué se trata todo esto? —preguntó el chef.

Los había llevado a una habitación estrecha en el segundo piso del edificio de *Le Gastronomique Divine*. Un espacio con un aire decididamente de palacio antiguo.

Miranda se sentó en una silla floreada parecida a un trono que hacía juego con las que ocupaban Parker, Fanuzzi y el chef, rodeada de altos muros adornados con molduras intrincadas y murales espléndidos pintados por artistas ya fallecidos. El techo relucía con pan de oro, más pinturas y un delicado candelabro de cristal.

La «oficina» del Chef Emile hacía que una de las salas de estar de la finca de Parker pareciera decorada con artículos de tienda de segunda mano.

Miranda sintió que debería tener una taza de té en la mano, con el meñique extendido.

Ajena a la decoración, Fanuzzi se cubrió el rostro con las manos y soltó una respuesta.

—Oh, Chef Emile. Creo que secuestraron a mi esposo.

Las cejas grises del chef se dispararon hasta la línea del cabello.

—*¿Quoi?* ¿Secuestrado?

Parker se levantó para poner una mano de apoyo en el hombro de Fanuzzi.

—El esposo de Joan, Dave Becker, está desaparecido desde el miércoles por la mañana.

El Chef Emile parpadeó mirando a Parker. Luego a Miranda. Luego a Fanuzzi.

—*Quelle horreur.* Qué espantoso. Pobre de usted. Por supuesto, puedo darle una extensión para sus clases.

Fanuzzi negó con la cabeza.

—No es por las clases. Es por una llamada telefónica que recibí anoche. O, más bien, muy temprano esta mañana. Pasadas las seis.

—¿Una llamada telefónica? —El chef parecía perdido.

—Joan habló con su esposo en ese momento —le informó Parker con rigidez.

—Le preguntaba una y otra vez dónde estaba. Dijo que no sabía. Y luego una mujer tomó el teléfono.

—¿Una mujer? —El chef reajustó sus largas piernas como si estuviera muy incómodo. No quería involucrarse en los problemas maritales de su estudiante.

Todavía al borde de las lágrimas, Fanuzzi asintió.

—Una mujer. Dijo que podría tener a Dave de vuelta cuando *usted* le diera lo que quiere. Chef Emile, ¿de qué está hablando? —Su acento de Brooklyn estaba cargado de angustia.

El Chef Emile abrió la boca, con la expresión tan rígida como una natilla demasiado horneada. Lentamente se levantó y dio varias zancadas hasta la alta ventana. En silencio, se quedó mirando la calle.

—*Merde* —susurró por fin.

Miranda estaba cansada del drama.

—Supongo que eso significa que conoce a esta mujer.

Se dio la vuelta y la encaró, con una expresión que sugería que él también podría romper a llorar.

—Es Odette.

—¿Quién es Odette? —preguntó Miranda, al mismo tiempo que Fanuzzi.

Con la apariencia de haber envejecido diez años, el chef regresó pesadamente a su silla y se desplomó en ella, con la cabeza entre las manos.

—Mi sobrina.

¿Su sobrina? Así que así era como estaba involucrado en esto. O al menos era el comienzo de una explicación.

—¿Qué es lo que quiere?

Se reclinó y volvió a mirar por la ventana como si deseara poder saltar por ella.

—Supongo que quiere que le devuelva su trabajo.

Miranda le lanzó una mirada a Parker, que seguía al lado de Fanuzzi. Parecía realmente irritado. Casi tan irritado como ella se sentía.

—¿Puede explicar eso con más detalle, *monsieur* Amando? —La voz de Parker era tranquila, pero gélida.

Le hizo un gesto con la mano a Parker sin mirarlo.

—Por favor, llámeme Chef Emile. Todo el mundo lo hace. —Parecía una respuesta automática.

—Muy bien, Chef Emile. ¿A qué se refiere con que su sobrina quiere que le devuelva su trabajo?

El chef levantó las manos en un gesto de pura impotencia.

—Tuvimos *una disputa*. Una disputa. Una pelea.

A Miranda no le gustó esa respuesta.

—¿Qué clase de pelea?

—Es una larga historia.

Parker rodeó su silla y se sentó con un aire engañosamente casual.

—Tenemos todo el tiempo del mundo, chef.

El chef se llevó una mano a la cara, sus labios se torcieron con emoción mientras ordenaba sus pensamientos.

—Odette era la hija de mi hermana —dijo por fin.

—¿Era? —preguntó Fanuzzi.

—Falleció cuando Odette era una niña. —Los ojos del chef adquirieron una mirada nublada—. Mi querida y hermosa Simone. Era bailarina. Una bailarina encantadora y talentosa. Pero un día sufrió un accidente y ya no pudo trabajar. No como bailarina. Cayó en una profunda depresión y finalmente… se quitó la vida. Tenía solo treinta años.

—Lo siento mucho —murmuró Fanuzzi.

Hizo una larga pausa como si reviviera el recuerdo.

—Así que acogí a su única hija y la crie como si fuera mía.

—¿Dónde estaba el padre? —preguntó Parker.

El Chef Emile sacudió la cabeza con disgusto.

—Dejó a Simone cuando Odette tenía solo seis años. Un artista sin un centavo y vago que no podía vender sus cuadros. Se

aprovechó de Simone y cuando ella dijo «se acabó», él hizo las maletas y se fue.

—Qué triste —dijo Fanuzzi.

El padre de Miranda se había ido cuando ella era pequeña. Sabía cómo se sentía eso. Pero ni siquiera eso le despertaba mucha simpatía por la mujer que estaba jugando con la vida de Becker.

El Chef Emile se removió en su silla y continuó.

—Odette se crio en el restaurante. En el mundo de la *la alta cocina*. Le enseñé todo y tenía talento para ello. A los diez años podía hacer la mejor *béchamel* que he probado.

El rostro de Fanuzzi adquirió una expresión de enamoramiento.

—Eso es increíble.

Miranda se aclaró la garganta.

—Aprecio este viaje por el baúl de los recuerdos, Chef Emile. Pero ¿qué tiene que ver esto con el esposo de mi amiga?

El ceño del chef se frunció con culpa.

—Odette se volvió tan apasionada por la comida como yo. Trabajaba sin descanso en el restaurante. Progresó en sus responsabilidades. Pero si bien sus platos eran impecables, me temo que no era muy buena con la gente. Hace cuatro meses la nombré mi *sous-chef*. La segunda al mando en la cocina de *Chez Amando*.

Miranda se cruzó de brazos.

—¿Y?

—No pudo soportar la presión. Nadie podía estar a la altura de sus expectativas. Por supuesto que tenemos altos estándares, pero ella los superaba con creces. Microgestionaba al personal, les gritaba si no podían hacer todo *exactement*. Tres personas renunciaron el mismo día.

Sonaba como una auténtica perra.

—Vale. ¿Y?

—Así que la semana pasada la despedí. —Cerró los ojos dramáticamente—. Solo quería que aprendiera sobre el mundo real. Sacarla del nido, como dicen. Pensé que caería de pie, encontraría su propio lugar. Una pequeña *boulangerie* o *patisserie*, quizás. Si tuviera que dirigir su propio establecimiento, aprendería que no podía tratar a la gente tan mal y mantenerse en el negocio.

Los ojos de Fanuzzi se abrieron como platos a medida que la historia del chef cobraba sentido.

—¿Quiere decir que secuestró a mi Dave para que usted le devolviera su trabajo?

El chef levantó ambas manos.

—Así me lo parece.

—Pero si ni siquiera me conoce. Ni a Dave.

La expresión del chef se tornó culpable de nuevo.

—Ah, pero ella sabe que cuando enseño, a menudo le tomo aprecio a uno de los estudiantes. Alguien que muestra un don especial.

—¿Yo? —Fanuzzi parpadeó mirando al chef de la misma manera estupefacta con que miraba a Parker cuando lo conoció.

—*Oui*. Usted, *madame* Joan. —Le sonrió con tristeza. Luego murmuró para sí mismo—: Tonta, tonta niña.

A Miranda no le gustaba nada cómo iba esto. Y por el ceño fruncido en su rostro, a Parker tampoco. ¿Cómo podía esa tal Odette saber que Fanuzzi era una de las favoritas si ella y su tío estaban peleados?

—Chef Emile —dijo Parker—, no esperará que creamos…

—Espere. —La mano de Fanuzzi se disparó hacia arriba, sus ojos de repente brillantes—. Chef, ¿no puede simplemente llamar a Odette y arreglar esto?

El rostro del chef pasó por una gama de emociones mientras consideraba la idea. Finalmente, negó con la cabeza.

—No estoy seguro de que me hable. Está muy enojada.

Y quizás un poco loca también. Lo que la hacía peligrosa.

—Oh, chef, ¿no puede al menos intentar contactarla?

—Parece que su sobrina se ha metido en problemas —agregó Parker con un ligero toque de amenaza en su voz.

Con angustia y compasión por Fanuzzi en sus pálidos ojos azules, el Chef Emile asintió.

—Por supuesto, tiene usted razón. No sé en qué estaba pensando. —Metió la mano en el bolsillo de sus pantalones y sacó un teléfono celular.

Marcó un número.

Esperaron mientras el teléfono se conectaba. Luego comenzó a sonar. Y a sonar. Y a sonar. Y a sonar.

El sonido hueco rebotó en las lujosas pinturas de las paredes y quedó suspendido en el aire. La llamada ni siquiera se fue al buzón de voz.

Llamaron a la puerta.

El Chef Emile colgó con un triste gemido.

—*¿Oui?*

La puerta se abrió y el joven del mercado que Miranda había identificado como el asistente asomó la cabeza.

Se había cambiado a una chaqueta de chef de doble botonadura con dos filas de botones blancos en el frente y la insignia de la escuela sobre el corazón, y un gorro corto a juego en la cabeza. El uniforme blanco contrastaba con su piel y cabello oscuros.

Sus ojos oscuros tenían una mirada temerosa mientras inclinaba la cabeza para dirigirse a su jefe.

—Chef, lamento mucho interrumpir, pero los estudiantes lo están esperando para que demuestre la *Tarte au Citron*.

El Chef Emile se levantó, con aspecto dolido.

—*Oui, oui*. Con la guarnición de arándanos. Diles que estaré allí *tout de suite*, Henri. —Se volvió hacia sus «invitados»—. Me disculpo. Deben excusarme.

—¿Qué hay de Dave? ¿Y de su sobrina? —Fanuzzi sonaba a punto de llorar de nuevo.

El Chef Emile le dio a Fanuzzi una mirada de profunda compasión mezclada con impotencia.

—Lamento mucho lo de su esposo. Pero no sé qué más hacer.

—Quizás deberíamos probar con la policía —sugirió Miranda.

Acudirían al amigo de Parker en la Inteligencia francesa antes de hacer eso, pero tal vez la idea impulsaría al chef a actuar.

La expresión del Chef Emile se tornó asustada. No quería que su sobrina fuera a la cárcel. Pero era obvio que tampoco quería lidiar con ella. Por mucho que le agradara Fanuzzi, no quería lidiar con nada de esto.

—Seguiré intentando contactar a Odette —dijo—. Les haré saber si tengo noticias de ella.

—Chef Emile. —Parker se acercó a donde el asistente aún estaba de pie, como para bloquear el paso del chef—. Dijo que Joan podría unirse a su clase de nuevo. ¿Sería posible hoy?

Desde su elegante silla, Fanuzzi miró a Parker con la boca abierta.

El Chef Emile le sonrió a su estudiante estrella, la amabilidad irradiando de sus alargados rasgos.

—*Bien sûr*. Es más que bienvenida a unirse a nosotros. ¿Se siente con ánimos, *madame* Joan?

Antes de que ella pudiera hablar, Parker se movió a su lado y se inclinó para susurrarle.

—Tengo una idea. Confía en mí.

Ella asintió.

—Claro. Sí. Me encantaría aprender a hacer esa tarta.

—Muy bien, entonces. *S'il vous plaît*. —Y el chef hizo un gesto galante hacia la puerta.

Con aspecto desconcertado, Fanuzzi se levantó y salió al pasillo.

CAPÍTULO QUINCE

—Crees que hay algo más que una empleada y sobrina resentida, ¿no es así?

Completamente frustrada, Miranda estaba de pie junto a Parker en la calle, frente al edificio de *Le Gastronomique Divine*, donde habían dejado a Fanuzzi y la clase de cocina.

Una cálida brisa jugueteaba con el cabello entrecano de Parker. Él asintió con gravedad, entrecerrando los ojos mientras buscaba un taxi entre el ruidoso tráfico.

Imposible que una mujer, incluso una fuerte, pudiera secuestrar a Becker. No sola. Habría necesitado ayuda. Lo que convertía esto en algo más que una simple disputa familiar que podía resolverse con unas pocas llamadas telefónicas.

—Y no quisiste llevar a Fanuzzi a ver a tu amigo de la Inteligencia francesa.

Tras una larga pausa, Parker decidió hablar.

—Solo la alteraría más. Deja que haga algo que le gusta, que la distraiga un poco de la situación.

—¿Mientras nosotros hacemos el trabajo sucio? —le dedicó una media sonrisa socarrona.

Él no respondió.

Su frialdad le atravesó el corazón.

—Mira, Parker —dijo—. Sé que estás enojado conmigo por algo. Pero ¿podemos dejarlo de lado hasta que recuperemos a Becker?

Él se volvió hacia ella y Miranda intentó descifrar la expresión de sus hermosos ojos grises mientras la estudiaba con esa mirada penetrante suya. Había indignación en su rostro. Después de todo, acababa de insinuar que no se estaba comportando de manera profesional. Pero había algo más. Preocupación, decidió. Como

siempre que se preocupaba por ella cuando estaban en un caso. Aunque, de alguna manera, esto parecía más profundo.

Se le contrajo el estómago. ¿Sabría él lo de los mensajes en su viejo celular que se suponía que Becker debía rastrear? ¿Creería que tenían algo que ver con lo que le había pasado a Becker?

Abrió la boca, a punto de confesarlo todo, cuando un grito resonó calle abajo.

—¡*Monsieur*! ¡*Madame*!

Miranda se giró para ver al asistente del chef Emile corriendo hacia ellos, todavía con su atuendo blanco de cocina.

—¿Fanuzzi está bien? —soltó.

—¿Quién? —dijo él, alcanzándolos.

—Joan —corrigió Parker—. La alumna del chef Emile que estaba con nosotros.

¿Cómo lo había llamado el chef? Henri.

Asintiendo, Henri se llevó una mano al pecho para recuperar el aliento.

—*Mais oui*. *Madame* Joan está bien. Está viendo la demostración del chef.

—La tarta de limón —dijo Parker secamente.

—*Oui*. La tarta —Henri no captó el sarcasmo.

Miranda no estaba de humor para quedarse ahí a intercambiar recetas.

—¿Qué quieres?

—Yo… yo oí lo que el chef Emile les dijo en su oficina. —Hizo un gesto con la mano detrás de él para señalar el edificio del que todos acababan de salir—. ¿Algo sobre Odette y el esposo de *madame* Joan?

Miranda miró a Parker. Él negó sutilmente con la cabeza.

—¿Por qué quieres saber sobre eso, Henri? —le preguntó Miranda al asistente.

Él pareció sorprendido de que ella recordara su nombre. Luego, sus mejillas oscuras se sonrojaron mientras bajaba la vista a sus pies y los arrastraba.

—Es solo que… yo salía con Odette. La conozco muy bien. Nosotros… estuvimos comprometidos. Estoy preocupado por ella.

Eso sí que era interesante.

Parker se cruzó de brazos.

—¿Sabes qué pasó entre Odette y su tío?

Henri puso los ojos en blanco como si estuviera asqueado consigo mismo.

—*Oui*. Vino a verme ese día. El día que el chef la despidió. Ella tiene un mal genio. Lo he visto antes, pero nunca la había visto tan enojada como ese día. Juró que se vengaría de su tío. Intenté calmarla. Intenté recordarle cuánto había hecho él por ella, cuánto la quiere. Pero no quiso escuchar.

Miranda se pasó la lengua por los dientes.

—¿Hizo alguna amenaza?

—*Non*. Ninguna amenaza. Pero se fue tan enojada como llegó. Pensé: «Dale unos días, tal vez una semana. Se calmará y volverán a estar bien». Han tenido discusiones antes. Pero el chef Emile nunca había llegado tan lejos como para despedirla. Y entonces la vi de nuevo y supe que esta vez no se reconciliarían.

El rostro de Parker se ensombreció.

—¿Cuándo la viste por segunda vez?

—La semana pasada. Me llamó y me dijo que nos viéramos en *Joyeux*. Es una *brasserie*, un bar, en el Barrio Latino al que solíamos ir. Pensé que podría estar cambiando de opinión. Quizás quería volver con su tío. O conmigo. Pero no.

La tristeza en sus ojos oscuros era desgarradora. Realmente amaba a la perra de mal genio.

—¿Qué quería? —preguntó Miranda.

Él cerró los ojos y sacudió la cabeza como si no quisiera ver el recuerdo.

—Estaba muy enojada. Quería saber quién era el *favori* de su tío esta vez. Su mascota.

Con los músculos del cuello tensos, Miranda miró a Parker.

—¿Qué le dijiste?

Levantó las palmas de las manos en señal de rendición.

—Le dije la verdad. Era *madame* Joan. El chef Emile cree que tiene un gran potencial. Pude ver la furia en los ojos de Odette. Odia cómo su tío adora a sus estudiantes. Es del tipo celoso.

Ni que lo digas.

Parker agarró el brazo del joven.

—¿Le dijiste algo personal sobre Joan? ¿Dónde se hospeda, por ejemplo?

Él negó con la cabeza.

—*Non, non*. Yo no haría eso. Pero sería fácil para alguien seguirla al salir de clase.

Directo a su hotel. Y verla salir con Becker un poco más tarde para pasear por la ciudad.

Parker estudió al joven un largo momento, con la mandíbula tensa.

—¿Tienes por casualidad una foto de Odette?

—Oh, *oui*. De cuando estábamos juntos. —Sacó su celular y deslizó el dedo por la pantalla mientras una mueca de tristeza se dibujaba en su boca—. Rompimos hace dos meses. Me dijo que estaba inquieta. —Se encogió de hombros mientras le ofrecía el teléfono—. Supongo que estaba cansada de mí y de mi pequeña vida aburrida.

Miranda se atrevió a tocar el brazo de Parker y miraron la imagen juntos.

Bonita. Rasgos afilados, labios finos. Cejas negras expresivas, ojos oscuros, largo cabello negro que caía sedoso sobre un par de hombros delgados. Llevaba una simple camiseta gris y sonreía. Pero había tristeza en su sonrisa, anhelo en sus grandes ojos oscuros. Un descontento.

Parker le devolvió el celular al joven.

—¿Podrías enviarme una copia de esta foto? ¿Y su dirección?

No se andaba con rodeos. Miranda se alegró.

El joven parecía que quisiera salir corriendo.

—¿Odette está en problemas?

—Todavía no lo sabemos.

Henri parecía a punto de hiperventilar.

—Es una buena persona. Tiene sus defectos, pero es verdaderamente una buena persona.

—Henri —dijo Parker—, Odette podría haber secuestrado al esposo de *madame* Joan.

—*Non, non, non*. No puede ser. Ella no haría tal cosa.

El rostro de Parker adoptó su severa expresión paternal.

—Henri, mi esposa y yo somos investigadores privados de los Estados Unidos. Joan nos llamó porque su esposo está desaparecido. Esto es algo muy serio en lo que Odette está involucrada.

Miranda notó que evitó la palabra «crimen». El pobre Henri podría haber tenido un ataque de pánico si no lo hubiera hecho.

La cabeza del joven asistente se movía de un lado a otro en una negación vehemente.

—*Non, non, non*. Mi Odette no. Oh, *mon chéri*. ¿Qué has hecho? ¿Qué has hecho? —De repente se quedó helado, con los ojos tan abiertos como si hubiera visto un fantasma—. Ahora tiene sentido.

Miranda lo agarró del otro brazo, con ganas de sacudirlo.

—¿Qué tiene sentido?

—Cuando me fui de *Joyeux* esa noche, le pedí a Odette que viniera a casa conmigo. No sé por qué me hice ilusiones. Supongo que pensé que podría salvarla de sí misma. Y fracasé.

—¿De qué estás hablando?

—Me dijo que *non*. Me dijo que me fuera a casa como si yo fuera un niño pequeño. Iba a reunirse con alguien más. —Se encogió de hombros de nuevo—. Pensé que quería herirme, desquitarse conmigo, ya que no podía herir a su tío. Pero cuando me fui, miré hacia su mesa y vi a un hombre deslizarse en el reservado junto a ella. Pensé que era una cita.

Parker sacó su teléfono y buscó una foto. Miranda sabía que era la que habían conseguido del empleado de la tienda la noche anterior, de Dave y los dos hombres fuera de la tienda por departamentos.

—¿Reconoces a alguno de estos hombres?

Henri se quedó mirando la foto un buen rato.

—No al de la camisa color oliva.

—Creemos que es el esposo de *madame* Joan.

—¿Y este tipo? —Miranda señaló al grandulón con los tatuajes de color verde veneno apoyado en la camioneta.

Henri frunció el ceño, negó con la cabeza. Luego señaló con un dedo.

—Este. El que está al lado del hombre de la camisa color oliva. —Señaló al hombre alto con la nariz aguileña—. Creo que era él. El que se sentó al lado de Odette.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Miranda tenía el estómago hecho un nudo mientras recorría a sacudidas la ciudad en el asiento trasero del taxi y contemplaba las agitadas olas de color azul verdoso del Sena. Luego atravesaron un túnel repleto de carteles publicitarios hasta una moderna autopista de seis carriles que los llevó hasta el lado opuesto de la ciudad, donde se encontraba la Inteligencia francesa.

Parker no dijo ni una palabra en todo el camino.

Le habían sacado la foto de Odette y su dirección al alterado ex prometido y se fueron tras hacerle prometer que mantendría todo en secreto y los llamaría si Odette lo contactaba. Miranda no creía que lo hiciera. Así que el siguiente paso en el plan de Parker era la prometida visita a su amigo espía.

Pero mientras atravesaban otro barrio pintoresco y giraban por una calle lateral, lo que vio la sobresaltó.

¿Era aquí?

El edificio parecía una prisión.

Muros altos de cemento, rejas de hierro en las ventanas, largos tramos de algo parecido a alambre de púas sobre los muros. En la entrada, un par de puertas discretas se encontraban entre dos edificios altos.

Parker le ordenó al taxista que subiera por el camino de entrada, aunque, según supuso Miranda, este se puso a parlotear en señal de protesta.

Un guardia con traje oscuro los detuvo en la puerta y los miró con atención.

Parker abrió una ventanilla y empezó a explicar en francés por qué estaban allí.

El guardia negó con la cabeza y le respondió con más francés, demasiado rápido para que Miranda lo entendiera. No es que ella pasara del *bonjour*.

Llevó varios largos minutos, pero al parecer las habilidades de persuasión de Parker funcionaban también en otros idiomas. El guardia abrió la puerta del taxi y les hizo un gesto para que salieran.

Por otro lado, quizá los estaban arrestando.

Parker le pagó al conductor, quien dio marcha atrás y se largó de allí tan rápido como se lo permitió el vehículo.

Luego, el guardia hizo una seña para que abrieran la reja y los hizo pasar.

###

Era un lugar espeluznante.

Largos y oscuros pasillos sin ventanas a la vista, pintura amarillenta en las paredes, baldosas de damero anticuadas en el suelo que necesitaban urgentemente una encerada. Lámparas de globo de hacía veinte años en el techo.

El guardia los subió en un elevador quejumbroso hasta el tercer piso y los guio por otro pasillo que era igual a los demás.

Estaban en un laberinto y Miranda dudaba que pudiera encontrar la salida por sí misma.

Finalmente, el guardia los dejó en una diminuta sala de espera con varias sillas de cuero sintético agrietado. Dijo algo en francés y se fue; sus pasos resonaron por un pasillo hasta que se oyó un lento crujido y luego el portazo de una puerta a lo lejos.

Con cuidado, Miranda se acomodó en una silla, esperando que el cuero no se partiera bajo su trasero.

Parker se sentó a su lado con un poco menos de su garbo habitual.

—¿Esta no es la Bastilla, o sí? —susurró ella.

Eso le arrancó una media sonrisa. —No. De eso solo quedan ruinas. Pero este es el cuartel general. Un lugar muy secreto.

Como los edificios de la CIA o el FBI en casa, supuso ella.

Se sumieron de nuevo en el silencio y, por aburrimiento, Miranda sacó su teléfono. Ni siquiera lo había revisado desde que llegaron.

Habían entrado dos mensajes de texto. Debieron de enviarlos tarde anoche.

Uno era de Wendy, el otro de Mackenzie. Sus dos niñas.

El de Wendy era sobre la práctica de patinaje. Le iba tan bien y Miranda estaba orgullosa de ella. Leyó rápidamente las palabras de Mackenzie y sintió la mirada de Parker sobre ella.

Decidió ignorarlo.

Parker observó el familiar ceño fruncido entre los encantadores ojos de su esposa mientras ella miraba su teléfono. Habría sabido, incluso si no hubiera echado un vistazo por encima de su hombro, que eran mensajes de casa, en lugar de algún extraño amenazante.

Seguramente el culpable que le había estado enviando mensajes repugnantes no tenía su nuevo número de celular. Se le encogió el estómago.

¿Le admitiría alguna vez que le había ocultado esos mensajes? Quizá no, dada su terquedad.

Distraidamente, la mano de ella fue a su pecho, donde tenía los puntos nuevos.

Un recuerdo de su valentía descarnada en su último caso lo invadió. Habría muerto gente si no hubiera sido por ese coraje. Gente que a él le importaba. Su admiración por ella creció en su interior y reprimió un suspiro. Quizá estaba siendo un poco demasiado rígido con Miranda en este caso.

Todavía estaba enojado con ella por no haberle contado sobre esos mensajes. Y ciertamente quería protegerla de cualquier peligro que pudieran encontrar en este caso. Pero Dave Becker estaba desaparecido. Todo indicaba que había sido secuestrado. Su vida corría peligro. Y Parker tenía que admitir que en este caso necesitaba a Miranda. Necesitaba su astucia y su audacia. Su valor, e incluso su ingenio para aligerar su estado de ánimo de vez en cuando.

Necesitaba su amor.

Miranda se dio cuenta de que tenía los labios fruncidos, moviéndolos de un lado a otro, y la mano sobre sus nuevos puntos. Le picaban, palpitaban un poco. Había olvidado ponerse un poco de ungüento antes de salir del hotel esa mañana.

—¿Estás bien? —dijo Parker en voz baja.

Ella se giró y lo miró parpadeando, sorprendida por su voz.

—Claro —apartó la mano a un lado—. Solo olvidé mi ungüento.

—¿Este ungüento? —sacó un pequeño tubo de su bolsillo.

Ella le sonrió. —Pero qué boy scout eres. Siempre preparado.

—Mi intención es complacer. —Abrió el tubo y levantó la tela de la blusa de ella para aplicárselo.

Ella resistió el impulso de cerrar los ojos mientras él frotaba. Su suave toque se sentía tan bien. De repente, quiso arrancarle la ropa y hacerle el amor allí mismo, sobre las baldosas de damero del edificio que parecía la Bastilla.

—Mmm —murmuró, cayendo más profundo bajo su hechizo.

Su nariz se acurrucó en el cabello de ella, sus labios apenas rozaron su frente. —¿De qué eran esos mensajes?

Ella se puso rígida. ¿Mensajes? Ah. Se refería a los que acababa de recibir.

Gimió. —Oh, cielos.

—¿Qué pasa? —sus maravillosos dedos dejaron la piel de ella mientras volvía a poner la tapa al ungüento y lo guardaba en su bolsillo.

—Hay un chico por el que Mackenzie está colada.

—¿Ah, sí?

—Se llama Timmy. Va a su escuela. Ha estado merodeando por la pista de patinaje.

El rostro de Parker pareció perder un poco de color. —¿Y?

—Y esta noche es su primera cita con él.

—Ah —dijo Parker de nuevo, aún más serio. Él ya había pasado por eso con su propia hija, Gen.

—Colby los va a llevar al cine y los recogerá después.

—Al menos su madre adoptiva lo sabe.

—Sí. —Si es que Mackenzie no mentía.

Miranda solía mentir y decirle a su madre que iba a la biblioteca cuando en realidad se escapaba para ver a Leon. Supuso que el destino se la estaba cobrando.

—Siento que no puedas estar ahí para la primera cita de Mackenzie. —Parker le tomó la mano.

Miranda se quedó mirando sus fuertes dedos, las uñas pulcramente recortadas, el anillo de bodas que nunca se quitaba. Su tacto, junto con sus tiernas palabras, junto con el gran evento de Mackenzie... todo de repente la afectó.

Deseaba poder haber estado allí. De pie en la sala de los Chatham, tomando fotos como si fuera el baile de graduación.

Se secó una lágrima del ojo.

—Mi amor. —Su profunda voz sureña con su aire aristocrático era tan reconfortante como un brandy. Sabía que si estuvieran en casa, la tomaría en sus brazos y la calmaría también con su cuerpo.

—Estoy bien. Estaré bien. —Pero las lágrimas seguían brotando y tuvo que luchar con fuerza contra ellas.

Mientras recuperaba la compostura, sintiéndose como una tonta llorona, se dio cuenta de que se habían oído otros pasos en el pasillo.

Giró la cabeza y vio a un hombre apuesto con el pelo castaño rojizo, perilla a juego y gafas de montura de alambre. Sus hombros cuadrados parecían un poco incómodos bajo un traje negro con una corbata negra y delgada. Parecía un poco un director de funeraria.

Pero el director de funeraria sonrió ampliamente, con los ojos brillantes. —*Bonjour*, *Monsieur* Parker.

Parker levantó la vista y le devolvió la sonrisa mientras se ponía de pie. —*Bonjour*, Rene. Qué gusto volver a verte.

Los dos hombres se abrazaron.

—Y tienes una nueva esposa. Siento mucho lo de Sylvia. Mis condolencias.

—Gracias. —Parker señaló a Miranda mientras ella se levantaba para saludar a su nuevo anfitrión—. Ella es Miranda Steele.

—*Mais oui*. Los he visto a ambos en la televisión. Estuvieron en Londres hace unas semanas. Y recientemente en Brasil. Parece que su nueva esposa es bastante asombrosa.

—Lo es, en efecto. —Parker le sonrió radiante.

—Gracias —le dijo Miranda al hombre, manteniendo su rostro tan inexpresivo como pudo. Odiaba la atención pública que estaba recibiendo de sus casos últimamente.

Parker continuó como si estuviera en un coctel. —Miranda, él es Rene Haubert. Rene es un ex empleado de la Agencia.

¿Ah, sí? Parker no lo había mencionado. Aunque las credenciales de la Agencia eran impecables, no todos resultaban ser tan buenos como deberían.

—Un placer conocerlo. —Enarcó una ceja mientras extendía la mano—. ¿Supongo que le fue bien allí?

—Fue uno de los mejores. Un excelente aprendiz, un excelente investigador.

—Es usted demasiado amable, *Monsieur* Parker.

—Te aseguro que no exagero. Y ahora Rene es analista sénior aquí.

—Director de Operaciones Interiores —corrigió el hombre encogiéndose de hombros con modestia—. Me ascendieron.

Miranda estaba impresionada.

—Felicitaciones a ti también, entonces —dijo Parker.

—*Merci*. ¿Y qué los trae a ambos a París? ¿De vacaciones?

Parker frunció el ceño. —Negocios, me temo. Parece que uno de mis empleados ha desaparecido aquí. Puede que lo hayan secuestrado.

Toda la alegría desapareció del rostro de Haubert. —Muy bien, entonces. Vayamos a mi oficina y podrán contarme más.

CAPÍTULO DIECISIETE

Tras otro paseo por un largo conjunto de pasillos laberínticos, Haubert abrió una puerta que rechinó y los hizo pasar a una sala grande y luminosa, llena de escritorios que parecían estar allí desde la Segunda Guerra Mundial.

Un ejército de trabajadores estaba ocupado en sus puestos. Algunos hablaban de un pasillo a otro, otros en grupos, algunos se ignoraban por completo. Las altas paredes de color verde guisante acentuaban el ambiente de los años treinta, al igual que las altas ventanas de vidrio esmerilado a través de las cuales Miranda solo podía ver vagas siluetas de edificios grises y opacos más allá. Excepto por una ventana abierta en la esquina que hacía volar los papeles de uno de los viejos escritorios de metal.

No proporcionaba mucha ventilación.

El aire estaba incómodamente cálido y viciado. Pero incluso allí llegaba el ligero olor a baguetes recién horneadas en alguna parte.

El desayuno de alguien, supuso Miranda mientras seguía a su anfitrión por el borde de la sala hasta una oficina en una esquina con más vidrio esmerilado que la separaba de la colmena.

El mobiliario aquí era igual de anticuado, pero Haubert tenía un escritorio de madera elegante y todas las sillas eran de cuero marrón. Era bueno ser el Director.

—Tomen asiento, por favor. Ambos.

Miranda se acomodó en una de las sillas para visitas mientras Parker tomaba la otra y Haubert se sentaba en la esquina de su escritorio.

—Ahora, díganme de qué se trata todo esto.

—Como le dije, Rene —comenzó Parker—, un empleado de la Agencia ha desaparecido. Estaba de vacaciones aquí con su esposa.

Llegaron a París el fin de semana pasado. No se le ha visto desde el miércoles.

Parker procedió a explicar el premio de las clases de cocina en *Le Gastronomique Divine* que Fanuzzi había ganado, dónde habían buscado a Becker, la llamada telefónica de esa mañana de la loca, la historia del chef Emile sobre su sobrina, cómo la había despedido para hacerla madurar y las afirmaciones del ex-prometido.

Mientras él hablaba, Miranda observó cómo el rostro de Haubert se endurecía hasta volverse de granito. Una expresión que a menudo había visto en el rostro de Parker cuando estaba enojado. La reacción no era solo la indignación por un turista secuestrado en su ciudad, sino porque Becker provenía del mismo lugar que Haubert.

La Agencia Parker.

Miranda nunca se había dado cuenta de la hermandad tan unida a la que pertenecía. Pero ella se sentía exactamente igual. Becker no era solo su amigo o un compañero de trabajo. Era un miembro de una fraternidad muy especial. Solo eso hacía que quisiera patearle el trasero a esa perra de Odette hasta Alemania.

Parker tomó su teléfono. —Al parecer, la última persona que vio a Dave Becker fue un tal Terrance Green, un dependiente de *Jacques du Coeur*. Tomó esta foto el miércoles. —Deslizó el dedo por la pantalla y se la tendió a Haubert.

—Ah, sí. La tienda de lujo en los Campos Elíseos. —Estudió la foto un largo momento, con los labios fruncidos sobre su perilla—. ¿Por qué tomó esta foto el dependiente?

—Dijo que tuvo un mal presentimiento —aportó Miranda.

Haubert asintió. —La imagen del hombre a su lado no es muy clara.

—No —dijo Parker—. ¿Qué opina del que está apoyado en la camioneta?

La mirada de Haubert se volvió pétrea de nuevo. —Diría que parece que está a punto de llevarse al hombre del suéter olivo.

Miranda solo podía imaginar la experiencia de Haubert en esta institución clandestina, pero apostaría a que sabía de lo que

hablaba. Se removió en su silla, sintiendo náuseas y más preocupada por Becker que nunca.

—¿Han ido a la policía? —preguntó Haubert.

—No —dijo Parker—. Vinimos a verlo a usted primero.

Él le dedicó a Parker un asentimiento de aprobación. —Tengo los contactos adecuados en la Prefectura de Policía si los necesitamos. —Hizo un gesto hacia una computadora de aspecto antiguo—. ¿Me permite?

—Por supuesto. Hay otra foto de Dave que muestra su rostro.

—Y de Odette —añadió Miranda.

Haubert conectó el teléfono, transfirió las fotos a su computadora y le devolvió el celular a Parker. —¿Dijo que la esposa de Dave Becker recibió una llamada de la sobrina esta mañana temprano?

—Así es —le dijo Parker—. El problema entre Odette y el chef Emile parece haberla llevado a tramar este plan de secuestro.

—Así parece. ¿Saben cuál fue el origen de la llamada?

—Fue desde el teléfono de Becker —dijo Miranda—. Pero deben de estar quitando las baterías porque no podemos rastrearlo.

Haubert asintió. —Debería haber una señal en alguna torre de telefonía celular. La policía puede ayudarnos a rastrear eso. —Se acomodó en su asiento, listo para ponerse a trabajar—. Haremos circular la foto del *monsieur* Becker y la demás información a nuestros activos por toda la ciudad. Averiguaremos si alguien ha visto algo relevante.

—Gracias, Rene —dijo Parker—. Eso será de gran ayuda.

Miranda sintió una oleada de alivio que era casi demasiado buena para ser verdad.

—Mientras tanto, podemos hacer una búsqueda en nuestra base de datos. —Haubert hizo un gesto de molestia hacia su sistema—. No tenemos los procesadores rápidos como los que teníamos en la Agencia.

—Solo se han vuelto más rápidos —dijo Parker.

—Mientras que los nuestros se han vuelto más lentos. *Merde* —le refunfuñó a la máquina, y luego le dedicó una media sonrisa a Miranda—. Perdona mi francés.

—No hay problema. —Este tipo empezaba a caerle bien.

—Afortunadamente, nuestro laboratorio tiene un equipo mucho mejor. —Tomó el teléfono de su escritorio, soltó un parloteo en francés, colgó y tamborileó su dedo afilado en el escritorio.

Unos minutos después, llamaron a la puerta y un hombre de aspecto muy europeo, con cabello oscuro y desaliñado y una barba poblada, entró. Aquí no debían de tener un código de aseo. O quizá el vello facial facilitaba pasar desapercibido en cualquier momento.

El hombre y Haubert intercambiaron unas palabras en francés.

—Este es Ignace Desselle —dijo Haubert al fin—. Es nuestro hombre de confianza en nuestro *Centre de Technologie*.

Sonaba como alguien a quien a Becker le encantaría conocer, pensó Miranda mientras se daban la mano.

—¿Qué opina de esto?

Desselle se movió alrededor del escritorio y escudriñó la pantalla. Ladeó la cabeza, se pellizcó la nariz, se frotó la barba.

—Mmm —dijo al final, lo cual no les dijo nada.

Tras otro minuto de silencio, Miranda fulminó al hombre con la mirada. —¿Qué?

Él inclinó la cabeza hacia el otro lado. —No estoy seguro. Este hombre me resulta un poco familiar.

Miranda estiró el cuello y vio que estaba señalando la foto de *Jacques du Coeur*, específicamente a Narizotas.

Una vez más, Haubert parloteó con el técnico en francés.

Él asintió y salió de la habitación.

—Desselle procesará las fotos, hará una comparación con las de nuestra base de datos.

—¿Cuánto tiempo llevará eso? —quiso saber Miranda.

—Al menos unas horas. ¿Qué tenían pensado para su próximo paso?

Parker se volvió hacia ella. —¿Qué crees que deberíamos hacer?

Ella parpadeó, casi perdiendo el equilibrio. ¿Le estaba pidiendo su opinión? ¿A qué venía ese repentino cambio de actitud?

No tenía ni idea, pero lo aprovecharía. —Creo que deberíamos ir a ver el apartamento de Odette. Henri nos dio la dirección.

Sorprendentemente, Parker asintió de acuerdo. —Necesitaremos un taxi.

—Haré que un hombre los lleve —dijo Haubert—. A estas alturas, no se puede ser demasiado cuidadoso.

La forma en que Haubert pronunció esas palabras de repente le puso la piel de gallina. ¿Qué habían visto él y el técnico en esa foto?

Haubert se reclinó y se meció en su silla como si estuviera evaluando a Miranda. O tal vez estaba evaluando la situación con la que ella y Parker estaban lidiando.

—Quizá pueda ayudarlos de otra manera.

Parker arqueó una ceja. —¿Ah, sí?

Sin dar explicaciones, Haubert se puso de pie y salió por la puerta, indicándoles que lo siguieran. Los guio por otra serie de pasillos serpenteantes hasta una habitación interior estrecha que estaba tan oscura como un ropero.

Encendió una luz y, bajo el resplandor fluorescente, había dos altos gabinetes de madera a lo largo de cada pared. Se dirigió al de la derecha y sacó un cajón largo y delgado.

Miranda se acercó y miró hacia abajo. Sonrió.

El interior del cajón estaba forrado de fieltro azul. Fieltro que cubría formas moldeadas que sostenían una hilera ordenada de elegantes y brillantes Berettas negras. Y cargadores.

Armas y municiones. Era de esperar que hubiera de sobra en un lugar como este.

—92FS —dijo Parker, con admiración en la voz.

—Una de las mejores armas tácticas que existen. —Había un toque de orgullo en el acento de Haubert—. Elijan.

—¿Está seguro, Rene?

—No los habría traído aquí de otra manera.

Miranda se agachó y tomó una de las armas. La empuñadura se sentía fresca y cómoda en su mano. —¿Tienes una funda?

—Justo aquí. —Abrió otro cajón y sacó una.

Se la probó y descubrió que le quedaba perfectamente debajo de la chaqueta. Tomó un cargador, cargó el arma y la deslizó bajo su brazo. —Estoy lista.

A su lado, sintió que Parker se tensaba. —Rene, no estoy seguro de que las armas sean necesarias.

Ignorando la advertencia de Parker, Haubert garabateó algo en dos tarjetas impresas y le entregó una a Miranda y otra a Parker. —En caso de que los detengan. Eso debería darles algo de tiempo. Y, por supuesto, me contactarán de inmediato.

—Por supuesto, pero…

—Preferiría mucho más lidiar con un cargo de portación de armas en su contra que tener que recogerlos de la calle, como dirían ustedes los estadounidenses.

Haubert tenía una forma pintoresca de expresarse.

Con una larga exhalación, Parker tomó un arma para sí mismo, la enfundó bajo su propia chaqueta y se la acomodó. Él también estaba listo ahora.

Haubert le sonrió con satisfacción a su antiguo maestro. —Encontraré a alguien que los lleve al otro lado de la ciudad.

CAPÍTULO DIECIOCHO

El hombre que Haubert consiguió para que los llevara se presentó simplemente como Nadeau.

Parecía tener veintitantos años, aunque era calvo prematuramente. Llevaba sus gafas de sol de agente secreto con un aire arrogante, su brillo reflectante competía con el de su cabeza y, a diferencia de la gente de la sede, vestía de manera informal con una camiseta y jeans.

Un tipo de civil, supuso Miranda. Y parecía orgulloso de ello.

Mientras salían del estacionamiento subterráneo, apretujados en la parte de atrás de un Audi anodino, respiró hondo. Se sintió bien saber que un ejército invisible de espías y policías franceses estaría pronto buscando a Becker, pero todavía llevaban mucho retraso.

Mientras observaba el bonito paisaje parisino, esperaba que Becker estuviera aguantando. Solo podía esperar que Fanuzzi estuviera convenciendo al chef Emile de devolverle el trabajo a Odette… hasta que arrestaran a la perra.

Decidió pensar en voz alta. —¿Entonces esta perra de Odette trama este plan para secuestrar al marido de la estudiante favorita de su tío y contrata a un par de matones para que lo hagan?

Parker se volvió hacia ella y pudo ver que sus pensamientos iban por el mismo camino. —Una jugada arriesgada.

—¿Crees que no se dio cuenta de en qué se estaba metiendo?

—Si dejó que su temperamento le nublara el juicio, lo cual parece probable por lo que sabemos de ella.

Buen punto. —¿Y cómo una sous-chef de un restaurante de primera en París encuentra matones?

—Supongo que preguntó en el bar donde se vio con Henri la última vez.

—En el que vio al tipo de la foto con Becker. —Podría funcionar.

Parker asintió. —El Barrio Latino está cerca de la Sorbona. Allí asiste gente de todo el mundo. La *brasserie* sin duda es un lugar de reunión de estudiantes.

Eso reducía las posibilidades. Así que los dos tipos de la foto podrían ser de cualquier parte. Pero no parecían estudiantes.

A Miranda le tembló el estómago. —Podrían ser… terroristas.

—Posiblemente.

—Por Dios —susurró ella. Si eso era cierto, Odette sí que se había metido en camisa de once varas. Eso no era un buen presagio para Becker—. Deberíamos ir a ese bar cuando terminemos con el apartamento.

—De acuerdo.

Al menos ahora estaban en la misma sintonía.

No volvieron a hablar hasta que llegaron a la bonita calle donde vivía Odette. Estaba en el octavo *arrondissement*, cerca de la Torre Eiffel, y estaba protegida por una elegante verja de hierro plagada de adornos de flor de lis bañados en oro. La verja estaba abierta y Nadeau metió el Audi directamente y entró en el complejo. A su alrededor se alzaban imponentes edificios de piedra gris con tejados mansarda y balaustradas de aspecto opulento y cornisas ostentosamente talladas sobre altas ventanas arqueadas.

Miranda apostó a que este lugar era caro.

Coches y camiones de reparto estaban estacionados a ambos lados de una calle interior arbolada, y el cálido sol proyectaba sombras caprichosas a través de las hojas.

—Esta es una zona de lujo del distrito de Monceau —murmuró Parker mientras observaba a un repartidor vestido de blanco bajar un palé de mercancías a la acera.

—*Seems your suspect has the good heels* —sonrió Nadeau con aire de suficiencia.

Miranda reprimió una sonrisa ante la frase mal dicha. Desde luego, era una mujer adinerada. No es de extrañar que Odette estuviera desesperada por recuperar su antiguo trabajo.

Tardaron un rato en encontrar un sitio, pero al final Nadeau se metió en uno vacío justo al lado de la entrada del edificio de Odette.

Parker le pidió que esperara en el coche y vigilara, y él accedió con un único y silencioso asentimiento.

No eran solo tareas de vigilancia, lo sabía Miranda. Parker no quería que el agente federal o como se llamara allí, viera cómo se las arreglaría para entrar en el apartamento de Odette.

Se alegró de que Nadeau no armara un escándalo. Y después de seguir al repartidor por la entrada principal y subir un corto trayecto en el ascensor hasta el tercer piso, Parker hizo algo en la puerta de Odette con una tarjeta de crédito y entraron en un santiamén.

El apartamento de Odette era pequeño, ordenado y luminoso por la luz del sol que entraba por las ventanas. Suelos de madera con una sencilla alfombra que conducía a un balcón abierto con una de esas elegantes barandillas de hierro que había visto por todas partes. Bonita vista de la pintoresca calle de abajo con sus tiendas y cafeterías. De nuevo, el olor a pan recién horneado flotaba en el aire.

Unos extraños bocetos que parecían caracteres chinos colgaban de la pared. Unas cuantas lámparas sin nada especial estaban sobre unas mesas.

La cocina era otra historia. Parecía que había mandado tirar una pared para ampliarla; ocupaba la mitad del apartamento. Y estaba llena de libros de cocina y cuadernos, botes y manoplas de horno, ollas y sartenes y utensilios de corte.

Todo culinario.

Miranda se imaginó a Odette moviéndose por el espacio, batiendo su maravillosa salsa bechamel, llenando el aire de aromas deliciosos, todo mientras planeaba cómo vengarse de su tío.

Observó un taco de madera para cuchillos sobre la impecable encimera y, una vez más, se le encogió el estómago. —Faltan algunos de estos cuchillos.

Parker rodeó la barra que separaba la cocina de la sala de estar y examinó el taco. —Parece que faltan dos cuchillos de pelar y un cuchillo de chef grande en sus ranuras. —Se acercó más.

—¿Qué?

Señaló la madera. —Este taco es poco común. Esta ranura es lo suficientemente ancha para un hacha de carnicero.

Miranda entrecerró los ojos para ver el hueco. Estaba vacío. —Podrían estar en otro sitio por aquí.

Parker recorrió con la mirada el pequeño y ordenado espacio. Miró el fregadero y sacó un pañuelo del bolsillo. A Miranda le sorprendió que no llevara sus guantes de goma. Debía de estar más alterado de lo que ella pensaba cuando salieron de casa.

Abrió el lavavajillas.

Vacío.

—No, según la personalidad que estoy viendo.

Tenía razón. Odette era una maniática del orden y la limpieza que tenía que tenerlo todo… ¿cómo lo llamaba el chef Emile? *Exactement*. Se aseguraría de que cada cuchillo estuviera en su sitio. Lo que significa que, estuviera donde estuviese, tenía los cuchillos con ella.

Parker se dio la vuelta y entró en el dormitorio. Otro espacio luminoso y ventilado. La cama pulcramente hecha con un sencillo edredón de lino. Una original lámpara *art déco* en colores Tiffany sobre una mesita de noche. Armarios empotrados encalados.

Frente a la cama había un pequeño escritorio de madera rubia pulida. Solo tenía una lámpara de cuello de cisne, un portalápices de cobre con dos bolígrafos y un solo lápiz que parecía recién afilado, y un pequeño bloc, todo colocado con precisión.

Definitivamente, Odette era minimalista.

Miranda se acercó al escritorio y sintió a Parker a su lado. Lo vieron en el mismo instante.

La vaga huella de unas marcas en el bloc.

Parker cogió su pañuelo, se lo pasó por la mano y fue a tomar un portalápices. Luego se detuvo.

Se volvió hacia Miranda. —¿Por qué no haces tú los honores?

Su mirada se cruzó con la de él y en ese instante supo que él había vuelto. Que ellos habían vuelto. Parker and Steele Consulting. De nuevo.

Habría sonreído si la situación no fuera tan grave.

—Claro —dijo ella, quitándole el pañuelo.

Con la tela protegiendo sus huellas dactilares, tomó el lápiz. Parker sujetó el pañuelo y afianzó el bloc mientras ella pasaba el

costado de la punta afilada sobre el papel.

Lentamente, muy lentamente, aparecieron los caracteres que alguien había escrito en la página superior. No todo. Pero en cuanto Miranda se dio cuenta de que eso era todo, por así decirlo, se detuvo.

Se quedó mirando el bloc, con el corazón hundiéndosele hasta el impecable suelo de madera. —Pensé que encontraríamos la dirección a la que se lo habían llevado.

—Esto es una prueba. —La voz baja de Parker también delataba decepción.

—Sí —suspiró ella.

Una vez que la encontraran, sería la prueba que ayudaría a demostrar que Odette era la autora intelectual del secuestro.

En el bloc estaba el hotel y el número de habitación de Fanuzzi.

CAPÍTULO DIECINUEVE

De vuelta en el asiento trasero del auto espía, Parker se inclinó hacia Nadeau.

—Tendremos que pedir que alguien oficial procese el apartamento. Hay pruebas del secuestro, pero nada que indique dónde tiene Odette a nuestro hombre.

El hombre calvo asintió.

—Hablaré con el *Directeur*.

Miranda se preguntó si el antiguo protegido de Parker conseguiría que lo hiciera alguien de la policía o su propia gente. Y qué significaba eso legalmente. Más les valía armar un caso lo suficientemente sólido como para mandar a esa perra a la cárcel. Pero quizá los tribunales de aquí no eran tan quisquillosos con la obtención de pruebas.

—¿Y ahora qué? —le preguntó Parker, como si de verdad quisiera que ella decidiera.

Lo pensó un momento. Deberían ir a ver ese bar que mencionó Henri. Pero podría ser demasiado temprano para la clientela particular que buscaban. Gente que conociera al hombre de la foto, suponiendo que fuera un cliente habitual. Mientras sopesaba la posibilidad, su mirada se desvió hacia la acera, donde una joven empujaba un cochecito de bebé. Uno de los camiones de reparto salía lentamente de una plaza de estacionamiento.

De repente, fue consciente de un hormigueo insistente en la nuca.

Entrecerró los ojos hacia la base de un árbol, vio sombras, movimiento. El ajetreo de algunos peatones y ciclistas.

Alguien los había estado observando. Estaba segura.

Entonces vio el destello de una chaqueta oscura. El movimiento de una larga melena rubia oscura. Rasgos oscuros y hundidos. La figura giró bajo las sombras y empezó a alejarse. Por un instante vio el rostro.

Beaknose.

—Es el tipo de la foto —dijo, y tomó la manija de la puerta para salir disparada del auto.

—Miranda —Parker salía detrás de ella. Él también lo había visto —. Síganos —le dijo a Nadeau, y al instante siguiente estaba a su lado, igualando su paso.

—Más despacio —le siseó en el oído.

Demasiado tarde. El tipo ya los había visto y corría por la acera hacia la elegante reja de hierro y oro.

Ella aceleró.

Beaknose miró por encima del hombro y apresuró el paso. Se coló por una puerta lateral abierta cerca de la reja, salió a la banqueta y cruzó la concurrida calle.

Miranda les ordenó a sus piernas que se movieran más rápido.

Cruzó la reja como una flecha y entró en la plaza justo cuando el hombre llegaba a la esquina opuesta y se agachaba bajo las sombras del toldo rojo de una *boulangerie*.

Con las bocinas sonándole, Miranda esquivó el tráfico hasta llegar a una isleta en medio de la plaza. Con terquedad, extendió una mano y cruzó corriendo el empedrado hasta la acera de enfrente. Solo la insultaron en francés una vez.

—¡Miranda! —La voz de Parker estaba detrás de ella.

Miró hacia atrás y lo vio cruzando la calle. En el auto, Nadeau intentaba maniobrar entre el tráfico, pero estaba atascado en la plaza. No podía esperarlos.

Se protegió los ojos con la mano, se volvió y buscó a Beaknose entre los clientes que holgazaneaban en las mesas.

Maldita sea. No podía haberlo perdido tan pronto.

Entonces lo vio. La chaqueta que se movía rítmicamente y el cabello rubio que se agitaba acababan de llegar al cuarto árbol de la alameda.

Echó a correr.

Zigzagueando entre los peatones que la miraban con el ceño fruncido y la maldecían, se exigió al máximo. Varios metros más adelante, Beaknose era todo trasero y codos flacos. Pasaron a toda velocidad junto a una parada de autobús, un quiosco, autos y camionetas estacionados en la acera, y filas de motocicletas aparcadas.

Oyó el jadeo constante de Parker detrás de ella. Él se estaba acercando, mientras que ella no le ganaba ni un milímetro al cabrón que perseguía.

Buscó a tientas el arma en la funda bajo su chaqueta, agradecida de que Haubert hubiera sido tan generoso. ¿Podría dispararle a este infeliz? Quizá. Incluso podría acertarle a la carrera, pero había gente alrededor.

Una anciana salió de un edificio llevando a una niña de la mano. ¿Una abuela?

La niña señaló a Miranda con el dedo mientras pasaba como un rayo.

No, no podía arriesgarse a disparar aquí.

Tres cuadras más adelante, Beaknose dobló bruscamente en una de esas esquinas de forma extraña. Miranda observó el edificio de los balcones de encaje negro, calculando su velocidad.

Le pareció que tardó una hora en llegar. Pero al fin, dobló la esquina a toda velocidad.

Y no vio nada.

Siguió corriendo, escaneando el otro lado de la calle. ¿Lo había perdido? ¿Dónde demonios estaba?

Entonces volvió a ver aquel cabello que se movía. Se le encogió el corazón. Bajaba trotando por la escalera del metro. Genial.

Se detuvo en seco, con los pulmones sibilando.

La sangre le martilleaba en la cabeza con tanta fuerza que pensó que su vena yugular podría estallar en cualquier segundo. Pero mientras forzaba el aire a entrar en sus pulmones, se prometió que no iba a dejar escapar a ese infeliz. Tras otra bocanada de aire gigantesca, echó a correr hacia las escaleras.

Bajó los escalones de concreto tan rápido como pudo.

Al final, se apresuró por el pasillo y examinó las filas de la taquilla. ¿Dónde estaba el hijo de puta?

Otro movimiento de la melena oscilante le llamó la atención.

Echó a correr. Le estaba ganando terreno. Lo tuvo a la vista cuando metió su billete en la máquina. Ella no tenía uno. Iba a subir a un tren y a escaparse limpiamente.

Corrió hacia la barrera y estaba a punto de saltar el torniquete cuando sintió que Parker llegaba por detrás de ella.

Su aliento le azotó el cuello mientras él se estiraba a su alrededor y metía un billete en la ranura. ¿De dónde demonios había salido? ¿Y cuándo había tenido tiempo de comprar billetes? No había tiempo para averiguarlo.

—Gracias —susurró y se lanzó hacia delante.

—Tómalo del otro lado —le advirtió él.

Eso fue extraño. Pero arrancó el billete de su sitio mientras pasaba disparada por las puertas.

CAPÍTULO VEINTE

El aire era agobiantemente cálido allí abajo. El olor a humedad del túnel subterráneo lleno de pasajeros le calaba en la nariz mientras pasaba a toda velocidad junto a interminables paredes de ladrillo pálido salpicadas de mapas y carteles.

Se abrió paso entre la multitud que esperaba, con el sonido de sus zapatos de vestir chasqueando contra el pavimento. De repente, el sonido fue ahogado por una banda de siete músicos, con guitarristas y bongoseros, que tocaban a todo pulmón una extraña canción francesa, con la esperanza de recibir propinas.

Ahora con Parker a su lado, aminoró el paso. Estaban en un andén.

Su rostro brillaba por el calor y la transpiración cuando un tren verde y blanco apareció y se detuvo con un siseo ante ellos. La gente empezó a empujar en todas direcciones a su alrededor, dirigiéndose a las puertas.

Se puso de puntillas, estirando el cuello.

—¿Lo ves?

Los penetrantes ojos grises de Parker brillaron mientras fijaba la mirada.

—Allí.

Ella se apoyó en su hombro para incorporarse un poco y vio a Beaknose subir al primer vagón.

—Se está subiendo.

Parker alcanzó la puerta más cercana a ellos: el último vagón. Le apoyó una mano en la parte baja de la espalda para estabilizarla y subieron justo cuando el tren arrancó.

Miranda se quedó de pie, boqueando, con los pasajeros con el ceño fruncido mirándola con desaprobación y la blusa pegada a la

piel.

Se volvió hacia Parker y bajó la voz.

—¿Está a qué? ¿Cinco o seis vagones por delante de nosotros?

—Conté seis —murmuró Parker.

Empezó a abrirse paso a empujones hacia la parte delantera del vagón en el que estaban, ganándose más miradas furiosas de sus compañeros de viaje. Cuando llegó al final, alcanzó el pestillo de la puerta y la abrió de un tirón.

El viento le dio de lleno en la cara.

Las ruedas rechinaban contra los rieles bajo ellos. Los engranajes del acoplamiento que unía los vagones chirriaban por el movimiento. Iban realmente rápido.

Un hombre en el último asiento empezó a balbucear algo en francés. Y no era sobre el tiempo. A su lado, una mujer regordeta de pelo negro y lacio parecía estar apasionadamente de acuerdo con lo que él decía.

—Ignóralos. —Parker empujó la puerta, se estiró y abrió la del siguiente vagón—. ¿Puedes pasar?

Por un momento, Miranda observó los rieles pasar a toda velocidad bajo ellos. Un paso en falso y se convertiría en papilla de Metro. No había tiempo para pensar en eso. Se sacudió los nervios, le dedicó un rápido asentimiento y dio el corto salto.

Le sostuvo la puerta abierta mientras Parker cruzaba detrás de ella.

Se habría detenido a celebrar, de no ser por las groserías parisinas que los recibieron al otro lado. Debían de ser parientes de la gente que acababan de dejar.

Se preguntó cómo se diría «que te jodan, *s'il vous plaît*». Pero no había tiempo para una lección de idiomas.

Se abrió paso a empujones por el vagón lleno de pasajeros, y ella y Parker repitieron la misma rutina al final, y obtuvieron la misma reacción amistosa en el siguiente vagón.

Tres vagones después, estaban a punto de subir al que Beaknose había abordado cuando el tren empezó a frenar.

—Nos acercamos a una parada —le siseó Parker al oído—. Rápido.

Saltó a través del hueco —ahora era fácil— justo cuando el tren se detuvo con un chirrido y las puertas se abrieron.

Una horda de pasajeros se puso de pie y empezó a arrastrar los pies hacia las salidas. Familias con niños pequeños, adolescentes, gente de negocios, ancianos. ¿Estaría Beaknose escondido entre ellos?

No sabía. No podía moverse.

—Quizá no se baje aquí —le susurró Parker al oído, leyendo sus pensamientos.

Difícil saberlo, ya que no tenían ni idea de adónde iba.

Se asomó por la ventanilla, intentando diseccionar a la multitud con la mirada. Entonces distinguió un trozo de chaqueta oscura y un largo pelo rubio y grasiento.

—Allí —señaló—. Cerca de la señal azul.

—Debía de estar cerca de la puerta cuando se abrió.

Maldita sea. Estaba casi fuera de su vista.

Miranda se puso en modo grosero y se abrió paso a codazos entre los pasajeros mientras salía disparada por la puerta hacia el andén. Luego, a través de otro túnel por donde Beaknose acababa de desaparecer.

El pasadizo parecía más largo que el anterior y aún más concurrido. Se sentía como si estuviera jugando al fútbol, esquivando a los miembros del equipo contrario que no dejaban de interponerse en su camino para impedirle marcar.

Más gritos de «*merde*» y «*connard*» y «*foutre*». Aquello era una nueva versión del método de inmersión total para aprender idiomas. Solo que no tenía tiempo para captar los matices. Todo lo que sabía era que la estaban insultando.

Ignorándolos, siguió avanzando.

Subió una escalera mecánica, bajó un tramo de escaleras, subió otro. ¿Cuántos más había? Debía de estar en el infierno del Metro.

De repente, tuvieron que detenerse para introducir sus billetes. Maldición.

Cuando reanudaron la marcha, Beaknose estaba al final de otro largo y oscuro pasillo. Parecía a un kilómetro de distancia, su larga zancada lo mantenía muy por delante.

El tipo debía de ser corredor de maratones.

Finalmente, subieron el último tramo de escaleras y salieron al exterior. Parpadeando bajo la luz del sol, Miranda pudo ver a su objetivo calle abajo.

—Allí —jadeó Parker a su lado.

Ella asintió y echó a correr.

Pasó a toda velocidad junto a una tienda elegante con bonitos vestidos de fiesta en el escaparate, una pizzería que desprendía deliciosos olores a ajo, otro café con bebedores de café en sillas que abarrotaban la acera. Más adelante, Beaknose desapareció al doblar una esquina. Se esforzó por llegar al lugar y, cuando lo alcanzó, se encontró en una estrecha callejuela adoquinada que bordeaba el Sena.

Los omnipresentes olmos daban sombra a los barcos turísticos de abajo y el olor a cañaveral del río impregnaba el aire. Siguió corriendo, con Parker a su lado.

Barandilla de hierro forjado a un lado, agua al otro. Atrapados por dos lados. Si pudieran alcanzarlo, podrían atraparlo.

Entonces, la barandilla se abrió a un carril más ancho con más tráfico. Quizá se subiera a un barco. Entonces estaría acorralado. En lugar de eso, se escabulló entre dos furgonetas aparcadas una al lado de la otra al otro lado de la calle. Ella y Parker se apresuraron hacia la parte delantera de los vehículos.

No había nadie.

Levantó la vista y lo vio desaparecer bajo un puente con elegantes figuras talladas a los lados.

Maldita sea, era escurridizo.

Volvió a arrancar, obligando a sus piernas a moverse rápido.

La sangre le golpeaba en los oídos con tanta fuerza que pensó que su cerebro iba a explotar. Necesitaba una aspirina. O una buena copa. Pero solo podía pensar en Becker en alguna habitación solitaria en algún lugar de esta ciudad con esa zorra arisca de Odette. Y en la pobre Fanuzzi, tratando de hornear para olvidar sus problemas y mantener una buena cara.

No se habían acercado más cuando Beaknose giró por una calle a la derecha.

Con el corazón destrozado, Miranda corrió hasta la esquina, giró y siguió corriendo.

El pavimento descendía, lo que facilitó un poco el esfuerzo, aunque no le estaba ganando terreno al desgraciado ni un poco. Corrieron por un largo paso subterráneo con una pasarela estrecha, subieron otra colina y finalmente llegaron a una gran plaza iluminada, salpicada de altas estatuas de hombres corpulentos junto a enormes caballos.

Ante ellos se extendía el intrincado andamiaje del monumento más famoso de París.

La Torre Eiffel.

Dios santo, ¿cómo habían llegado hasta aquí?

Demasiado sin aliento para hablar, se quedó allí, palpitando. Sentía como si sus arterias fueran a estallar, sus oídos a sangrar, su corazón a salir disparado de su pecho y a agitarse sangrientamente en medio de la plaza mientras los conductores, maldiciendo, hacían lo posible por esquivarlo.

No había corrido tan duro desde que el sádico detective Tan solía machacar a los aprendices en el gimnasio de la Agencia.

A su lado, Parker parecía tan mal como ella se sentía. Llevaba el abrigo colgado del hombro. El sudor manchaba su camisa de vestir. Tenía el pelo revuelto. Nunca lo había visto tan agotado. Ni siquiera después de una noche de sexo intenso.

Su dura mirada escrutó la fila de turistas que se agolpaban alrededor de la taquilla bajo la torre.

Tuvo que hinchar sus musculosos hombros varias veces para tomar aire antes de poder hablar. Y entonces solo asintió y dijo:

—Allí.

Se cubrió los ojos con la mano y vio al alto y flaco hijo de puta cerca del principio de la fila. Debía de haberse colado.

Reuniendo todas las fuerzas que le quedaban, cruzó la calle con Parker justo a su lado.

Antes de que llegaran a la taquilla, Beaknose había desaparecido en uno de los ascensores.

Parker se abrió paso entre la multitud.

—*Détective privé* —le dijo al enfadado taquillero.

Tuvieron un breve y acalorado intercambio, pero al cabo de un momento o dos, Parker deslizó unos billetes por el mostrador y la hosca mujer le entregó dos entradas haciendo un gesto cortante para que avanzara.

—Vamos —dijo, volviéndose hacia Miranda.

Pero ella ya se dirigía al ascensor.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Una vez más, se habían quedado muy atrás.

La cabina de Beaknose ya se había ido. La que tomaron estaba abarrotada, hacía calor y olía al queso que uno de los pasajeros debió de desayunar. Pero aquí no había ningún hombre alto y delgado con una chaqueta oscura y cabello largo y rubio sucio.

Apretando los dientes con frustración, Miranda ignoró el magnífico paisaje debajo de ellos y miró con enfado un letrero en varios idiomas que advertía a los pasajeros que tuvieran cuidado con los carteristas.

Y con los secuestradores, pensó con amargura.

Después de una eternidad, el ascensor se detuvo.

—Todo el mundo afuera —anunció alguien.

Miranda levantó la vista hacia el laberinto de vigas entrecruzadas que se extendía hacia el cielo.

—Todavía no estamos en la cima.

—Tenemos que cambiar de ascensor —le dijo Parker.

Genial. Salió de la cabina con un resoplido.

La plataforma estaba abarrotada de gente de todo el mundo. Todo el mundo sacaba fotos o señalaba los lugares de interés a sus compañeros curiosos. Todos disfrutaban de la vista y se lo pasaban de maravilla.

Mientras el viento le azotaba el cabello, Miranda examinó los rostros mientras caminaba hacia un círculo de tiendas y restaurantes. ¿Estaría Beaknose comprando un recuerdo? ¿Habría parado en algún sitio para almorzar? ¿O estaría en el otro ascensor de camino a la cima?

Podía estar en cualquier parte.

—¿Cómo lo encontramos, Parker?

Parker miró la enorme ciudad que se extendía a sus pies, hizo una pausa y luego se volvió hacia ella. Su cabello entrecano estaba alborotado por el viento de un modo sexi; su rostro, serio.

—¿Qué te dicen tus instintos?

Ella sabía a qué se refería. A esa extraña sensación que solía tener cuando estaba a punto de atrapar a un criminal. Le había revelado cosas que no podría adivinar o saber por mera observación.

El único problema era que en ese momento no sentía ninguna corazonada.

Se encogió de hombros.

—Entonces adivinamos —dijo él.

Ella se apartó el cabello de la cara.

—Si entra a una tienda o a un restaurante y damos con él, estará atrapado. Así que eso es demasiado arriesgado para él.

Parker asintió, de acuerdo.

—Y si se quedó en este piso con los turistas…

—Tarde o temprano lo encontraríamos.

La mirada de él se dirigió a los letreros de los ascensores.

—Entonces, ¿subimos o bajamos?

Se mordió el labio mientras consideraba lo que haría Beaknose.

Si bajaban, podían esperar a que él llegara a la planta baja de nuevo y atraparlo. Pero él era bueno perdiéndose entre la multitud y quizás no lo verían en absoluto. Podría haber subido para engañarlos y que lo siguieran, y luego bajar de inmediato. O podría estar allí arriba, escondido, esperando a que se dieran por vencidos y se fueran a casa.

El mirador de arriba era más pequeño. Tenían más posibilidades de localizarlo. En cualquier caso, quedarse ahí parados de brazos cruzados no iba a servir para atrapar al cabrón.

—Voto por subir —soltó al fin y se dirigió al ascensor que iba a la cima.

###

Mientras la cabina se alejaba de la plataforma y comenzaba su ascenso a las elevadas alturas, Miranda se sintió un poco mareada. Eso era inusual en ella. Se había sentido un poco alterada en su último caso, pero no le temía a las alturas.

Entonces se dio cuenta de que no había comido desde muy temprano por la mañana. Y había quemado un montón de calorías corriendo por las calles detrás de ese tipejo. Su estómago se contrajo por el tiempo que les había hecho perder.

Sintió la mano de Parker en su espalda y saboreó el consuelo de su contacto mientras observaba el fangoso río verde con sus puentes decorativos convertirse en una estrecha franja debajo, mientras que las hermosas calles arboladas cortaban en cuñas las masas de pintorescos edificios franceses que se extendían hasta donde alcanzaba la vista.

En algún lugar allá abajo, la sobrina del Chef Emile tenía a Becker. Ojalá pudieran averiguar dónde antes de que fuera demasiado tarde.

—Millones de turistas han visitado este monumento —murmuró Parker en su oído, fingiendo ser uno de ellos—. Tiene más de trescientos metros de altura y es particularmente espectacular por la noche con el espectáculo de luces.

Ella sonrió con tristeza. Lástima que no tuvieran tiempo para verlo.

—Fue construido hace más de cien años para celebrar el centenario de la Revolución Francesa. El Día de la Bastilla, que por cierto, es mañana.

Ella inspiró hondo.

—¿Mañana?

Él asintió con su estilo despreocupado, en contraste con las ominosas palabras que se clavaron profundamente en su corazón. Si no encontraban a Becker para entonces… Tenía el presentimiento de que no sería bueno.

Parker señaló hacia el este.

—Ahí está el Arco del Triunfo y los Campos Elíseos, donde estuvimos anoche. Por allí está el Louvre y Notre Dame.

Bien. Pero ¿a qué venía la lección de geografía? ¿Estaba tratando de distraerla? ¿De calmar sus nervios?

Parker señaló en la dirección opuesta, hacia un rascacielos alto y de aspecto moderno.

—Allí está Montparnasse.

Ella se tensó a medida que el significado de lo que decía Parker se hacía más claro.

—Donde está el hotel de Fanuzzi.

—Sí. Y por allí, el Barrio Latino —dijo señalando de nuevo.

Ella miró fijamente las calles que se extendían en esa dirección y luego se concentró en una de ellas.

Un punto diminuto que apenas podía distinguir avanzaba lentamente junto a un gran parque como una figura en un videojuego antiguo. Algo en el punto parecía emitir un pequeño destello de vez en cuando, reflejando la luz del sol mientras se movía. ¿Una ilusión óptica? No. Su instinto le decía que era real. Y entonces se dio cuenta de lo que era.

El largo cabello rubio de Beaknose ondeando tras él.

—¿Es él? —le susurró a Parker.

—Creo que sí.

Sintió que su corazón se deslizaba por una viga hasta el pavimento. Había adivinado mal.

—Maldita sea.

Parker guardó silencio.

Y entonces las palabras de él calaron hondo. El Barrio Latino. Donde Henri dijo que estaba ese bar donde vio a Odette por última vez. ¿Cómo se llamaba? Entonces lo recordó.

—Deberíamos ir a *Joyeux*.

—Exactamente lo que pensaba. Volvamos a bajar y encontremos a Nadeau.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Chac-chac-chac. Chac-chac-chac. Chac-chac-chac.

Dave Becker abrió los ojos y frunció el ceño ante la visión borrosa de la mujer de pelo negro que cortaba zanahorias en la mesita de madera al otro lado de la habitación. Un ronquido constante provenía de alguna parte. Con rigidez, Dave giró el cuello y vio al hombre grande y tatuado dormido en un sofá roto y manchado en la esquina. Parpadeó con fuerza y se esforzó por mirar alrededor de la habitación, pero no vio al segundo hombre por ninguna parte.

Le palpitaba la cabeza y le dolían los hombros por tener los brazos atados a la espalda. Seguía en la silla. ¿Cuánto tiempo había estado inconsciente? ¿Horas?

Y entonces recordó la llamada telefónica.

La voz de Joanie. Lo había llamado pastelito. Sonaba tan enojada. Y luego tan asustada. Si tan solo pudiera oír su voz de nuevo. Si tan solo le permitieran hablar con ella. Le diría cuánto la amaba. Que ella siempre había sido la única para él. Que no podría vivir sin ella. Si es que iba a vivir…

Se le humedecieron los ojos y su mente empezó a acelerarse mientras repasaba una y otra vez en su cabeza las palabras de la mujer de pelo negro: «*Recuperará a su esposo cuando el chef Emile me dé lo que quiero*».

¿El chef Emile?

Ese era el profesor de Joanie en *Le Gastronomique Divine*. Ella lo adoraba. Pensaba que era genial y que sabía mucho sobre los secretos de la repostería. Había estado tan emocionada con todo lo que estaba aprendiendo de él. Y había dicho que ella también le

agradaba. Le hacía cumplidos que ponían celosas a las otras estudiantes.

Esa era su Joanie. Nadie podía cocinar y hornear como ella.

Pero ¿qué quería la mujer de pelo negro del chef? ¿En qué demonios estaba metido él? ¿Era esto una especie de red de narcotráfico? ¿Y qué tenía que ver *él* con eso? Tal vez lo habían confundido con otra persona.

La mujer dejó de cortar. Recogió las zanahorias con el cuchillo y las puso en una sartén. Se dirigió a la pequeña cocina y colocó la sartén en la diminuta estufa. El vapor chisporroteó de su contenido, llenando la habitación con un aroma delicioso.

A Dave se le hizo agua la boca. *Mirepoix*, pensó. Zanahorias, cebolla y apio. Eso lo había aprendido de Joanie. ¿Era esa mujer una chef también? ¿Otra de las estudiantes del chef Emile? ¿Una rival?

El tipo grandote en el sofá soltó un bufido y se dio la vuelta. El olor lo despertaría pronto. Tal vez Dave podría sacarle algo de información a la mujer antes de que lo hiciera.

Se las arregló para sonreírle.

—Vaya, qué bien huele.

Ella levantó la cabeza de golpe y lo fulminó con la mirada. Pero no habló.

—Debes ser una gran cocinera.

Lo ignoró, se volteó hacia el fregadero y limpió su cuchillo. Luego sacó una olla grande de abajo, le echó un poco de mantequilla y regresó a la mesa con un pollo grande. Empezó a cortar el ave con un gran cuchillo de carnicero, sin quitarle a Dave la mirada cautelosa de encima.

Chas, chas.

—¿Fricasé de pollo? —adivinó—. ¿Aprendiste eso del chef Emile?

Ella curvó su labio rojo.

—Cállate, americano.

Eso no había salido bien. Intentó de nuevo.

—Mi esposa hace ese plato. Es uno de mis favoritos.

Ahora los ojos de ella centellearon.

—¿Cómo te atreves a insultar mi cocina comparándola con la de tu esposa?

Uh, oh. Tema delicado. Pero eso le indicaba que tenía una alta opinión de sus habilidades. ¿Quizás era una restaurantera rival?

Le dio la espalda y colocó los trozos de pollo en la sartén. El delicioso olor a carne dorándose llegó a su nariz. Pensó que estaba a punto de babear cuando una llave traqueteó en la cerradura y el hombre alto y delgado entró por una puerta y apareció en la habitación.

Llevaba la misma ropa que antes. Pantalones oscuros y camiseta, una fina chaqueta oscura, muy anodino. Llevaba un reloj de oro en la muñeca y una cadena de oro alrededor del cuello con una cruz al final. Su rostro angosto estaba demacrado y su pelo rubio y sucio parecía aún más grasiento que antes. Dave sabía que su propia nariz no era pequeña, pero la de este tipo tenía una curva desagradable que le daba un aire de maldad. Al arrugarla con disgusto, parecía cansado y de muy mal humor.

Quitándose la chaqueta, la arrojó a los pies del sofá y luego le dio un codazo al hombre grande.

—Levántate.

La mujer puso una tapa a la olla y cruzó rápidamente el suelo. Recogió la chaqueta y la colgó en un gancho en la pared.

—¿La vio? ¿Le dijo lo que quiero?

El corazón de Dave dio un vuelco. ¿Estaban hablando de Joanie? ¿De esa llamada?

—Oh, claro que la vi. Fue directo a él, tal como lo planeamos. —El hombre se acercó con aire despreocupado a la estufa y levantó la tapa de la olla. Retirándose su largo pelo rubio y sucio, aspiró el contenido por sus grandes fosas nasales—. ¿Qué estás preparando?

—No importa —espetó la mujer, tomando una cuchara de madera —. ¿Qué dijo él?

Entornando los ojos, el hombre volvió a poner la tapa en la olla.

—Tiene amigos.

La mujer parpadeó con una pequeña sacudida.

—¿Qué quiere decir?

—Amigos —repitió él como si ella no fuera muy brillante—. Un hombre y una mujer.

Dave levantó la cabeza bruscamente. Lo sabía. Steele y el señor Parker estaban aquí.

—Son buenos. La mujer me caló de inmediato en el mercado.

—No —susurró ella.

—Reconocí a la mujer. Ha estado en la televisión, en las noticias. Es una investigadora privada. Igual que el hombre que la acompaña. Es su esposo.

El corazón de Dave saltó de alegría. Lo sabía. Lo sabía.

El hombre grande se acercó pesadamente a la estufa donde estaban los otros dos.

—¿Estamos seguros aquí? —Su acento sonaba de Europa del Este. Ruso, pensó Becker.

—Estamos seguros por un tiempo —dijo el hombre alto.

La mujer le dio un golpe en el pecho al hombre alto con la cuchara.

—Usted me dijo que no nos descubrirían aquí.

Curvando su delgado labio sobre unos dientes demasiado blancos, él le arrebató la cuchara y la puso sobre la mesa con un golpe seco.

—Eso fue antes de que alguien fuera lo suficientemente estúpido como para hacer una llamada anoche con un número de teléfono conocido.

La mujer lo miró fijamente, asimilando el mensaje.

—Podemos deshacernos del teléfono entonces.

—Idiota. Lo rastrearán hasta la torre de telefonía celular más cercana.

—¿Y?

—Y que es solo cuestión de tiempo antes de que nos encuentren. Los dos detectives fueron a tu apartamento. Una vez más, la mujer me vio. Ambos me persiguieron.

La cocinera contuvo el aliento.

—¿Qué pasó?

—Les hice seguir una pista falsa a la Torre Eiffel. Me dirigía al sur cuando finalmente los perdí. Estarán persiguiendo su propia cola por un tiempo.

¿Qué dijo? ¿Que los había llevado en la dirección equivocada? Eso significaba que no estaban al sur de la Torre Eiffel. Eso no le decía mucho.

El hombre grande regresó pesadamente al sofá con sus gruesas botas de trabajo y se desplomó.

—¿De cuánto tiempo disponemos?

Las manos de la mujer de pelo negro se dispararon al aire.

—Olvida eso. ¿Qué hay de mi tío? ¿Va a hacer lo que le digo? ¿Me va a nombrar jefa del restaurante?

¿Tío? ¿El chef Emile era el tío de esta mujer? Dios Santo.

Con los ojos entrecerrados, el hombre alto le dirigió una mirada gélida mientras se acercaba a ella.

—Se me olvidaba la mejor parte. Los dos amigos, el hombre y la mujer, visitaron a alguien en la Inteligencia francesa.

¿Inteligencia francesa? ¿Steele y Parker estaban involucrando a la Inteligencia francesa? El corazón de Dave se encendió con un estallido de esperanza.

El hombre grande soltó una risa que no era una risa.

—Tus viejos terrenos.

—*Oui* —dijo él sin mirar atrás.

Entonces el hombre grande frunció el ceño.

—¿Por qué fueron allí?

—No lo sé. Pero significa que nuestro tiempo es corto.

La mujer puso las manos en las caderas.

—¿A qué te refieres con que es corto?

—Sé cómo trabajan. Tenemos tiempo suficiente para nuestro propósito. —El hombre delgado dio otro paso ominoso hacia ella.

La mujer retrocedió, sus grandes ojos se abrieron desmesuradamente. Por primera vez, Dave vio miedo en ellos.

—¿Viejos lugares conocidos? ¿Propósito? ¿De qué diablos está hablando?

—El juego ha cambiado.

Ella negó con la cabeza. —*Non, non, non*. El juego es el mismo de siempre. Cuando mi tío me ponga al frente de *Chez Amando*, les pagaré a cada uno mil euros. Y todo esto habrá terminado. Es lo que acordamos. Es lo que prometieron.

Dave calculó mentalmente. Mil euros por dos era un poco más de dos mil cien dólares.

El hombre alto empujó a la mujer contra la pared, puso una mano a cada lado de ella. —Odette, qué chica tan tonta es usted. ¿Creyó que nos arriesgaríamos a ir a la cárcel por unos míseros mil euros?

Odette. El nombre de la mujer era Odette. Y en lugar de su habitual respuesta furiosa, en ese momento parecía muy asustada.

—¿Quieren más dinero? ¿Cuánto?

Él se rio. Una risa profunda y gutural que le erizó el vello de la nuca a Dave. —¿No tenía ni idea de con quién estaba tratando cuando preguntó por mí en *Joyeux*, verdad?

—Quería que hicieran un trabajo. Pregunté por alguien que pudiera hacerlo.

Con una sonrisa de labios finos tan aterradora como su risa, el hombre alto hizo un gesto hacia atrás. —¿Se da cuenta de quién es Grigori? ¿A qué se dedica? ¿Dónde adquirió sus habilidades?

Con terquedad, Odette se cruzó de brazos. —No me importa.

—Oh, pero debería importarle. —Tomó un mechón del largo cabello negro de su cola de caballo y lo enroscó en su dedo índice—. La mafia rusa. Es un torpedo.

—No sé qué significa eso. —Intentaba sonar displicente, pero le temblaba la voz.

Y Dave también empezaba a temblar. Él sabía lo que era un torpedo. Un asesino a sueldo. ¿Y para la mafia rusa?

Desde el sofá, el hombre corpulento llamado Grigori gruñó en señal de asentimiento. —Cuando me pidieron que traficara con niños en el mercado de esclavos, me negué en redondo.

—¿Lo ve? Tiene escrúpulos. Pero no lo dejarán ir. Y por eso necesita una nueva identidad —dijo el hombre alto—. Un nuevo país. Una nueva vida. Y para eso necesita dinero.

Odette seguía luchando por mantener el control mientras arqueaba una ceja con indignación. —¿Y qué hay de usted? ¿Usted qué quiere?

—¿*Moi*? —rio entre dientes el hombre alto—. Como le dije en *Joyeux*, soy como usted. Sé lo que es trabajar durante años y años.

Pasar por un infierno, arriesgar la vida una y otra vez. ¿Y cuál es la recompensa? El ascenso, el puesto que tanto anhela, se lo dan a otro hombre. Quiero lo que me corresponde.

—Pue… puedo darles dos mil a cada uno. Posiblemente dos mil quinientos. Pero es todo lo que tengo. Mi tío no paga exorbitantemente.

Ante esto, el hombre alto echó la cabeza hacia atrás y se rio. Después de haber disfrutado de lo que fuera el chiste, sus ojos se entrecerraron de nuevo sobre Odette, con una pregunta en ellos. —¿De verdad no lo sabe, o sí?

Soltó el aire en un resuello. —Quizás podría responder a eso si entendiera de qué está hablando.

Por fin, el hombre bajó los brazos y se alejó. —Como usted bien sabe, París es una ciudad llena de ricos. Especialmente en la orilla derecha. Los financistas, los poderosos, los bellos. Frecuentan tiendas de ropa de lujo. Apartamentos de lujo. Restaurantes de lujo. Despilfarran su dinero como si fuera basura. Pero desde muy joven aprendí de mi padre que los más ricos aquí no son los banqueros, ni los políticos, ni los famosos. Son los dueños de los restaurantes. —Se giró y miró a Odette como si fuera un trozo de queso mohoso—. Y los más ricos de todos son la familia Amando.

Ella pareció mareada mientras lo miraba fijamente. —Se equivoca. Somos gente trabajadora. No tenemos riquezas.

Una vez más, el hombre echó la cabeza hacia atrás y su risa resonó en la habitación. Debían estar lo suficientemente lejos de la ciudad como para estar seguros de que nadie lo oiría.

—Su familia nada en la abundancia.

—*Conneries* —espetó ella. Frotándose los brazos, se alejó de la pared y fue hacia la estufa.

Antes de que pudiera revisar su plato, el hombre alto la agarró del brazo. —Su tío tiene una bóveda secreta. Contiene décadas de los ahorros de la familia. La quiero.

Ahora le tocó a ella reír. —Está equivocado. No existe tal bóveda. Me lo habría dicho.

—Le creo que no lo sepa. Es una chica ignorante. Tiene mal genio. Su tío es demasiado sabio para contarle este secreto.

Con una mueca de desdén, se zafó de su agarre. —Incluso si fuera cierto, si mi tío no me devuelve mi trabajo, ¿cómo podría yo hacer que me entregara todo ese dinero?

La comisura del labio del hombre alto se curvó hacia arriba. Se inclinó hacia ella y le dio un único beso en el cuello. —Usted no puede —susurró—. Pero yo sí.

Ella se dio la vuelta, la mirada asustada de vuelta en su bonito rostro. —¿Qué quiere decir?

A Dave se le empezó a erizar la piel. Sintió su propia sangre latir en las sienes.

—Esta es la razón por la que acepté su propuesta y le pedí a Grigori que me acompañara. Estuve dispuesto a dejar que pensara que estaba al mando por un tiempo. Fue divertido. Pero es obvio que no sabe lo que hace. No le dio a su tío una fecha límite. No le dijo cómo contactarle.

Ella señaló a Dave. —Contactaremos a la esposa de este hombre.

El hombre alto soltó un breve siseo. —¿Y dar a las autoridades otra oportunidad de localizar la antena de telefonía móvil? —Se giró hacia la encimera, cerca del fregadero. Tomó el cuchillo de carnicero que Odette había usado con el pollo y lo limpió. Con el trapo en la mano, pivotó y se enfrentó a Dave.

Sus ojos eran los más fríos que Dave había visto jamás. Por un momento, no pudo respirar.

Entonces el hombre empezó a caminar hacia él. —Le enviaré a su tío un mensaje que no olvidará. ¿Cómo es la frase de la película americana? «Una oferta que no podrá rechazar».

Dave tragó saliva con dificultad, intentando humedecer su boca lo suficiente para hablar. Se le había secado como el vermut. —Yo… yo… yo —tartamudeó. «Contrólate», se ordenó a sí mismo—. Eh, oiga. Quizá pueda ayudar. Con lo de la antena, quiero decir. Puedo codificar la señal. Soy un hacker bastante bueno. —Intentó sonreír, pero le salió una risa débil y patética.

—¿Y dejar que le diga a su esposa y a sus dos amigos dónde está usted?

—No sé dónde estoy.

—Pero si es un hacker como dice, ¿cómo sabría yo que no está pasando algún tipo de señal?

Buen punto. —Le prometo que no lo haré. Solo quiero volver con mi esposa. No le diré a nadie lo que han hecho. De verdad.

El hombre le sonrió con condescendencia, y la suficiencia en su expresión era tan palpable que le revolvió el estómago a Dave.

—Grigori.

El hombretón se puso de pie. —¿Sí?

—Sujétalo.

De nuevo, las botas de trabajo de Grigori resonaron contra el viejo suelo de madera. Dave pensó que se le iba a parar el corazón.

Una vez más se humedeció los labios para poder hablar. —¿Qué va a hacer?

—Oh, nada demasiado drástico. Todavía no. —Ladeó la cabeza, estudiando a Dave como si fuera una piedra por esculpir—. Empecemos por ahí. —Hizo un gesto—. Desátale un brazo.

El hombre corpulento desapareció detrás de él. Dave sintió su gran mano apretarle la muñeca. Automáticamente, se retorció en la silla. —No. No lo haga. Por favor.

Grigori forcejeó con las cuerdas. Su mano quedó libre.

Se retorció de nuevo. La silla se cayó con un fuerte estrépito.

—No lo sueltes.

—Lo tengo. —El hombre corpulento le estiró el brazo contra el suelo.

—Esto servirá. —El hombre alto se arrodilló. Presionó la mano de Dave, le separó los dedos y levantó el cuchillo de carnicero sobre su cabeza.

La visión de Dave se volvió borrosa. Podía oler el pollo quemándose en la olla olvidada. En un minuto, él estaría igual.

La mujer chillaba con su acento francés: —¿Qué hace? ¿Qué está haciendo? —pero sonaba muy lejana.

—No, no, no —gimoteó Dave como un cachorro.

Se odió a sí mismo por ello. Qué gallina era. ¿Qué pensaría Steele de él? ¿Qué diría el señor Parker? Pero de repente, eso no importó.

¡Joanie!

Al instante siguiente, la hoja cayó, cortando carne y hueso mientras su mandíbula se abría de par en par en un grito espeluznante.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Miranda le clavó la mirada más feroz que tenía a la mujer al otro lado de la barra del bar.

Era una mujerona de unos cincuenta años con la tez curtida. Y baja. Lo alto de su cabello rojo y encrespado le llegaba a Miranda a la nariz. La ropa oscura y el delantal blanco que llevaba deberían haberle dado un aire deferente. En cambio, sus labios apretados solo mostraban beligerancia.

Las luces de globo verdes del bar se reflejaban en las botellas de whisky y los azulejos rojos de la pared. Bajo el brillo dorado, se fulminaron con la mirada.

La camarera fue la primera en ceder.

—Como ya le he dicho varias veces, *madame*, no sé absolutamente nada de este hombre ni de su acompañante.

Empujó el teléfono de Parker con las fotos de Odette y la escena del *Jacques du Coeur* de vuelta por la barra.

Miranda estudió la larga lista de opciones de comida y bebida garabateadas en una pizarra contra la pared. Consideró arrancar la pizarra de sus ganchos y partírsela en la cabeza a la camarera.

Parker debió de leerle el pensamiento. Recogió el teléfono y le deslizó su tarjeta a la mujer.

—Si llega a recordar algo, por favor, llámenos.

Miranda sintió la mano de él en su espalda, indicándole que lo dejara. Sí, tenía razón. No iban a llegar a ninguna parte con esa perra.

Dejó que la sacara del lugar.

De nuevo en la calle, Miranda esperó en la acera, cerca de una fila de bicicletas de alquiler.

—Sabe algo. Puedo sentirlo.

Parker asintió mientras Nadeau llegaba en el Audi. Abrió la puerta y Miranda se metió en el asiento trasero.

—¿Algo? —preguntó Nadeau.

—Nada —dijo Miranda mientras Parker se acomodaba a su lado.

El agente federal tardó un momento en entender lo que había dicho, luego sacudió la cabeza y se marchó con una expresión de disgusto que sustituyó a su anterior aire engreído.

Lo habían perdido cuando siguieron a Narizotas hasta el metro. Él había intentado pedir refuerzos, pero la ruta tenía varias líneas de conexión y no pudo volver a encontrarlos. Después de localizarlos finalmente fuera de la Torre Eiffel y descubrir que el hombre de aspecto sospechoso que los había estado observando había desaparecido hacia el sur, se había estado dando de cabezazos contra la pared.

Ahora había agentes en las calles del Barrio Latino, buscando a un hombre con la descripción de Narizotas. Sin embargo, no había garantía de que alguien lo encontrara. Ese tipo parecía saber cómo volverse invisible.

De repente, a Miranda le vino un recuerdo.

—Vi a ese tipo en el mercado esta mañana. —Un escalofrío le recorrió la espalda—. Debió de vernos con Fanuzzi y el chef Emile.

Parker asintió.

—Comprobando su progreso con el tío de Odette.

Que era nulo. Un cosquilleo nervioso se apoderó del estómago de Miranda.

—Todavía no hay noticias del *Directeur* —les informó Nadeau con gravedad—. ¿A dónde ahora?

Justo cuando las palabras salían de la boca del conductor, su celular vibró. Miró la pantalla. Hablando del rey de Roma.

La clase ha terminado. ¿Y ahora qué?

—Es Fanuzzi.

—Vamos a recogerla —dijo Parker—. Y a almorzar.

Almorzar. Ah, sí. Existía tal cosa como la comida.

—De acuerdo.

###

Recogieron a Fanuzzi en la misma pintoresca callejuela donde habían hablado con Henri esa mañana. Intentó mostrar una cara esperanzada, pero se veía más demacrada y agotada por la preocupación que nunca. Les dijo que el chef Emile había intentado llamar a Odette al menos cinco veces más.

Seguía sin contestar.

Parker le presentó a Nadeau en términos discretos, asegurándole a la pobre mujer que ahora había gente encargándose del caso.

Mirando distraídamente por la ventana, ella asintió.

Encontraron un tranquilo bistró en una esquina y devoraron una sabrosa sopa de tomate y albahaca, y una ensalada contundente con jamón, queso, papas y un huevo duro. Nadie quería comer, pero todos estaban demasiado hambrientos y agotados como para no hacerlo.

Los cuatro comieron mientras Fanuzzi no paraba de hablar sobre la tarta de limón que la clase había hecho ese día.

—Es muy importante que la mantequilla esté a la temperatura justa.

—Ajá —respondió Miranda y se metió un trozo de huevo en la boca.

Fanuzzi agitó una mano en el aire.

—Y los limones no pueden estar demasiado maduros. Y no puedes hornear la masa de menos… ni batir el relleno de más.

Miranda asintió.

—Muy importante. —Nunca había aprendido a cocinar. Era más de comer.

—Y el chef Emile nos dijo que la guarnición de arándanos que hicimos hoy tenía que ser tanto sabrosa como original.

—¿Creyó que la tuya era la mejor?

Fanuzzi se sonrojó y asintió encogiéndose de hombros.

—Sí.

Se lo merecía. Era buena en lo que hacía. Y Parker estuvo brillante al distraerla con el tema de la cocina.

Contenta de que su amiga pudiera tener un respiro, Miranda alargó la mano hacia su vaso de agua.

Y entonces fue un golpe de realidad cuando Fanuzzi vio lo que había debajo de su chaqueta.

—Vas armada —susurró, con los ojos como platos.

Miranda se limitó a negar con la cabeza.

Gracias a Dios, Fanuzzi captó el mensaje no verbal y asintió. Pero se puso dos tonos más pálida.

De vuelta en el auto, Parker consultó con Haubert una vez más, y como no había noticias, sugirió que volvieran al hotel a tomar un respiro.

Como no se les ocurría ningún otro ángulo que investigar, a Miranda le pareció bien hacer una pausa.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Frente al hotel, dejaron que Nadeau se fuera para revisar algunas ideas que tenía en la central y entraron arrastrando los pies, con el corazón encogido.

Mientras cruzaba el anticuado piso de baldosas en damero hacia el ascensor, Miranda oyó al conserje llamarlos. —*Monsieur*, *mesdames*. Esperen un momento.

Parker se dio la vuelta. —¿Qué sucede?

—Lamento molestarlos, pero ha llegado un paquete para *madame* Becker.

Las cejas de Parker se enarcaron en perfecta sincronía con las de Miranda.

—¿Un paquete? —dijo él.

—*Oui*. Fue entregado hace como media hora.

Siguió a Parker de vuelta al pulido mostrador de la recepción, con Fanuzzi pegada a ella.

—Aquí está —anunció el conserje con voz cantarina, como si fuera una fiesta, y deslizó por la superficie una pequeña caja cuadrada con un bonito lazo rojo brillante.

—Es la sorpresa de Dave. —La voz de Fanuzzi sonó lejana mientras extendía la mano para tomarla.

Miranda le bloqueó el brazo al mismo tiempo que Parker. —No lo toques —dijeron a la vez.

Fanuzzi la miró a ella con el ceño fruncido, y luego a Parker. —¿Por qué no? —Y entonces comprendió la respuesta y bajó el brazo —. Oh.

—¿Hay algún problema? —El conserje parecía preocupado de que pudieran darle una mala reseña en algún sitio web de viajes.

—¿Sabe usted que el esposo de *madame* Becker está desaparecido? —dijo Parker con autoridad en su tono.

Los ojos del hombre se abrieron como platos. —*Oui*, pero pensé que había regresado. ¿No es así?

—No es así —dijo Miranda secamente.

—Lo siento muchísimo, *madame*.

Parker se metió la mano en el bolsillo, le dio una propina al hombre y luego sacó un pañuelo. El mismo que había usado en el apartamento de Odette. Con cautela, lo extendió sobre su mano y levantó el paquete.

¿Qué iban a hacer con él?, se preguntó Miranda.

—Subamos a la habitación —dijo Parker.

Era un lugar tan bueno como cualquier otro. Parecía demasiado pequeño para contener una bomba. Ella asintió y se dirigieron al ascensor.

###

En la habitación, Miranda cerró la puerta mientras Parker dejaba el paquete sobre el pequeño escritorio. Fanuzzi, mientras tanto, daba vueltas, nerviosa como un gato enjaulado.

—¿Qué es? ¿Qué creen que hay ahí dentro? —Los ojos de Fanuzzi comenzaban a llenarse de lágrimas.

—Simplemente estamos tomando precauciones —le dijo Parker.

«Precauciones mis polainas», pensó Miranda. Pero no se atrevió a decirlo en voz alta o su amiga podría estallar.

—Deberíamos hacer que Nadeau regrese —le dijo a Parker—. Que alguien de Inteligencia procese esa cosa antes de que la abramos.

Con la mandíbula tensa, Parker consideró la idea por un momento, y luego negó con la cabeza. —Tardarían demasiado en llegar. Esto podría ser un mensaje.

¿Un mensaje diciéndoles qué hacer a continuación? ¿O dónde encontrar a Dave? «Vivo», esperaba. Pero él tenía razón.

—Está bien. Pero ten cuidado.

La comisura de su labio se curvó en una sonrisa amarga. —Ya sabes que siempre tengo cuidado, querida. Igual que tú.

Sí, claro. Empezó a fruncirle el ceño y luego se contuvo. Fanuzzi parecía a punto de desmayarse.

—¿Vas a abrirlo o vamos a quedarnos aquí parados hasta que nos salgan raíces?

Sin responder, con las manos aún cubiertas por su pañuelo, Parker deshizo el lazo con delicadeza. Se desató fácilmente y cayó alrededor de la caja. Parecía una pequeña caja de pastelería con una solapa en la parte superior.

Parker la presionó y la tapa se abrió.

Él miró dentro. Miranda vio cómo su rostro palidecía.

—Dios Santo.

—¿Qué es? —se abalanzó ella al mismo tiempo que Fanuzzi.

—Quédense atrás. —Parker se dio la vuelta y sujetó a su amiga entre sus brazos—. No quieres ver esto, Joan.

Ella se resistió, sin dudar en usar sus rudos movimientos de Brooklyn. —Tengo derecho a verlo. Estaba dirigido a mí.

Mientras los dos forcejeaban, Miranda se movió para echar un vistazo dentro del recipiente. Oh, Señor. Una punzada aguda de náusea le retorció las entrañas como si un trapo sucio fuera estrujado por un hombre fuerte.

Se le aceleró el pulso y, de repente, la habitación pareció demasiado cálida.

Aturdida, se quedó mirando el contenido de la caja.

La uña con la sangre seca debajo. El color azulado de la piel. El borde irregular por donde, al parecer, había sido cercenado.

La punta del dedo meñique de alguien. Tenía que ser de Becker.

No se mareaba muy a menudo, pero en ese momento, pensó que podría vomitar.

Entonces oyó a su lado un chillido agudo que sonó como la sirena de un camión de bomberos.

Miranda se giró para mirar a Fanuzzi y se le partió el corazón en dos. La piel de su amiga, normalmente de tono oscuro, tenía un color grisáceo, como el de un fantasma. Tenía los ojos hundidos y muy abiertos, al igual que su boca, en un círculo retorcido de horror. Parecía que iba a desmayarse.

Miranda intentó sujetarla, pero ella negó con la cabeza, se dio la vuelta y corrió hacia la cama.

Se arrojó sobre ella y empezó a gemir contra la almohada. —Mi Dave. Mi Dave. ¿Qué le están haciendo? ¿Qué le han hecho?

Parker tocó el brazo de Miranda y habló en un susurro. —Voy a llamar a René para que venga un equipo a procesar esto de inmediato.

Ella asintió. —La llevaré a nuestra habitación. No necesita estar aquí para eso.

—No, ya ha visto más que suficiente. —Su voz sonaba hueca. Miranda sabía que él sentía el dolor casi tan intensamente como Fanuzzi.

Se acercó a la cama, se sentó junto a su amiga y le tocó la espalda. Su cuerpo todavía se sacudía por los sollozos. —Vamos, Fanuzzi. Vamos a mi habitación.

Ella se giró, con la cara hinchada y enrojecida por las lágrimas, con rastros de maquillaje corriéndole por las mejillas. —¿Por qué?

Parecía aterrorizada. Y tan desdichada que lo único que Miranda pudo hacer fue dejarse caer en la cama a su lado y abrazarla.

Durante varios largos minutos, sollozó contra su hombro, empapando la blusa de Miranda. Y a ella no le importó en absoluto.

—¿Qué voy a hacer, Murray? ¿Qué voy a hacer?

—Vas a llorar a gusto. Luego, vas a recomponerte. Vamos a traerlo de vuelta, Fanuzzi. Tienes que creerlo. —No podía creer las palabras que salían de su boca. Nunca antes había sido muy buena consejera.

Fanuzzi se incorporó, tomó un pañuelo de papel de la caja que había en la mesita de noche y se sonó. —No estoy segura de poder hacer eso.

—Claro que puedes. Eres fuerte. Eres de Brooklyn. Y Becker también.

Lentamente, asintió, con el pañuelo presionado contra su nariz enrojecida.

En su bolsillo, vibró el celular de Miranda.

Sintió que Fanuzzi se tensaba como una víbora. —¿Quién es?

—Déjame ver. —Lo sacó, buscó el mensaje de texto, lo leyó. Y sonrió—. Es de Wendy. —El segundo del día. Aunque la hora era diferente en casa. Este había sido enviado esa mañana.

Hola, Miranda. No estaba segura de si debía decírtelo anoche, pero esta noche tengo una cita. Mi primera cita. ¿Te gusta mi vestido?

Había una foto de la bonita joven de pelo oscuro que ahora llevaba en rastas modificadas. Sostenía un colorido conjunto de fiesta contra su cuerpo.

—Wendy va a tener su primera cita. ¿Ves? —Le mostró la foto a su amiga, esperando distraerla.

Funcionó. Fanuzzi tomó el teléfono y esbozó una sonrisa maternal. —Guau, Miranda. Qué genial. Qué vestido más bonito. Iris debe de haberla ayudado a elegirlo.

—Probablemente. —La madre de Wendy tenía un gusto tan elegante como el de Parker.

—¿Wendy también tiene una cita? —preguntó él desde el otro lado de la habitación.

Fanuzzi ladeó la cabeza. —¿Eh?

Miranda se encogió de hombros. —Mackenzie tuvo su primera cita ayer. —Recuperó el teléfono y se quedó mirando el mensaje.

—Oh, Dios mío, Murray. Y no estás ahí para ver a ninguna de las dos. Yo… lo siento mucho.

—No seas ridícula. —Le tomó la mano y se la apretó con fuerza —. Fanuzzi. Tienes que saber que no hay otro lugar en el que preferiría estar ahora mismo que aquí.

Sus labios se apretaron de nuevo y asintió secamente. Hasta ahí llegó la distracción.

—Vamos. No sé tú, pero yo necesito una ducha.

—Claro.

Mientras sacaba a Fanuzzi de la habitación, miró por encima del hombro y vio que Parker le dedicaba un gesto de ánimo con la cabeza.

Parker mantuvo el contacto visual con su esposa hasta que la puerta se cerró. Entonces, soltó una lenta y larga bocanada de aire en un intento inútil de calmarse mientras se dirigía a la cama que las

dos mujeres acababan de dejar. Se desplomó en el borde, sintiendo como si tuviera las tripas envueltas en alambre de púas.

Dave Becker. Su colega. Su amigo. ¡Qué agonía debía de estar sufriendo! Dios Santo, ¿qué planeaban hacerle esos monstruos?

Se cubrió el rostro con las manos y elevó una plegaria. *Dale valor. Permite que resista. Y, sobre todo, ayúdanos a encontrarlo. Pronto.*

CAPÍTULO VEINTICINCO

La ducha habría sido un pedacito de cielo…, si no hubiera estado en medio de un verdadero infierno.

En el estrecho cubículo, Miranda se apoyó en los azulejos antiguos y dejó que el agua se llevara su sudor, su fatiga y sus amargas lágrimas.

No podía dejar que Fanuzzi la viera llorar. Pero podía tomarse un momento allí, en la privacidad de ese espacio cerrado, para llorar a Becker a su manera. E imaginar su dolor, su miedo.

Recordó la forma torpe en que solía saludarla cuando era nueva en la Agencia. Siempre se había preguntado cómo había logrado entrar. Pero a medida que lo fue conociendo, se dio cuenta de que había mucho temple bajo esa fachada nerviosa.

Vamos, amigo. *Resiste*. *Ya vamos en camino*.

Dios mío, que fuera verdad. Todavía no tenían ni idea de dónde tenían retenido a Becker.

Cuando terminó de ducharse, se secó y se puso un par de jeans oscuros y una camiseta sencilla de color azul marino para pasar la tarde.

—¿Quieres usarla? —le preguntó a Fanuzzi al salir de la habitación llena de vapor, frotándose el pelo con la toalla rígida del hotel.

—Lo haré en mi habitación cuando esa gente termine —dijo sentada junto a la ventana, con la mirada perdida en el edificio de al lado—. ¿Cuánto tiempo tardarán?

Fanuzzi debía de haberla oído a ella y a Parker hablar de Rene y su equipo en su habitación.

—No lo sé, pero estos tipos son muy buenos. Haubert fue alumno de Parker hace años. Uno de sus mejores empleados.

—Bueno saberlo —dijo sin sonar convencida.

Miranda se dio cuenta de que estaba perdiendo la esperanza. A ella misma le costaba mantenerla, pero no podía dejar que su amiga perdiera la fe. Eso no ayudaría en nada.

Dejó la toalla a un lado y se pasó los dedos por su espeso y rebelde cabello.

—Oye, ¿alguna vez te conté lo mucho que estudiaba Becker cuando éramos agentes en entrenamiento en la Agencia?

—La verdad es que no.

—Se mataba estudiando. De verdad que aprendió bien lo suyo. Y cuando hicimos el examen de artes marciales, venció a un tipo que le sacaba como cinco kilos y tenía mayor alcance.

Aún con la vista clavada en la ventana, Fanuzzi asintió.

—Gracias, Murray —sabía lo que Miranda intentaba hacer.

Asegurarle que Becker era mucho más rudo de lo que aparentaba. Podía sobrevivir a esto. Y si había una oportunidad de escapar de sus captores, la aprovecharía. Si el equipo de rescate no llegaba a él primero. Miranda anhelaba formar parte de ese equipo. En ese preciso momento, le encantaría patear algunos traseros franceses.

Estaba a punto de decirlo en voz alta cuando sonó un teléfono y ambas dieron un brinco.

Fanuzzi se volvió hacia ella, con una pregunta en sus grandes ojos marrones. Pero era su celular el que sonaba.

—Contesta —le dijo Miranda.

Con una mirada aturdida, Fanuzzi se metió la mano en el bolsillo y sacó el aparato.

—No conozco este número —pulsó *Hablar* y sostuvo el teléfono para que Miranda pudiera oír.

Cuando el suave acento francés masculino sonó por el altavoz, Miranda se alegró de poder escuchar.

—¿Recibió mi regalito, *Madame* Joan?

Miranda sintió que todos los músculos que la ducha había relajado se tensaban de nuevo.

Fanuzzi parpadeó como si el sol le diera en los ojos.

—¿Q-qué?

—Ya me oyó.

Sus ojos ardieron.

—Sí, lo recibí.

Antes de que pudiera añadir «hijo de puta», Miranda se llevó un dedo a los labios.

Fanuzzi asintió.

—Eso fue para demostrarle la seriedad del asunto.

Los hombros de Fanuzzi se sacudieron mientras contenía su rabia.

—Está bien. Hice lo que Odette pidió. Su tío está dispuesto a hablar.

El sonido que salió del teléfono a continuación fue una risa tan fría que a Miranda le dio escalofríos.

—Las exigencias han cambiado.

—¿Cómo que han cambiado?

—El Chef Emile Amando tiene un tesoro familiar —dijo—. Vale más de cien millones de euros.

Fanuzzi parpadeó de nuevo. Esta vez como si alguien la hubiera golpeado en la cara.

La voz se tornó oscura y amenazante.

—Dígale al Chef Emile que tiene veinticuatro horas para entregarme ese tesoro. Yo le diré dónde. ¿Entiende?

A Fanuzzi se le abrió la boca. Parecía incapaz de hablar.

—¡Respóndame! ¿Entiende?

Miró a Miranda. Miranda asintió.

—Sí. Sí, entiendo. Pero..., ¿dónde está usted?

—Cien millones de euros —repitió la voz.

—Esa parte la entendí —dijo Fanuzzi—. ¿Dónde está?

—Dígale que si no hace lo que le digo, mataré tanto a su esposo como a su sobrina y arrojaré sus cuerpos al Sena.

Fanuzzi se puso de pie de un salto.

—Ni se le ocurra volver a lastimar a mi Dave. Ni a Odette tampoco —sonaba como si estuviera regañando a uno de sus hijos —. Dígame dónde está. Dígamelo ahora mismo.

No era la forma de tratar a un secuestrador peligroso, pero no importaba. La llamada ya se había cortado.

El que llamó había colgado.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Con su amiga justo detrás, Miranda irrumpió en la diminuta habitación de Fanuzzi y vio que estaba llena de agentes federales.

Dos tipos con el pelo rapado y traje formal estaban junto al escritorio, tomando fotos de la cajita blanca, mientras una mujer rubia con un traje sastre azul marino le sacaba las huellas dactilares. Nadeau había regresado y estaba de pie junto a la ventana, con las gafas de sol subidas sobre la cabeza calva y el celular pegado a la mejilla. Parecía tan angustiado como ellas.

—Parker —siseó Miranda, levantando un brazo para detener a Fanuzzi.

Él se giró hacia ella y, por la alarma en su rostro, supo al instante que tenía algo malo que decirle. Las hizo pasar a ella y a Fanuzzi a la habitación y cerró la puerta.

Los tres se agruparon en un pequeño espacio cerca de la cama.

—¿Qué pasa? —dijo él en voz baja.

Fanuzzi lo agarró del brazo con un agarre de muerte. —Ay, Wade. Acabo de recibir otra llamada.

—Creo que fue el tipo —añadió Miranda, manteniendo la voz baja.

Parker entrecerró los ojos. —¿El que perseguimos?

—¿Que lo persiguieron? —Los ojos de Fanuzzi estaban desorbitados por el pánico.

No le habían contado esa parte. No había tiempo para explicaciones, así que Miranda solo asintió. Luego le contó a Parker lo que había dicho el que llamó.

—Dios mío. —Sujetó el brazo de Fanuzzi y ella aflojó el agarre—. ¿Es eso cierto, Joan? ¿El chef Emile tiene tanto dinero?

Ella se encogió de hombros. —¿Cómo diablos voy a saberlo?

Parker pensó un momento. —¿Usó el teléfono de Dave para llamar?

—No —dijo Miranda—. Esta fue desde otro número.

—Aun así, puede que podamos encontrar la torre celular que usó. —Le hizo una seña con el dedo a Nadeau, que seguía en la ventana.

Nadeau colgó el celular y se acercó rápidamente. —¿Qué pasa?

—Hemos recibido otra llamada —le dijo Parker—. Fue desde un número diferente.

—Probablemente uno desechable esta vez. Más difícil de rastrear.

A Miranda también se le había ocurrido esa idea.

Parker le contó a Nadeau sobre las amenazas del hombre y su exigencia del «tesoro» de los Amando.

—*Mon Dieu*. —Nadeau se quitó las gafas de sol y se frotó la calva —. Parece que se están volviendo más listos, más audaces, y quieren más.

Ahora empezaba a tener sentido. Miranda se dio una palmada en la sien. —Claro. Este tipo, el que perseguimos hoy, está tomando el control. Amenazó con matar a Odette y también a Dave. Eso significa que ella ya no está al mando.

Parker la miró fijamente un momento y luego asintió con un gesto sombrío. —A la sobrina del chef Emile la situación se le fue de las manos.

Las piezas estaban encajando. —Odette conoció a este tipo en el bar al que ella y su ex solían ir. Tal vez él coqueteó con ella, la engatusó, o tal vez ella solo quería a alguien que hiciera el trabajo que tenía en mente. Probablemente no tenía idea de que esto llegaría tan lejos.

—Pero ¿cómo supo él de este tesoro familiar? —preguntó Nadeau.

La expresión de Parker se ensombreció de nuevo. —Podría ser que llevara tiempo planeando robarlo y Odette simplemente le dio la oportunidad.

Fanuzzi se llevó ambas manos a la cabeza y comenzó a caminar en círculos por el reducido espacio, como si le picara todo el cuerpo. —Esa loca de mierda va a hacer que maten a mi Dave y a ella misma solo porque está enojada con su tío. ¿Qué diablos le pasa?

Ojalá nunca hubiéramos venido aquí. Ojalá nunca hubiera visto París. Ojalá nunca hubiera oído hablar del chef Emile.

Se cubrió la cara con las manos y comenzó a sollozar de nuevo, sin importarle quién la estuviera viendo.

Miranda la rodeó con un brazo y la acercó. —No va a pasar. No vamos a dejar que lastimen a Becker. —A estas alturas, en realidad no le importaba lo que le pasara a Odette.

Fanuzzi siguió sollozando como si no hubiera oído a Miranda.

Parker volvió a estirar la mano y le tocó el hombro. —Contrólate, Joan.

—¿Por qué? —gimió—. ¿De qué servirá?

—De mucho. Tú eres la que tiene que decirle al chef Emile que debe entregar el tesoro de su familia a los secuestradores.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Los agentes federales tardaron unos veinte minutos en terminar y desalojar la habitación, y Fanuzzi en asearse y cambiarse, algo en lo que Miranda insistió a pesar de las protestas de su amiga.

—¿Dónde crees que esté el chef Emile ahora? —preguntó Miranda mientras Fanuzzi se ponía bruscamente un suéter verde brillante sobre su blusa beige sin mangas.

Se encogió de hombros mientras se dirigía a la puerta. —Tiene que estar en el restaurante. Dijo que esperan una gran multitud mañana y que, además, recibirán a varios dignatarios como parte de las celebraciones del Día de la Bastilla. Sonaba como si su lugar fuera a estar a reventar.

El Día de la Bastilla. Parker había mencionado que era mañana. Esta visita sin duda complicaría esos planes.

Parker le sostuvo la puerta a Miranda y salieron al pasillo. Fanuzzi ya estaba junto al ascensor, tamborileando con el pie en el suelo.

—Al Chez Amando, entonces —dijo él—. Vayamos por las escaleras.

—Buena idea.

Corrieron hasta el final del pasillo hacia el hueco de la escalera, bajaron a toda prisa hasta el primer piso y pronto estuvieron de pie en la acera. El sol comenzaba a ponerse y el aire se había vuelto fresco.

Nadeau había regresado a la central con sus compañeros, así que Parker les consiguió otro taxi y se dirigieron hacia la elegante ribera derecha.

El taxi los llevó por una ancha avenida arbolada con portones de hierro y estatuas y una cúpula dorada en la distancia. Pasaron lentamente por una rotonda y luego, una vez más, cruzaron el Sena.

Mientras unos caballos alados dorados sobre altos pilares observaban, el conductor sorteaba el tráfico sobre el ancho puente.

Unas vistas preciosas, pero Miranda apenas se fijó en ellas.

Mientras miraba el agua verdosa, se preguntó si el desgraciado al que perseguían de verdad arrojaría dos cuerpos al río. Parecía un buen lugar para que te atraparan.

Rezaba para que estuviera fanfarroneando. Pero el dedo ensangrentado de Becker le decía que no era así.

El tráfico era apenas tolerable y a su lado Fanuzzi no paraba quieta. Apretando los dientes, murmuró por lo bajo: —¿Es que esta cosa no puede ir más rápido?

Miranda no la culpaba. Se sentía exactamente igual. Ojalá Parker pudiera sacarse un helicóptero del bolsillo.

Después de zigzaguear por calles flanqueadas por edificios aún más elegantes de los que había visto hasta ahora, giraron en una pequeña callejuela y el taxista se detuvo frente a un edificio de cinco pisos con la entrada adornada con nogal tallado y oro.

Sin perder de vista a Fanuzzi, Miranda salió del taxi y dejó que Parker las acompañara a ambas al interior.

###

En el vestíbulo, Miranda echó un vistazo al interior del comedor, el delicioso aroma de los caros platos gourmet le hacía cosquillas en la nariz.

Santo cielo, qué lugar tan lujoso.

Parker la había llevado a muchos restaurantes de lujo, muchos de ellos con una decoración del Viejo Mundo. Pero esto era otra cosa.

Todo estaba cubierto de marfil y adornos dorados. Una gruesa alfombra persa en el suelo parecía que al caminar se sentiría como un suave plumón. Velas y flores se erguían en altos jarrones de cristal sobre las mesas, donde comensales bien vestidos conversaban en voz baja mientras los candelabros que colgaban del techo con adornos dorados se reflejaban en sus copas de vino. El cuadro entero estaba acentuado con música elegante y enmarcado por altos ventanales arqueados con vistas a un jardín.

Estos sí que eran los verdaderos arcos dorados.

Un *maître d'* de esmoquin los saludó. Tenía el pelo cano peinado hacia atrás, cejas espesas a juego y una cara tan arrugada como la de la tortuga para la sopa. Se quedó mirándolos con la postura de un hombre que sufre de hemorroides.

—*Bonjour*, *mesdames*, *monsieur*. —Sonrió, pero miraba los vaqueros de Miranda como si ella fuera una rata muerta—. ¿Tienen reservación?

Parker, que se había puesto unos pantalones de vestir informales y un blazer, sacó una tarjeta de visita y la colocó sobre el mostrador frente al hombre. —Estamos aquí por un asunto oficial. Necesitamos ver al chef Emile de inmediato.

El hombre canoso tomó la tarjeta y la examinó con aire altanero. —Esto es muy inusual. Lo siento. Al chef Emile no se le puede molestar. —Le devolvió la tarjeta a Parker.

Parker se la devolvió al hombre. —Si le informa al chef que estamos aquí, estoy seguro de que nos recibirá.

El hombre le devolvió la tarjeta a Parker de nuevo. —Mis órdenes son no molestarlo.

Miranda sintió ganas de darle a ese tipo una patada rápida entre las piernas de sus pantalones planchados.

En cambio, Parker le dirigió al hombre una de sus miradas penetrantes. —El chef Emile se molestará de verdad si no lo vemos. Le aseguro que es un asunto de vida o muerte.

El tono de Parker fue tan convincente que el *maître d'* no supo qué responder.

Una familia con tres niños pequeños entró por la puerta. Les siguió una pareja joven. El momento perfecto para que el negocio se animara.

El viejo Cara de Piedra decidió que no quería tratar con detectives en ese momento. Le hizo una seña a un camarero, que se acercó corriendo.

—*Oui, Monsieur* Le Blanc?

—Andre, lleva a esta gente a la cocina. Quieren ver al chef Emile.

La boca de Andre se abrió ante la petición «tan inusual».

—Ahora, *s'il vous plait*.

—*Oui, bien sûr*. —Haciendo reverencias y cumplidos, Andre retrocedió hacia una puerta. Luego se puso rígido—. Síganme.

Se dio la vuelta y el grupo marchó por un lado del comedor, con los clientes observándolos con una curiosidad majestuosa, hasta que Andre abrió una puerta en la parte de atrás y los hizo pasar por un pasillo largo y oscuro.

El corredor parecía no tener fin y los olores a comida se hacían más fuertes a medida que avanzaban. Pero al fin, Andre empujó una puerta batiente y de repente se vieron bañados de luz, ruido y acero inoxidable.

Era un caos orquestado.

En una larga estufa con un montón de hornillas, cocineros vestidos de blanco salteaban afanosamente brebajes chisporroteantes en sartenes. A lo largo de otra mesa, otro grupo de blanco cortaba sin parar. Al otro lado, los camareros entraban y salían a toda prisa, gritando órdenes en francés y enganchando comandas en un disco de acero inoxidable sobre sus cabezas.

El olor era increíble. El ruido, insoportable. Pero el chef Emile no aparecía por ninguna parte.

—Está por aquí —dijo Andre, anticipándose a la pregunta de Miranda. Y con un gesto de cabeza, los condujo por un estrecho pasillo de baldosas hacia un pequeño rincón donde había una gran pizarra.

A medida que se acercaban, Miranda pudo ver palabras garabateadas por todas partes y al chef Emile de pie frente a ella con un hombre más bajo, tiza en mano, soltando una andanada en francés que sonaba muchísimo a las palabrotas que había oído en el metro.

De mal humor, el hombre bajo le respondió algo, señalando aquí y allá en la pizarra.

Pudo distinguir palabras como «bourguignon», «salade», «crème brûlée», «aperitif». Debía ser el menú para las festividades de mañana. Hablando de que la comida es tu pasión.

El chef Emile se llevó las manos a la cabeza como si el plan en la pizarra fuera a ser un desastre total. Realmente estaba en negación.

Intentando enterrarse en el trabajo para no tener que pensar en Odette.

Pero Fanuzzi no iba a permitir que eso sucediera. Se adelantó a Andre.

—¡Chef! —Su ladrido fue el que usaba para gritarles a los pavimentadores en la cuadrilla de la carretera.

El hombre alto con el gorro alto se puso rígido y se dio la vuelta lentamente, con alarma en el rostro. —*Madame* Joan. Y ustedes dos. ¿Cómo entraron aquí?

Andre se interpuso a la fuerza entre Fanuzzi и el chef. —Le pido disculpas, chef Emile. *Monsieur* Le Blanc me pidió que los trajera ante usted. Debería haberme negado.

Lamebotas, pensó Miranda.

—Está bien, Andre. Continúe con sus deberes. Usted también, Labossiere. —Hizo un gesto para que se fueran.

El hombre bajo se fue con un «Pfft», mientras que, con varias reverencias más, el joven camarero se dio la vuelta y se escabulló.

Fanuzzi puso una mano en el brazo del chef. —Chef, tienes que…

Él se soltó de su agarre, retrocediendo. —*Madame* Joan, ¿no te lo he dicho? He intentado contactar a Odette muchas veces hoy. No contesta su teléfono. No hay nada más que pueda hacer.

—Hemos recibido otra llamada de los secuestradores —dijo Parker con severidad.

Ante la palabra «secuestradores», el chef se encogió como un cachorro al que hubieran golpeado con un periódico por orinar en el suelo.

—Esta vez había un hombre en la línea.

—Uno de los hombres con los que creemos que su sobrina está conspirando —añadió Miranda.

Con una mirada perdida en sus ojos, el chef Emile negó con la cabeza. —Lo siento, pero como pueden ver estoy muy ocupado en este momento. Debo prepararme para las festividades de *la Fête nationale* de mañana. El Día de la Bastilla. Si Odette me llama…

Los ojos de Fanuzzi se convirtieron en ascuas oscuras e incandescentes. —El hombre del teléfono me dijo que había un tesoro.

—*Quoi*?

Fanuzzi agitó las manos sobre su cabeza como si estuviera a punto de perder el control. —El tesoro de la familia Amando. Te da veinticuatro horas para entregárselo —menos que eso ahora— o va a matar a mi Dave y a tu Odette y arrojará sus cuerpos al Sena.

Los ojos azul pálido del chef Emile se abrieron aún más y se volvieron vidriosos. Negó con la cabeza. —*Non*. Mienten. Esto no puede ser.

Miranda dio un paso hacia el hombre. —Lo oí con mis propios oídos, chef. Llamó a Fanuzzi hace una hora. Va a volver a llamar para decirnos dónde entregar el dinero.

Ahora sí que Fanuzzi perdió el control. —¡Le cortó un dedo a mi marido y me lo envió en una caja!

Como si alguien le hubiera dado un puñetazo en el estómago, el chef Emile se dobló y se tambaleó hacia una pequeña mesa en la esquina. Se hundió en una silla y se llevó la cabeza a las manos.

—*Mon Dieu, mon Dieu*. Oh, mi preciosa pequeña Odette, ¿qué has hecho? ¿En qué te has metido? —Sus lamentos eran tan desgarradores como los de Fanuzzi, pero ninguno de ellos podía permitirse el lujo de afligirse ahora.

Parker se acercó a su lado, le puso una mano en el hombro. —Tenemos gente en la Inteligencia francesa tratando de determinar su paradero. Pero si no pueden hacerlo a tiempo, tenemos que estar preparados para hacer lo que dijo el hombre del teléfono.

—¿Inteligencia francesa? —El chef Emile miró al vacío.

—Chef —dijo Parker suavemente—. ¿Existe tal tesoro?

El chef Emile se frotó las manos, sus ojos azul pálido se llenaron de lágrimas, su boca torcida en una mueca como si acabara de despertar de una pesadilla. Pero la pesadilla apenas comenzaba.

Lentamente, negó con la cabeza. —No lo sé.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Lanzándose sobre el chef, Fanuzzi lo agarró de las solapas de su chaqueta blanca cruzada y lo sacudió.

—¿Cómo que no sabes?

—¡Joan! ¡Contrólate! —Parker la apartó del hombre y ella se quedó siseándole como un perro rabioso.

—Por favor, explíquenos, chef —dijo Parker con su tono tranquilo y racional.

Miranda se metió las manos bajo las axilas para contener las ganas de golpear al tipo ella misma. Cuando él empezó a responder, se obligó a escuchar.

El chef miró por la esquina para asegurarse de que estuvieran solos, luego levantó sus manos de dedos largos con un gesto de impotencia.

—Según la leyenda de la familia Amando, mi tatarabuelo era muy cercano a uno de los presidentes de la Tercera República. Cocinaba para él. Al presidente le encantaban los platillos que creaba solo para él. Sus recetas originales se han transmitido de generación en generación.

Miranda se mordió el labio con impaciencia. No necesitaban una lección de historia culinaria en ese momento.

—Cuando el presidente envejeció, le dio a mi tatarabuelo una donación. —El chef hizo un gesto amplio—. Este mismo restaurante y suficiente dinero para mantenerlo durante varios años. Se decía que, además de ser un chef talentoso, mi antepasado era muy frugal y un buen inversionista. Ahorró el dinero. Al igual que mi bisabuelo cuando se hizo cargo del lugar.

Miranda resistió el impulso de pasarse el dedo por la garganta en un gesto de «corta el rollo».

—Todos mis antepasados fueron hombres de negocios inteligentes. Durante la ocupación, mi abuelo conseguía provisiones dándoles de comer a los generales nazis. Se las arregló para pasar una parte de las provisiones a la Resistencia. Salvó a mucha gente que de otro modo habría muerto de hambre.

Noble. Miranda esperaba que este Amando fuera igual de generoso.

—Fue cuando murió mi bisabuelo que empezaron a abundar los rumores sobre este supuesto tesoro de la familia Amando. Algunos decían que era una pistola de Napoleón. Otros insistían en que debían ser las joyas de María Antonieta. Otros decían que era una pintura de DaVinci. Con el paso de los años, la especulación se volvió cada vez más extravagante. Y estas fantasías todavía se difunden hoy en día.

¿Qué? Miranda lanzó las manos al aire.

—¿Fantasías? ¿Especulaciones? ¿Está diciendo que no hay ningún tesoro?

—Estoy diciendo que no sé si existe o no. —Bajó la voz—. Pero en la habitación que cada Amando ha ocupado como oficina a lo largo de los años hay una caja fuerte. Mi padre una vez me dijo que el tesoro estaba ahí.

Miranda vio cómo los ojos de Fanuzzi se llenaban de lágrimas y cómo un músculo en la mandíbula de Parker se crispaba.

—¿Dónde está esa caja fuerte? —preguntó él.

Con cautela, el chef los miró a cada uno a los ojos, uno por uno.

Luego se levantó.

—Síganme.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

El chef Emile los condujo por un pasillo corto y subió por una escalera de caracol hasta las habitaciones del piso de arriba. Al final de otro pasadizo, se detuvo y abrió una puerta.

—Mi oficina.

Miranda siguió a Fanuzzi al interior.

La habitación sin ventilación tenía aproximadamente la mitad del tamaño de la oficina de Parker en la Agencia, y se veía unos doscientos años más vieja. En un rincón había un ornamentado escritorio con incrustaciones de caoba. Formaba un semicírculo, como una mesa de comedor redonda cortada por la mitad. Detrás, una silla de cuero color canela decorada con capitoné.

Las paredes eran de un tono mostaza oscuro que ella había visto en trabajos de metal antiguos. Las lámparas parecían algo concebido por Toulouse-Lautrec.

Contra la pared del fondo, una alta ventana arqueada estaba cubierta por un grueso brocado. El espacio restante de la pared estaba lleno de mesas decorativas y librerías con viejos y polvorientos volúmenes, todo lo cual le daba al lugar un olor a rancio.

Era obvio que los Amando que habían dirigido el lugar a lo largo de las décadas habían pasado poco tiempo aquí. Sin duda, siempre estaban en la cocina.

En medio de la habitación, Fanuzzi se dio la vuelta, examinando los muebles centenarios.

—No veo ninguna caja fuerte —dijo, con la voz quebrada.

—Está detrás de ese archivador.

El chef Emile señaló un alto arcón de madera de aspecto antiguo con intrincadas tallas en los costados y elegantes tiradores de latón

en forma de remolino. Estaba contra la pared opuesta al escritorio y parecía pesado y ominoso.

—Entonces, movámoslo —dijo Parker.

Se colocó a un lado del arcón mientras que el chef Emile se fue al otro. Después de muchos gruñidos y esfuerzos, los dos hombres empujaron el mueble unos metros lejos de la pared.

Incrustada en esa pared había una puerta cuadrada de unos setenta y cinco centímetros de ancho, de la misma altura y a la misma distancia del suelo.

Simétrica.

Su superficie era de un bronce deslucido con un borde decorativo a lo largo de sus cantos con coloridas formas arremolinadas, como el glaseado de un pastel. Parecía vieja. De siglos de antigüedad.

Y en su centro había un dial de combinación a la antigua.

—No te quedes ahí parado. Ábrela —exigió Fanuzzi.

El chef Emile levantó las palmas de las manos con una mueca de vergüenza.

—Eso es lo que he estado tratando de decir. No sé la combinación. Se perdió y nunca me la dieron. Que yo sepa, nunca se ha abierto.

Miranda lo miró fijamente. Fanuzzi lo miró fijamente. El rostro de Parker era de granito duro.

—¿No me creen? Es verdad. Si supiera la combinación, ya la habría abierto yo mismo.

Miranda puso una mano en su cadera.

—¿Qué demonios significa eso?

El rostro del chef adoptó una expresión adusta mientras cerraba los ojos y negaba con la cabeza.

—Me avergüenza admitirlo. He tomado algunas malas decisiones en los últimos años.

—¿De qué estás hablando? —La voz de Fanuzzi tenía un filo de histeria.

El chef levantó las manos en otra expresión de impotencia.

—La economía ha estado mal. Los costos de los alimentos han subido. Los gastos han subido. Las ventas han bajado. La gente,

incluso los ricos, ya no sale a cenar tanto. El año pasado saqué un préstamo. Un préstamo de pago único. Vence el próximo mes.

—Pero puedes pagarlo, ¿verdad? —dijo Fanuzzi.

—No. No puedo.

—¿Qué pasará?

—El banco se quedará con el restaurante.

Buen momento para sincerarse sobre sus problemas financieros. Pero a Miranda no le importaba este restaurante. Si había algo de valor en esa caja fuerte, iba a salvar a Becker.

Se volvió hacia Parker.

—¿Puedes abrir esa cosa?

—Puedo intentarlo.

Se ajustó los pantalones y se agachó frente a la caja fuerte. Le dio unas cuantas vueltas al dial, luego apretó la oreja contra la puerta y comenzó a juguetear con la cerradura con esos talentosos dedos suyos.

—Lo conseguirá —le susurró a Fanuzzi.

Miranda había visto a Parker en acción antes y conocía la magia que esos dedos podían hacer. Por no mencionar las cosas que podía hacerle a ella con ellos. Conocía sus matices de primera mano.

De un lado a otro. De un lado a otro. A la derecha. A la izquierda. A la derecha de nuevo. Uñas prolijamente cuidadas sobre la pátina de la antigüedad, sonsacando la combinación.

Contuvieron la respiración y esperaron. Si hubiera habido un reloj en la habitación, su tictac habría sido el único sonido.

Después de una eternidad, Parker alcanzó el tirador de latón, le dio un tirón y frunció el ceño.

Fanuzzi fue la primera en volver en sí.

—¿Qué pasa?

—Se está resistiendo.

—Pues sé más insistente —le dijo Miranda.

Él se volvió y le dedicó una mirada que era mitad afecto, mitad irritación. Luego se cuadró de hombros y volvió a la carga. Una vez más giró el dial de un lado a otro, de un lado a otro, escuchando con atención, con la oreja pegada al metal antiguo.

Miranda se cruzó de brazos, tratando de contener su ansiedad. Solo podía imaginar lo que esto le estaba haciendo a Fanuzzi. *Vamos, Parker. Tú puedes hacer esto. Eres el rey del allanamiento de morada*.

Pero una caja fuerte era diferente a la cerradura de una casa.

Una vez más Parker agarró el tirador y tiró. Nada.

—Maldición.

Miranda podía sentir la furia creciendo bajo su piel.

—Necesitas un estetoscopio.

—Por desgracia, dejé el mío en casa —su tono irónico le provocó un dolor de estómago.

De nuevo Parker apretó los dientes, reunió toda su concentración y giró el dial.

Y de nuevo esperaron. De un lado a otro. De un lado a otro. De un lado a otro. Esta vez, Miranda creyó poder oír los latidos del corazón de Fanuzzi en la quietud.

Se mordió el labio mientras observaba los fuertes dedos de Parker deslizarse alrededor del tirador.

A la tercera va la vencida. Tenía que ser esta. Sus músculos se contrajeron mientras le daba un tirón.

—¡Carajo! —Se puso de pie—. No se oyen suficientes clics de los números —parecía que quería patear la cosa.

Fanuzzi corrió hacia la caja fuerte y tiró del tirador como si pudiera abrirla con pura fuerza de voluntad.

—¿Qué demonios le pasa a esta cosa? —Miró a Parker con los ojos de una niña suplicante—. ¿No podemos llamar a un cerrajero?

Con un gemido, el chef Emile se pasó las manos por la cara.

—Lo hice una vez. No pudo abrirla.

—¿No podemos intentar con alguien más?

—Las tiendas están cerradas. Todo el mundo se está preparando para el Día de la Bastilla mañana.

Miranda sintió que se volvería loca en cualquier momento. Tenían que sacar ese tesoro de esa maldita caja fuerte.

Puso los puños en las caderas y fulminó a la cosa con la mirada.

—Deberíamos darle con un mazo.

Los ojos azules y acuosos del chef Emile se abrieron de par en par.

—Es una pieza histórica.

Fanuzzi se dio la vuelta y le gritó:

—¿Crees que una pieza histórica vale la vida de mi Dave?

Parker puso las manos en los hombros de Fanuzzi.

—Hay problemas estructurales, Joan —dijo con voz calmada—. Este edificio es viejo. Podríamos derrumbar la pared. No sería seguro. Además, me temo que todo eso llevaría demasiado tiempo.

Fanuzzi se soltó de su agarre y comenzó a caminar frenéticamente por la habitación.

—Tienes razón. Estamos perdiendo el tiempo. Solo necesitamos juntar algo de dinero. El imbécil que me llamó no sabrá si es el tesoro o no.

Miranda miró a Parker.

—¿De dónde vamos a sacar cien millones de euros?

Fanuzzi agitó las manos con un gesto italiano de impaciencia.

—Podemos falsificar una parte. La mayor parte. Usar algo real encima y el resto debajo sería falso.

—¿Y qué pasa si se da cuenta antes de que recuperemos a Becker y a Odette?

—No lo sé. No lo sé —se dirigió a una pequeña silla en la esquina y se hundió en ella—. Lo único que sé es que quiero que mi Dave vuelva.

Miranda se acercó a ella, le acarició la espalda.

—Lo sé. Todos queremos. Ya se nos ocurrirá algo —aunque no tenía ni la más remota idea de qué.

Parker se frotó la nuca.

—Seguramente su padre puso la combinación en un lugar seguro, chef.

—Quizás. Pero no sé dónde.

Fanuzzi se levantó de un salto y se fue al escritorio redondo, con forma de mesa.

—Tal vez la pegó aquí debajo —se agachó para mirar—. O debajo de un cajón. Encontré una nota de amor de una chica debajo de uno

de los cajones del escritorio de mi hijo Charlie. Se sintió tan avergonzado cuando la encontré.

Miranda se agachó en el lado exterior del escritorio, pasó la mano por debajo de la parte trasera del elegante borde.

Nada.

—Ayúdenme con esto, chef.

Parker y el chef Emile se pusieron a trabajar en el antiguo archivador, sacando cajones, mirando debajo de ellos, revisando papeles viejos y polvorientos.

Revisaron las librerías, los libros, las mesas, cada centímetro cuadrado del lugar... y no encontraron absolutamente nada.

Miranda resistió el impulso de mirar su reloj, pero sabía que el tiempo se les escapaba entre los dedos vacíos.

El chef Emile levantó las manos y luego las dejó caer a los costados, con los hombros caídos por la tristeza y la frustración.

—No sé qué decir.

—Piensa, chef —suplicó Fanuzzi—. Tiene que haber algo que recuerdes que tu padre te haya dicho. Seguramente te dio una pista alguna vez. ¿Quizás cuando eras niño?

El chef Emile se hundió en la silla de cuero de su escritorio y contempló el desastre que habían hecho en la oficina de su familia. Parecía agotado y derrotado, como si hubiera envejecido diez años desde que llegaron.

Se frotó la frente con sus largos dedos.

—Estoy tratando de recordar algo. Lo que sea.

De nuevo hubo silencio en la habitación. Esta vez un silencio de desesperación.

De repente, Fanuzzi se enderezó.

—Espera un minuto. ¿Cuál es ese dicho que siempre le dices a la clase? ¿El que tu padre siempre decía?

—*El secreto está en la receta*.

—Sí, ese es. «El secreto está en la receta».

—*Oui*. Me lo decía todo el tiempo. «Recuerda, Emile», decía. «*El secreto está en la receta*». Pero no tiene sentido. Una buena receta, por supuesto, es clave. Pero hay más en la mejor cocina que la receta. Hay imaginación. Visión. Talento.

La niebla comenzó a despejarse en la cabeza de Miranda.

—Entonces, ¿por qué su padre le decía eso?

—No lo sé. Espere —el chef Emile se puso de pie de un salto y chasqueó los dedos—. Acabo de recordar algo. *Oui*, por supuesto. ¿Por qué no lo pensé antes?

—¿Qué? —exigió Fanuzzi.

—Fue en mi primera comunión. Mi padre y yo tuvimos un momento a solas en el salón. Me sentó en su regazo y me dijo lo orgulloso que estaba de mí, que quería que siempre estuviera a la altura de la reputación familiar. Y entonces dijo…

—¿Qué? —exigió Miranda.

—Dijo que si alguna vez tenía problemas. Si necesitaba dinero, que recordara *El secreto está en la receta*. El secreto está en la receta.

Parker frunció el ceño.

—Chef, ¿está diciendo que…?

Él asintió con euforia.

—*Oui*! *Madame* Joan, es usted una genio. La combinación de la caja fuerte debe de estar escondida en la receta.

Miranda se cruzó de brazos.

—¿Qué receta?

—Debe ser aquella por la que mi familia es más famosa. La *Pièce Montée* de Chocolate Oscuro Amando.

—¿Eh?

—Oh, es una creación maravillosa. El chef Emile nos habló de ella en clase —Fanuzzi de repente volvió a su modo culinario—. Capas y capas de todo tipo de *profiteroles*.

—¿Eh? —repitió Miranda.

—Pastelitos de crema. Forman un *croquembouche*. Es una torre en forma de cono de ellos, unidos con un glaseado.

—Un glaseado del mejor chocolate oscuro de Francia. La receta familiar —añadió el chef Emile.

—Sí. Eso es una de las cosas que la hace tan única.

Menos mal que eso quedó claro.

—Una *pièce montée* puede tener cualquier forma. Pero las creadas por la familia Armando son conocidas por su arte —explicó

Fanuzzi—. Pueden imitar una corona, una torre, un monumento famoso o un castillo. Para otros, el chocolate puede ser oscuro, con leche o blanco. También puede haber caramelo. Pero la *pièce montée* de Armando siempre se hace con el mejor chocolate oscuro del mundo, como dijo el chef Emile.

Miranda quería sacudir a su amiga. Esta información no era una gran aclaración. A menos que…

—¿Estás diciendo que…?

El chef volvió a asentir.

—*Oui*. La combinación de la caja fuerte está de alguna manera escondida en la receta.

Miranda no estaba convencida.

—¿Cómo?

Fanuzzi agitó las manos con impaciencia.

—Una receta está compuesta de números. Media taza de esto, dos cucharaditas de aquello. De alguna manera, estos números tienen que darnos la combinación.

—De nuevo, ¿cómo?

Fanuzzi parpadeó hacia ella, luego levantó los brazos.

—Tendremos que averiguarlo.

—Sé la receta de memoria. Mi padre me obligó a memorizarla. La traduciré al inglés —el chef Emile encontró un bloc de papel y un lápiz en el desorden, se sentó en el escritorio una vez más y comenzó a escribir.

Parker se acercó al escritorio y miró por encima de su hombro.

—Es bastante larga.

—La creación es enorme —dijo Fanuzzi.

—Se me ocurren diez combinaciones de números diferentes solo con lo que ya tiene ahí.

Las esperanzas de Miranda comenzaron a hundirse como el Titanic.

—¿Qué estás diciendo, Parker?

—Nos llevará mucho tiempo descifrarlas todas.

Y probablemente se quedarían sin tiempo.

—Bueno, tendremos que ponernos manos a la obra —dijo Fanuzzi. Se apresuró a ir a la caja fuerte—. Léeme los primeros

números. Lo intentaré.

El chef Emile leyó tres.

Fanuzzi giró el dial en una dirección y luego de vuelta.

—Son cinco en la secuencia —dijo Parker—. Eso lo he determinado.

—De acuerdo, dame dos más.

El chef obedeció.

Fanuzzi giró el dial, tiró del tirador. Nada.

Miranda se llevó la mano a la frente. Esto era un callejón sin salida. Necesitaban hacer otra cosa. Estaba a punto de llevar a Parker a un lado para decírselo cuando sonó su celular.

Contestó y ella observó su rostro, con el estómago hecho un nudo.

—Sí. No, nada aquí… Estaremos allí en veinte minutos.

El corazón de Miranda estaba en su garganta.

—¿Qué?

La mirada firme de Parker se encontró con la de ella.

—Era Haubert. Tiene algo para nosotros.

CAPÍTULO TREINTA

No pudieron convencer a Fanuzzi de que abandonara la receta, así que la dejaron con el chef Emile para que siguiera intentando descifrar los números que contenía.

Fue mejor así. Por muy dura que pudiera ser su amiga, Miranda estaba segura de que Haubert no quería a la esposa angustiada de una víctima de secuestro en sus oficinas. Ella y Parker habían tenido suerte de poder entrar. Y en su estado emocional, Fanuzzi solo estorbaría.

El sol se había puesto y París resplandecía con toda su célebre gloria.

Mientras el taxi los llevaba una vez más por el Sena, Miranda observó los barcos turísticos que se deslizaban por el agua y pensó en las vacaciones románticas que se suponía que Fanuzzi y Becker estaban disfrutando. Ojalá ella y Parker pudieran devolverles al menos un poco de eso.

Bajo el cielo nocturno, la fortaleza que era la oficina de la Inteligencia francesa parecía un castillo oscuro de una película de terror.

Era extraño que un lugar como ese pudiera darle esperanzas. Pero a estas alturas, Miranda tenía mucha más fe en lo que Haubert y su gente podían hacer que en unos números ocultos en una receta de más de cien años.

###

Dentro, los pasillos estaban tan oscuros y lúgubres como antes. Pero cuando entraron en la zona de Haubert, encontraron luces brillantes y una sala llena de ruidosa actividad.

Agentes con trajes oscuros llevaban papeles de un escritorio a otro, se agrupaban para señalar las pantallas de las computadoras y

charlaban animadamente en francés con muchos gestos. A Miranda le pareció reconocer a un par de ellos de esa tarde, pero todos estaban demasiado absortos para prestarles atención a ella o a Parker. El ambiente estaba cargado de una tensa emoción.

Algo grande estaba pasando.

—Ahí están —el grito de Haubert vino de un rincón lejano mientras se apresuraba por el borde que dividía el pequeño mar de escritorios. Levantó una mano y les hizo un gesto para que se acercaran mientras se volvía hacia su gente y gritaba una orden—. Todos, a la sala de reuniones en cinco minutos.

—¿Qué tiene? —siseó Miranda cuando llegaron hasta el hombre al mando. La atmósfera electrizante la hacía atreverse a tener esperanzas.

Él negó con la cabeza. —Ahorraré tiempo si se lo muestro junto con mis hombres.

Miranda sintió la mano de Parker en su espalda mientras seguían a Haubert por un pasillo sencillo hasta un auditorio amplio y de aspecto estéril.

El lugar le recordaba a una sala de conferencias de la universidad, con butacas de teatro que descendían en cascada hacia el frente y un podio a un lado para el profesor. La sala podría haber albergado a unas doscientas personas. Parecía un poco vacía con solo los cincuenta y tantos «hombres» de Haubert, entre los que se contaban al menos una docena de mujeres. Y, sin embargo, el cúmulo de cuerpos que entraban y tomaban asiento, junto con la falta de aire acondicionado, hacía que la sala se sintiera sofocante y viciada.

Miranda reconoció a Nadeau, su chófer de esa tarde, instalando una computadora portátil sobre una mesa en la parte delantera mientras Haubert se acercaba a una pared cercana y pulsaba un botón.

Una gran pantalla de proyector descendió lentamente del techo.

Como una estudiante tardía, Miranda tomó asiento cerca de la parte de atrás. Cuando Parker se acomodó a su lado, se volvió hacia él. —Parece que de verdad tienen algo.

—Eso espero.

Ella estudió las cansadas líneas de frustración en su rostro. —¿No tienes muchas esperanzas con la caja fuerte, verdad?

Él negó con la cabeza.

Ella le tomó la mano y se la apretó. —Habrías dado con esa combinación si hubiéramos tenido más tiempo.

La comisura de su labio se curvó en una sonrisa involuntaria, pero no duró mucho. Ocultaba bien sus emociones, pero ella podía notar que la visión del dedo amputado de Becker esa tarde lo había perturbado y enfurecido tanto como a ella.

No quería decirle que no podían perder la esperanza. No tendría sentido.

Aunque no hubiera más esperanza, seguirían adelante. No tenían otra opción. No hasta que esto terminara de una forma u otra. Pero con las noticias que el antiguo alumno de Parker tenía para ellos esa noche, quizá había la esperanza justa para seguir.

El sonido de la palmada de Haubert en el podio captó su atención. —Damas y caballeros, por favor, tomen asiento.

Algunos rezagados se acomodaron.

Haubert señaló hacia atrás. —Algunos de ustedes ya conocen al *monsieur* Wade Parker y a su socia, *madame* Miranda Steele.

Parker se puso de pie y asintió. Se volvió hacia Miranda y ella también se levantó, sintiéndose incómoda mientras varios de los agentes se giraban en sus asientos para observarlos.

—El *monsieur* Parker es el propietario de la renombrada Agencia Parker en Atlanta, en los Estados Unidos.

Murmullos de admiración recorrieron el grupo.

—Su alma mater —dijo Nadeau.

Haubert asintió. —Sí. Estoy orgulloso de haber estudiado con uno de los mejores. La *madame* Steele también es una aprendiz de la Agencia y recientemente ha aparecido en las noticias por sus logros de investigación en Londres y Brasil.

Más murmullos de los agentes y Miranda sintió que se le enrojecían las mejillas. Odiaba la atención de los medios.

—Esta mañana me trajeron el caso en el que algunos de ustedes han estado trabajando. Pero la mayoría no conoce todos los detalles.

Y solo unos pocos saben de nuestro reciente descubrimiento. Creo que lo encontrarán de lo más interesante.

Miranda se sentó de nuevo. Parker hizo lo mismo.

—¿Reciente descubrimiento? —le murmuró ella.

—Veamos qué tiene que decir.

Haubert pulsó un botón en un control remoto. Las luces se atenuaron y una enorme imagen de la foto de Dave del teléfono de Fanuzzi llenó la pantalla.

A Miranda se le partió el corazón al verla.

Los grandes y expresivos ojos marrones de Becker estaban llenos de alegría y expectación. Un feliz hombre de familia en una segunda luna de miel con su novia de la infancia. Parecía que estaba de pie frente a una gran iglesia. Notre Dame, pensó. La visión de su gran nariz, su sonrisa torcida, su pelo oscuro algo largo que se rizaba alrededor de sus orejas, le llenó los ojos de lágrimas. Una vez más pensó en la punta del dedo ensangrentada en aquella caja en el hotel.

Dios mío, pensó. *Por favor, que lo encontremos*.

Haubert continuó. —Este es el *monsieur* David Becker. Un investigador actual de la Agencia Parker. La semana pasada, él y su esposa Joan vinieron a nuestra ciudad de vacaciones. Para la *madame* Becker eran unas vacaciones de trabajo. Es proveedora de banquetes y ganó un conjunto de clases en *Le Gastronomique Divine*. Estas clases son impartidas por el chef Emile Amando de Chez Amando.

El grupo murmuró con diversos grados de reconocimiento del nombre.

—Este miércoles, el *monsieur* Becker desapareció. Angustiada, su esposa llamó al *monsieur* Parker y a la *madame* Steele. Ellos iniciaron una búsqueda y descubrieron varias cosas interesantes.

Pulsó el control remoto y la foto de Odette del teléfono de su ex prometido llenó la pantalla.

—La *madame* Becker ha sido contactada dos veces por los secuestradores. La primera llamada provino de esta mujer, Odette Saint-Fleur. Es la sobrina del chef Emile Amando y recientemente tuvo una discusión con él. Le dijo a la *madame* Becker que podría

recuperar a su marido cuando su tío «le diera lo que ella quiere». Suponemos que se refería al trabajo del que fue despedida recientemente.

Siguiente foto. La que está frente a *Jacques du Coeur*, los grandes almacenes de los Campos Elíseos. Becker de espaldas con su camisa verde oscuro, el tipo de la nariz aguileña vuelto hacia él. El tipo grande y atemorizante al fondo, apoyado en la furgoneta blanca, observando.

—Esta foto fue obtenida por el *monsieur* Parker y la *madame* Steele. Parece ser de la víctima justo antes de que se lo llevaran.

Miranda estudió la foto, con el estómago revuelto. No es que no la hubiera estudiado antes. Y también Haubert. Ambos sabían todo esto, pero por la reacción del público, no todos los presentes habían visto la foto. De repente, Miranda se preguntó si el agente superior no estaría exagerando al hablar de un descubrimiento.

¿Eran estas fotos todo lo que tenía? ¿La había traído a ella y a Parker al cuartel general solo para dar a su gente un par de cuerpos presentes para motivarlos?

Haubert apuntó a la pantalla con el control remoto. —El agente Desselle ha estado comparando esta imagen en particular con nuestras bases de datos. Ha encontrado algunas coincidencias interesantes.

Volvió a pulsar el control remoto. Esta vez, una imagen que Miranda no había visto antes apareció en la pantalla. Unos murmullos recorrieron la sala.

Miranda se incorporó. Bueno, había sido demasiado cínica. —Esto es nuevo —le susurró a Parker, y sintió cómo él se tensaba.

La foto era aterradora.

Era un cartel de «Se busca» del tipo grande que había estado observando a Becker en la foto anterior. Tenía un aspecto muy rudo, quizá de unos treinta y cinco años. Un espeso cabello oscuro y ondulado le caía justo por debajo de la barbilla. Una camiseta negra ajustada cubría unos músculos voluminosos que solo un montón de levantamientos de más de cien kilos en press de banca podían producir. Anchos bíceps estaban cubiertos con los ya conocidos tatuajes en negro y verde enfermizo. Lucía una boca dura y apretada

en una mueca insolente. Una nariz ancha que había sido quebrada en varios lugares se extendía entre unos ojos oscuros y maliciosos.

Haubert esperó a que el impacto se asimilara antes de continuar. —Él es Grigori Kosomov.

Lo habían identificado. Miranda sintió ganas de aplaudir.

Más murmullos recorrieron la audiencia. Una mujer en la parte delantera levantó la mano. —Fuimos tras él el año pasado.

—Sí, después de que esos tres traficantes de droga fueran encontrados en el Sena con la garganta cortada.

A Miranda se le secó la boca. ¿Traficantes? ¿Cuerpos en el Sena?

—Kosomov es definitivamente de la mafia rusa —dijo un hombre en la tercera fila.

Haubert asintió. —Según los informes que tenemos, parece ser un sicario para ellos.

Miranda se llevó la mano a la boca. Dios santo. ¿Becker estaba en manos de la mafia rusa? Miró a Parker y vio rabia y desolación en las facciones de su atractivo rostro, aunque para cualquier otro habría parecido totalmente tranquilo y sereno.

—Cada uno de ustedes tiene un expediente sobre Kosomov. Léanlo a fondo. Como verán, no creemos que Kosomov esté al mando del caso actual. —Haubert miró a su antiguo jefe, tomó aire y volvió a pulsar el control remoto.

Apareció otra imagen nueva. La figura en ella no era tan grande, pero su foto era aún más horripilante.

Un retrato de su rostro mostraba el cabello rubio sucio y suelto, los rasgos afilados y estrechos, y las líneas profundas y de aspecto cruel de su cara. Tenía un lunar bajo el ojo derecho que le hacía parecer cien veces más malvado que el tipo ruso. La punta de su larga nariz colgaba más allá de sus fosas nasales, casi tocando su labio superior.

Sus ojos eran de un azul profundo. Y en ellos, Miranda vio una frialdad que le caló hasta los huesos.

Nariz de pico.

Haubert se aclaró la garganta. —*Madame* Steele, ¿es este el hombre que vio observándola hoy?

Tenía la garganta tan seca que tuvo que tragar saliva antes de poder hablar. —Sí. Lo perseguimos hasta la Torre Eiffel y allí lo perdimos.

—¿*Monsieur* Parker?

—Sí, es él.

Una mujer en la primera fila levantó la mano. —Podría equivocarme, pero me resulta familiar. Casi como alguien que solía trabajar aquí.

Haubert asintió, su rostro llenándose de decepción. —Sí, a Desselle también le pareció familiar. Eso fue útil para acotar nuestra búsqueda. Empezamos con nuestra propia gente.

La sala quedó en silencio.

—Este es *monsieur* Jean-Claude Yanick. Efectivamente, fue uno de nuestros empleados. Durante diez años, de hecho. Fue entrenado en Islandia, desplegado en el Líbano durante varios años. Allí trabajó principalmente en la unidad de desactivación de bombas.

Miranda sintió que se le helaba la piel. ¿El tipo al que ella y Parker habían perseguido por medio París había estado en la Inteligencia francesa? ¿En la unidad de desactivación de bombas?

Esto era malo. Muy, muy malo.

—Cuando Yanick regresó —continuó Haubert—, hizo algo de entrenamiento aquí en la sede.

Miranda levantó la mano de un tirón. —¿Qué tipo de entrenamiento?

La puntiaguda barba de Haubert pareció apuntarla y casi hizo una mueca. —Generalizado, *madame* Steele. Balística, combate cuerpo a cuerpo, métodos de investigación.

Sonaba como las cosas que ella había aprendido en la Agencia Parker. El mismo lugar donde las había aprendido Haubert.

Otra mano se levantó cerca del frente. Esta pertenecía a un tipo de pelo enmarañado. —Tomé algunos cursos con Yanick. Incluía entrenamiento de explosivos en ellos.

Haubert asintió en reconocimiento. —Después de unos años, Yanick solicitó trabajo de campo. Esto requirió más entrenamiento.

—¿Qué incluía…?

—Técnicas de infiltración —respondió Haubert—. Un conocimiento profundo de las drogas ilegales y el mercado negro. Y otras cosas en las que no puedo entrar en detalle.

Cosas secretas de espías. Y cosas que lo capacitarían para comportarse como un criminal. Buena preparación para alguien que finalmente decidiría que era más lucrativo ser un criminal.

Con la decepción acentuándose en su rostro, Haubert continuó. —Yanick era bueno en el trabajo. Se infiltró en varias células terroristas y, con sus habilidades, evitó varios ataques con explosivos. La primavera pasada, fue considerado para un ascenso. Pero era un puesto interno que requería que Yanick dejara el trabajo de campo. Decidimos que nos servía más en el terreno. La noticia no fue bien recibida.

—Recuerdo eso —dijo un hombre en la tercera fila—. No estaba en su unidad, pero oí hablar de alguien por esa época que se volvió un poco loco y destrozó el escritorio de su jefe. ¿Fue Yanick?

Lentamente, Haubert asintió. —Sí, fue él. El agente Valcourt era su jefe en ese momento. Fue su oficina la que Yanick destruyó. Valcourt pensó que tal vez habíamos cometido un error al enviar a Yanick de vuelta al campo. Quizás había estado allí demasiado tiempo. Valcourt decidió hacerle una evaluación psicológica. Pero cuando le ordenó a Yanick que se la hiciera, Yanick abandonó el trabajo.

Ahora los murmullos en la audiencia se convirtieron en un hervidero de chismes, mientras los agentes intercambiaban varias historias que habían oído con sus vecinos.

Haubert levantó una mano. —He confirmado todo esto con el agente Valcourt, así que no hay necesidad de más especulaciones. No puede acompañarnos, ya que él y su equipo están preparando la seguridad para el desfile del Día de la Bastilla de mañana. Sin embargo, si alguno de ustedes tiene más preguntas…

Un golpe sonó en un lado de la sala.

Miranda dio un respingo. Se giró mientras el hombre alto que acababa de abrir la puerta entraba apresuradamente. Parloteando en francés, se dirigió hacia Haubert.

—¡Tenemos una coincidencia, *mon directeur*! —dijo agitando un brazo y colocando la delgada laptop que llevaba sobre la mesa al frente de la sala.

Haubert apagó el proyector y también fue a la mesa. —¿Qué está diciendo, Turmel?

—Tenemos la torre de telefonía celular con la que el teléfono de la víctima hizo ping esta mañana. La policía acaba de confirmarlo.

—Echemos un vistazo.

Una vez más Nadeau y Desselle movieron equipos, conectaron cables, presionaron teclas.

—¿Esto es legítimo? —le siseó Miranda a Parker.

—Esperemos que sí —su voz sonaba lejana.

Estaba reuniendo toda su fuerza emocional para esto, igual que ella.

Finalmente, el proyector se encendió de nuevo y un mapa de internet de la ciudad apareció en la pantalla. Pudo distinguir la curva del Sena. El contorno aéreo de edificios grises y árboles verdes.

El agente llamado Turmel sacó un puntero láser de su bolsillo y señaló la esquina superior izquierda de la pantalla. —Es aquí. El extremo noreste de la ciudad.

Justo en la dirección opuesta a la que los guio Yanick cuando estaban en la Torre Eiffel, el muy cabrón.

—¿Dónde está la línea de ferrocarril abandonada? —preguntó Haubert.

—Sí. Sería razonable suponer que la víctima está retenida en uno de esos edificios abandonados.

—Muy razonable. Buen trabajo, Turmel. —Haubert miró su reloj y luego se volvió de nuevo hacia su gente—. No tenemos tiempo que perder. Elaboremos un plan y vayamos a buscar a *monsieur* Becker.

Por fin.

Con la esperanza ardiendo en su pecho, Miranda se puso de pie de un salto mientras Parker se levantaba a su lado. Se dio cuenta de que él estaba tan ansioso por la noticia como ella.

—Listos para la acción —le susurró al oído mientras la dejaba pasar rápidamente delante de él.

Cierto. Se alegró de que ya hubieran escogido sus armas.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Joan estaba sentada ante el escritorio de media luna del chef Emile en su oficina, con el corazón dolido, la cabeza palpitante y los ojos tan hinchados de haber llorado la mitad del día que apenas podía ver. Tres hojas de papel cubiertas de números yacían sobre la pulida superficie frente a ella.

Y, aun así, se obligó a anotar otra serie mientras el chef Emile caminaba de un lado a otro, desde la ventana hasta la esquina, y sus zapatos de gran tamaño resonaban sobre el viejo piso de madera.

Se detuvo y dejó el lápiz. Había tantas partes en esta receta para el *piece montée* del Chez Amando.

Cinco sabores diferentes de crema pastelera. Vainilla, café, limón, chocolate, frambuesa. Cada uno tenía su propio juego de medidas. La masa choux variaba según para cuántas personas fuera el pastel. Y luego estaban los glaseados de chocolate amargo y caramelo.

Suspirando, estudió la receta del relleno en la que estaba trabajando. *Doscientos veinticinco mililitros de leche entera. Cien gramos de azúcar. Dos yemas de huevo grandes*.

Arrugó la nariz.

—¿Está seguro de que su padre usaba el sistema métrico?

Los números la estaban volviendo loca. Era la parte más difícil de las lecciones del famoso chef. En clase, a menudo había hecho trampa calculando las cantidades a ojo.

El chef Emile detuvo su paso en seco y la miró por encima de su larga nariz.

—Claro que estoy seguro, *madame* Joan. Los franceses hemos usado el sistema métrico desde la Primera República.

—De… acuerdo —dijo conteniendo un quejido de exasperación y volvió a tomar el lápiz.

Él dejó escapar un largo suspiro y miró por la ventana.

—Odette siempre fue testaruda. Incluso de niña. E impecablemente ordenada. Mantenía su habitación perfecta. Cada muñeca y cada adorno en su lugar. Siempre fue muy cuidadosa con todo lo que le daba. Yo solía colmarla de regalos. Caballitos de cerámica, cajas de música, muñecas de porcelana con hermosos vestidos de encaje. Supongo que la malcrié.

Y por eso creía que podía salirse con la suya con cualquiera, incluso con un criminal despiadado. Y ahora estaba aprendiendo la lección. La realidad era una perra, ¿no?

Joan lo sentía por el chef Emile, pero no podía perdonar a su sobrina por lo que había hecho, incluso si lo había hecho por ser increíblemente malcriada e ingenua.

Pero Joan no se atrevió a expresar sus pensamientos al chef. Tenían que mantenerse concentrados.

—Sigamos.

El chef Emile salió de su ensimismamiento.

—Tiene razón. ¿Qué sigue?

Joan estudió sus notas de nuevo. La cerradura solo llegaba hasta cincuenta, así que cada número tenía que ser de uno o dos dígitos.

—Doscientos veinticinco podría ser un dos y un veinticinco —dijo en voz alta mientras lo escribía.

—O un veintidós y un cinco.

—O un dos, otro dos y un cinco. ¿Cree que habría usado tantos dígitos individuales?

—¿Y cómo voy a saberlo?

Wade tenía razón. Esto iba a tomar una eternidad. Pero ella anotó las posibilidades.

—Voy a probarlos. —El chef Emile volvió a la caja fuerte y, tal como lo había hecho la primera docena de veces, giró la perilla de la cerradura como Wade les había mostrado—. *Deux*, *deux*, *cinq*.

La combinación dos, dos, cinco.

El chef suspiró.

—Necesitamos dos números más.

—Cierto. —Sería mejor seguir con los dígitos individuales. Así que el cien se traduciría en un uno y un cero. Se los dictó.

—*Un et zéro*. *Voila*. —Tiró de la manija. No se movió.

Maldición.

Justo cuando Joan cerraba los ojos con fuerza para contener la creciente frustración, llamaron a la puerta.

Dio un respingo y parpadeó hacia la puerta. ¿Sería alguien que venía a decirle que Dave estaba muerto?

En cambio, una voz masculina dijo:

—¿Chef Emile? ¿*Tout va bien*?

—¿Quién es? —susurró ella.

—Mi ayudante. —El chef Emile se dirigió a la puerta y la abrió.

Instintivamente, Joan abrió un cajón del escritorio y metió sus papeles dentro. Entonces reconoció al tipo que habían visto con el chef en la pizarra de abajo. Parecía que había pasado toda una vida.

—¿Qué pasa, Labossiere?

—Estoy esperando las decisiones del menú.

El chef Emile agitó la mano como si estuviera molesto.

—*Oui*. Tiene usted razón sobre el *au jus* para el chateaubriand.

—¿Y el pato?

—*Oui, oui*. Salsa de naranja con el pato. —Empezó a cerrarle la puerta al hombre.

—¿No va a bajar?

—*Non*. Estoy… ocupado en otras cosas.

—Pero, chef, no puedo terminar yo solo todos los preparativos. —El ayudante empujó la puerta y vio a Joan sentada en el escritorio.

Ella juntó las manos y le dedicó la sonrisa más resuelta que pudo.

Durante un buen rato, él la miró con una expresión de sorpresa que rápidamente se convirtió en asco. Debía de pensar que el chef la había traído para seducirla o algo así. En ese momento, a Joan le importaba un comino lo que él pensara.

El chef Emile empezó a cerrar la puerta de nuevo.

—Llame a Henri. Él lo ayudará.

—¿Henri? ¿Está cualificado?

—Por supuesto que sí. Ahora no quiero que me molesten más en toda la noche.

—Muy bien. —Y con otra mirada despectiva a Joan, Labossiere se fue.

—Le pido disculpas.

—No pasa nada. —Señaló hacia la puerta—. ¿Henri? ¿El ayudante de la escuela?

—Sí. Trabaja aquí de vez en cuando. Así fue como él y Odette se conocieron. Estuvieron prometidos.

—¿De verdad? —Le costaba imaginarlo—. ¿Y qué pasó?

Él se encogió de hombros como si no importara, aunque claramente sí importaba.

—Se cansó de él. Sintió que estaba por debajo de ella.

Otra cualidad adorable. Pero por primera vez, Joan notó las arrugas de preocupación en el rostro del chef Emile. Hasta ahora había estado en negación, pero ya no. Si estaba dispuesto a descuidar los preparativos para el gran día de mañana, sabía que su sobrina estaba en problemas.

Tratando de pensar en otra cosa, Joan pensó en la mirada que le había lanzado Labossiere y se preguntó qué tipo de rumores empezaría a difundir en la cocina.

Sonrió. Si Dave se enterara alguna vez… Dave.

La sonrisa se desvaneció mientras el terror se apoderaba de ella y el cansancio le nublaba el cerebro. No estaban llegando a ninguna parte. El tiempo se estaba acabando. ¿Qué pasaría si no descubrían la combinación correcta? ¿Cumpliría su amenaza aquel hombre horrible del teléfono?

Por supuesto que lo haría.

De repente tuvo una visión del cuerpo de Dave flotando en las verdes aguas del Sena. Y lo único que pudo hacer fue apoyar la cabeza en el escritorio y llorar.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

No les tomó mucho tiempo a los agentes formar equipos y trazar un plan básico. Pronto, Miranda se encontró de nuevo en el asiento trasero del Audi de Nadeau con Parker a su lado y Haubert frente a ella, en el asiento del copiloto.

Otros cuatro autos con cuatro o cinco agentes cada uno también estaban en marcha.

Todos avanzaban a toda velocidad por las calles brillantemente iluminadas, maniobrando entre autobuses, bicicletas y grupos de fiesteros que esperaban ansiosos en las esquinas para cruzar deprisa las concurridas intersecciones hacia el siguiente bar o club nocturno.

Pareció una eternidad, pero al fin el Audi llegó a las afueras de la ciudad. La sección que Turmel había señalado en el mapa en la sede.

Esta zona no compartía el encanto típico de las otras calles de París que Miranda había visto.

Con hileras de viejos edificios cuadrados de ladrillo rojo que podrían haber sido construidos en los años treinta, le recordaba a algunos de los lugares más sórdidos de Nueva York. Pero mientras miraba por la ventanilla, las siluetas sombrías en la distancia parecían aún más siniestras. Tenía que ser la vía férrea abandonada que Haubert había mencionado.

Nadeau estacionó en una calle desierta, esperó a que los otros autos hicieran lo mismo y, uno por uno, todos descendieron.

Apiñados, los agentes murmuraron entre ellos en francés, luego Haubert se volvió hacia Miranda, Parker y Nadeau. Le hizo un gesto a Nadeau y este fue a la cajuela, sacó cuatro linternas Maglite y las repartió.

—Por aquí —dijo Haubert, encendiendo su linterna y apuntando hacia las espeluznantes siluetas en la distancia.

«Hombre de pocas palabras», pensó Miranda, y siguió al director y a Nadeau por un tramo de hierba más allá de la acera con Parker a su lado.

El parecido con un barrio marginal se hizo más fuerte mientras descendían por un murete de ladrillo y se abrían paso a través de la grava y la maleza de las viejas y astilladas vías del tren. Un edificio gris en forma de T se erigía junto al muro opuesto. Un lugar donde mucho tiempo atrás el personal ferroviario dirigía el tráfico de trenes. Ahora, su puerta estaba cerrada con tablas, sus ventanas rotas y su revestimiento cubierto de coloridos grafitis franceses. Un lugar donde los secuestradores no serían descubiertos fácilmente. ¿Pero podrían operar aquí?

—¿A qué distancia está esa torre de telefonía móvil desde la que se recibió la señal? —le siseó Miranda a Haubert.

Él señaló detrás de ellos y hacia la izquierda. —A medio kilómetro en esa dirección.

Era una pista sólida, sin duda. Miró a Parker en busca de alguna señal de duda, pero su rostro era inexpresivo. Esta vez no pudo descifrarlo.

Saltaron el muro al otro lado de las vías y comenzaron a cruzar un depósito de chatarra, esquivando montones de extraños escombros de origen indeterminable. Los agentes se movían en silencio como un pequeño ejército. Los ruidos del tráfico se desvanecían tras ellos.

De nuevo, la mirada de Miranda recorrió la silueta de las altas estructuras en la distancia. No podía distinguir mucho con las luces de la calle, pero parecían haber sido bodegas o quizás viejos apartamentos en otros tiempos. ¿Estaba Becker realmente allí? ¿Estaban también Yanick, Odette y el mafioso ruso?

De ser así, no lo entregarían sin luchar. Querían sus cien millones de euros. Y si la corazonada de Haubert estaba equivocada, si esos edificios estaban tan desiertos como parecían, estarían de vuelta en el punto de partida.

Los nervios comenzaron a revolotearle en el estómago. —¿Estamos seguros de que están aquí?

Haubert señaló en la dirección en la que se dirigían. —Esos edificios vacíos más adelante serían un lugar perfecto para esconderse. Se ha iniciado alguna renovación allí. Creo que algunas de las unidades pueden tener servicios básicos limitados.

Ese era un dato interesante. Significaba que no sería demasiado incómodo para cuatro personas esconderse allí unos días.

—Estoy de acuerdo —dijo Parker, entrecerrando los ojos en la oscuridad—. Un lugar como ese es a donde yo iría si hubiera secuestrado a alguien.

Él le había enseñado que a veces hay que pensar como el criminal.

Volvió la cabeza para mirarla. —¿Qué te dicen tus instintos, Miranda?

Se concentró en su cuerpo y en las sensaciones que le transmitía, pero su sentido arácnido no parecía funcionar muy bien esta vez. No sentía nada más que el aire cálido y los nervios.

—No lo sé. Vale la pena investigar.

Él asintió y se volvió hacia el director. —Si están en uno de esos edificios, vamos a tener una situación con rehenes, Rene.

—Lo he considerado. Espero que sus habilidades de negociación estén en forma.

—Yo también lo espero.

Ella no había pensado en eso. Ciertamente tenían personal suficiente, pero si intentaban reducir a Yanick y a Kosomov por la fuerza, habría un baño de sangre.

Becker sería el primero en morir. Odette, la siguiente.

Esos desgraciados todavía tenían la sartén por el mango.

La ira impulsó sus piernas a través del resto del campo hasta el primer edificio. Lo estudió.

Parecía una gran estación con salas de espera donde los privilegiados pasaban el tiempo hasta que llegaba su transporte. Más allá se erigían más edificios. Almacenes para equipo ferroviario, tal vez. O hoteles para una estancia de una noche antes de dirigirse a la ciudad al día siguiente.

De repente, Miranda sintió algo. No exactamente las sensaciones escalofriantes que había tenido antes, sino una presión constante en la boca del estómago.

Dejándose llevar, encendió su linterna Maglite y se adelantó a su grupo, abriéndose paso entre la maleza.

—¿Adónde vas, Miranda? —oyó sisear a Parker detrás de ella, con un tono de advertencia.

—Siguiendo una corazonada —le siseó de vuelta.

Pero se detuvo para sacar su arma. Sosteniéndola frente a ella, ajustó la linterna y siguió adelante.

Cuando llegó a la esquina más alejada del edificio, oteó las sombras a lo largo de su costado. Pasó la luz por los ladrillos, asegurándose de que el haz no se reflejara en ninguna de las ventanas. Pero aquí todas estaban cubiertas con tablas. Y entonces, a unos veinte metros de distancia, cerca del extremo opuesto de la estructura, vio lo que estaban buscando.

—Tenía usted razón, Haubert —dijo mientras Parker y los demás la alcanzaban.

—¿Qué es? —preguntó Parker.

Señaló el lugar. No necesitaba la linterna. Las luces de la calle eran suficientes para distinguirlo.

Allí, junto al viejo edificio, con el mismo aspecto que en la fotografía de fuera de *Jacques du Coeur*, estaba la camioneta blanca.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Cinco hojas estaban ya cubiertas de números. Ninguno de ellos funcionaba.

Sintiendo que su adolorido trasero estaba pegado a la silla de cuero, Joan estaba sentada en el antiguo escritorio, marcando las combinaciones que habían probado. Ya había superado su ataque de llanto. Y otros dos que habían amenazado con abrumarla cuando secuencia tras secuencia no lograba abrir la caja fuerte. En ese momento, sentía que se estaba volviendo loca. Especialmente mientras el chef Emile la observaba llorar, pasándole pañuelos, con compasión en sus amables ojos azules.

Su cortesía solo la había hecho sentir más inestable. Sentía que estaba a punto de perder la cabeza por completo, al borde de un colapso nervioso total.

Pero ni siquiera había tiempo para eso. Se obligó a mirar fijamente los números. Habían ideado tantas variaciones. Y debía de haber miles más.

—Necesitamos una computadora —dijo ella.

El chef Emile, que había acercado una silla a la caja fuerte y se había hundido en ella hacía una hora, se incorporó como si su voz lo hubiera sobresaltado. —¿Una computadora? —negó con la cabeza—. No tengo una.

Ella le levantó una ceja. —¿Diriges un restaurante sin computadora?

—Mi contador, sí. Él tiene una. Está en su oficina, abajo. Pero nunca la he usado.

De gran ayuda era eso.

Podían tomarse la molestia de subirla. Pero ella no tenía ni idea de cómo introducir esos números en ella y hacer que arrojara la secuencia correcta.

Se reclinó contra el rígido cuero y gimió. Necesitaban a Wade y a Murray. Wade tenía una laptop y Murray le había contado cómo, en algunos de sus casos recientes, la había usado para encontrar verdaderos trapos sucios del malo. Murray nunca le daba muchos detalles de sus aventuras. Pero Joan había quedado hipnotizada por lo que sí le contaba. Incluso había sido tan tonta como para sentir un poco de envidia de su amiga.

Ya no. La aventura apestaba.

Miró su reloj. Murray y Wade llevaban horas fuera. ¿Dónde demonios estaban?

Pensó en la llamada que Wade había recibido. Inteligencia Francesa. Los extraños que habían invadido su cuarto de hotel esa tarde. ¿Qué habían descubierto? Sabía que Murray y Wade la mantenían al margen de esa parte de la investigación. No le gustaba, pero tenía que confiar en ellos. Sabían lo que hacían. Pero, carajo. ¿Por qué no llamaban al menos?

Con las sienes palpitándole, tomó su lápiz. —Vamos, chef. Intentémoslo de nuevo.

—Muy bien. ¿Dónde estábamos?

Con la vista borrosa, entrecerró los ojos para ver el bloc donde el chef había transcrito la receta. —Ya probamos con los rellenos de limón y café. Probemos con los glaseados.

—Primero el de chocolate amargo.

—De acuerdo. *Trescientos cincuenta gramos del mejor chocolate semiamargo, finamente picado*.

—Lo consigo de mi primo. Es uno de los mejores chocolateros de París.

—Ah, sí —recordó que el chef lo había mencionado en clase. Continuó—. Media cucharada de la mantequilla más fina. Así que ahora tenemos un tres, un cinco, un cero, un uno y un dos. —Lo anotó y sacudió la cabeza al ver los números.

Había demasiada repetición. ¿Y si se suponía que debían sumar o dividir los números? ¿Y si se suponía que debían juntarlos de una

manera que no se les había ocurrido? ¿Y qué hay de todas esas elaboradas guarniciones?

Los profiteroles podían montarse sobre bizcocho y adornarse con cintas o flores o chocolate y disponerse en la forma de cualquier cosa que el pastelero pudiera imaginar.

Había demasiadas variaciones. —Iba a hacer uno de estos para mis amigos —dijo con un suspiro miserable.

—¿Los detectives?

—Ajá. Pronto es su aniversario de bodas. Dave y yo íbamos a… —Su voz se apagó. Y entonces recordó que su propio aniversario era mañana.

Cerró los ojos y buscó un pañuelo.

—¿Te gustaría ver algunas de las creaciones de mi padre y mi abuelo? Quizás te inspiren.

Eso captó su atención. Asintiendo, se presionó el pañuelo contra la nariz. —Claro.

El chef Emile fue al armario que él y Wade habían apartado antes, y bajó un gran volumen de un estante. Lo puso sobre el escritorio y luego acercó su silla.

Fanuzzi sabía que él estaba tratando de distraerla, y probablemente a sí mismo, de la horrible ansiedad que ambos estaban soportando. Pero las fotos eran tan hermosas que realmente lograron distraerla.

El chef Emile señaló la primera foto. Era vieja y descolorida. —Mi abuelo hizo esta.

Era una reproducción de la Torre Eiffel, con el andamiaje de la estructura hecho de un delicado caramelo que brillaba como oro.

—Es preciosa —dijo Joan.

—Y estas son algunas de las obras de mi padre. —Pasó una página.

El Panteón neoclásico con espirales doradas de azúcar hilado para las columnas y más azúcar hilado para la cúpula. Uno de los caballos alados del puente Alejandro III, con encaje de chocolate para sus alas.

Joan pasó otra página y contuvo el aliento. Era la Basílica del Sagrado Corazón. Una alfombra de pastel con glaseado verde

sostenía los diminutos escalones que conducían a la encantadora catedral con sus columnas y cúpulas blancas.

—Esa fue la obra maestra de mi padre.

Estaba hecha de chocolate blanco con un diseño tan intrincado que parecía real. —¿Cómo hizo eso?

El chef Emile sonrió con nostalgia. —Era uno de los mejores trabajando con chocolate.

Pasó otra página y vio un boceto del *Arco del Triunfo*. —¿Esta no la llegó a hacer?

El chef negó con la cabeza. —Es la que se suponía que debía construir para la celebración de mañana.

Los hombros de Joan se hundieron. —Lo siento mucho.

Él le tomó la mano. —Saldremos de esta, *Madame* Joan. Te lo prometo. Y enmendaré lo que Odette ha hecho.

Ella lo miró a sus amables ojos azul pálido, preguntándose cómo iba a hacer eso.

Él se puso de pie. —Debemos volver al trabajo. Léeme la siguiente serie de números.

Tenía razón. Era todo lo que tenían.

Tomando de nuevo su lápiz, Joan encontró el lugar donde se había quedado y comenzó a leer.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Ya estaban en el edificio. Miranda alzó la vista hacia una larga tubería oxidada y el colorido grafiti francés que cubría una pared que había visto mejores días.

La estructura tenía unos cinco pisos de altura. Estudió cada uno de ellos, tanto como pudo desde el exterior. Y cuando su mirada llegó al último piso, el corazón se le detuvo.

Casi en lo más alto había una única ventana. Demasiado arriba para que los vándalos la destruyeran, el cristal parecía seguir intacto.

Y salía luz de ella.

—Ahí es donde están —susurró, exhalando.

—Eso parece —dijo Parker. Había seguido su mirada.

Nadeau encontró una caja oxidada en la pared. —Conectaron la electricidad.

Obviamente.

—Y el agua —añadió Haubert.

A Miranda se le hizo un nudo en el estómago. Sin duda, este era el escondite de Yanick. ¿Y ahora qué?

Los otros miembros del equipo de Haubert se reunieron y murmuraron en una mezcla de francés e inglés.

Miranda paseó la luz de su linterna por las letras serpenteantes pintadas en la pared. Había un hueco tapiado con ladrillos. —Esta entrada está bloqueada con tablas —. Se giró hacia la camioneta.

—Tiene que haber otra más cerca del vehículo —dijo Parker, comenzando a caminar en esa dirección.

Haubert le murmuró algo a su personal y dos agentes corrieron hacia la camioneta con las armas desenfundadas.

Miranda siguió a Parker a través de la hierba crecida junto al edificio. Mantuvo la vista en la camioneta, esperando que los agentes no descubrieran a nadie dentro. Al menos, a nadie que estuviera armado.

Parecía que no. Uno de ellos se acercó al capó y lo abrió.

Parker se detuvo a pocos metros de donde trabajaban los agentes. —Aquí.

Ella alzó la linterna. Era un agujero en la pared.

Un espacio rectangular donde antes había habido una puerta, como si quien tapió el edificio hubiera olvidado esta entrada. Se abría ante ellos como la boca de una cueva oscura.

No había forma de saber qué o quién podría estar allí dentro.

Haubert se hizo eco de sus pensamientos. —Puede que Yanick tenga a más gente trabajando con él además de Kosomov.

Miranda lo pensó. —Tal vez no. Tendría que compartir el dinero.

Nadeau se inclinó hacia la abertura e intentó mirar dentro. —A menos que vaya a matarlos primero.

Un pensamiento escalofriante.

Los dos agentes que habían ido a la camioneta regresaron con una manguera. Habían inutilizado el vehículo para que, si Yanick y sus hombres escapaban del edificio, no pudieran huir en él. Inteligente.

—Buen trabajo —les dijo Haubert. Luego, farfulló unas instrucciones en voz baja a su equipo. Se separaron, la mitad desapareció por una esquina y la otra mitad por la otra.

—¿Cuál es su plan, director? —preguntó Parker.

—Una unidad en cada extremo del edificio por si Yanick huye. Un pequeño equipo en el tejado. Otro para entrar. ¿Podrían usted y *madame* Steele dirigir ese?

Hacía mucho tiempo que Miranda no veía esa expresión de satisfacción en el rostro de Parker.

—Con mucho gusto —dijo, y entró.

Ella iba justo detrás de él.

###

El aire dentro del viejo edificio se sentía tan estancado como si hubiera estado allí desde los tiempos de Napoleón. Olía a polvo, a yeso podrido y a alguna sustancia no identificable en la que Miranda no quería ni pensar.

El espacio en el que se encontraron parecía bastante grande. Paredes agrietadas y rotas, las que estaban intactas llegaban hasta un techo alto de aspecto rústico. Pudo haber sido una especie de almacén o quizás una trastienda, pero era difícil saberlo. Había escombros esparcidos por el suelo de hormigón, basura de los ocupas que habían hecho de este su hogar hacía bastante tiempo. Gruesas telarañas colgaban lúgubremente de las vigas arqueadas del techo.

Miranda paseó la luz de su linterna por las vigas. —¿Crees que el techo se derrumbará?

La perilla de Haubert se inclinó hacia arriba mientras su mirada seguía la linterna. —Es un riesgo que tendremos que correr.

No había nada que objetar.

Nadeau se abrió paso hasta una esquina. —Aquí hay una puerta. —Pateó la madera hasta que cedió.

—Cuidado, Nadeau —le advirtió Haubert.

El agente asintió en reconocimiento, pero de todos modos asomó la cabeza por la abertura. —Parece ser un pasillo.

Desapareció por el agujero.

Miranda barrió el suelo con su linterna, asegurándose de no tropezar mientras se apresuraba hacia el lugar con Parker y Haubert a su lado.

Llegó primero, pasó por encima de las tablas rotas y entró en el estrecho corredor. Nadeau estaba a unos metros de distancia. Allí olía a humedad, un olor a vieja Europa.

—Espera —susurró.

Él se detuvo y esperó a que el resto los alcanzara. Luego, linternas en mano, se pusieron a explorar.

El techo no era tan alto aquí, las telarañas colgaban lo suficientemente bajo como para rozarte la cara al pasar. Miranda no era normalmente aprensiva, pero tuvo que apretar los dientes ante la espeluznante sensación. Pasaron por el marco de una puerta tras

otra. Viejas oficinas o armarios o lo que fuera. Parker abrió algunas. Nadeau unas cuantas más. Pero todo lo que encontraron fue más polvo, escombros y podredumbre. Y el aire era más nauseabundo.

¿Cómo demonios llegaba a los otros pisos la gente que usaba este edificio hacía décadas?

Nadeau se detuvo en un hueco y volvió a patearlo. Su zapato produjo un sonido hueco que resonó en el aire.

Miranda esperó que nadie en el piso de arriba hubiera oído eso. Se oyó un correteo de pies. Pies diminutos. Ratones. O ratas. Demasiado pequeños para ser humanos.

Soltó un suspiro.

Nadeau asomó la cabeza por el hueco y miró hacia arriba. —Parece ser el hueco de un ascensor.

Un hueco sin cabina. De muy poco les servía.

Parker pasó a su lado y dobló una esquina. ¿Adónde iba? Miranda pasó deprisa junto a los otros hombres y lo siguió.

Lo encontró empujando una puerta que, de hecho, se abrió. Le lanzó una mirada victoriosa. —El hueco de la escalera.

Por fin.

Mientras Nadeau y Haubert los alcanzaban y se unían a ellos en el estrecho espacio, Miranda apuntó con su linterna hacia las paredes. Una escalera de hormigón zigzagueaba hacia arriba. Parecía bastante sólida.

Eso esperaba.

—¿Crees que llega hasta el quinto piso?

—Solo hay una forma de averiguarlo —dijo Parker. Y empezó a subir el primer tramo.

La escalera era aún más espeluznante que el resto del lugar y le provocó un poco de claustrofobia a Miranda. El aire era como una sauna, y el sudor le perlaba la espalda mientras ascendían.

—Cuidado aquí —susurró Parker.

Ella miró hacia abajo al girar y tomar el siguiente tramo. El cemento de los escalones estaba desconchado en un lugar, agrietado en otro. El resultado de largos años de abandono y humedad. Por sus días en la construcción, sabía que eso podía significar que las

barras de metal dentro del hormigón podrían estar oxidándose, lo que podría provocar un derrumbe.

Pero si un tipo grande como Grigori Kosomov había subido estas escaleras recientemente, deberían estar bien. A menos que los secuestradores hubieran subido por otro lado.

Dirigió su linterna a través de las barandillas de arriba, proyectando sombras fantasmales. —Parece que estas escaleras podrían llegar hasta arriba. —No podía ver hasta el quinto piso.

—Si no, encontraremos otra forma de subir —dijo Parker.

Si nadie los oía llegar primero. Decidió no decirlo en voz alta.

Siguieron subiendo. Ascendiendo en silencio con las linternas explorando y las pistolas desenfundadas, sus pasos apenas sonaban en los escalones.

Finalmente llegaron a un rellano sin más escaleras. Una antigua puerta de metal se alzaba ante ellos. El corazón de Miranda se aceleró. Por lo que sabían, Kosomov podría estar detrás de ella con una pistola, listo para disparar.

Parker se giró hacia los demás para asegurarse de que todos estuvieran listos, y luego la abrió de un empujón.

Entró. Miranda lo siguió y descubrió otro pasillo oscuro.

Haubert apuntó con su linterna hacia la izquierda, buscando la ventana iluminada que habían visto desde fuera. Pero no había ninguna pista que los guiara. Avanzaron poco a poco, pasando junto a unas cuantas puertas tapiadas. Quienquiera que fuera a renovar este edificio podría convertir algún día las habitaciones de detrás en apartamentos.

Y entonces, al otro lado del pasillo, encontraron un hueco y una puerta a un lado, casi oculta a la vista. La luz se filtraba por debajo de su umbral.

Era aquí.

Los cuatro permanecieron de pie un largo momento, escuchando cualquier señal de vida.

Ni un ruido. ¿Los habrían visto?

¿Y ahora qué? Miranda sintió el impulso de derribar la puerta a patadas y entrar a toda prisa, con las armas en ristre. Pero eso, sin duda, haría que mataran a Becker.

Miró a Parker, recordó lo que había dicho antes sobre las negociaciones con rehenes.

Parker captó su mirada, asintió y se giró hacia Haubert.

Haubert le devolvió el asentimiento.

Con eso resuelto, Parker se volvió hacia la puerta y le dio tres golpes secos.

—¿*Monsieur* Yanick? Me llamo Wade Parker. Me gustaría mucho hablar con usted.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

—Ciento setenta y cinco mililitros de agua. Ochenta y cinco gramos de mantequilla sin sal. Cinco huevos grandes. —La voz de Joan temblaba al leer las cifras.

Era tanto por el cansancio como por los nervios.

Estaban con la última receta. La masa *choux*.

Debía hacerse en cinco tandas. Una por cada sabor de relleno. Pero ahora que la miraba de cerca, Joan vio que las cifras de cada tanda eran las mismas.

Esta era su última oportunidad.

—¿Probamos ahora con la secuencia uno, siete, cinco?

Apenas oyó la voz del chef Emile desde el otro lado de la habitación. Se le estaba formando un nudo en la garganta y los ojos se le llenaban de lágrimas.

Otra vez.

No podía evitarlo. Lo único que quería era que esta pesadilla terminara, y temía que nunca lo hiciera.

Agarró otro pañuelo y rompió a llorar.

El chef Emile se puso de pie y fue hacia ella. —Oh, mi pobre, pobre *madame* Joan.

Luego se desvió hacia la mesita junto a la ventana y el decantador de Burdeos que había mandado a traer hacía un rato.

Joan podía imaginarse de qué iba el chisme en la cocina ahora.

Sirvió un poco de aquel intenso vino tinto en una preciosa copa tallada y se la entregó. —Beba un poco de esto.

Sonándose la nariz, negó con la cabeza. —No, gracias.

—La calmará.

Ella lo apartó con un gesto de la mano. —Necesitamos tener la cabeza despejada.

—¿Tiene usted la cabeza tan despejada?

Se volteó para mirarlo. Tenía razón. —Está bien. —Le quitó la copa de la mano y bebió un gran trago.

Le ardió y su sabor era tan delicioso y antiguo como la propia ciudad. Por supuesto, él no bebería cualquier porquería. Se sintió relajarse un poco.

Enderezó los hombros y volvió a mirar los números. —Bueno. Hagámoslo.

—Esa es la actitud. —Una vez más, las largas zancadas del chef Emile resonaron en el entarimado mientras volvía a la caja fuerte.

Joan leyó los últimos números que había anotado.

Él giró el dial, tiró de la manija.

La caja fuerte no se abrió.

—Oh, Dios. No estamos llegando a ninguna parte.

—Debemos seguir intentándolo.

—Está bien, está bien. —Inspiró hondo y leyó la siguiente serie.

Nada.

La siguiente serie. La siguiente. Y la siguiente. Ninguna logró abrir la caja fuerte.

Esto era lo que había estado temiendo. Llegarían al último grupo de números y no funcionarían. Todos sus esfuerzos no habrían servido de nada. Y aquel hombre horrible del teléfono mataría a Dave.

Nunca lo volvería a ver.

Una lágrima le corrió por la mejilla y cayó sobre el papel. Luego otra y otra. Se estaba desmoronando. Siempre se había considerado una chica dura de Brooklyn. Pero la idea de perder a Dave de esta manera la estaba destrozando.

No podía soportarlo.

Miró la libreta. Sus lágrimas habían emborronado lo escrito. —Oh, mierda.

—¿Qué pasa?

—Nada. —No había querido estropear la receta que el chef Emile había escrito con tanto cuidado.

Joan tomó un pañuelo y secó el papel. Parte de la tinta se corrió aún más.

—¡Mierda!

—¿*Madame* Joan? —El chef Emile se levantó de su silla.

Ella levantó una mano. —No, puedo arreglarlo.

Tomó otro pañuelo, secó un poco más. No pareció servir de nada. —Todavía puedo leerlo —le dijo.

Entonces dejó de secar y parpadeó al ver una sola palabra en la página.

Choux.

La miró fijamente por un largo momento, y luego empezó a examinar el resto de la receta, leyéndola con atención. —Vaya, esto es interesante.

El chef Emile regresó con paso pesado al escritorio. —¿Qué pasa, *madame* Joan?

—¿Escribió esto tal como se lo dio su padre?

—*Oui. Exactement*.

—¿Palabra por palabra?

—Lo traduje palabra por palabra. Tal como me hizo memorizarlo.

—Mire la palabra *choux*. Se menciona en cada parte. —En algunos lugares la llamaba *pâte à choux*, y en otros, solo *choux*.

El chef Emile tomó el papel y lo miró con el ceño fruncido. —No entiendo a qué se refiere.

—Al final de cada una de las secciones de la crema pastelera, dice: «El relleno debe ser introducido en los *choux*». La misma frase se repite cada vez.

—¿Y?

—Esta no es una receta para principiantes. Cualquier buen chef lo sabría.

Él se rascó la barbilla, en la que comenzaba a asomar una barba canosa.

Ella tomó otra página. —Y mire la parte de los glaseados. «Después de hornear, cada uno de los *choux* se bañará en el glaseado». De nuevo, eso es obvio. Se indica al principio. No hay necesidad de repetirlo.

Aún frotándose la barbilla, el chef leyó el papel de nuevo. —Ciertamente parece un poco repetitivo.

—¿No lo ve? Debe haber una pista en la palabra *choux*.

—Quizás. ¿Pero cuál? —Se sentó en el viejo escritorio y sostuvo el papel para que ambos pudieran verlo.

Lo miraron fijamente durante lo que pareció una hora. A Joan empezaron a arderle los ojos. Esto era demasiado difícil. Si de verdad había una fortuna en esa caja fuerte y el anciano quería que su hijo la usara, ¿por qué lo había hecho tan endemoniadamente difícil?

Sintió que le temblaba el labio. Estaba al borde de otro ataque de llanto.

Entonces se enderezó de golpe.

—*Madame* Joan, ¿qué pasa?

—Acabo de pensar en algo.

—¿En qué?

—En un juego de niños del que leí en una revista hace años. Solía jugarlo con mis hijos en los días de lluvia, cuando me estaban volviendo loca en la casa.

—¿Un juego?

—Un juego de palabras. Los niños justo estaban empezando a leer. Tommy estaba en primer grado. El caso es que yo escribía los números del uno al veintiséis en papelitos, doblaba cada uno y los metía todos en un tazón. Cada uno, por turnos, sacaba un papel. Daban vueltas y vueltas hasta que uno de ellos podía deletrear una palabra. Callie era demasiado pequeña al principio. Casi siempre se metía el papel en la boca. Pero cuando creció, solía ganarles a sus hermanos.

Confundido, el chef negó con la cabeza. —¿Un juego de palabras?

—El número de cada papelito corresponde a una letra del abecedario. Uno es a, dos es b, y así sucesivamente.

Volvió a fruncir el ceño mirando el papel. —¿Qué está diciendo?

—¿Y si su padre lo hizo así de simple? La palabra «choux» tiene cinco letras.

—Y el abecedario francés tiene las mismas letras que el inglés.

—Sí. Así que en cualquiera de los dos idiomas, la *C* sería el tres. La *H* sería el ocho…

Los ojos del chef Emile empezaron a brillar. —La *o* es quince —sonrió, pronunciando la letra O a la francesa.

—Ajá. La *U* es veintiuno.

—Y la *equis* es veinticuatro. —Corrió por la habitación hasta la caja fuerte.

Esta vez Joan se levantó y lo siguió. Contuvo el aliento mientras él empezaba a girar el dial. Recitaron los números juntos.

—Tres. Ocho. Quince. Veintiuno. Veinticuatro.

Con el último número, Joan oyó cómo los pestillos encajaban en su sitio. Su corazón empezó a latir como si acabara de cruzar la línea de meta en el maratón de Nueva York. Le palpitaba más rápido mientras veía los largos dedos del chef Emile deslizarse por la manija y tirar.

La caja fuerte se abrió.

Él empujó la puerta contra la pared y juntos se agacharon para mirar dentro.

Y cuando vio lo que había adentro, Joan sintió que el corazón podría parársele por completo.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

—¿*Monsieur* Yanick? Le aseguro que le conviene abrir esta puerta.

Tres veces había intentado Parker obtener una respuesta de quienquiera que estuviera dentro de la habitación y las tres veces no hubo contestación. Una ansiedad con garras de hierro le arañaba las entrañas a Miranda.

—Aquí no hay policías —dijo Parker, usando ese tono tan suave, con el que era capaz de prometer cualquier cosa—. De nuevo, le aseguro que se le entregará todo lo que pidió.

Seguía sin haber respuesta.

La linterna Maglite estaba demasiado caliente en la mano de Miranda. Sintió una gota de sudor correrle por la espalda. ¿Qué demonios estaba pasando ahí adentro? ¿Por qué no respondían? ¿Era una treta? ¿Becker ya estaba muerto?

—¿Podemos hablar cara a cara, *monsieur* Yanick?

Silencio.

Esto no estaba funcionando. ¿Cuánto tiempo iban a quedarse ahí parados hablándole a una puerta de madera?

Miranda estaba harta de esperar. Se suponía que ella estaba a cargo de este caso, o al menos de la parte que le correspondía a ella y a Parker. Pero aunque eso estuviera claro, no tomaría la decisión sin un consenso.

Era hora del mismo ritual que habían realizado al llegar.

Miró a Parker a los ojos y asintió hacia la puerta. Parker se giró hacia Nadeau y luego hacia Haubert. El director dudó un momento y después le devolvió el asentimiento. Nadeau estuvo de acuerdo.

De acuerdo.

Alargó la mano hacia el picaporte de latón. Tenía un diseño floral en relieve que se le clavó en la palma cuando lo agarró con fuerza. En el centro había un ojo de cerradura. Juró que, si estaba cerrada con llave, derribaría la puerta a patadas sin pedir permiso.

Conteniendo la respiración y con la pistola en mano, giró el picaporte.

Para su sorpresa, la puerta se abrió, bostezando ante ella como la boca de una caverna. La empujó a un lado y entró en la oscuridad.

Sintió el aliento de Parker en el hombro mientras se quedaba un momento quieta, con los ojos acostumbrándose a la oscuridad. Entonces se dio cuenta de que estaba en un pequeño vestíbulo. Giró a la derecha y dobló una esquina.

Era una sala de estar. De forma oblonga.

Una lámpara colgante anticuada pendía de un largo cable en el techo, bañando el lugar con un brillo mortecino. En un extremo había un sofá marrón raído y, más allá, un colchón en el suelo. Cerca de la pared adyacente había una mesa sencilla. Detrás de ella, un nicho con una zona empotrada que parecía una cocina.

Aún con la linterna y la pistola en alto, Miranda se acercó al lugar. Se asomó. Nadie. Había platos sucios en el fregadero. Una mosca zumbaba sobre la comida con costra.

¿Se habrán ido a las apuradas?

En la estrecha encimera había cuatro cuchillos. Dos cuchillos pequeños para pelar, un cuchillo grande para cortar, una cuchilla de carnicero. Los mismos tamaños que faltaban en el taco de cuchillos del apartamento de Odette.

—Sangre seca por aquí.

Miranda se dio la vuelta y vio a Parker y Nadeau de pie junto a una silla volcada. Había otro colchón en la esquina de más allá. Se apresuró a ir hacia donde estaban y siguió el haz de luz de sus linternas.

Una mancha de color rojo oscuro marcaba la madera oscura del viejo piso. Se le entrecortó la respiración mientras la ira bullía en su interior. Esa era la sangre de Becker, apostaría. De su dedo. Esperaba que solo fuera de eso.

—Estuvieron aquí —susurró ella.

Colchones para los tres secuestradores. Debían de haber tenido a Becker en la silla.

—Pero ya no —dijo Haubert, y la frustración se filtraba en su voz.

Parker recorrió el espacio con la linterna, buscando algún indicio de a dónde podría haber ido el grupo.

—Hay otra puerta allí —dijo Miranda en voz baja y se dirigió hacia la abertura al otro lado de la habitación.

Una vez más, puso la mano en el viejo picaporte. ¿Podrían estar escondidos aquí dentro? ¿Listos para una emboscada? ¿Era una trampa? ¿O iban a encontrar el cadáver de Becker?

—Espera. —Parker se acercó a su lado, con la pistola desenfundada, como refuerzo.

Buena idea.

Con otro asentimiento, abrió lentamente la puerta.

La quietud la recibió junto con un aire demasiado cálido y un olor nauseabundo a condiciones de vida poco higiénicas. Esta habitación era alta y estaba construida con la misma forma rectangular alargada que la otra. No había nada en ella, salvo un colchón y una lámpara vieja en el suelo en la esquina más alejada.

Levantó la vista y divisó una única ventana demasiado fuera de su alcance como para salir por ella. Debía de ser la luz que habían visto afuera. ¿Era aquí donde habían tenido a Becker? La idea la asqueó aún más.

Pero ahora no estaba aquí. La habitación parecía tan vacía como la otra.

Recorrió el espacio con su linterna, en cada rincón, pero no había señales de vida.

—Se han ido.

Su corazón empezó a hundírsele hasta las rodillas cuando Nadeau pasó a su lado. —Hay algo debajo de esa almohada. Una nota.

—Cuidado, Nadeau —advirtió Haubert.

Pero el agente ya estaba junto a la cama, agachándose. Antes de que pudiera alcanzar la almohada, se quedó helado.

Se giró hacia ellos, con el rostro lleno de terror. —Cable trampa. ¡*Abandonner*! ¡Corran!

Justo entonces, la lámpara de la esquina explotó.

Antes de que pudiera pensar, Miranda sintió las manos de Parker sobre ella, sacándola de la habitación.

—¡Corre! —repitió él.

De repente, ella, Parker y Haubert se arrastraban por el piso de madera, corriendo hacia la puerta abierta del pasillo. De alguna manera la alcanzaron y se deslizaron por la abertura.

Entonces todo el piso comenzó a temblar.

—¡Al suelo! —gritó Parker mientras una fuerte explosión hacía estallar el apartamento.

El estruendo pareció retumbar en todo su cuerpo. El suelo volvió a moverse y Miranda se tiró de cabeza, intentando ponerse a cubierto detrás de la pared. Sintió a Parker encima de ella, protegiéndola de la explosión. No podía saber dónde estaba Haubert. O Nadeau.

Pedazos de yeso y madera y sabe Dios qué más volaban por el aire a su alrededor. Los escombros debieron caer en algún lugar cercano, pero no podía oírlos. El zumbido en sus oídos era demasiado fuerte.

Olía a humo, sentía algo como hollín en la boca, pero no oía ningún ruido.

Parpadeó, tratando de ver a través de la brumosa oscuridad que la rodeaba. Se sentía como si estuviera soñando. ¿Tendría una conmoción cerebral? Levantó la vista y vio estrellas. No de las que se ven con una conmoción cerebral.

Eran reales… a través del enorme agujero en el techo.

Se llevó la mano a la sien y sintió algo húmedo. Se miró la palma de la mano. Sangre. Tenía algo pesado encima. Se dio la vuelta.

Parker. La había cubierto con su cuerpo para protegerla.

Consiguiendo girar el cuello lo suficiente, lo vio de reojo. Tenía los ojos cerrados y un corte en un lado de la cabeza. Esa era su sangre en su mano.

Con el corazón palpitando de pánico, forzó su torso para girar y lo maniobró hasta dejarlo tumbado en el suelo.

Pulso. Tenía que tener pulso.

Sus dedos tantearon torpemente su cuello mientras intentaba asegurarse. Pero sus manos temblaban con fuerza. Apretando los dientes, les ordenó que se mantuvieran firmes. Se negaron a cooperar.

Pulso. Pulso. Pero antes de que pudiera encontrarlo, unos dedos fuertes le tomaron la mano.

Su mirada encontró el rostro de Parker. Tenía los ojos abiertos, mirándola con el mismo puro alivio que la invadió. Movía los labios, pero ella no podía oír lo que decía.

—No te oigo —dijo ella.

Él se señaló la oreja y negó con la cabeza. Él tampoco la oía a ella.

Ella se señaló su propia oreja. —Yo tampoco. —Le señaló la cabeza a él—. Estás herido —dijo de forma exagerada para que pudiera entender.

Él se llevó la mano a la sien, se miró la sangre en la mano como había hecho ella y frunció el ceño con fastidio.

La alegría de que ambos estuvieran vivos la golpeó como una bola de demolición. Se sentía como si estuvieran en una especie de mundo de hadas lejano, suspendido en el aire en alguna parte. Quería reír. Quería llorar. Quería besarlo.

Entonces, de repente, se dio cuenta de un calor intenso detrás de ellos. Giró la cabeza y vio que el espacio que había sido el apartamento estaba en llamas.

Haubert se tambaleaba hacia allí.

—No lo haga —gritó ella, pero él no se detuvo.

Probablemente tampoco la oía. Se puso en pie a la fuerza y tropezó hacia él, intentando no engancharse un pie en los montones de escombros mientras avanzaba.

Por fin lo alcanzó y le puso una mano en el hombro. —Tenemos que salir de aquí.

Él se volvió hacia ella con una mirada perdida. Ella leyó la palabra en sus labios. —Nadeau.

Se le despejó la cabeza y recordó la habitación con el colchón y la lámpara.

¿Había muerto el agente?

Faltaba la mitad de la pared, pero se apresuró a rodear el lugar donde había estado la puerta y se atrevió a mirar dentro. En lugar del suelo donde había estado la silla volcada, había un enorme agujero humeante.

Al otro lado, Nadeau se arrastraba a su alrededor, intentando salir.

Tenía la piel de la cara carbonizada, el traje chamuscado y una de sus piernas estaba tan ensangrentada que parecía haber sido masticada por un perro rabioso. El agente parecía un zombi.

—Nadeau —llamó Haubert a sus espaldas, con una voz que sonaba como si tuviera una manta sobre la cabeza.

Probando el suelo con la punta del pie, Miranda pasó por encima de un trozo de pared y se dirigió lentamente hacia él. Oyó un zumbido en los oídos. Al girarse, vio a Parker detrás de Haubert siguiéndola.

Intentó quitárselo de encima, pero fue bueno que la ignorara. Nadeau no podía caminar y era demasiado pesado para levantarlo. Ayudó a Parker a cargárselo al hombro y lo mantuvo firme mientras lo sacaban de allí.

Menos mal que Parker no podía oír. Nadeau tenía la boca abierta y parecía gritar de agonía a cada paso.

Cuando llegaron a la puerta, y Haubert agarró el otro lado del agente herido, Miranda sintió que le caían gotas de agua en la cabeza.

Debe de estar lloviendo.

Se equivocaba. Justo cuando habían llegado al pasillo y estaban intentando averiguar dónde estaba la escalera, aparecieron dos hombres con trajes grises de rayas amarillas y cascos plateados.

—¿Extraterrestres? —dijo Miranda, sintiéndose más mareada que antes.

—No —respondió Haubert—. Son bomberos.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

A los bomberos los acompañaba una ambulancia con personal médico. Le trataron la herida de la cabeza a Parker y unas quemaduras que Miranda no sabía que tenía, además de los cortes y las ampollas que le habían salido a Haubert por las llamas.

Pusieron a Nadeau en una camilla. Balbuceaba sin parar, un poco delirante.

Mientras veía arder el edificio abandonado, Miranda había recuperado el oído. Pero no las esperanzas.

—La nota debajo de la almohada era una trampa —le dijo Nadeau a Miranda, tomándole la mano como si ella fuera un cura al que le estaba confesando—. Sentí que mi pierna chocó con un cable trampa. Yanick debió de haberlo preparado con la lámpara.

—Lo hiciste bien, Nadeau —lo tranquilizó—. Nos advertiste. Nos salvaste la vida.

—Pero toda la evidencia… Está destruida.

—No pasa nada. De verdad. —Solo mentía a medias. De nada servía tener un montón de pruebas si no podían atrapar al criminal.

Entonces los paramédicos, o como se llamaran aquí, le hicieron señas para que se apartara. Ella obedeció y vio cómo subían al valiente agente a la parte trasera del vehículo blanco. Uno de ellos se subió adelante y la ambulancia se perdió en la noche a toda velocidad, con su extraña sirena a todo volumen.

Parker se le acercó.

—¿Estás bien?

—Claro. Estaré bien. ¿Y tú?

Él asintió.

Haubert se acercó después de hablar con uno de los bomberos, con el rostro sombrío.

—Creen que Nadeau perderá la parte inferior de la pierna.

—Maldita sea —dijo Miranda.

Parker le puso una mano en el hombro a su antiguo alumno.

—Es un buen hombre, René.

—Será reasignado a trabajo de oficina cuando se recupere. Odiará eso.

Ella también lo odiaría. Pobre hombre. Si pudiera ponerle las manos encima a Yanick…

—¿Cómo está el resto del equipo? —preguntó Parker.

—La mayoría está bien. Heridas menores. —Haubert bajó la vista al suelo—. Perdimos a uno de los hombres en el tejado.

—Oh, Dios mío —dijo Miranda.

—Saint-Romain. Llevaba conmigo cinco años. Un buen agente.

Las arrugas alrededor de los atractivos ojos de Parker se profundizaron.

—Lo siento mucho, René.

Haubert asintió en agradecimiento, con la vista en el suelo y el rostro desgastado.

Con el corazón encogido, Miranda miró hacia la estructura ennegrecida en lo alto del edificio ahora calcinado. Esa explosión, ese incendio, no era nada comparado con lo que ardía dentro de ella.

En ese momento, odiaba a Jean-Claude Yanick con cada fibra de su ser.

—Todos querían volver a la oficina para trabajar en encontrar a Yanick y Kosomov —dijo Haubert en voz baja—. Pero los mandé a casa.

Parker soltó un largo y lento suspiro. Miranda casi dijo sus siguientes palabras junto con él.

—Solo nos queda una oportunidad.

Haubert asintió.

—Si Yanick llama y le dice a *madame* Becker dónde reunirse con él con el dinero del rescate.

Fanuzzi.

La habían dejado en Chez Amando con el chef Emile. Ambos debían de estar volviéndose locos a estas alturas.

Ella levantó un dedo.

—Sobre ese rescate…

—¿Qué? —preguntó Haubert.

—Hay muchas posibilidades de que no exista. —Le contó lo de la caja fuerte y los intentos de Parker por abrirla.

—Encontraremos algo para sustituirlo —dijo él—. Avíseme en cuanto llame Yanick.

—Así será —dijo Parker.

—¿Dónde los dejo? —preguntó Haubert, comenzando a caminar hacia su auto.

Solo en un lugar.

—En el restaurante —dijo Parker mientras dejaban a los bomberos a cargo de la limpieza.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Encontraron a Fanuzzi desplomada sobre el escritorio antiguo del chef Emile, con la cabeza apoyada sobre un montón de papeles esparcidos en él.

El chef Emile roncaba suavemente en una silla cerca de la ventana.

Parker tocó suavemente la puerta ya abierta y Fanuzzi se despertó de un sobresalto.

El chef salió de su estupor y se enderezó.

—¿Qué pasa? ¿Qué está pasando? ¿Dónde está Odette?

Miranda no respondió. Parker también guardó silencio.

Fanuzzi se frotó los ojos y se puso de pie. Rodeó el escritorio, mirando a Miranda y a Parker como si nunca los hubiera visto.

—Oh, Dios mío. ¿Qué les pasó a ustedes dos?

Miranda se miró los jeans rotos y quemados. Los de Parker no estaban mucho mejor. Sus pantalones y su saco eran un desastre. Ambos olían a humo y parecían como si acabaran de pasar un par de meses en la calle.

Pero en realidad no quería contarle a su amiga cómo habían terminado así. En lugar de eso, se encogió de hombros.

—Una noche difícil.

Parker dio un paso hacia Fanuzzi.

—Lo siento mucho, Joan.

Ella levantó una mano.

—¿Encontraron a Dave?

—No. Nosotros…

Ella levantó la otra mano.

—Eso es todo lo que necesito saber. No puedo soportar más. —Su voz temblaba de nuevo y a Miranda se le partió el corazón por ella una vez más.

—Muy bien —dijo Parker con calma, mientras Miranda soltaba un suspiro de alivio, aunque en realidad no sentía mucho consuelo.

Como si no hubiera oído la conversación, el chef Emile los miró con sus suplicantes ojos azules.

—¿No hay noticias de Odette?

Parker negó con la cabeza.

—No. Lo siento.

Fanuzzi volvió al escritorio, agitando las manos como si ahuyentara sus penas.

—No importa. Tenemos la respuesta.

Miranda le frunció el ceño a Parker.

—¿A qué te refieres? ¿Llamó Yanick?

—¿Quién?

Miranda se maldijo por dejar escapar el nombre.

—Yanick. Descubrimos que así se llama el tipo que te llamó antes. —No iba a decirle que había pertenecido a la Inteligencia francesa.

—De acuerdo. —Su amiga se dio la vuelta; su rostro demacrado, sus ojos inyectados en sangre por la falta de sueño. Claramente quería saber más, pero no se atrevía a preguntar—. Todavía no ha llamado. Pero el chef y yo encontramos la combinación. Abrimos la caja fuerte. —Hizo un gesto con la mano en dirección a la caja.

Por un momento, Miranda pensó que estaba de vuelta en ese apartamento abandonado; que había sido golpeada en la cabeza con una esquirla y estaba alucinando. Pero no, era real.

La puerta de la caja fuerte estaba abierta.

—¿Cómo lo…? No importa. —Parker se dirigió a la caja fuerte.

Miranda estaba justo a su lado. Parker abrió la puerta por completo y juntos se inclinaron para mirar dentro.

—No van a creer lo que hay ahí dentro.

Fanuzzi tenía razón. No lo creía. Debía de ser una alucinación. Seguramente se había dado un buen golpe en la cabeza. Pero, de nuevo, era demasiado real.

En el centro de un estante bajo, dentro de la caja fuerte, había una simple pieza de loza gris, del tamaño de un balde pequeño. Y estaba lleno hasta el borde de relucientes monedas de oro.

Miranda soltó una risa de asombro.

—Una olla de oro.

—Monedas de oro raras —explicó el chef Emile—. Algunas datan del siglo XIV. Philippe VI de Valois, Louis XIV, Henri II.

Parker se agachó y se atrevió a meter la mano para tomar algunas.

Las hizo girar en la palma de su mano.

—Ángeles de oro.

—Sí. Muchas de ellas. También napoleones.

Miranda metió la mano y tomó un puñadito. Estudió los perfiles dorados de hombres macizos, los patrones geométricos, las letras grabadas en los bordes. Parecían antiguas. Y auténticas. Genuinas.

—Esta colección bien podría estar valorada en cien millones de euros —dijo Parker.

—Pesa mucho —declaró Fanuzzi, con una nota de alegría en su voz—. Estoy pensando en usar mi maleta con ruedas para llevarla. —Miró a Parker y luego a Miranda con sus grandes ojos marrones expectantes—. Así que todo está listo, ¿verdad? Todo va a estar bien, ¿cierto?

Parker se volvió hacia el chef Emile.

—¿Qué tiene que decir usted?

Después de todo, era su dinero.

Pareciendo haber envejecido un siglo esa noche, hizo un gesto de desdén con la mano.

—Tómenlo. Dénselo a esa gente horrible. Solo quiero a mi Odette de vuelta. Ya no me importa el Chez Amando. No si significa su vida. Y la vida de su esposo —le dijo a Fanuzzi.

Contenta de que eso estuviera resuelto, Miranda arrojó de vuelta a la olla las monedas que había estado sosteniendo y tiró de ella. Fanuzzi no mentía. Debía de pesar al menos treinta kilos.

—¿Cómo vamos a hacer esto? —preguntó.

Antes de que alguien pudiera responder, sonó el celular de Fanuzzi.

Fanuzzi dio un brinco, de repente al borde de las lágrimas de nuevo.

—Oh, santo Dios.

—Respira hondo, Joan —le dijo Parker—. Luego contesta.

Ella asintió y, obedientemente, sus hombros subieron y bajaron. Luego, presionó el botón de su teléfono.

La voz suavemente malvada de Jean-Claude Yanick salió del auricular.

—¿Tiene el dinero?

Fanuzzi enderezó la espalda.

—De hecho, lo tengo.

—Lo entregará en la esquina de la *Avenue de Moisee* y la *Rue de Tilsitt*. A las diez y media de la mañana. Cuando llegue, gire a la derecha. Verá una banca. Siéntese ahí y espere. Dentro de diez horas. No llegue tarde.

No le dio las veinticuatro horas completas.

—Ahí estaré.

—Si no está, no volverá a ver a su marido. Y lo más importante, venga sola.

El teléfono se cortó y todos se quedaron mirándolo por un largo rato. Era el momento. Su última oportunidad.

—Llamaré a Haubert —dijo Parker.

Fanuzzi se levantó de un salto de su silla.

—Wade, oíste lo que dijo Yanick, o como sea que se llame ese imbécil. "Venga sola".

—No puedo dejar que hagas eso, Joan.

—No puedes detenerme.

—Ella tiene razón —dijo el chef Emile—. Este loco los matará, a ambos, si hay alguien con ella.

Con un suspiro de cansancio, Parker volvió a guardar su celular en el bolsillo.

—Lo discutiremos mañana. Por ahora, durmamos todo lo que podamos.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Los juerguistas nocturnos de la víspera del Día de la Bastilla hicieron que fuera más fácil encontrar un taxi y, después de dejar a una exhausta Fanuzzi en su habitación, Miranda regresó a la de ellos con Parker.

Se turnaron para quitarse la ropa hecha jirones y chamuscada, y decidieron tirarla a la basura antes de meterse en la ducha en un inútil intento de lavar la mugre y el sabor amargo de esa noche.

Eso se quedaría con ellos por un tiempo.

Cuando por fin se dejó caer en la cama, se sintió demasiado cansada y derrotada para dormir. Se quedó acostada con las manos sobre la cara y los ojos bien abiertos.

Parker apagó la luz, se metió en la cama a su lado y los cubrió a ambos con las sábanas.

—¿Qué dijo Haubert?

Sabía que él lo llamaría en cuanto regresaran a la habitación.

—La esquina para la entrega está cerca de la ruta del desfile de mañana. De todos modos, habría tenido hombres apostados allí.

—Fanuzzi no puede discutir eso.

—Solo estaba cansada y asustada. Pensará con más claridad después de descansar. Espero que podamos convencerla de que use un micrófono.

Miranda pensó en lo terca que podía ser su amiga. Había pocas garantías que pudiera ofrecer para ayudar a persuadirla de que aceptara el plan.

Todo el fiasco de la noche comenzó a pesar sobre ella. El edificio abandonado. La luz en la ventana. La explosión que había matado a

un agente y herido de gravedad a otro.

—Nos engañaron esta noche —dijo.

—Fue una trampa. Adivinaron que iríamos.

—Yanick debe haberse enterado de que estábamos trabajando con la Inteligencia francesa. Él fue uno de ellos, por el amor de Dios.

—Sí.

Se quedó mirando el techo. No sabían a qué se enfrentaban cuando empezaron. Si lo hubieran sabido, tal vez habrían sido más cuidadosos. Pero ¿habría servido de algo? Quizás estaban condenados desde el principio.

Le acarició la mejilla. Se veía muy cansado. —¿No tenemos muchas posibilidades o sí?

Se tomó un momento para responder. —Las estadísticas de sobrevivientes secuestrados varían. Muchos factores influyen en los índices. Las circunstancias. El motivo de los secuestradores. Su habilidad, su inteligencia.

Estaba evadiendo lo inevitable.

—En este caso es más que el dinero —dijo ella—. Yanick le guarda rencor a su antiguo empleador. Quiere desquitarse. Quiere demostrar algo.

—Eso parece.

Temblando, cerró los ojos y dejó escapar un medio gemido, la sensación de pérdida la abrumaba. —¿No vamos a volver a ver a Becker, verdad?

Tardó un largo momento en responder. Y cuando lo hizo, el dolor grabado en las líneas de su atractivo rostro le partió el corazón en dos. —No, no lo creo.

Habían perdido.

Habían hecho hasta lo imposible y habían perdido a una de las mejores amigas que había tenido. Fanuzzi nunca volvería a ser la misma.

En la oscuridad, sintió que Parker la buscaba. Lo atrajo hacia ella, necesitando su calor.

Sus manos fuertes y delicadas recorrieron su rostro, sus hombros, sus pechos, buscando el mismo consuelo. Sus labios buscaron los de ella y se encontraron en un beso desesperado, lleno

de una necesidad que iba mucho más allá del contacto físico. Se arqueó contra su boca, mientras olas de emoción la envolvían.

Miedo y desesperación. Dolor y anhelo. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Sintió las lágrimas de Parker caer sobre su rostro y deslizarse, mezclándose con las de ella. Lloraron su pérdida perdiéndose el uno en el otro.

Y luego, sin decir palabra, él se deslizó entre sus piernas y dentro de ella, llenándola de sí mismo. Y de más. De vida. De valor para tener esperanza. Incluso en medio de la desesperanza.

Sin importar qué, todavía existía el amor. El amor de ellos. El amor de Fanuzzi por Becker. El amor de una amistad profunda y duradera que nunca había entendido hasta ahora.

Y cuando llegaron juntos al clímax, ella se aferró al cuerpo de Parker, permitiéndose asirse a una chispa de esperanza. Una pequeña brasa que aún ardía en lo más profundo de su ser.

Sin importar lo que trajera el mañana, haría todo lo posible para encontrar a su amigo.

Vivo o muerto.

CAPÍTULO CUARENTA

Dave sintió una sacudida. Luego, otra.

Le dolía la cabeza como el demonio, peor que después de aquella fiesta de Fin de Año que duró toda la noche. Se dio cuenta de que tenía los ojos cerrados. Los abrió y solo vio una negrura absoluta. Tenía algo sobre la cabeza. Intentó moverse, pero no pudo. El corazón se le aceleró, lleno de pánico.

¿Dónde carajos estaba?

Golpe. Golpe. Golpe. Auch.

Las sienes le palpitaban. El dedo le palpitaba. El dedo. Ahora recordaba lo que le habían hecho. Había perdido la punta del meñique.

Cuando el cuchillo de carnicero del hombre corpulento cayó, su primer pensamiento había sido: *¿Cómo voy a textear?* Y luego llegó el dolor.

Un dolor indescriptible, insoportable.

Gritó con todas sus fuerzas. Una y otra vez, hasta que el hombre flaco le metió algo en la boca. Debió de haber luchado por no perder el conocimiento. La mujer había tomado una sartén caliente y cauterizado el muñón, para luego envolverlo en una gasa. Él había intentado detenerla. No se dio cuenta de que ella intentaba ayudarlo hasta que la habitación empezó a dar vueltas y se desmayó.

Pero ya no estaban en esa habitación.

Dondequiera que estuvieran, olía diferente. No a encerrado y viciado como en aquellas habitaciones. Podía oír agua goteando en alguna parte.

Sintió que una mano le tanteaba la espalda. Quiso levantarse de un salto como reacción, pero estaba muy atontado. Alguien lo

levantó. Unos gruñidos suaves retumbaron en su cabeza. Luego, maldiciones en francés.

Empujaron su cuerpo hacia arriba, lo jalaron hacia abajo, como si lo estuvieran metiendo por un agujero. Lo habían drogado de nuevo. Tenía que ser eso. Quizás seguía acostado en esa cama miserable en la habitación solitaria. Aunque eso no sería de mucho consuelo.

Sintió que alguien lo dejaba sobre una superficie dura y rocosa.

—¿Y ahora qué? —oyó decir a una voz.

—Un momento.

Hubo una larga pausa mientras unas manos tiraban de su pecho. Luego, le quitaron lo que le cubría la cara.

—No va a necesitar esto —dijo alguien.

Dave parpadeó y miró a su alrededor. Estaba tirado en el suelo en una especie de cueva.

Vio al hombre flaco y al hombre corpulento de los tatuajes verdes de pie sobre él. Tenían linternas y, a su luz, pudo distinguir algo parecido a sonrisas en sus rostros. Giró la cabeza y vio otro bulto oscuro tirado junto a la pared.

Era la mujer.

¿Qué están haciendo? ¿Dónde estamos?, quiso preguntar. Pero el cerebro no le funcionaba. Su boca se negaba a moverse.

Giró la cabeza hacia el otro lado y se encontró cara a cara con un cráneo. Un cráneo incrustado en la pared de la cueva. Y a su alrededor había docenas más. Sabía dónde estaba.

Las Catacumbas.

La red de cuevas subterráneas bajo París que hace mucho tiempo se usaba para enterrar a los muertos. Una parte era una atracción turística. Él había querido llevar a Joanie. Ella se había negado. Pero otras partes estaban prohibidas, eran peligrosas. Aunque los jóvenes y los estudiantes a veces se metían a la fuerza para explorar o irse de fiesta. Algunas personas se perdían ahí dentro y nunca salían.

Joanie. ¿Volvería a verla?

Los dos hombres estaban hablando entre ellos en francés de nuevo. El flaco se agachó. Dave intentó arrastrarse para alejarse,

pero estaba atado de pies y manos y sus músculos no funcionaban bien.

Sintió un pinchazo en el cuello. Igual que el de los Campos Elíseos cuando el hombre flaco le pidió indicaciones.

Su visión comenzó a nublarse.

Los dos hombres tomaron la linterna y se dieron la vuelta para irse.

¡No! ¡No pueden dejarnos aquí! De nuevo, su boca no funcionó. Y la imagen de las dos figuras alejándose se volvió borrosa.

Luchó por mantenerse despierto, por combatir cualquier droga que le hubieran dado, pero los párpados se le caían y se sentía como si se hubiera bebido dos barriles de cerveza.

Pero antes de que sus ojos se cerraran por completo, se miró. Alrededor de su pecho tenía el chaleco de un terrorista suicida.

Su pregunta. ¿Volvería a ver a Joanie y a los niños? La respuesta era clara ahora.

La respuesta era no.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

El sol de París brillaba alegre mientras Miranda y Parker se dirigían al norte en el Citroën gris metálico de Haubert, con Fanuzzi apretujada entre ellos en el asiento trasero.

Avanzaron por las acogedoras calles arboladas, pasaron junto a los hermosos balcones de filigrana de hierro, los majestuosos edificios con su piedra caliza simétrica y sus volutas florales sobre puertas y ventanas arqueadas. Y cruzaron el Sena de un verde profundo.

Un lugar encantador para el intercambio de un rescate.

Haubert había llegado al hotel justo antes de las ocho con otro conductor para sustituir al herido Nadeau. Se llamaba Fayette. Un tipo guapo con el pelo castaño y desgreñado sobre las orejas y una camiseta de los Yankees de Nueva York que les mostró con orgullo.

—Me encanta el béisbol americano —explicó.

Miranda lo reconoció de la reunión informativa. Era el que había dicho que se había entrenado con Yanick.

Pero hubo poco tiempo para charlar. Les llevó cada minuto de su tiempo de preparación convencer a Fanuzzi de hacer las cosas a su manera.

Llevaba una blusa roja de algodón sin mangas, jeans y zapatillas para correr que no había querido usar porque los parisinos las consideraban poco elegantes. Pero cuando Miranda le señaló que tal vez necesitaría correr, cambió de opinión. Su pelo con mechas estaba envuelto en un pañuelo azul; había pensado que sería apropiado llevar los tres colores de la bandera francesa.

Miranda y Parker también vestían de manera informal, con ropa casual en tonos grises apagados. Miranda llevaba gafas de sol y había metido su espeso y rebelde pelo en una gorra de béisbol que Fanuzzi le había prestado. Haubert estaba casi irreconocible con una camisa a cuadros sobre una camiseta y unos jeans, pero esa era la idea. Todos esperaban pasar desapercibidos.

El Citroën cruzó una intersección de seis esquinas y los peatones en las aceras se hicieron más densos. Subieron por otra calle pintoresca y finalmente llegaron a los Campos Elíseos, donde la policía con chalecos amarillos dirigía el tráfico, a punto de bloquear la ruta del desfile.

Locales y turistas vestidos con atuendos de verano abarrotaban las calles, alineándose a ambos lados de la ancha avenida con celulares y cámaras en mano para poder ver el desfile.

Esa noche habría fuegos artificiales, le había dicho Parker, y un magnífico espectáculo de luces en la Torre Eiffel. Pero Miranda no creía que ninguno de ellos fuera a tener ganas de celebrar.

Haubert giró hacia la avenida principal, avanzó una cuadra y luego se metió en una calle lateral. Se detuvo en la acera detrás de un Fiat azul plateado. Un vehículo que transportaba a más miembros de su equipo.

Fanuzzi empezó a juguetear con los cables bajo su blusa. —¿Está seguro de que esta es la forma correcta de proceder?

Haubert se dio la vuelta, con una expresión tranquilizadora en su rostro, aunque su barba roja y afilada y sus gafas lo hacían parecer un maestro de escuela regañón.

—Tranquila, *madame* Becker —le dijo—. La acompañan algunos de los mejores profesionales del mundo.

Pero ni siquiera los mejores podían garantizar el éxito y Fanuzzi era lo bastante lista para saberlo. También era lo bastante lista para saber que estaba en minoría. —De acuerdo. Ganan ustedes.

Miró su reloj y volvió a mirar por la ventanilla.

Tenían unos minutos.

Dos hombres y una mujer rubia salieron del auto de delante. Vestían camisetas y jeans informales y parecían turistas, pero

Miranda reconoció a la mujer de la oficina de Haubert mientras se dirigían calle arriba.

Haubert le tendió su celular a Fanuzzi y señaló la pantalla. Un mapa de su ubicación actual.

Señaló la ventanilla trasera. —Cuando el autobús se detenga en esa esquina, usted se bajará y caminará hasta aquí. —Indicó la esquina por la que acababan de pasar.

—Camine hasta aquí, donde los agentes se están posicionando.

Fanuzzi asintió.

—Luego gire a la derecha en el quiosco verde, siga la curva de la calle hasta aquí. Gire aquí. Ahí es donde estará la banca.

—Ajá.

—Tengo hombres apostados aquí y aquí. —Señaló puntos al otro lado y al final de la calle.

Esos eran los agentes que harían el arresto. Haubert quería mantener todo de manera oficial. Sin resquicios legales por los que colarse. Miranda estaba cien por ciento de acuerdo con eso.

—Entendido —dijo Fanuzzi, con voz molesta.

Habían repasado la ruta una docena de veces en la habitación del hotel y ella no era estúpida, pero nunca se es demasiado cuidadoso con una operación como esta.

Miranda se volvió hacia ella. —Puedes hacerlo, Fanuzzi. Eres una mujer muy dura.

Ella le dedicó una sonrisa triste y un abrazo rápido. —Gracias.

Entonces el autobús se detuvo detrás de ellos con un chirrido ruidoso, como lo hacen los autobuses urbanos.

Parker saltó y corrió a la parte trasera del auto. Lanzando miradas furtivas por encima del hombro, abrió el maletero y sacó la maleta con ruedas de Fanuzzi. Era un cachivache de flores azules y blancas que gritaba «turista», pero era lo mejor que podían hacer.

Esa mañana habían tenido un acalorado debate sobre si colocarle un rastreador, pero al final decidieron que era muy probable que Yanick lo encontrara.

Por la ventanilla trasera, Miranda observó a Parker poner el asa en los dedos de Fanuzzi y darle un abrazo para desearle suerte.

Luego se acercó a la ventanilla del conductor y fingió charlar tranquilamente con Haubert mientras Fanuzzi se dirigía a la esquina.

Giró en la primera esquina justo cuando el autobús se alejaba. Desde la mayoría de los ángulos, parecía que acababa de bajarse.

—Hora de moverse —dijo Haubert, y él y Miranda salieron del auto y se dirigieron con Parker por el mismo camino que Fanuzzi había tomado.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

No fue difícil mantenerse a una buena distancia de Fanuzzi mientras avanzaba con su pañuelo azul y su maleta floreada.

Las calles bajo vigilancia formaban una extraña manzana triangular con una calle curva en un extremo y la punta truncada en el otro. Un poco difícil de recorrer para cualquiera que no fuera un parisino nativo. O para alguien que lo hubiera repasado en el mapa veinte veces durante el desayuno, como había hecho ella.

La multitud en la acera se extendía desde el bordillo hasta los edificios y la gente los maldecía en todos los idiomas mientras se abrían paso a empujones. El desfile estaba a punto de empezar y todo el mundo quería verlo.

Miranda se estaba acostumbrando a la reacción.

A menos de trescientos metros se veía el majestuoso arco, y los participantes del desfile se estaban formando, listos para marchar.

Los festejos estaban a punto de comenzar.

Justo cuando Fanuzzi desapareció al doblar la segunda esquina y se alejó de las actividades, la banda empezó a tocar y la compañía comenzó a moverse.

Haubert y Parker la habían puesto al tanto de los detalles esa mañana.

El desfile era un acto militar. Los cadetes de todas las academias cercanas tomarían la delantera, marchando con sus impecables uniformes de gala, sus elegantes gorras y sus bastones decorados.

Los seguiría personal de una gran variedad de ejércitos: Bélgica, Gran Bretaña, Mali y más. Luego vendría una brigada montada, motocicletas, tanques. Todos avanzarían los más de dos kilómetros

de la famosa avenida hasta la Plaza de la Concordia, donde los esperarían el presidente y su séquito.

Luego habría un montón de discursos aburridos.

Justo cuando Miranda dobló la esquina detrás de Fanuzzi, tres aviones de combate sobrevolaron el arco, arrojando los colores de la bandera francesa en el aire. Sonaron los tambores y un coro estalló con el himno nacional de Francia.

En la esquina opuesta, Miranda divisó a un guardia. Supuso que era uno de los hombres del agente Valcourt, el antiguo jefe de Yanick, que estaba a cargo de la seguridad de todo este tinglado.

No por primera vez en el día, pensó que era extraño que Yanick hubiera elegido este momento y lugar para el intercambio. La hizo preguntarse si el desgraciado se guardaba un as bajo la manga.

Si intentaba alguna tontería, por nada del mundo lo dejaría salirse con la suya.

No había tiempo de pensar en eso ahora. Fanuzzi acababa de desaparecer al doblar la última esquina.

Parker se apresuró hacia allí, miró despreocupadamente y le hizo un gesto a ella y a Haubert con la mano a un costado para que avanzaran.

Miranda pasó junto a él al doblar la esquina y fingió detenerse a mirar un escaparate cercano. Con un movimiento relajado, se quitó las gafas de sol y las colgó en el cuello de su camiseta, comprobando la pistola en la funda bajo su ligera chaqueta de verano. Sacó del bolsillo una polvera para empolvarse la nariz, la abrió y, en el espejo, vio a Fanuzzi dirigiéndose a la banca de la parada de autobús a unos seis metros de distancia.

Era un asiento de hierro gris enclavado entre dos olmos de la ciudad. Al otro lado de la calle había una entrada acristalada del metro. Miranda sabía que uno de los agentes que había salido antes del Fiat azul plateado estaba allí, armado y vigilando. Otros dos estaban al final de la calle.

Una fila de sedanes estaba estacionada a lo largo del carril designado al otro lado de la parada de autobús. Uno de ellos era un Renault color carbón que llevaba a otro agente.

Si aparecía, Yanick estaría rodeado.

Al final de la acera, cerca de la banca, había una pequeña valla publicitaria que anunciaba lo que parecía ser un perfume. En el extremo opuesto de la cuadra había un café de esquina. Los dos agentes estaban apostados allí. Ella levantó la vista.

El edificio con el escaparate tenía una cámara de seguridad, tal y como había dicho Haubert. Una grabación del intercambio por parte de un tercero sería la cereza del pastel.

Miranda se ajustó el auricular y oyó el traqueteo de la maleta de Fanuzzi sobre la rejilla que rodeaba la base de un árbol. Luego el ruido cesó.

Volvió a mirar su espejo y vio a su amiga sentarse.

Dios mío, que todo salga como la seda. Aunque a estas alturas ni siquiera sabía qué significaba eso.

Lentamente, movió su espejo en círculo para escanear la calle detrás de ella y entonces su corazón se detuvo cuando vio la figura alta, el pelo rubio cenizo, la nariz larga y ganchuda.

Yanick se movía entre la hilera de árboles, dirigiéndose directamente hacia Fanuzzi.

Ni siquiera había visto de dónde había salido.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

El dolor punzante en la cabeza de Dave le recordó la vez que fue a un concierto de Metallica en la universidad y se sentó en primera fila. Tenía el estómago tan revuelto que quería vomitar.

¿Una intoxicación alimentaria? ¿Dónde habían comido anoche?

Y entonces abrió los ojos y vio la calavera en la pared, a cinco centímetros de su cara. Se sobresaltó.

—¡No te muevas!

Giró la cabeza. La mujer. La pelinegra que había preparado el fricasé de pollo. La de los cuchillos. Y el de carnicero.

¿Cómo se llamaba? Odette.

Estaba sentada, erguida y alerta. Pero estaba atada con una cuerda que rodeaba todo su cuerpo vestido de oscuro.

—Déjame ayudarte. —Intentó levantarse.

—Te lo dije —espetó ella—. ¡No te muevas! —Le miraba fijamente el pecho con los ojos desorbitados.

Se miró a sí mismo… y recordó. Los dos hombres que lo habían capturado le habían puesto un chaleco bomba y los habían dejado allí abajo, en las Catacumbas.

Mareado, empezó a reírse para sus adentros.

—¿Qué es tan gracioso? —exigió la mujer.

—Estaba pensando… Vaya manera de morir. Volar en mil pedazos y ser enterrado bajo la ciudad del amor.

Ella le hizo una mueca de desprecio. —Las drogas te han vuelto estúpido.

—Creo que todo esto me ha hecho sentir bastante estúpido. ¿Acaso mi madre no me dijo siempre que no hablara con extraños?

Se rio de nuevo y luego ambos guardaron silencio durante un largo rato, escuchando el sonido del agua goteando en alguna parte mientras su destino se cernía sobre ellos. Había un tenue resplandor de una luz que venía de algún lugar. Eso era lo que les permitía ver un poco.

Finalmente, la voz de la mujer rompió el silencio. —La estúpida soy yo.

—¿Tú?

—Todo esto fue idea mía. Estaba enojada con mi tío. Todo lo que quería era recuperar mi trabajo. Pensé que tenía que hacer algo drástico para llamar su atención.

Era cierto. Su tío era el chef Emile. —Bueno, creo que eso sí lo conseguiste.

Hizo un sonido de asco con los labios. —Probablemente ni siquiera sabe que he desaparecido.

—Lo sabe. Mi esposa se habría asegurado de que lo supiera. Está tomando una clase con él en *Le Gastronomique Divine*.

Ella puso los ojos en blanco. —Ya lo sé. Por eso te elegí a ti.

—Ah. —Eso tenía sentido.

—Conseguí el nombre de tu esposa a través de mi ex prometido. La seguí hasta la habitación de su hotel. Organicé tu secuestro.

—Por el hombre alto de cabello rubio oscuro.

—Sí. Se llama Jean-Claude. Y el otro es Grigori. Es ruso. Nunca me dijeron sus apellidos, pero sabía que eran criminales. Simplemente no sabía qué tan malos eran. ¿Por qué pensé que podía confiar en gente así? —Empezó a llorar.

—Oh, no hagas eso. Se te moqueará la nariz y no podrás limpiártela. A mi esposa le pasa a veces cuando tiene las manos llenas de masa. Tengo que tomar un pañuelo y limpiársela.

Eso solo la hizo llorar más fuerte. —Tú tienes una esposa que te ama. He destruido todo eso. ¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho?

Dave no supo qué decir. Debería despreciar a esta mujer, pero parecía tan desdichada. Y ahora estaba a punto de irse al más allá con ella.

—No llores —dijo—. No sé si puedo perdonarte, pero más vale que aprovechemos nuestras últimas horas.

Finalmente, empezó a calmarse. Giró el cuello e intentó secarse las mejillas con el hombro. Luego intentó alcanzar su nariz, pero no pudo. Él se lo había advertido.

Con un suspiro, desistió de intentar secarse. —Lo que deberíamos hacer con nuestras últimas horas es tratar de encontrar una salida de aquí.

Buen punto. —No hay mucho que pueda hacer si no puedo moverme. ¿Puedes levantarte? ¿Quizá puedas ir a buscar ayuda?

Se revolvió, se retorció de un lado a otro y luego negó con la cabeza. —No. Tengo los pies atados. No puedo arrastrarme por una cueva oscura de esta manera.

—Supongo que no. —Dave se quedó callado otro momento.

Trató de pensar. Había algo en el borde de su cerebro, si tan solo pudiera recordarlo. Pero las drogas le habían nublado la cabeza.

Estaba seguro de que había perdido algunos puntos de coeficiente intelectual.

Entonces volvió a mirarse y vio un reloj digital encenderse justo sobre su pecho. ¿Qué decía?

¿Treinta y cinco, cero cero?

¿Significaba treinta y cinco minutos? Tenía que ser eso. Ahora decía treinta y cuatro cincuenta y nueve. Ahora treinta y cuatro cincuenta y ocho.

La adrenalina le recorrió el cuerpo y de repente estaba completamente despierto y alerta. «No te muevas», se recordó. Si lo hacía, no tendrían ni treinta y cinco segundos.

Su mente se aceleró. Recordó lo que uno de los hombres había dicho en esa habitación. Dos detectives de Estados Unidos. El señor Parker y Steele estaban ahí fuera en alguna parte. Si tan solo pudiera contactarlos de alguna manera. Entonces recordó la conversación telefónica con Joanie.

—Mi celular.

—¿Qué pasa con él?

—Si lo tuviéramos, creo que podría conseguir ayuda.

Ella volvió a hacer ese bufido. —No puedes tener señal aquí adentro.

—Podría tener. Tiene un amplificador de señal. Lo programé yo mismo.

—¿Eres un *nerd*?

—Algo así.

Ella se movió, se retorció y giró, tratando de palpar sus bolsillos. Abrió los ojos como platos. —Creo que lo tengo. Creo que lo dejaron en mi bolsillo.

—¿Puedes sacarlo?

—Quizá. Lo intentaré. —De nuevo se retorció y giró, poniendo su cuerpo en una posición tan retorcida y extraña que Dave estaba seguro de que debía ser una maestra de yoga.

Por fin, algo cayó con estrépito sobre el suelo huesudo.

—¿Es eso?

Con aspecto agotado, giró la cabeza y asintió. —Sí.

Dave se atrevió a forzar el cuello y vio brillar la luz de la pantalla. —Le volvieron a poner la batería. Todavía tiene carga.

Odette entrecerró los ojos mirando el celular. —El indicador dice que no es mucha. ¿Y ahora qué? —preguntó.

—¿Puedes alcanzarlo?

Ella le frunció el ceño. —Y si puedo, ¿qué?

Cierto. Era bastante difícil marcar en un teléfono con las manos en la espalda. —Espera. Tengo una idea. ¿Y si lo empujas hasta aquí para que pueda verlo y yo te digo dónde poner los dedos?

Ella lo miró como si fuera la idea más loca que jamás hubiera oído.

—¿Tienes una idea mejor?

Eso la enfureció. Puso los ojos en blanco de nuevo. —Muy bien. Lo intentaré. —Se arrastró sobre su trasero y le dio un empujoncito al celular. Se movió un poco—. Esto va a ser difícil.

—Solo inténtalo —dijo Dave, esperando sonar alentador.

Le dio otro empujón al celular con el muslo y se movió un poco más. Arrastró su cuerpo hasta él y le dio otro empujón.

—Eso es. Lo estás haciendo genial.

—Voy a romperlo.

—No, no lo harás. Es bastante resistente. —Al menos, eso esperaba.

Su respiración se volvió pesada mientras empujaba y se arrastraba, avanzando centímetro a centímetro. Podría ser delgada, pero cocinar y comer pasteles todo el día no había hecho nada por su condición física. Dave estaba acostumbrado a trabajar con mujeres más resistentes.

—No puedo hacerlo. —Se detuvo, con los hombros agitados.

El aire aquí dentro era un poco escaso. Eso no ayudaba. —Está bien. Solo descansa un poco. Lo estás haciendo bien.

Giró el cuello. —Los números en tu pecho están bajando.

Cierto. —Vale. Entonces que sea un descanso corto.

Negó con la cabeza. —No hay tiempo para eso. —Y gruñendo y quejándose, se obligó a recorrer el resto del camino—. ¿Puedes verlo?

—Sí. —La pantalla del celular estaba a unos doce centímetros de la cara de Dave.

—Intentaré ponerme en posición para marcar. —Giró sobre sí misma y su pie aterrizó en un charco—. *Merde* —espetó.

Pero siguió adelante.

Por fin, el celular estaba detrás de ella y sus largos dedos se cernían sobre él. Llevaba las uñas pintadas de rojo, pero estaban cortas. Eso era bueno. Tal vez había una posibilidad de que esto funcionara.

—Date prisa. Dime qué hacer.

Oh, le encantaría decirle qué hacer. Pero tenía que mantener la calma. Ambos tenían que hacerlo.

—Vale —dijo—. Desliza el dedo por la pantalla.

Temblando, extendió el dedo índice. Tanteando en el aire, deslizó. Y no tocó nada.

—Más abajo.

Gruñó, se inclinó hacia atrás un poco más y deslizó de nuevo. Su dedo rozó la superficie de una calavera.

Se estremeció. —¿Qué fue eso?

—Nada. Solo el suelo. Fallaste. Inténtalo de nuevo. A la izquierda.

Haciendo un gruñido, se reajustó, flexionó los dedos y deslizó de nuevo. Esta vez rozó la superficie del celular. Aparecieron los iconos.

—Lo hiciste. Genial.

Soltó un profundo suspiro.

Hasta ahora, todo bien. Dave entrecerró los ojos para ver la pantalla. Dos barras. Eso era bueno.

Simplifiquemos esto, pensó. Todo lo que necesitaban era enviar un mensaje. Tenía el número del señor Parker en su celular desde el día en que se casó con Joanie. Trató de no pensar en eso o se derrumbaría.

—Solo tienes que ir a Contactos —le dijo a la mujer—. El botón naranja.

—¿Y cómo hago eso? No puedo ver el botón naranja.

Caray, qué malhumorada estaba. —Vale. Solo mueve el dedo en el aire y te diré cuándo presionar.

Movió la mano. —¿Así?

—No, ahora estás fuera de la pantalla. De vuelta a la izquierda.

Ahora estaba sobre él. —¿Aquí?

—Un poco más abajo. A la derecha.

Estaba justo encima.

—Ahí mismo. Presiona.

Le dio al icono equivocado. Su lista de reproducción comenzó y el sonido de *La Vida Loca* resonó en la cueva.

—Apágalo.

—¿Cómo?

—Presiona de nuevo. Justo donde estás.

Lo hizo y la música se detuvo, dejándolos solo con el sonido de su propia respiración desesperada.

Tenían que hacer esto. Tenían que conseguir ayuda. Dave inhaló tratando de mantener la calma. —Inténtalo de nuevo.

—Esto es imposible.

—Casi lo tenías. Solo inténtalo. Un poco más abajo esta vez.

Con otro gruñido movió la mano. Por algún milagro, esta vez la punta de su dedo tocó el lugar correcto. El teléfono sonó y apareció su lista de contactos. El nombre del señor Parker estaba al principio de la lista. Zorro Plateado, el apodo por el que todos en la oficina lo conocían.

—¡Lo tienes! Estás en mis contactos.

—Ahora solo desliza, ¿verdad? —Volvió a deslizar el dedo por la pantalla.

—No. No tenías que hacer eso. Estaba justo ahí.

Había conseguido marcar un número. Era su tintorería.

—Limpio y Ordenado —dijo un mensaje grabado—. Lamentamos no poder atenderle. Ya hemos cerrado, nuestro horario habitual es…

—Cuelga la llamada. Arriba y a la derecha.

Esta vez acertó de lleno. La cueva quedó en silencio.

—Esto no está funcionando —dijo—. No puedo hacerlo. —Había un temblor en su voz. Luego empezó a llorar.

Quería consolarla, pero no tenía energía. Ella había tenido razón. Esto era demasiado difícil para ella. Demasiado difícil para ambos.

Miró su celular con una frustración abrumadora. Estaba justo ahí. Justo a su alcance. Espera un momento. Todo el mundo siempre decía que su nariz era un poco grande, aunque Joanie le decía que le hacía parecer distinguido. Tal vez finalmente le serviría de algo ahora.

—¿Puedes hacer una cosa más?

—¿Qué?

—Empuja el celular cerca de mi cara.

—¿Por qué? ¿Te lo vas a comer?

—No. Creo que puedo marcarlo.

Lo miró por encima del hombro, frunciendo el ceño con escepticismo, pero al final asintió. —Muy bien. Lo intentaré.

Volvió a mover el trasero y empujó con los dedos, acercando el celular a su cara. Él podía oler el aroma de la comida recién hecha en ella, así como su perfume de tres días. Estaba tan miserable como él. Especialmente ahora.

—Ya es suficiente —dijo.

El celular estaba exactamente en el lugar correcto. Todo lo que tenía que hacer era inclinarse un poco.

¿El movimiento activaría su chaleco? No estaba seguro. Pero incluso si los hacía volar por los aires, era mejor que quedarse aquí esperando a que la cosa explotara. Inclinó la cabeza, tocó la pantalla con la nariz y deslizó.

Una vez más, sus contactos aparecieron en la pantalla. El Zorro Plateado justo al alcance. Justo donde quería estar.

Inclinó la cabeza y presionó la nariz contra el número.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

Mientras se ajustaba el espejo, Miranda contuvo el aliento al ver a Yanick sentarse en el otro extremo del banco de hierro.

El pañuelo azul de Fanuzzi se agitó cuando ella se giró hacia él.

Él echó su larga melena rubia y sucia por encima del hombro con un gesto arrogante, y el mismo acento francés y siniestro que había escuchado por teléfono vibró en su auricular.

—Vino.

El acento de Brooklyn de Fanuzzi. —Claro que vine.

—¿Cómo vino?

—En autobús.

Entrecerrando los ojos para mirarla con recelo, parecía no creerle del todo. —¿Y tiene lo que le pedí?

—Claro que sí. Justo aquí adentro. —Señaló la maleta, con la voz delatando irritación.

Cuidado, chica. No lo provoques. Pero Yanick parecía perfectamente sereno. Ni siquiera parpadeó ante el diseño florido.

—Deslícela hacia mí. Despacio.

Miranda oyó el movimiento de las ruedas mientras Fanuzzi obedecía la orden.

Yanick tomó el asa, giró la cosa de lado y abrió un poco el cierre. Sus finos labios se curvaron en una altanera sonrisa de triunfo. —Así que esta es la fortuna de la familia Amando.

Fanuzzi no respondió.

—Supongo que es toda.

—Claro que lo es.

—Muy bien. Ha sido un placer hacer negocios con usted. —Empezó a levantarse.

—No tan rápido.

Volvió a sentarse. —¿Pasa algo? —Qué imbécil tan arrogante era.

—¿Dónde está Dave? —siseó Fanuzzi por lo bajo—. ¿Dónde están mi esposo? ¿Y Odette?

Él sonrió con aún más arrogancia.

—Usted me lo prometió.

Yanick se puso de pie de nuevo y se sacudió el polvo de los pantalones. —¿Cuál es la expresión estadounidense? ¿Las promesas están para romperse?

Lo sabía. Simplemente lo sabía.

—¡Maldito francés hijo de perra! —Fanuzzi se abalanzó sobre él, intentando agarrarlo de la camiseta.

¡No! Eso no era parte del plan.

Yanick retrocedió, le dedicó una mueca condescendiente y echó a correr, con la maleta colgada al hombro.

—¡No! ¡Vuelve! —Fanuzzi se levantó de un salto y fue tras él.

Miranda se guardó la polvera en el bolsillo y salió disparada tras el maldito mentiroso.

—Que alguien se encargue de ella —oyó ladrar a Haubert por el auricular mientras pasaba a toda velocidad junto a su amiga.

Miranda se alegró de esa orden. No podía detenerse a ayudarla. Pero se arriesgó a mirar por encima del hombro y vio a la agente corriendo hacia ella y apartándola. Más allá de las mujeres, Haubert y Parker doblaban la esquina.

No había tiempo de esperarlos.

Se dio la vuelta, fijó la vista en la maleta azul de flores y corrió hacia ella. Yanick se dirigía a la esquina más lejana de la calle.

Oyó a Haubert ladrar más órdenes en francés a sus hombres en su oído.

Los dos agentes masculinos disfrazados de turistas salieron del café de la esquina y empezaron a avanzar por la calle hacia él. Los oficiales de arresto. Estaban a dos pasos de Yanick cuando el agente de la izquierda llevó la mano a su espalda para tomar su arma.

Yanick vio el movimiento, fue más rápido. Sacó una pistola de cañón largo y les disparó a ambos agentes allí donde estaban.

Miranda se quedó helada. El corazón casi se le detuvo.

Los agentes cayeron al suelo. Los peatones empezaron a gritar a todo pulmón y a correr en todas direcciones. La policía de seguridad apareció y empezó a correr por las aceras.

Un caos total. Eso solo hizo que la multitud entrara más en pánico.

Lo que faltaba.

Justo cuando Yanick llegaba a la esquina lejana, un BMW negro la dobló a toda velocidad y se detuvo con un chirrido de llantas. Yanick abrió de golpe la puerta trasera, saltó adentro y el coche arrancó.

El Renault gris oscuro se detuvo a su lado. —Sube. —Era el vehículo estacionado en el punto de encuentro, con uno de los agentes masculinos al volante.

Sin un instante de vacilación, Miranda abrió la puerta del copiloto y se lanzó adentro.

—¡Vete! —le gritó al conductor.

Y sin decir una palabra, él pisó el acelerador a fondo.

###

El estómago de Parker se endureció como el concreto mientras observaba la escena desarrollarse ante él.

Se suponía que los agentes que interpretaban a los turistas en el café debían haber detenido a Yanick. Pero Yanick había adivinado la táctica segundos antes de que pudieran ejecutarla. Ahora esos agentes estaban muertos o gravemente heridos.

Y Yanick se estaba escapando.

Miranda tenía razón. Becker había desaparecido. Odette había desaparecido. Y ahora la fortuna del chef Emile también había desaparecido. Parker se sintió como un idiota.

—Miranda —gritó al verla subir al Renault. Por supuesto que no perdería el tiempo esperándolo.

La había entrenado mejor que eso.

Pero siguió adelante, corriendo como un loco tras un coche que no podía alcanzar a pie. Recobrando el juicio, aminoró el paso.

Un paramédico se acercó por detrás de él. —¿Dónde? —preguntó por los agentes caídos.

—Por allá. —Señaló calle abajo—. Cerca del café.

Se dio la vuelta y parpadeó ante el caos que había detrás de él. Haubert había ido por el Citroen. Pero estaba tardando una eternidad en volver.

Debería ir tras él.

Justo cuando empezaba a dirigirse hacia la esquina, sonó su celular. Lo sacó del bolsillo de un tirón y miró el número.

Dios mío.

Contestó. —¿Sí?

—¿Señor Parker?

Casi se tambaleó al oír el familiar acento del noreste. —¿Dave? ¿Eres tú?

—Sí. Tiene que ayudarme. Tengo que hablar rápido. Casi no me queda batería.

Dios mío, pensó de nuevo. Dave estaba vivo. O eso, o él mismo había recibido una bala y estaba alucinando.

No, la voz en su oído era real.

—¿Dónde estás?

La conexión era mala y Dave estaba en pánico, soltando información tan rápido como Parker podía asimilarla. Su mente daba vueltas con los detalles. Y mientras escuchaba, un plan se formó en su mente. Sabía exactamente adónde ir.

El coche de Haubert se detuvo junto a la acera. Su antiguo alumno leyó la conmoción en su rostro. —¿Qué pasa?

—He tenido noticias de Dave Becker.

Haubert contuvo el aliento. —*Dieu Merci*. ¿Está vivo?

—Sí. Pero está en problemas. —Rápidamente, Parker le explicó la situación y su plan.

Haubert tardó solo un segundo en recalibrar la nueva información. —Llévese a Fayette con usted. Yo iré tras Yanick.

—Gracias, Rene —dijo Parker mientras el conductor salía del coche y Haubert se corría de asiento—. Y si puedes…

El director se inclinó hacia la ventanilla. —¿Sí? Lo que sea.

—Asegúrate de que Miranda esté a salvo.

—Haré lo que pueda. —Y arrancó, con las llantas chirriando.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

Miranda se aferró al tablero mientras el agente al volante del Renault aceleraba a toda velocidad por las calles secundarias de París persiguiendo al BMW negro.

—Tenemos que atrapar a ese desgraciado —dijo con los dientes apretados—. Tenemos que hacerlo.

—Sí. —Giró el auto en una curva cerrada.

El hombre a su lado era Turmel, el tipo grande que había encontrado la señal de la torre de telefonía celular que los llevó al edificio abandonado la noche anterior. Se imaginó que él no se sentiría muy bien por eso hoy, aunque lo que pasó anoche no fue culpa suya en absoluto.

Tenía hombros anchos cubiertos por una ajustada camiseta negra de punto. Y su largo cabello oscuro estaba recogido en una cola de caballo con un trozo de cuero. Parecía un tipo rudo de la calle.

—Se nos escapan.

—No, no lo harán. —Pisó el acelerador a fondo.

—No podemos perderlos —dijo ella otra vez.

—Lo sé, *Madame* Steele. —Le lanzó una mirada sombría—. Nadeau fue mi compañero durante muchos años. Si no lo hiciera por usted, por mi trabajo, ciertamente lo haría por él.

Eso la hizo sentir mejor. Ella también quería vengar a Nadeau. Y a Saint-Romain, que había perdido la vida anoche en el techo. Y a los dos agentes caídos que tuvieron que dejar en la calle. Por no mencionar a Fanuzzi y a Becker.

Pasaron zumbando por una estrecha calle secundaria, rodearon unas obras de construcción, dieron un giro brusco y rebotaron sobre

el pavimento de ladrillos por otro carril angosto de un solo sentido en la dirección equivocada.

Había peatones por todas partes, docenas de ellos abarrotando las aceras, algunos dirigiéndose al lugar del desfile, otros con niños buscando algo de comer, otros con bolsas de compras hablando por sus celulares, ajenos al peligro que los rodeaba.

Algunos de ellos insultaron a los autos que pasaban a toda velocidad, un anciano agitó el puño en el aire.

Sí, sí. La seguridad primero. Malditos jovencitos. Si tan solo fuera así de simple.

Turmel comunicó por radio su posición a Haubert y se las arregló para leer el número de placa del BMW. Haubert dijo que estaba detrás de ellos y que se estaba acercando, pero Miranda no podía ver el Citroën por el espejo. De todos modos, no podía prestar atención. Tenía que mantenerse concentrada en la parte trasera del BMW, que se estaba alejando de nuevo al tomar otra curva.

—Mantenga el ritmo —le gritó a Turmel.

—Lo estoy intentando.

Esta calle estaba llena de aún más peatones y el tráfico estaba casi detenido.

—Ahora deberíamos alcanzarlo —dijo Turmel.

Pero no. El BMW salió de su lugar y se lanzó a toda velocidad por la calle en sentido contrario.

Los autos que venían de frente tocaron la bocina, pero era un juego mortal de ver quién se acobardaba y terminaron subiéndose a la acera, obligando a los peatones acosados a apartarse del camino.

—No hay más remedio que seguirlo —gruñó Turmel y se metió en el carril contrario por el camino que el BMW había abierto, ganándose más maldiciones y puños agitados.

Pero Miranda apenas vio las reacciones. Estaba estirando el cuello por encima de unas altas rejas de hierro con puntas doradas hacia los altos monumentos que se alzaban en la distancia.

—¿Dónde diablos estamos?

—Cerca de la Plaza de la Concordia.

—¿Donde está el Presidente?

—Sí, por desgracia.

¿Qué estaba planeando este desgraciado? ¿Algún tipo de intento de asesinato? ¿Por qué otra razón atravesaría calles abarrotadas en lugar de algún lugar desierto? Como un edificio abandonado. O tal vez dirigirse fuera de la ciudad hacia las tierras de cultivo.

Yanick quería causar más daño. Estaba segura de ello.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

Parker se apresuraba por la acera con Fayette a su lado, su mirada escrutando los edificios centenarios. Habían pasado demasiado tiempo recorriendo una y otra vez las estrechas calles y los pintorescos callejones del octavo *arrondissement*. Estaban perdiendo minutos preciosos.

Sabía que tenía que estar por aquí en alguna parte.

Había visitado el lugar años atrás con su familia. A Sylvia le había horrorizado la idea de llevar a una niña a un cementerio subterráneo, pero él había pensado que sería una buena experiencia para su hija. Y para su sorpresa, Gen, de diez años, había quedado fascinada con el lugar.

Su recuerdo era un poco vago, pero recordaba el pasadizo. Y la sección que el guía turístico les había advertido que evitaran para no perderse.

El joven agente con la camiseta de los Yankees jadeaba a su lado.

—¿Qué estamos buscando, *monsieur* Parker?

—Ah, ahí está. —Parker cruzó la calle de prisa y corrió hasta la estructura.

Una pequeña caseta de metal que se había vuelto de un verde oscuro por los siglos de antigüedad. Había señales de advertencia por todas partes.

Parker tiró de la manija de la puerta de metal. No cedió.

—Está cerrada con llave, *monsieur* Parker —dijo Fayette—. Cerrada por el feriado.

—Ya veo.

—Puedo llamar a las autoridades para que la abran.

Parker sacó de la funda la pistola que Haubert le había prestado y usó la cacha para destrozar la cerradura. Se rompió fácilmente.

Le sonrió al agente atónito.

—No hace falta. Ya está abierta.

Atravesaron la puerta y se vieron sumergidos en una oscuridad casi total. Unas luces tenues parpadeaban muy abajo mientras descendían por una sinuosa escalera de piedra que sin duda había sido diseñada en la época medieval. Cuando llegaron al final, se encontraron con una abertura que daba a un pasadizo largo y estrecho, parecido a una cueva.

—Cuidado con la cabeza —le advirtió Parker a Fayette, y los dos se deslizaron por ella.

El pasadizo estaba revestido de un ladrillo beis lodoso que cubría tanto las paredes como el techo bajo, dándole al lugar una sensación claustrofóbica. Más luces mortecinas ardían contra los bloques pálidos. Menos mal que las habían dejado encendidas permanentemente, o no podrían verse ni la palma de la mano, pensó Parker.

Él iba delante y avanzaron pesadamente en silencio hasta que llegaron a otra puerta.

Había un pasadizo idéntico al otro lado de esta. Lo atravesaron con dificultad y luego otro más allá.

Siguieron y siguieron, abriéndose paso a tientas por el laberinto de pasillos hasta que llegaron a un recodo y, por fin, a la parte principal: el muro de calaveras.

—¿Hasta dónde vamos, *monsieur* Parker? —la voz de Fayette sonaba intranquila.

—Hasta donde sea necesario. —Era todo lo que podía decirle al joven.

Este muro de huesos era solo el primero, lo sabía. Había muchos más. Cientos, miles de restos humanos incrustados en el concreto.

Tras contemplarlos, Parker pasó de largo, recordando cómo tuvo que calmar los nervios de Sylvia ante aquella vista mientras su familia recorría esos pasillos. Ella se había aferrado a su brazo como si su vida dependiera de ello. El recuerdo lo hizo sonreír.

Eso era algo que Miranda nunca haría. Su sonrisa se desvaneció. Forzó su mente a volver al presente y a la tarea que tenía entre manos. No le haría ningún bien pensar en su actual esposa en este momento y en el peligro que podría estar enfrentando.

Tenían que seguir adelante.

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

A Miranda se le revolvió el estómago cuando Turmel tomó otra curva cerrada con el Renault.

El BMW ahora se alejaba del monumento. No tenía sentido. Pero se alegró de que esta calle estuviera un poco menos concurrida.

Justo en ese momento, una sirena sonó detrás de ellos. Miranda se giró y vio un vehículo rojo, blanco y azul tras ellos.

Una patrulla.

Les estaba haciendo señas para que se detuvieran. Santo cielo.

—¿Puedes encargarte de este tipo? —le espetó a Turmel.

Con un asentimiento, él presionó un botón en el tablero y empezó a parlotear en francés. La voz de Haubert respondió y pronto hubo otros dos hablando sin parar.

El policía que iba detrás de ellos los saludó con la mano.

—Ahora está con nosotros.

Quizás era algo bueno. Eso esperaba. Justo entonces, el auto que estaba entre el Renault y el BMW dobló en una calle y quedó un espacio libre entre ellos.

Era su oportunidad.

—Dile al policía que voy a intentar darle a las llantas —le dijo a Turmel.

Mientras él transmitía el mensaje a toda prisa por la radio, ella sacó su arma y bajó la ventanilla. Al asomar la cabeza, la gorra de béisbol que había olvidado que llevaba puesta salió volando y su melena alborotada le azotó la cara. Tras escupírselo de la boca, apuntó.

—¡No le vayas a dar a nadie en la acera! —gritó Turmel.

—Sé lo que hago.

Justo cuando tomaron otra curva a toda velocidad, se concentró en la llanta trasera en movimiento y disparó.

Esperaba que le devolvieran el fuego. En cambio, el BMW viró a la derecha y luego a la izquierda. Chocó contra un vehículo estacionado y se subió al patio de una catedral, haciendo que los peatones corrieran gritando en todas direcciones bajo la cúpula dorada de la iglesia.

El capó del BMW chocó contra un árbol y se detuvo, con un siseo de humo saliendo del motor.

Por fin.

Turmel frenó en seco y, con la adrenalina bombeando en sus oídos, Miranda saltó del auto, con el arma todavía en la mano.

Pero Yanick les llevaba demasiada ventaja. Salió disparado del BMW y cruzó el patio, dirigiéndose a la catedral. El tipo ruso, Kosomov, que había salido del auto un segundo después que Yanick, estaba a su lado. Rápido para ser un tipo grande. Y fuerte. Llevaba la maleta de Fanuzzi y no parecía que le restara velocidad en lo más mínimo.

Estos dos sabían bien lo que hacían. Se lanzaban de cabeza a la multitud para cubrirse.

Miranda pensó que tomarían un rehén, pero en lugar de eso la pareja corrió hacia el edificio contiguo a la iglesia. Un lugar que parecía una especie de hotel elegante del siglo XVIII.

Para cuando llegó a sus altas columnas griegas y a su puerta de arco elevado, Turmel estaba a su lado, también con su arma desenfundada.

Tan pronto como atravesó las puertas de cristal y pisó el mármol de un gran vestíbulo, se dio cuenta de que el edificio estaba vacío.

Había telas protectoras extendidas a lo largo de los zócalos. Escaleras, cubetas y brochas estaban esparcidas por todas partes. El olor a pintura fresca flotaba en el aire.

Renovaciones. El edificio estaba cerrado.

Y los trabajadores no estaban por el feriado nacional.

No había ni rastro de Yanick y Kosomov.

Se volvió hacia Turmel. Su rostro mostraba ira y concentración, con sus cejas pobladas fruncidas profundamente sobre sus agudos ojos oscuros.

Hubo un eco suave. El débil ruido de unos pasos. Turmel asintió, señalando pasillo abajo.

Ella siguió el sonido, dobló una esquina y descubrió una amplia escalera de mármol con cupidos dorados desnudos que servían de postes. Los franceses y su amor por la anatomía.

Hizo un gesto hacia arriba con su arma. Turmel asintió. Subieron los escalones tan sigilosamente como pudieron.

En lo alto de la escalera había un amplio entresuelo ovalado, bañado en un resplandor dorado de luz solar. Abajo podía ver otro vestíbulo y una entrada lateral. Pensó en la treta de Yanick en la Torre Eiffel. ¿Habría alguna forma de bajar cerca de allí? ¿Ya se habría largado el desgraciado?

Entonces algo crujió arriba. Miró a su alrededor y vio otra escalera. Esta era más estrecha y no tan elegante. No podían exagerar, claro.

Empezó a subir tan rápido como pudo, con Turmel siguiéndole el paso detrás de ella.

Esta escalera parecía llegar hasta arriba del todo. El pasamanos de latón giraba ciento ochenta grados en el primer rellano y de nuevo en el segundo y el tercero. Muy por encima, un candelabro de cristal colgaba de un techo abovedado blanco. Las luces estaban apagadas, pero brillaba con los rayos de una ventana redonda en lo alto.

Estaba a punto de poner el pie en el siguiente escalón cuando oyó cerrarse una puerta en el piso de arriba. El último piso. Se le estaban acabando las opciones, así que ahora era el momento de esconderse.

Entonces, el traqueteo de unos pasos apresurados resonó abajo.

Miró hacia abajo. Un destello negro se movió fugazmente entre los balaustres.

—Kosomov —susurró Turmel.

—Se han separado.

—Nosotros también tendremos que hacerlo.

Tenía razón. Ella asintió y el agente dio media vuelta y bajó corriendo las escaleras.

Miranda se giró y subió, tomando los escalones de dos en dos. ¿Quieres un mano a mano, Yanick? Pues eso es justo lo que vas a tener.

Para cuando llegó a la cima, la adrenalina corría a raudales por sus venas.

El piso superior era precioso. Apliques elegantes en las paredes blancas, molduras intrincadas, un techo redondeado para darle un aspecto similar al de su vecina catedral. Una fila de elegantes puertas blancas con manijas doradas a un lado, que daban a las habitaciones del hotel. Lujo puro con un precio considerable.

Pero ninguna de ellas tenía un lector de tarjetas moderno.

Con el arma en la mano, se movió a través del patrón diagonal del suelo hasta la primera puerta y giró el pestillo. Se abrió con facilidad y tuvo que sujetarla para evitar que golpeara contra la pared. Había un pequeño pasillo y luego una habitación amplia y abierta. Ni cama. Ni muebles. Solo un gran espacio con altas ventanas desnudas que inundaban la habitación de luz. Se lo estaban tomando en serio con la redecoración.

Nadie aquí.

Salió, cerró la puerta y fue a la siguiente, repitiendo el proceso. Tampoco había nadie allí. Continuó por el pasillo, yendo de habitación en habitación, abriendo puerta tras puerta, haciendo un barrido.

Todas estaban vacías.

Cuando llegó a la última habitación, un cosquilleo le recorrió la nuca como largas garras heladas. Fue tan pronunciado que sintió que cada cabello de su cabeza se erizaba. O se estaba volviendo loca o su sentido arácnido había vuelto.

Yanick tenía que estar aquí.

Puso una mano en el pomo dorado y se preparó.

Luego tomó aire y entró.

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

La tumba subterránea parecía no tener fin. Pared tras pared repletas de calaveras de distintos tamaños. Hombres, mujeres, niños. Algunas estaban en altos montones, otras dispuestas en patrones artísticos.

Aquí no hacían falta ladrillos. Los propios huesos formaban las paredes. El olor a descomposición estaba presente, pero solo ligeramente. Hacía mucho que la parte pútrefida había desaparecido.

—¿Conoce la historia de este lugar, Fayette? —preguntó Parker.

El agente se encogió de hombros.

—Aprendimos sobre esto en la escuela. Mi clase vino de visita.

—Una excursión educativa.

—Se suponía que lo fuera. —Contempló el espeluznante entorno —. A finales del siglo XVIII, cuando los cementerios de la ribera derecha se desbordaron, los cuerpos fueron exhumados y los restos, enterrados aquí.

Parker asintió; había estudiado el lugar antes de traer a su familia.

—Había preocupación por las enfermedades y la descomposición generalizadas que contaminaban las viviendas de los ciudadanos.

—Leí que en un restaurante la inmundicia se filtraba por las paredes.

—Sí. —Un dato que no le había revelado a Sylvia.

—Y así fue como seis millones de antiguos ciudadanos hicieron de este su hogar.

—Por así decirlo.

—Traje a una novia aquí cuando estaba en el *Lycée* —dijo Fayette —. Ella fue más valiente que yo. Me he enfrentado a soldados enemigos en el desierto, pero este lugar me da escalofríos.

—Como el campo de batalla, es un recordatorio de la fragilidad de la vida. Y de cómo deberíamos apreciarla.

—Prefiero apreciarla en la superficie.

Parker le sonrió al joven y, entonces, divisó lo que buscaba. Un agujero estrecho a un metro veinte del suelo. Pensó que podrían pasar por ahí.

Había carteles de advertencia en varios idiomas.

Fayette notó su movimiento.

—¿Qué está pensando, *monsieur* Parker? No podemos entrar ahí. Está prohibido.

—En la inteligencia francesa, ¿le enseñaron a obedecer siempre las reglas, Fayette?

El joven se le quedó mirando boquiabierto.

—¿Tiene su linterna con usted?

El joven asintió.

—En el cinturón.

—Entonces, está listo. —Parker juntó las manos para ayudarlo a subir—. Vamos.

Fayette se señaló el pecho, donde estaba el símbolo de NY.

—¿Yo? ¿Quiere que me meta por ahí?

El joven agente había sido lo suficientemente valiente la noche anterior, pero, evidentemente, una cueva llena de huesos era su punto débil.

—Entraré justo después de usted. No hay mejor momento que el presente para enfrentar sus miedos.

Continuó mirándolo fijamente.

—Fayette, la vida de un hombre está en juego. Quizá más.

Eso lo sacó de su estupor. Se enderezó.

—Muy bien, *monsieur* Parker. Allá voy.

Puso un pie en las manos de Parker y este lo subió.

—Está muy estrecho. Ah, y hay una rampa para bajar. —Sus pies desaparecieron.

Con la esperanza de no haberse equivocado, Parker se impulsó y forzó su cuerpo a pasar por el agujero. Estaba estrecho, pero logró abrirse paso. Se deslizó por la pendiente del otro lado de cabeza y chocó de lleno contra Fayette.

El agente sacó su linterna y la encendió.

Ambos estaban cubiertos del pálido polvo calcáreo de los muertos.

—Excelente trabajo, agente. —Parker se levantó y se sacudió el polvo.

—Gracias, señor. ¿Qué hacemos ahora?

Tres pasadizos oscuros se extendían a su alrededor, todos llenos de más calaveras. Un charco de lodo se encontraba ante uno de ellos, pero no había ninguna indicación de hacia dónde ir. Parker recordó haber oído historias de personas que se habían adentrado en las partes prohibidas de las catacumbas, se habían perdido y nunca habían regresado.

Sacó su teléfono celular. Había conexión. Marcó el número de Dave y esperó. Sonó y sonó, igual que cuando lo había intentado al llegar a París con Miranda. Una astilla de miedo se le retorció en las entrañas. La apartó de un manotazo.

No importaba. Había mil maneras de despellejar a un gato.

—¿Qué tal es su sentido de la orientación? —le dijo a Fayette.

De nuevo, esa mirada incrédula.

—Diría que tan bueno como el de cualquiera en mi profesión.

—¿Dónde cree que está la plaza de la Concordia desde aquí?

El agente frunció el ceño.

—Está en la superficie.

—Sí. ¿En qué parte de la superficie?

El ceño fruncido se hizo más profundo, y luego sus ojos se abrieron como platos.

—¿Se refiere al palco de honor donde está el presidente?

Parker asintió.

—Y el personal militar que marchará hacia ese lugar al final del desfile.

A medida que la magnitud de lo que Parker insinuaba calaba en él, durante varios largos instantes Fayette pareció profundamente

conmocionado. Luego, reaccionó y se puso pensativo. Se asomó a un pasadizo, luego al siguiente y, finalmente, al tercero.

Al final, señaló el de la izquierda.

—Creo que la plaza de la Concordia estaría a medio kilómetro en esa dirección. Luego, todo recto hacia arriba, por supuesto.

—¿Está seguro?

—Razonablemente seguro, *monsieur* Parker.

El agente tenía talento. Sus cálculos coincidían con los suyos.

Parker le dio una palmada amistosa en el hombro.

—Entonces, ahí, Fayette, es donde encontraremos a *monsieur* Becker.

CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

No lo vio al principio.

La habitación era como las demás. Techos altos, paredes blancas, sin muebles.

Tres ventanas arqueadas, tres veces más altas que un hombre, estaban dispuestas simétricamente a lo largo de la pared del fondo. La del extremo era en realidad un par de puertas de cristal que daban a uno de esos pintorescos balcones de filigrana de hierro que Miranda había visto tantos por aquella antigua ciudad.

Las puertas estaban abiertas. El sonido del desfile se colaba a través de ellas.

Con el arma en alto, Miranda se acercó sigilosamente a las puertas.

La adrenalina todavía le corría por las venas como fuego. Tenía que respirar. Tenía que calmarse o lo arruinaría todo. Cuando estaba a un metro y medio de distancia, vio la oscura figura inclinada sobre la barandilla, contemplando la ciudad ante él y el espectáculo en la Plaza de la Concordia y a lo largo de los Campos Elíseos.

Observó su chaqueta y pantalones oscuros, su grasiento pelo rubio oscuro, el medallón de oro que le colgaba del cuello. Era idéntico al de sus fotos.

Sintió su presencia sin darse la vuelta. —¿Ha venido a ver mi obra?

Sus palabras la sobresaltaron. —¿Su obra?

—Mi obra maestra final —se dio la vuelta y le sonrió como si fuera un viejo amigo—. Había planeado alquilar una habitación aquí. Las renovaciones me ahorraron algo de dinero.

No tenía sentido lo que decía. Por un momento escuchó los latidos de su propio corazón, intentando descifrar qué quería decir.

Entonces decidió dejarse de rodeos. —¿Dónde está Dave Becker?

Él solo se rio entre dientes mientras bajaba del balcón y entraba en la amplia habitación.

Miranda echó un vistazo al colgante que llevaba en el pecho.

Siguiendo su mirada, Yanick lo tomó. —Santa Bárbara. Patrona del personal militar que trabaja con explosivos. Un estadounidense me dio esto en el Líbano. Dijo que la santa es caprichosa. A algunos los favorece. A otros, no tanto.

¿Qué se suponía que significaba eso? A Miranda no le interesaba su currículum. Ya lo había oído en la Inteligencia francesa.

—Responda a mi pregunta —adelantó un poco el arma para asegurarse de que la viera.

Él bajó la vista hacia el colgante. —Según la leyenda, fue martirizada por su propio padre. Irónico, ¿no cree?

¿De qué demonios estaba hablando? ¿Qué demonios se traía entre manos? Tenía un as bajo la manga, pero no lo había pensado bien. Esta vez no iba a funcionar.

Parker y Haubert habían estado a solo media cuadra cuando Yanick disparó a los agentes. Haubert habría llamado para que trajeran el auto, pero no habrían tardado tanto en recogerlos. Turmel había comunicado su posición. Fayette, Haubert y Parker debían de estar al llegar en cualquier momento.

La policía probablemente estaba ocupándose de la escena del accidente en el patio de la iglesia. Pero en cuanto llegara Haubert, tomaría el mando de todas las fuerzas. Turmel podría encontrarse con ellos con Kosomov a punta de pistola. Podrían estar subiendo las escaleras ahora mismo todos juntos.

Quería bajar el arma y arrancarle la garganta a Yanick con sus propias manos. Pero eso no la llevaría a ninguna parte.

Tómatelo con calma, se dijo.

Forzó la calma en su voz. —¿Por qué no me dice dónde están Odette y Dave Becker? Conoce sus nombres, ¿verdad? —movió el arma de nuevo para dar énfasis.

Se suponía que debía responder con alguna información. Quizás sentirse insultado. Pero actuó como si ella no estuviera allí, como si no le estuviera apuntando con una Beretta de calibre militar.

Necesitaba devolverlo a la realidad. —Fue bastante descuidado manejar por una ciudad abarrotada, ¿no, Yanick? ¿No pensó que atraería la atención?

Él respondió con una mueca de desdén. —Algunos de nosotros vivimos para llamar la atención.

Luego su expresión se ensombreció y, recordando que había evitado su examen psicológico, se preguntó si tal vez no tenía un plan en ese momento. Quizás se había quebrado y se había vuelto completamente loco.

—No tiene ni idea de lo que es —dijo él.

—¿De lo que es qué?

—Trabajar año tras año. Poner el corazón y el alma en ello, arriesgar la vida una y otra vez. ¿Y qué hacen ellos? Le dan tu puesto, el que tanto anhelabas, a un imbécil incompetente con la mitad de tu experiencia.

¿Así que eso era este idiota? ¿Solo un empleado descontento? Debería haber hecho algunos de los trabajos de mierda que ella había tenido. Pero no se atrevió a provocarlo. Todo lo que quería saber era dónde estaba el cuerpo de Becker, para que Fanuzzi pudiera llevarlo a casa y enterrarlo.

Y luego le patearía el trasero a este imbécil.

Sin mover el arma, le devolvió la sonrisa a Yanick. —Escuché que fue porque usted era muy bueno en el campo.

Sus ojos ardieron. —¿Eso es lo que le dijeron en el cuartel general? Sí, la vi allí. A usted y a su marido. Son unos idiotas.

—Debe de haberlo pensado después de que asaltamos su escondite anoche.

Sus ojos se iluminaron. —Así que encontró mi pequeño regalo. ¿Y no está muerta, *Madame* Steele? Asombroso. Pero claro, a usted se le da bien burlar a la muerte.

¿Cómo…? Debía de haberla visto en la televisión y haberla reconocido. Malditos reporteros británicos. —Un agente murió en esa explosión —le dijo—. Pagará por eso, Yanick.

La miró como si fuera una niña. —Idiotas —repitió—. Todos ustedes. No tienen ni idea.

Dio un paso hacia ella.

Ella levantó el arma. —Alto ahí.

—Ni la más remota idea —sacudió la cabeza y dio otro paso.

Pudo ver el bulto bajo su abrigo. Todavía tenía el arma con la que había disparado a esos dos agentes en la calle. Era rápido desenfundando, pero ella ya tenía su arma fuera y apuntando. De hecho, podría dispararle en defensa propia ahora mismo. Pero eso no le diría nada sobre el paradero de Becker.

¿Dónde estaban los policías que los habían perseguido antes? Y Haubert debería estar al llegar en cualquier momento con más de sus hombres. Y Parker. ¿Qué le había pasado? ¿Por qué no estaba aquí con ella?

Ese pensamiento la inquietó, así que lo apartó.

Hazlo hablar, decidió. Alguien aparecerá tarde o temprano. —De acuerdo, la trataron injustamente en la Inteligencia francesa. Pero, ¿por qué involucrar a Odette Saint-Fleur? ¿Y a su tío, el chef Emile?

—Odette Saint-Fleur. Qué niñita estúpida y malcriada. Otra que no merece lo que tiene.

Miranda no podía estar en desacuerdo con eso. Pero no respondía a la pregunta. —¿La conocía?

Yanick la estudió con cautela. Sabía que ella estaba ganando tiempo, pero no parecía preocupado por ello. Se lo atribuyó a su ego. Quería hablar de sí mismo.

—Una vez tuve un buen amigo —comenzó—. Se llamaba George. Estábamos juntos desde la escuela primaria. Éramos, ¿cómo lo llaman ustedes los estadounidenses? Ah, sí. «Uña y carne».

Casi hizo una mueca. Así había llamado a Becker.

—Yo entré en el servicio militar. Quería cambiar el mundo. Pero George, él solo quería ser chef. Un chef pastelero en particular.

¿Un amigo que era chef pastelero? Ahora las cosas empezaban a encajar.

—George era un artista. Escribía poesía en su tiempo libre. Solía leerme sus poemas. A mí me parecían bastante buenos. Pero él

decía que no podía ganarse la vida como poeta. En su lugar, expresaría su arte en la comida.

La música fuera de la ventana se hacía más fuerte. El desfile estaba llegando a la Plaza de la Concordia. Aguzó el oído, pero no pudo oír ninguna sirena por encima de ella.

—George fue a la escuela. Estudió muy, muy duro. Era bueno. Muy bueno. Pero no lo suficientemente bueno. Decidió que si tan solo pudiera aprender de los mejores, podría convertirse en lo que quería ser. Y así se fue a trabajar para el chef Emile en Chez Amando.

De acuerdo. Ahora los puntos realmente empezaban a conectarse.

—Pero el chef Emile lo ignoró. Lo puso en la cocina a picar verduras mientras consentía a su sobrinita. Ella llegó a hacer todo lo que George quería hacer. Ayudar a crear postres, hornear macarrones, opinar sobre el menú. Cuando ella hizo su primera bechamel, el chef Emile afirmó que era la mejor de la historia.

Probablemente lo era. Por lo que ella sabía, el chef Emile podía tener favoritos, pero se lo merecían. —¿Qué pasó?

—George sabía que era inútil. Nunca podría avanzar. Nunca se convertiría en un chef pastelero. Nunca cumpliría su sueño. Renunció a su trabajo. Se encerró en su departamento y bebió todo el día.

Desperdició su oportunidad. Debería haber aguantado. Debería haber hablado con el chef. Aunque es más fácil decirlo que hacerlo para alguien joven.

—Intenté hablar con él por teléfono, pero yo estaba entrenando en Islandia en ese entonces. Arreglé para tomarme un breve permiso, con la esperanza de animarlo. Pero cuando llegué a París me enteré de que estaba muerto. Se había ahorcado en su departamento.

—Oh, Dios mío —eso la tomó por sorpresa.

—Había oído hablar de la fortuna de la familia Amando por George, por mi padre, por otros. Decidí que si alguien se la quitaba a ese hombre, las cosas se emparejarían. Y así decidí hacerlo, sin importar cuánto tiempo me tomara. Y he esperado mucho tiempo para hacer precisamente eso.

No necesitaba un examen psicológico para decidir que este tipo estaba loco. Estaba carcomido por el deseo de venganza. Por la pérdida de su viejo amigo y por perder su propio trabajo.

No podía perder el tiempo escuchando más de sus historias. Podía quebrarse en cualquier segundo.

—¿Dónde está Odette? —exigió—. ¿Dónde está Dave Becker? ¿Qué ha hecho con ellos?

—Están muertos. Igual que lo estará usted muy pronto.

—No lo creo.

—Pues yo sí —Yanick miró más allá de ella y sonrió.

Miranda se arriesgó a echar un rápido vistazo por encima de su hombro.

Kosomov, el gran ruso, estaba en el umbral de la habitación del hotel. Sostenía un arma dos veces más grande que la de ella. Larga y de un plateado brillante. Parecía una Desert Eagle.

—Baje su arma —dijo Yanick.

Volvió a mirarlo a él. El bastardo había sacado su pistola. Rodeada.

El pulso le martilleaba en las sienes. ¿Dónde demonios estaba Turmel? ¿Haubert? ¿La policía?

¿Parker?

Lanzó una rápida mirada detrás de Kosomov. No estaba a la vista.

Había tardado demasiado. Su parloteo de loco había sido una actuación. Por eso Yanick le había contado lo de su amigo George, por eso había alargado la historia. Estaba apostando por el ruso. Estaba ganando tiempo hasta que Kosomov pudiera deshacerse de Turmel y subir hasta aquí.

Y había funcionado.

Lentamente se inclinó para dejar su Beretta en el suelo.

CAPÍTULO CINCUENTA

—Me temo que estamos andando en círculos, *monsieur* Parker.

Mientras caminaba con dificultad detrás de Fayette, dejando que el joven agente tomara la delantera, Parker sintió que sus fuerzas flaqueaban. Parecía que llevaban horas caminando sin rumbo.

Habían pasado junto a tantos huesos que era imposible contarlos. Altas pilas de fémures, separados desde hacía mucho de sus cuerpos. Un pasadizo lleno de cráneos que tuvieron que sortear con cuidado. Repisas rocosas repletas de calaveras, tibias y tarsos dispuestos en forma de cruz, como si unos piratas los hubieran colocado allí.

Ahora estaban en otra gruta con tres posibles direcciones a seguir.

—Descansemos un momento —le dijo a Fayette.

Sintiéndose irreverente, se apoyó en una pared de calaveras y sacó un pañuelo para secarse la frente. Fayette hizo lo mismo.

Parker se humedeció los labios, sintiéndolos resecos. Estaba seguro de que Fayette también tenía sed. Había tenido demasiada prisa para detenerse a por provisiones. No fue una decisión inteligente, pero no había habido tiempo.

Y ahora se les estaba acabando. Miró su reloj. Si lo que Dave le había dicho era exacto, y no tenía motivos para dudarlo, solo les quedaban minutos para encontrarlo.

Seguro que tenían que estar cerca. Pero ¿en qué dirección?

Una vez más, sacó su celular e intentó llamar. De nuevo, no hubo respuesta. La batería de Dave estaba muerta. Parker quiso estrellar el teléfono contra el cráneo más cercano. Pero en lugar de eso, se lo guardó en el bolsillo y se obligó a pensar. La Plaza de la Concordia tenía que estar justo encima de ellos o muy cerca. Estaba seguro.

Pero quizás se había desorientado en aquel laberinto interminable de muerte. Y si era así…

De repente, un sonido rasgó el silencio. Se enderezó y aguzó el oído. El sonido de una orquesta y de pies marchando. Débil, como si proviniera de una niebla lejana.

Ahuecó las manos alrededor de la boca y gritó con fuerza. —¿Dave? ¿Dave Becker, estás ahí?

Fayette hizo lo mismo. —¿*Monsieur* Becker? ¿Dónde está? ¿Está cerca?

Parker puso una mano en el brazo de Fayette para que guardara silencio un momento y ambos escucharon atentamente. Todo lo que oía era el sonido de la marcha y la orquesta de arriba. Parecía que se iba apagando.

Debía de estar volviéndose loco. —¡Dave! —gritó de nuevo.

Seguía sin haber respuesta.

Se dirigió hacia una de las aberturas, aquella de donde parecía provenir el ruido de arriba, y asomó la cabeza.

Inhaló con fuerza y bramó tan fuerte como pudo. —¿¡Dave Becker! ¿Estás ahí!?

Dos segundos después, hubo una respuesta. Fue tan débil que Parker apenas pudo oírla.

Pero fue lo suficientemente alta para distinguir las frágiles palabras.

—¿Señor Parker? ¿Es usted?

###

Después de arrastrarse por otros tres largos pasadizos y llamarse unos a otros hasta quedar roncos, Parker y Fayette doblaron una esquina.

Dos bultos oscuros del tamaño de una persona yacían acurrucados uno junto al otro contra la pared de la cueva.

Parker se acercó, con cuidado de no apuntar con la linterna a los ojos de nadie. —¿Dave?

El bulto más alejado levantó la cabeza y lo miró con los ojos entrecerrados, aturdido. —¿Señor Parker? ¿De verdad está aquí?

—Sí, Dave. Estoy aquí. —Sintió como si hubiera encontrado a un hijo perdido.

—Oh, señor Parker, siento mucho haberme metido en este lío. Debí haberlo previsto, fue tan estúpido. —Empezó a darse la vuelta.

Parker vio un vendaje con sangre seca en el dedo de Dave e hizo una mueca. Luego, se percató de los números rojos en su pecho. —No te muevas.

—Oh, sí. —El cuerpo de Dave se desplomó.

—No, la que lo siente soy yo. —El marcado acento francés femenino provenía del otro bulto—. Es mi culpa que estemos todos en esta horrible situación.

Parker movió la linterna. —¿Odette Saint-Fleur?

—*Oui*. —Parpadeó hacia él con ojos hundidos.

Su rostro apenas se parecía a la belleza de la foto de su ex prometido. Su largo cabello negro estaba enmarañado y apelmazado, su cara estaba hinchada, su piel pálida. Vestía ropa negra y arrugada, atada de pies y cabeza con una cuerda gruesa, igual que Dave.

Yanick había decidido que ella ya no le era útil.

—Vamos a liberarla de eso. —Fayette sacó una navaja de su cinturón. Se arrodilló junto a la mujer y comenzó a deshacer los nudos.

Parker miró los números en cuenta regresiva en el pecho de Dave. Seis minutos, cuarenta y siete segundos. Su percepción del tiempo estaba alterada. Habría pensado que llevaban buscando al menos una hora. Pero eso no habría sido posible.

¿Y ahora?

¿Cómo diablos podían desactivar esa bomba en tan poco tiempo? Ni siquiera se atrevía a cortar las cuerdas que lo ataban por miedo a activarla.

—Fayette, usted trabajó con Yanick, ¿no es así?

—Sí, *monsieur* Parker. Él me entrenó en explosivos. —Terminó de cortar la última cuerda y Odette se incorporó frotándose los brazos.

Señaló hacia el chaleco. —¿Puede desarmar esta cosa?

Fayette miró el dispositivo envuelto alrededor del pecho de Dave como si no lo hubiera visto antes. —Puedo intentarlo. —Se acercó y se arrodilló para ver mejor.

—¿Quién es este, señor Parker? —La voz de Dave sonaba nerviosa.

—Este es el agente Fayette. Es de la Inteligencia francesa.

—¿Inteligencia francesa? Genial. Un placer conocerte.

—Igualmente. —Fayette le hizo un saludo y luego estudió el chaleco.

Parker se arrodilló para examinarlo también.

Una prenda de malla marrón con seis paquetes rectangulares conectados por cables y unidos a los números digitales. Ahora marcaban seis minutos, tres segundos.

Parker señaló uno de los paquetes. —¿Puede decir de qué está hecho?

Fayette se inclinó más, giró la cabeza hacia un lado y luego hacia el otro. Parker vio gotas de sudor formándose en la frente del joven.

—Parece TNT —dijo.

Eso era lo que Parker temía. —¿La fuerza de las ondas expansivas de la explosión sería significativa, entonces?

Fayette asintió confirmando lo que Parker ya sabía. —Suficiente para derribar el lugar que está encima y matar a todos los que estén allí.

Donde estarían el presidente francés, su séquito y dignatarios y soldados de todo el mundo. Yanick había sabido exactamente cuándo coordinarlo para que explotara.

Y mientras, los que estaban aquí abajo quedarían enterrados vivos. O más bien muertos.

Respiró hondo y forzó la calma en su tono. —¿Qué sugiere?

Parker tenía algunos conocimientos sobre desactivación de bombas, pero necesitaba verificar sus conclusiones.

—No parece haber un interruptor sensible al movimiento o ya estaríamos con nuestros amigos de aquí. —Fayette señaló las calaveras en la pared.

Parker estuvo de acuerdo.

—¿No pueden simplemente cortar los cables y detener el reloj? —preguntó Odette con una voz mucho más aguda que la suya.

—No es tan fácil —le dijo Fayette—. Cortar un cable podría romper el circuito. O podría cerrarlo y detonar la bomba. Es difícil

saber qué hace cada cable. Algunos incluso podrían ser falsos.

Sus ojos negros se abrieron de par en par. —¿Falsos? ¿Y no hay forma de saberlo?

Becker apretó los labios con fuerza. Parker supuso que era para evitar temblar ante los sombríos hechos que Fayette estaba recitando.

—Por lo que sabe de Yanick —le preguntó al agente—, ¿podría deducir cómo lo habría cableado?

Fayette pensó un momento, luego negó con la cabeza. —Habría asumido que alguien lo adivinaría y lo habría cableado de otra manera.

Exactamente lo que Parker había temido.

Se levantó y se acercó al agujero que había visto en la pared del fondo tan pronto como entraron en esa sección del túnel. Puso un pie en una de las calaveras y se impulsó para mirar a través de él. Usó su linterna para examinar el área.

Al verlo, dejó escapar un suspiro de alivio. Había un pequeño rayo de esperanza para ellos.

Se volvió hacia Fayette. —Como sabe, hay caídas profundas esparcidas aquí y allá por estas catacumbas.

—Eso he oído.

—Hay una justo ahí. Calculo que baja al menos cien pies, más de treinta metros. Hay un pozo de agua en el fondo.

Los labios de Fayette se curvaron. —Eso podría bajar otros treinta metros o más.

—¿Sería eso suficiente para amortiguar la explosión?

El rostro de Fayette se ensombreció mientras consideraba la pregunta. —Parte de la explosión sería absorbida por el agua. Parte de la carga se expandiría hacia abajo, dentro del agua. Las ondas expansivas perderían algo de potencia con la profundidad adicional.

—¿Se le ocurre otra solución?

El pobre agente cerró los ojos y negó con la cabeza. —Ninguna.

—Entonces eso es lo que haremos. —Parker miró los números rojos. Cuatro minutos, cuarenta y tres segundos—. Y tendremos que hacerlo rápido.

Se inclinó cerca de Dave y comenzó a reexaminar el chaleco. No era un cierre muy complicado. Tres grandes broches de presión unían los dos lados. Debería ser bastante fácil de soltar.

—Fayette, ocúpese de sus cuerdas.

—Sí, señor.

Fayette sacó su navaja de nuevo y corrió al otro lado de Dave, mientras que Parker sacaba su propia navaja del bolsillo y deslizaba suavemente la hoja bajo el primer broche.

—Señor Parker, ¿qué diablos está haciendo? —La voz de Dave era un chillido agudo.

—Vamos a quitarte esta cosa.

—No puede hacer eso.

—Nunca digas nunca, detective.

—Pero ¿y si explota?

—Entonces moriremos en el intento.

—No. No puedo permitirlo. Steele nunca me lo perdonaría. Tiene que salir de aquí y dejarme a mi suerte.

—¿Detective?

—¿Sí, señor Parker?

—Cállate y quédate quieto. Es una orden.

Con los grandes ojos marrones de Dave casi saliéndose de sus órbitas, Parker sujetó el material con la mano libre. Luego, elevó una rápida plegaria y movió su hoja.

Primer broche abierto. No hay explosión.

Exhaló, pero se obligó a pasar al siguiente cierre. No había tiempo para celebrar.

Una vez más, deslizó la hoja bajo el broche, mantuvo el material en su sitio y lo abrió. Segundo broche liberado.

—De verdad, señor Parker…

Le dirigió a Dave una mirada de acero y el hombre cerró la boca, aunque parecía que estaba a punto de vomitar.

—Mantén la calma, Becker. Solo queda uno.

—De acuerdo —susurró.

Parker sintió que se estremecía al pasar al último cierre. Una gota de sudor rodó por su nariz y cayó sobre el chaleco. Contuvo la respiración. Sigue adelante.

Hoja bajo el broche, sujetar la tela, abrir.

Tercer broche liberado.

Ahora el truco era sacarlo del artilugio.

—Las cuerdas están cortadas —informó Fayette.

—Buen trabajo —le dijo Parker—. ¿Detective Becker?

—¿Sí, señor?

—No te muevas hasta que te lo diga.

—Sí, señor.

Primero, levantarlo. —Fayette —dijo Parker.

El agente respondió sujetando el brazo superior de Dave mientras Parker agarraba el que había estado debajo de él. —Vamos a ponerte de pie. Intenta no moverte.

—De acuerdo. —Su voz era fantasmal y, por una vez, no movió la cabeza.

—Una, dos, tres.

Juntos, los dos hicieron un esfuerzo hacia arriba y pusieron a Dave en pie sobre piernas temblorosas.

—No lo suelte.

—Lo tengo —dijo Fayette.

—Sé que estás entumecido. Pero ¿puedes mantenerte en pie?

—Déjeme intentarlo. —Dave arrastró los pies para estabilizarlos bajo él.

Parker aflojó ligeramente su agarre. Dave se tambaleó hacia la derecha. Parker lo sujetó de nuevo.

—Estoy bien. Ya estoy bien. Inténtelo de nuevo.

Parker lo soltó de nuevo. Esta vez, Dave se mantuvo en pie por sí solo. Le hizo un gesto a Fayette. El agente también lo soltó.

Dave estaba de pie.

—Ahora los hombros. Dave, quédate lo más quieto que puedas.

—Sí, señor.

Parker asintió a Fayette. Simultáneamente deslizaron los dedos bajo la tela de malla y levantaron.

—Brazos —dijo Parker—. Levanta los brazos.

Lentamente, Dave obedeció, pareciendo un cóndor a punto de emprender el vuelo.

Por el rabillo del ojo, Parker vio a Odette de pie contra la pared, observándolos, con los ojos muy abiertos y las manos en la boca. Al menos estaba en silencio. Y no había huido. Si se hubiera perdido ahora, no podrían hacer nada por ella.

—Dos manos —ordenó Parker, y él y Fayette pusieron una mano cada uno en el lugar donde se había abierto el primer broche—. Ahora.

Levantaron el chaleco aproximadamente una pulgada del cuerpo de Dave.

—Mete los brazos.

De nuevo, Dave obedeció, cruzando los brazos con cuidado, logrando no tocar la tela en absoluto. El cóndor aterrizando.

—Ahora, rueda.

Dave se dejó caer, hizo una voltereta y rodó a varios pies de distancia del chaleco.

—¡Vámonos!

Parker y Fayette retrocedieron hacia el agujero tan rápido como fue humanamente posible. Levantaron el chaleco y lo pasaron por el agujero.

Justo antes de soltarlo, Parker miró el tiempo que marcaba. Tres minutos, quince segundos.

—Suéltelo.

Abrieron las manos y el chaleco cayó en el olvido.

Parker agarró a Fayette por el cuello y comenzó a moverse en la dirección opuesta. —¡Corran! —gritó a pleno pulmón.

Pero Odette y Dave ya se estaban escabullendo delante de él.

CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

Con las manos en alto, Miranda miró la boca del arma de Yanick e intentó no temblar. Una SIG de nueve milímetros, supuso. Una pistolita de juguete en comparación con la del otro tipo, pero era igual de letal.

—Sabe que no vine sola, ¿verdad? —le dijo a Yanick, sin quitarle el ojo de encima al ruso de la puerta.

—Por supuesto que lo sé. —El tono de Yanick era de suficiencia.

—Entonces sabe que un montón de gente va a entrar por esa puerta en cualquier momento. La policía, la inteligencia francesa. El paquete completo.

Él sonrió con desdén.

—Podemos con ellos. Se volvió para encararlo.

—No lo creo. Y cuando lo atrapen, cuando lo acusen de secuestro, robo y los asesinatos que ha cometido, le irá mucho mejor si me dice qué hizo con Odette y Dave Becker.

La boca se le torció como si estuviera asombrado de que ella no cediera.

—Les diré que cooperó —añadió ella.

—Pero no podrá decirles nada a esas autoridades, *Madame* Steele. Usted estará muerta.

Intentaba desestabilizarla, y lo estaba consiguiendo hasta cierto punto.

Pero ella enderezó los hombros y lo miró a los ojos. Aunque la matara, tenía que intentar que le dijera dónde estaba Becker.

Por Fanuzzi.

—Entonces puede repetirles la información a ellos —le dijo—. Piense que decírmelo a mí primero es una práctica.

Él rio entre dientes.

—Haré algo mejor que eso. Se lo mostraré.

¿Mostrárselo?

—Venga al balcón. —Con delicadeza, le puso una mano en el brazo y señaló hacia las altas puertas de cristal con el arma.

Ella se tensó. ¿Qué clase de truco era ese? ¿Iba a empujarla por encima de la barandilla? O quizá había algún tipo de detonador de bomba ahí fuera, como en el edificio abandonado de anoche.

No, él estaba justo ahí cuando ella entró. Además, no iba a hacerse explotar.

Y si hacía un movimiento en falso, ella podría tener la oportunidad de ir a por el arma, si lograba distraerlo. Volvió a mirar hacia la puerta. El gigante ruso de los viscosos tatuajes verdes no se había movido. Tampoco su arma.

No venía ninguna caballería detrás de él.

Respirando hondo, se dirigió hacia el balcón, caminando con cautela por el suelo de mármol blanco.

—¿Qué tiene que mostrarme, Yanick?

—Mi obra maestra. Mi mejor trabajo.

Dios Santo. A saber qué tenía en mente ese demonio maníaco. Miró a la pared, a los cristales de las puertas, buscando algo que pudiera usar como arma.

Justo cuando llegaron al umbral, se detuvo, decidiendo negociar una vez más.

—Pensándolo bien, iré con usted al balcón solo si me dice dónde están Odette y Dave Becker.

Él negó con la cabeza, con aspecto irritado.

—Ya se lo he dicho. Debo mostrárselo. Si simplemente lo dijera, perdería su… impacto. —Carcajeó para sí mismo como si disfrutara de alguna broma macabra y privada.

Impacto. Tenía que ser otra trampa explosiva.

Inspeccionó la puerta, buscando un cable trampa. ¿Las puertas estaban preparadas para estallar de alguna manera? No podía

saberlo. Volvió a mirar al ruso, esta vez esperando encontrar una pista en su cara.

En su lugar, vio un milagro.

Turmel se acercaba sigilosamente por detrás del hombretón, arma en mano. Le chorreaba sangre de la cara. Tenía un ojo hinchado. Le habían dado una buena paliza. No era de extrañar que no hubiera subido antes.

Distracción.

Miranda se giró de nuevo hacia Yanick, le agarró el brazo y dobló una pierna.

—Oh, creo que me he torcido el tobillo.

—¿Qué?

La mano que sostenía el arma se inclinó hacia arriba.

Oyó la voz de Turmel por encima de su hombro.

—No te muevas, imbécil.

Yanick miró al otro lado de la habitación.

Miranda se agachó, extendió el brazo, se levantó de nuevo de un salto y le quitó la SIG de la mano a Yanick. Voló por encima de su cabeza como un volante de bádminton y resonó contra el suelo de mármol.

Los ojos de Yanick se desorbitaron y soltó un grito como el de un alma en pena.

—¡*Putain*! ¡Zorra! —Se abalanzó sobre ella, directo a su garganta.

Mientras se apartaba de su alcance, oyó más estrépito y cuerpos caer al suelo al otro lado de la habitación. Se arriesgó a echar un vistazo y vio a Turmel y al ruso peleándose a puñetazos en el suelo. Había armas por todas partes. En todas partes, menos en la mano de alguien.

Si tan solo pudiera alcanzar una.

Pero había mirado demasiado tiempo. El puño de Yanick volaba hacia su cara.

Ella se agachó.

La mano de Yanick casi se enganchó en su pelo cuando falló. Si hubiera sido un poco más lenta, la habría dejado K.O.

Él tropezó por el suelo y vio la Desert Eagle del ruso a pocos metros de distancia.

Hora de jugar sucio. Antes de que pudiera recuperar el equilibrio, Miranda lo agarró por el cuello de la camisa y el cinturón. Girando, lo hizo dar una vuelta y lo lanzó contra la ventana.

Le dio de cabeza.

El cristal se hizo añicos en el suelo, un buen aderezo para las armas. O quizá no.

Yanick la fulminó con la mirada, con sangre corriéndole por la frente. Con un gruñido, se arrancó la chaqueta, se la envolvió en la mano, se agachó y recogió un gran trozo de cristal.

Ella levantó los puños en defensa, esperando poder confiar en su velocidad para evadir el cristal afilado como un cuchillo.

Yanick se le acercó con cuidado ahora. Se había dado cuenta de que estaba tratando con una investigadora privada entrenada. Y ella estaba tratando con un agente de inteligencia francés entrenado.

Con las manos en alto, danzaron en círculos, moviéndose hacia adelante y hacia atrás al son de los gruñidos, gemidos y golpes del ruso y Turmel. Esta vez Miranda mantuvo los ojos en su atacante.

Y menos mal. Justo cuando no se lo esperaba, Yanick lanzó un tajo hacia su garganta con el cristal.

Le habría seccionado la yugular si no lo hubiera interceptado con el dorso de la mano. Se echó hacia atrás y le dio un puñetazo fuerte en el estómago.

Él retrocedió tambaleándose con un «uf» y se estrelló contra la ventana por segunda vez.

Pero no le había quitado el aire del todo. En menos de un segundo estaba de pie, atacándola de nuevo, pidiendo más.

Fragmentos de vidrio caían de su ropa como gotas de lluvia. La sangre le corría por un ojo y por la mejilla, goteando sobre el suelo blanco. Parecía un monstruo de videojuego.

Y todavía sostenía ese trozo de cristal.

Invencible, decidió Miranda. Eso es lo que él creía que era.

Pero ella era más que eso. Luchaba por sus mejores amigos.

Yanick volvió a atacarla, blandiendo el trozo de cristal como un machete. Miranda se agachó y retrocedió.

Agacharse y retroceder. Agacharse y retroceder. Una y otra vez.

Su pecho subía y bajaba. Estaba en buena forma, pero estaba casi agotada. Si sus piernas cedían, si perdía el equilibrio, estaba acabada.

Más gemidos y quejidos provenían de los dos hombres en el suelo. Se arriesgó a mirar y vio a ambos tratando de alcanzar la Desert Eagle de Kosomov en el suelo.

Santo Dios.

Ella y Yanick se acercaban a la pared del fondo. Esa era la respuesta.

Se irguió al salir de la posición agachada, demorándose lo justo para hacerle creer que la tenía. Él se abalanzó de nuevo con el trozo de cristal.

Ella se agachó.

El cristal se estrelló contra la pared, perforando el tablaroca por un extremo, y cortando la mano de Yanick cubierta por la chaqueta por el otro.

Él gritó de dolor y se apartó, acunando su mano, que ahora hacía juego con su cara ensangrentada.

—El gerente le va a cobrar los daños de esta habitación —le dijo ella.

Él la fulminó con la mirada, sus ojos adquiriendo una expresión aún más extraña que antes. Empezó a gruñir y a resoplar como un tren de mercancías fuera de control. Este tipo se había ido muy lejos, a la dimensión desconocida.

Su fuerza pareció redoblarse. Su velocidad también, se abalanzó sobre ella a puñetazos. Izquierda, luego derecha. Izquierda, luego derecha. Una y otra vez.

Ella reaccionó automáticamente. Bloquear, golpear. Bloquear, golpear. Pero sus golpes no servían para detenerlo.

Visión periférica, se dijo a sí misma, y se dio cuenta de que la estaba haciendo retroceder de nuevo hacia el balcón. Donde él había querido mostrarle algo. Estaba segura ahora de que era cómo se veía el pavimento durante la caída.

Sus zapatos crujieron sobre el cristal de la ventana del medio. Los pasos de Yanick la seguían.

Intentó dirigirlo en otra dirección, pero su entrenamiento debía haber incluido experiencia como pastor de ovejas. No podía ir a ninguna parte excepto hacia atrás, hacia aquellas puertas abiertas.

Agarrar una puerta, se dijo a sí misma. Dejar que él estrellara su puño contra ella. Pero era demasiado rápido. No podía orientarse. Antes de darse cuenta, había atravesado las puertas y estaba en el balcón.

Y estaba casi sin aliento.

—Le dije que le mostraría mi obra maestra, *Madame* Steele.

—Olvídalo —jadeó—. Ya he tenido suficientes sorpresas suyas.

—Solo una más. —Lanzó un golpe.

Ella lo bloqueó. Él volvió a lanzar un golpe. Ella volvió a bloquear, demasiado cansada para devolver el golpe esta vez. Estaba perdiendo. Si él lanzaba el golpe correcto ahora, ella caería por la barandilla.

Exactamente lo que él tenía en mente.

Observó cómo su puño se echaba hacia atrás, como en cámara lenta. Se acercó a ella como una bola de demolición. Intentó hacer que sus músculos se movieran, pero no obedecían.

Y entonces oyó un fuerte crujido en la otra habitación.

Yanick se dio la vuelta para mirar. De alguna manera, ella resistió el impulso de hacer lo mismo. Su propio puño se levantó y salió disparado. Fue quizás el puñetazo más fuerte que había dado en su vida.

Aterrizó justo debajo de su barbilla.

Yanick se tambaleó hacia ella, luego en la otra dirección.

Su cintura golpeó la barandilla casi antes de que ella se diera cuenta de lo que estaba sucediendo. Extendió la mano para agarrarlo. No podía morir ahora.

Sus dedos se aferraron a la tela de sus pantalones… y luego se le escurrió entre ellos.

Era demasiado tarde. Cayó, de cabeza.

—¡No!

Se asomó al balcón y lo oyó gritar una sola palabra mientras caía en espiral.

—Obra maestra.

CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS

Con la cabeza dándole vueltas, Miranda se dio la vuelta y se apresuró a atravesar las puertas de cristal abiertas.

Turmel estaba sentado sobre el ruso sosteniendo su Desert Eagle. Había un enorme agujero en la frente del ruso.

—No —gritó—. No pueden haberse ido los dos. Ahora nunca encontraremos a Becker.

Oyó unos pasos que subían por la escalera. Instintivamente, buscó su Beretta en el suelo, la recogió al encontrarla y apuntó hacia la puerta.

Apareció Haubert. Levantó las manos. —Baje esa arma, *madame* Steele.

Ella la volvió a guardar en su funda. —Claro. Lo siento.

Haubert miró a su agente, que estaba sentado a horcajadas sobre el ruso muerto. —Parece que llegué un poco tarde. Los perdí en la plaza. Excelente trabajo, Turmel.

—*Merci, mon directeur* —dijo Turmel. Y se levantó de su posición.

Ella señaló hacia la ventana. —Yanick acaba de tirarse por el borde.

El rostro de Haubert se ensombreció.

Con la mente despejándose, Miranda miró por encima del hombro del hombre. El pasillo estaba vacío.

—¿Dónde está todo el mundo? ¿Dónde está Parker?

—Se fue con Fayette a las Catacumbas.

El estómago de Miranda se retorció. —¿A las qué?

—Un sistema de túneles subterráneos bajo la ciudad —explicó Haubert—. Encontró a *monsieur* Becker y a *mademoiselle* Saint-

Fleur.

Soltó un grito ahogado de alegría. —¿Encontró a Becker? ¿Parker encontró a Becker?

—Sí. *Monsieur* Parker cree que están justo debajo de la Place de la Concorde, donde está el presidente. Pero… *Mon Dieu*.

—¿Pero qué?

La mirada de Haubert se desvió hacia los altos ventanales. —Esa es la otra razón por la que llegué tarde. Tuve que organizar la evacuación.

¿Evacuación?

De repente, desde algún lugar de la calle, llegó un fuerte estruendo. No el estruendo de un petardo, de esos que terminan en un minuto o dos. No un estruendo de cañón que se podría esperar durante un desfile militar. No un estruendo de los aviones que sobrevolaban.

Este era un retumbo sordo. Un rugido lento que se hacía cada vez más fuerte.

Junto con los alaridos de una multitud aterrorizada.

Con el corazón desbocado, Miranda se dio la vuelta y corrió de nuevo hacia el balcón. Se asomó por encima de la barandilla.

Abajo, el último cuerpo de tropas había llegado a la plaza. Miles de personas se congregaban alrededor. Soldados a pie con uniformes blancos y azules, otros de camuflaje en jeeps, puntos amarillos que eran los chalecos de la policía en motocicletas. Había caballos y tanques del ejército y banderas de colores por todas partes. Todos formados ante el pabellón del presidente.

Excepto que no estaban en formación. Corrían, dispersándose en todas direcciones.

Algunos se ponían a cubierto. Algunos militares intentaban guiar a la multitud de espectadores, que corrían de un lado a otro presas del pánico.

Sus lamentos y gritos atravesaban el aire.

Y el pavimento bajo ellos y alrededor de la plaza… era algo que Miranda no había visto nunca. Se combaba y ondulaba, el suelo se rizaba como una ola del mar. Como un terremoto. Un alto obelisco se inclinó. Las columnas de los monumentos cercanos temblaron. La

carpa del presidente comenzó a derrumbarse. La policía militar se apresuró a ayudar para evitar que la gente quedara sepultada bajo ella.

El balcón en el que estaba se sacudió.

¿Era esto? ¿Era esta la «obra maestra» de Yanick?

—¿Qué demonios está pasando, Haubert? —gritó, con los ojos llenos de lágrimas.

Y entonces lo comprendió todo de golpe. Parker estaba ahí abajo, en alguna parte.

Volvió corriendo a la habitación. —¿Dónde está Parker, Haubert? ¿Dónde está mi marido?

La agarró por ambos brazos para estabilizarla. —Yanick le hizo algo horrible a *monsieur* Becker. Le puso un chaleco suicida y lo dejó en esos túneles.

—¿Las Catacumbas?

Él asintió. —Su marido creía que estaban en algún lugar bajo la ruta del desfile. De alguna manera, *monsieur* Becker pudo llamar a su esposo. Dijo que debía de estar bajo la Place de la Concorde. Era el acto final de venganza de Yanick contra el sistema que él creía que lo había perjudicado. Su marido y Fayette entraron para desactivar la bomba.

La cabeza le daba vueltas. ¿Túneles? ¿Chaleco suicida? ¿Bomba? —¿Me está diciendo que no pudo hacerlo? ¿Que él y Becker están atrapados ahí abajo?

—No lo sé. No he tenido noticias de él.

Tenía que estar bromeando. Esto no podía estar pasando.

La boca de Haubert se movía. Decía algo sobre mantener la calma, asegurándole que encontrarían a Parker.

Pero de repente no podía oírlo. Lo único que sabía era que tenía que llegar hasta Parker. Tenía que encontrarlo.

—Suélteme —gritó.

Y se abrió paso empujando a Haubert y corrió por el pasillo hacia las escaleras.

CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES

Con las lágrimas corriéndole por las mejillas, Miranda se abrió paso a empujones entre la multitud aterrorizada en la acera. Había logrado pasar el círculo de uniformados y personal médico que rodeaba lo que quedaba del cuerpo de Yanick en el pavimento y los restos de lo que había sido su BMW.

Debía de estar a más de una cuadra de la espantosa escena, pero se sentía como un pez intentando nadar contra la corriente. La marea de gente la empujaba hacia atrás. No avanzaba nada, pero debía de estar acercándose al lugar de la explosión. El ulular de las sirenas cortaba el aire y el olor a humo le llegó a las fosas nasales.

La repentina sensación de dolor la hizo tambalearse.

No estaba. Parker no estaba.

Igual que Becker. Igual que Odette. Todos se habían ido. Lo sentía en los huesos. Pero no podía permitirse pensarlo. Tenía que seguir buscándolos, aunque fuera en vano, o se derrumbaría por completo.

Un grito sonó a sus espaldas. «¡*Madame* Steele! ¡*Madame* Steele!».

Miró hacia atrás y vio el rostro ensangrentado e hinchado de Turmel abriéndose paso hacia ella entre la multitud.

—No intente detenerme, Turmel —gritó ella.

—El *monsieur* Haubert me dijo que la escoltara.

¿Escortarla? —¿A dónde?

—Creo que sé por dónde pueden haber entrado a las Catacumbas el *monsieur* Parker y Fayette.

¿Habrían salido por ahí? ¿O sería allí donde encontrarían los cuerpos?

—Lléveme.

—Creo que conozco un atajo. —Turmel la tomó del brazo y la guio hacia un callejón. No estaba tan concurrido y su paso se aceleró.

Se movieron por las estrechas callejuelas como ratas en un laberinto, zigzagueando a la derecha, a la izquierda, a la derecha de nuevo, entre los antiguos edificios. Fue bueno tener a Turmel para ayudar a abrirse paso entre los grupos de peatones que encontraban. Incluso allí había demasiada gente, todos haciéndose preguntas unos a otros, buscando en sus dispositivos, buscando televisores que les dijeran qué demonios estaba pasando.

Finalmente, Turmel dobló una esquina y ella lo siguió hasta una pequeña caseta verde a mitad de la calle.

Era de hierro y del tamaño de una casa de juegos grande para niños, aunque estaba claro que no era para jugar ni divertirse. Tenía carteles por todas partes que advertían de los peligros de entrar sin escolta.

Se quedó mirando la entrada. La cerradura había sido forzada y la puerta se balanceaba sobre sus bisagras, como desafiando los carteles.

Miró dentro y no vio más que oscuridad. El denso polvo en el aire la hizo toser.

—¿Parker? —llamó.

No hubo respuesta.

Abrió la puerta y dio un paso adelante.

Turmel la agarró del brazo. —No puede entrar ahí, *madame* Steele.

—¿Por qué no?

—No podemos perderla a usted también.

—¿Entonces qué se supone que haga?

Se zafó del agarre de Turmel y se alejó por la calle al trote. Otra ronda de lágrimas le nubló la vista. Apenas podía ver. Ni siquiera sabía a dónde iba. Simplemente siguió caminando.

Murmurando el nombre de Parker, se topó con gente. Le espetaron palabras en francés, pero apenas les prestó atención. Cruzó una intersección a los tumbos. Pero por alguna razón no había tráfico. Los edificios parecían lejanos. Majestuosos y construidos en un estilo griego.

En algún lugar de lo que parecía ser el otro lado de la calle, extendió la mano y sintió hormigón.

Se apoyó contra él un momento para recuperar el aliento y controlarse. Con el dorso de la mano se secó los ojos y miró contra qué se estaba apoyando.

Sobre una alta base de ladrillo calizo estaba la estatua de un tipo desnudo intentando montar un caballo. Así era como se sentía ahora. Atrapada para siempre en una lucha perpetua que nunca podría ganar.

Un momento. ¿Una estatua? ¿Dónde estaba?

Debía de estar en la plaza. Miró el pavimento bajo sus pies. Había una grieta que salía del lado opuesto, pero era fina. Los ladrillos a su alrededor se habían combado un poco, pero el suelo estaba… firme.

Apartándose el cabello de la cara, divisó a lo lejos camionetas de noticias y reporteros. El presidente haciendo una declaración.

A su alrededor, la gente paseaba, muchos de ellos de uniforme. ¿Lo que quedaba del desfile? Pero la multitud de espectadores había disminuido. Alguien los había alejado de la explosión.

Oyó a alguien hablar muy deprisa y se dio cuenta de que Turmel estaba a pocos metros de ella.

—No es tan grave como pensábamos —dijo el hombre que lo acompañaba, que llevaba un uniforme azul oscuro y una gorra blanca muy tiesa—. Que sepamos, no hay víctimas mortales. Algunos heridos por caídas y el pánico de la multitud. El presidente está a salvo. Todo el mundo localizado. Tengo que irme. —Y corrió hacia donde se estaban celebrando las entrevistas.

Sin víctimas mortales. El presidente a salvo. Todo el mundo localizado. Todo el mundo excepto las personas más importantes para ella. ¿Dónde estaban?

Tenía que seguir. Tenía que seguir buscando.

Pasó de largo a Turmel, apartando su brazo con un gesto, y se abrió paso por la plaza. A medio camino, entre farolas y altas estatuas cilíndricas, un grupo de gente se arremolinaba en torno a una camioneta blanca con letras azules.

Paramédicos, otros de uniforme. Algunos sangraban por heridas en la cabeza. Los heridos que había mencionado el desconocido. Alguien allí podría darle alguna información sobre Parker.

Un hombre alto con una camiseta oscura y andrajosa y unos jeans rotos ayudaba a los paramédicos a subir a una mujer a la ambulancia. Empezó a caminar hacia él. Le dio una palmadita en la mano a la mujer y se echó hacia atrás para que pudieran cerrar las puertas.

Miranda se quedó helada.

Ese gesto de amabilidad. La inclinación de su cabeza. Las elegantes líneas de su cuerpo, incluso bajo sus ropas andrajosas y polvorientas. Las reconocería en cualquier parte. Era él. Tenía que ser él.

Corrió hacia el hombre. —¡Parker!

Él se dio la vuelta.

Al principio pareció alarmado. Luego, asombrado. Tenía manchas en un lado de su hermoso rostro, pero el absoluto alivio en él le desgarró el corazón, a la par del estallido de alegría que prácticamente se lo partía.

—¡Miranda! —Comenzó a trotar en su dirección, con los brazos abiertos.

—¡Parker! —volvió a gritar—. Estás vivo.

Se encontraron en medio de la plaza, se abrazaron y unieron sus labios en un beso profundo y embriagador que la mareó aún más; esta vez, para bien.

Apretó su boca contra la de él, sintiendo su calor, su vida. ¡Era real! ¡Estaba vivo!

Se apartó y descubrió que estaba sollozando de nuevo. Se esforzó por secarse las mejillas. —Oh, Parker, Parker. Creí que te había perdido.

Él le ayudó a secar las lágrimas, le pasó una mano por el pelo. —Creí que te había perdido a ti.

—Me dijeron que fuiste a las Catacumbas. Vi la explosión.

—Salimos justo a tiempo.

Gracias a Dios. Gracias a Dios. Apretó la cara contra su pecho, oliendo el sudor y el polvo calizo que aún quedaba.

Lo miró. —Yanick está muerto. También Kosomov.

Su rostro se ensombreció y asintió.

—No pude conseguir que Yanick me dijera dónde estaba Becker, pero…

—No hace falta. —Parker se hizo a un lado y se giró hacia la ambulancia justo cuando otro hombre aparecía por la esquina de esta.

La camioneta arrancó y se alejó a toda velocidad, dejándolo allí de pie.

El hombre era bajo y todavía llevaba el suéter verde oscuro y los jeans holgados, pero ahora estaban hechos jirones y cubiertos del mismo polvo calizo de la ropa de Parker. Su pelo también estaba revuelto y polvoriento. Tenía la nariz hinchada y necesitaba afeitarse. La punta de su dedo meñique estaba envuelta en una gasa blanca y limpia. Debían de acabar de atenderlo.

Se detuvo en seco y parpadeó al verla. —¿Steele?

El tipo era un desastre total. Pero en su opinión, en ese momento era el hombre más apuesto del planeta. Excepto por Parker, por supuesto.

Se separó y corrió hacia él. —¡Becker! —Le echó los brazos al cuello y le dio un gran abrazo.

—Steele —rió él, devolviéndole el abrazo—. No puedo creerlo. No puedo creer que estén los dos aquí. Gracias a Dios que vinieron a París. Tú y el señor Parker. Si no lo hubieran hecho, estaríamos muertos.

Empezó a parlotear sin parar, contándole cómo él y Odette se las habían arreglado para llamar a Parker. Cómo Parker y el agente Fayette se habían abierto paso por el laberinto de cráneos humanos bajo la ciudad para encontrarlos. Cómo le habían quitado el chaleco letal que Yanick le había puesto y lo habían arrojado por un agujero profundo. Cómo habían corrido como alma que lleva el diablo y habían conseguido salir justo cuando se produjo la explosión.

Ella escuchaba boquiabierta, asombrada y agradecida de que hubieran escapado con vida. Todos ellos.

Dio una patadita al pavimento. —Yo, eh, me enfrenté a Yanick. Está muerto.

Los ojos de Becker se abrieron de par en par con esa mirada de niño pequeño. —¿Tú lo mataste?

—Se cayó por el balcón de la habitación a la que había escapado. El agente Turmel le disparó a Kosomov en defensa propia.

—Entonces, los dos se han ido. —Apartó la mirada, asimilando la noticia.

—Sí.

Parecía aliviado, pero ella sabía que los efectos de su terrible experiencia durarían un tiempo, aunque sus secuestradores estuvieran muertos.

Secuestradores. —¿Dijiste que Odette te ayudó?

Dave se encogió de hombros. —No tenía muchas opciones. Me la dejaron allí, toda atada. Supongo que en cierto modo me da pena.

Ella miró por encima de su hombro. No había nadie. —¿Dónde está?

—La policía se la llevó.

—Pasará un tiempo en la cárcel por esto.

—Sí, supongo que sí. Quizá sean indulgentes con ella por lo que hizo ahí abajo. —Hizo un gesto hacia el pavimento.

Así era Becker. Siempre tan bueno. Miranda no sería tan indulgente.

Una bocina sonó en algún lugar. Miranda se giró y vio el Fiat azul plateado corriendo por la plaza. Frenó en seco cerca de una de las llamativas farolas. La conductora empezó a salir, pero antes de que pudiera hacerlo, la puerta del copiloto se abrió de golpe y Fanuzzi saltó.

—¡Dave! ¡Dave! —gritó, corriendo hacia él tan rápido como pudo.

Becker se quedó boquiabierto y empezó a reírse. Parecía un niño pequeño que acaba de ver su primer pastel de cumpleaños.

Entonces él también empezó a correr. —¡Joanie!

Se alcanzaron en segundos y se detuvieron, mirándose fijamente.

—¿De verdad estás aquí? —Fanuzzi debía de temer estar soñando.

Miranda conocía esa sensación.

—¿De verdad estás *tú* aquí? —repitió Dave.

Entonces Fanuzzi reaccionó y le dio una palmada en el pecho. —Claro que sí, tonto.

Debieron de convencerse mutuamente. Becker la levantó y la hizo girar una y otra vez, besándola larga y apasionadamente. Con la fuente a lo lejos, parecían un anuncio de perfume francés.

La feliz visión se volvió borrosa. Miranda estaba llorando de nuevo. Pero esta vez era de pura alegría.

Lo habían conseguido. Becker estaba de vuelta y vivo, y él y Fanuzzi estaban juntos de nuevo, donde pertenecían.

Se giró hacia Parker. —Se parecen mucho a nosotros —rió.

Él le sonrió. —Desde luego que sí.

—Te amo. —Y se alzó para besarlo de nuevo.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CUATRO

Esa noche, los cuatro cenaron juntos en un encantador balconcito de Chez Amando.

El chef Emile estuvo más que feliz de prepararles él mismo una cena gourmet. Pato laqueado con salsa de calabaza, verduras con glaseado balsámico y un delicioso vino tinto intenso del valle del Ródano. Dijo que era lo menos que podía hacer después de todo lo que habían hecho para salvar a Odette y devolverle su fortuna.

La policía había encontrado la maleta azul con flores de Fanuzzi guardada bajo llave en un armario del primer piso del *Hotel Grandiose*, que era donde Kosomov la había metido.

Mientras servía la comida, el chef Emile les dijo que había hecho arreglos para cambiar algunas de las monedas para pagar su deuda y que había vuelto a guardar el resto en la caja fuerte y cambiado la combinación por una que pudiera recordar. Se la heredaría a Odette una vez que estuviera lista.

Miranda se preguntó sobre esa posibilidad, pero entonces el chef explicó que había ido a ver a su sobrina hacía unas horas. Ella se lo había confesado todo y había llorado amargamente, suplicando su perdón. Él le había dicho que lo intentaría.

Henri lo había acompañado y Odette le admitió lo tonta que había sido al despreciarlo. Quería volver con él si él la aceptaba. Y Henri había dicho que sí.

El chef Emile ya había contratado a un buen abogado y esperaba que le concedieran algo de clemencia y pudiera volver a trabajar en el restaurante. Pero no la ascendería más allá de picar verduras por mucho tiempo.

Después del último bocado, Miranda se reclinó en su asiento con un suspiro.

Les sonrió a sus dos amigos, que no podían dejar de tomarse de la mano y mirarse como un par de adolescentes.

Les habría dicho que se buscaran un cuarto, pero ya tenían uno.

Y entonces se incorporó, al recordar qué día era.

—Ay, no. Hoy es su aniversario, ¿no?

—Sí —sonrió Dave—. Y nunca he sido más feliz.

Parker empezó a levantarse.

—Quizás deberíamos dejarlos solos para que celebren.

Fanuzzi lo despidió con un gesto de la mano.

—Siéntate, Wade. Queremos estar con ustedes dos esta noche —aún sosteniendo la mano de Dave, arqueó las cejas—. Celebraremos mañana. En casa.

Al retirar el plato vacío de Miranda, el chef Emile se dirigió a su amiga.

—¿Se va tan pronto, *madame* Joan?

—Sí, Chef. Me temo que sí.

Becker dejó su copa de vino.

—Es una ciudad hermosa y todo, pero creo que ya hemos tenido suficiente por el momento.

El chef Emile puso el plato en su carrito y sonrió con tristeza.

—Puedo entenderlo.

—Pero ¿no tiene algo más para nosotros? —Becker le guiñó un ojo al chef.

Él agitó las manos con entusiasmo.

—¡Oh, sí, sí! Vuelvo en un momento.

Miranda miró a Fanuzzi en busca de una explicación.

Ella levantó las manos y se volvió hacia su marido.

—¿Qué estás tramando?

Las mejillas de Becker se sonrojaron.

—Bueno, supongo que todos saben que estaba comprando un regalo de aniversario cuando… yo… —agitó la mano con el meñique vendado.

—Sí, lo sabemos —dijo Miranda. Becker no quería hablar del secuestro ahora y ella tampoco.

—Le dije a Joanie que tendría una sorpresa esperándola cuando volviera de clase esa tarde. Pero ni a tiros se me ocurría qué regalarle. Nada romántico, de todos modos.

Miranda se alegró de que no hubiera optado por el Cuisinart.

Fanuzzi le sonrió a su marido por encima de su copa de vino.

—Supongo que soy una mujer que lo tiene todo en ese aspecto.

Él le devolvió la sonrisa.

—Y entonces me, eh, preocupé y no he tenido tiempo de elegir nada. Así que le conté al chef sobre ello y se le ocurrió una solución.

Becker había llamado al chef Emile para agradecerle tan pronto como se enteró de que había renunciado a su fortuna para salvarle la vida.

Fanuzzi lo miró con recelo.

—¿Solución?

—¡Ah, aquí estamos!

Todos se volvieron hacia el chef Emile, que entraba con otro carrito. Miranda casi se ahoga con un trago de vino. Nunca había visto algo así en su vida.

El carrito sostenía un postre enorme y de aspecto delicioso. El más grande que había visto en su vida.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Fanuzzi—. Es la *pièce montée* de chocolate oscuro de la familia Amando.

—¿Así es como se ve? —Miranda estaba asombrada por lo que había en el carrito.

Una torre de profiteroles cubiertos de espeso chocolate oscuro y con la forma del Arco de Triunfo, con todo y rosas blancas confitadas, cintas rojas, blancas y azules, y bengalas encendidas.

—¿Te gusta? —preguntó Becker.

—¿Que si me gusta? ¡Me encanta! —y Fanuzzi se inclinó sobre la mesa para darle a Becker un beso grande y jugoso.

Riendo juntos, llenaron sus platos con el delicioso manjar y empezaron a comer.

—Felicitaciones —dijo Parker—. Por su primer aniversario.

Becker sonrió, con la boca llena de chocolate.

—Gracias, señor Parker.

Fanuzzi sonrió radiante.

—Gracias a ustedes y a Murray, todo salió bien.

—También pusiste de tu parte.

Ella negó con la cabeza.

—Nada comparado con lo que hicieron ustedes dos. Nunca me he sentido tan agradecida. Y nunca lo olvidaré.

Miranda comió en silencio. Ella también se sentía agradecida. Su corazón estaba tan inundado de gratitud que, si decía algo, podría ponerse a llorar a mares. No quería hacer eso en esta noche especial. Qué curioso. Un par de años atrás habría pensado que nunca podría tener intimidad con nadie. Ahora no cambiaría a estos amigos por todas las raras monedas de oro en la caja fuerte del chef Emile. Los apreciaría para siempre.

Todos se quedaron en silencio, perdidos en sus propios pensamientos. Contemplando la magnífica ciudad, se deleitaron con la rica obra de arte culinario.

Y mientras veían los fuegos artificiales estallar en la distancia, bañando la Torre Eiffel en un mar de color, ninguno de ellos ni siquiera parpadeó ante las explosiones.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CINCO

A la mañana siguiente, Parker movió algunos hilos y consiguió que viajaran en el mismo vuelo que Becker y Fanuzzi.

Haubert pasó por el café cerca del hotel donde estaban desayunando y les dijo que los dos agentes a los que Yanick les había disparado iban a sobrevivir. Y que Nadeau les mandaba saludos y que le hubiera gustado ver a *madame* Steele pelear contra Yanick. Con una pierna protésica, el agente estaría perfectamente bien e incluso podrían enviarlo de vuelta al trabajo de campo.

Luego le dio las gracias a Parker, todos le agradecieron a Haubert por su ayuda y llegó la hora de irse.

El vuelo de más de nueve horas fue largo y tranquilo, y Miranda pasó la mayor parte del tiempo relajándose, acurrucada contra el hombro de Parker. Y viendo a Fanuzzi hacer lo mismo en el de Becker. Se sentía muy feliz por ellos.

El avión acababa de aterrizar en el aeropuerto Hartsfield bajo el sol poniente de Georgia cuando el teléfono de Miranda vibró. Lo sacó del bolsillo.

Mi primera cita. Era un mensaje de texto de Mackenzie. Con un archivo adjunto.

Miranda contuvo el aliento.

Parker ya estaba de pie, bajando sus maletas. La miró con preocupación. —¿Qué pasa?

—Mackenzie me mandó una foto de su primera cita —Miranda no pudo evitar sonreír mientras deslizaba el dedo hasta la primera.

Allí estaban, de pie frente a la chimenea blanca en la sala de los Chatham, con Mackenzie luciendo su clásica belleza. Su cabello

oscuro a la altura de los hombros estaba peinado con estilo. Llevaba una blusa vaporosa de color azul pálido, pantalones *culotte* beis y sandalias de tiras. Sus ojos brillaban de emoción. De verdad le gustaba ese chico.

Con las manos metidas en los bolsillos, el chico llevaba una camisa a cuadros grises de manga corta, jeans oscuros y tenis. Su largo cabello rizado y oscuro casi cubría sus rasgos de aspecto tímido, pero Miranda lo reconoció como el muchacho que había estado merodeando por la pista de patinaje donde Mackenzie entrenaba a Wendy casi todos los días.

Timmy.

Habían ido al cine, le decía el mensaje. A ver una película romántica. Vaya. No decía mucho más. Miranda estaba ansiosa por llegar a casa y enterarse de los detalles.

Mientras salían del avión y pasaban por la aduana, pasó su teléfono para que Fanuzzi se enterneciera con las fotos. Becker solo sonrió. Parker tenía una expresión extraña en el rostro.

Ya habían pasado la aduana y por fin iban rodando sus maletas por el largo pasillo del aeropuerto hacia la terminal cuando el teléfono de Miranda volvió a vibrar. De nuevo lo sacó.

Fotos de la cita. Esta vez de Wendy.

Deslizó el dedo hasta la primera. Iris con el brazo alrededor de su hija en la sala de los Van Aarle. Wendy con sus nuevas rastas de dos colores, feliz con su bonito vestido nuevo multicolor.

¿Dónde estaba el chico? Miranda pasó a la siguiente foto. Ahí estaba.

Al verlo, se detuvo en seco en medio del pasillo. Detrás de ella alguien maldijo y ella les hizo un gesto distraído para que la rodearan mientras se hacía a un lado del corredor.

—¿Qué pasa? —preguntó Parker.

—¿Qué ocurre, Murray? —repitió Fanuzzi.

Miranda se llevó la mano a la boca y se quedó mirando la foto. Una camiseta naranja con algún logo de ciencia ficción, pantalones cortos caqui arrugados, otro par de tenis. El largo cabello rizado casi le cubría la cara, pero pudo reconocer quién era.

Levantó el teléfono. —Es el mismo chico.

—¿Qué? —El grito de sorpresa de Fanuzzi hizo que varias cabezas se giraran.

Parker tomó el teléfono y frunció el ceño al mirarlo. —Tienes razón.

Fanuzzi lo agarró después, deslizando el dedo de un lado a otro. —Claro que sí.

—Sí —dijo Becker, estirando el cuello para ver por encima del hombro de su esposa.

Se quedaron ahí parados, mirándose unos a otros por un largo momento.

El chico con el que Wendy había salido era Timmy.

—Quizá las chicas lo saben —sugirió Becker.

Miranda negó con la cabeza. —No lo creo.

—Quizá sea un hermano —dijo Fanuzzi—. Un gemelo.

Parker guardaba silencio, su rostro reflejaba su callada preocupación.

El teléfono de Miranda vibró de nuevo. Un nuevo mensaje.

—Es de Mackenzie —les dijo y lo leyó en voz alta—. *Dios mío. No puedo creerlo. La odio. La odio. La odio*. —Ay, no.

—Parece que tenías razón, Murray —dijo Fanuzzi.

Miranda se llevó una mano a la frente. Estaba agotada, con desfase horario. No podía lidiar con esto ahora.

De repente, su teléfono sonó.

Dudó un momento y luego contestó. —¿Hola?

Era Colby Chatham, la madre adoptiva de Mackenzie. Miranda escuchó su letanía.

—De acuerdo —le dijo—. De acuerdo. Estoy en el aeropuerto. Tardaré un poco… No, Colby. En serio, no te preocupes. Estaré allí tan pronto como pueda.

—¿Qué? —preguntó Parker cuando ella colgó.

—Era Colby. Mackenzie se acaba de enterar de lo de Timmy y está haciendo un berrinche. Le dije que iría y… diablos, no sé qué puedo hacer.

—Ya se nos ocurrirá algo —dijo Parker, sin duda sonando más seguro de lo que se sentía—. Será mejor que nos demos prisa entonces.

—¿Tienen auto? —preguntó Fanuzzi.

—Tomaremos un taxi.

—Nosotros tenemos el nuestro en el estacionamiento Gold Reserve. Era parte del trato que gané. Vamos. Iremos todos juntos.

CAPÍTULO CINCUENTA Y SEIS

Pasaban de las diez cuando llegaron a la elegante entrada de la residencia Chatham, a unos kilómetros de la finca de Parker, en el Honda de Becker de hacía cinco años, con Miranda y Parker apiñados en el asiento trasero. Las puertas de hierro estaban abiertas como brazos acogedores, y la majestuosa casa de estuco blanco con techo de tejas de barro brillaba cálidamente ante ellos bajo la luz de las farolas.

En silencio, salieron del auto, se dirigieron al porche delantero y tocaron el timbre. Dentro, Miranda pudo oír voces femeninas discutiendo.

Esto no iba a ser nada fácil.

Colby abrió la puerta en persona, con aspecto agotado, aunque a su manera elegante. Llevaba un traje de pantalón color crema con una sencilla cadena de oro al cuello. Pero las arrugas de preocupación en su rostro eran profundas e incluso tenía algunos mechones de su corto pelo gris oscuro fuera de lugar.

Exhaló aliviada al ver a Miranda.

—Gracias a Dios que estás aquí.

—¿Está bien que hayamos venido? —preguntó Fanuzzi.

—Por supuesto. Cuantos más, mejor —Colby se hizo a un lado para que el grupo entrara; el alivio y la vergüenza luchaban en sus ojos—. Por favor, entren todos. Estamos en la sala.

Miranda hizo los tres giros por el pasillo que ya conocía tan bien como su propia casa y entró en la sala de estar de los Chatham, que parecía una catedral. Era un espacio enorme decorado en cremas y pasteles, y lleno de cerámica de buen gusto, una enorme alfombra

con un diseño relajante, paisajes tranquilizadores y muchas fotos familiares felices sobre la repisa de la chimenea. A través de un alto arco en el lado opuesto de la habitación, pudo ver la escalera curva hacia los pisos superiores.

Mackenzie estaba en un extremo del sofá azul gélido, con pañuelos de papel esparcidos a su alrededor y más en una caja sobre la mesa de centro de cristal. Su cuerpo era delgado, pero robusto. Una constitución natural de patinadora. Estaba descalza y llevaba un conjunto de camisa y pantalones cortos a juego con un discreto estampado azul oscuro. Su espeso pelo ébano le caía sobre la cara.

En cuanto vio a Miranda, a Parker y al resto, se enderezó, abandonó el pañuelo y se secó la cara con las palmas de las manos. Intentaba parecer tranquila, pero solo consiguió correrse el maquillaje.

Se centró en Miranda.

—Mamá. No sabía que ibas a venir.

—Estaba por el vecindario —Miranda cruzó la habitación y se dejó caer en el otro extremo del sofá. Decidió ir al grano—. Oigo que tienes problemas con un chico.

Los ojos de Mackenzie se abrieron de par en par. Se giró y miró a Colby con furia.

—¿Se lo *dijiste*?

—Lo dedujo. Es detective, ya sabes.

Mackenzie se giró de nuevo hacia Miranda.

—¿Cómo?

«Hay que hacerlo rápido. Como arrancar una curita», pensó Miranda.

—Me enviaste fotos de tu cita. Wendy me envió algunas de la suya. Era el mismo chico.

Mackenzie se quedó mirándola, sus ojos azul profundo, del mismo color que los de su madre, se llenaron de lágrimas.

—No puedo creer que me haya hecho eso. La odio.

Miranda se sintió incómoda. Quería a ambas chicas. Extendió la mano y la posó sobre la rodilla de Mackenzie.

—¿Estás segura de que Wendy sabía que Timmy te había invitado a salir primero?

Mackenzie se apartó.

—Claro que estoy segura. Le dije que iba a salir con él. Incluso me ayudó a elegir qué ponerme. Algo sencillo y corriente mientras ella se compraba un vestido nuevo para su cita. La muy perra.

Colby le lanzó a Mackenzie una mirada severa.

—Ya te advertí sobre ese lenguaje, jovencita.

Mackenzie solo se apartó el pelo y resopló.

A Miranda empezó a dolerle la cabeza. Eso no sonaba propio de Wendy. Al menos, ya no. Ella y Mackenzie se habían estado llevando como hermanas desde hacía meses. Pero, por otro lado, las hermanas podían ser bastante crueles entre sí.

Fanuzzi se acercó y se sentó en una otomana cercana.

—Tranquila, cariño. Este tipo de cosas nos pasan a las chicas a veces.

Mackenzie enderezó los hombros, con los ojos centelleantes.

—A mí nunca me había pasado antes, señora Fanuzzi. Y no dejaré que vuelva a pasar.

«¿Qué significaba eso?».

Colby se alisó un mechón de pelo rebelde.

—Ha cancelado las clases de patinaje de Wendy. Se niega a continuar su entrenamiento. Wendy tiene una competencia el mes que viene. Iris está desesperada.

La madre de Wendy se había vuelto una gran defensora del patinaje artístico de su hija.

Mackenzie le lanzó a su madre adoptiva una mirada furiosa.

—¿Me hace esto y esperas que siga trabajando con ella? ¿Que siga ayudándola?

Parker se acercó a la chica, exudando una compostura perfecta por cada poro, y le puso una mano paternal y suave en el hombro.

—Se llama poner la otra mejilla —dijo con calma—. Demuestra que eres la más madura.

Mackenzie se apartó de él de un tirón y se puso de pie, su pequeño cuerpo temblando de rabia. El pañuelo en su mano era una bola dura.

—No quiero ser la más madura. Quiero a Timmy. Y quiero una amiga que no sea una mentirosa.

Y con eso, se dio la vuelta y salió corriendo de la habitación para subir por la alta escalera de caracol. Un momento después oyeron el portazo de su dormitorio.

—Vaya, qué bien salió eso —suspiró Miranda.

Colby levantó las manos y las dejó caer a los costados, derrotada.

—Ha estado así desde que se enteró.

Fanuzzi tomó la mano de la mujer.

—Siento mucho que estés pasando por esto, Colby. Mis hijos todavía son pequeños, pero no tengo ganas de que Callie llegue a esta edad.

—Me gustaría que se quedaran pequeños para siempre —dijo Becker, más para sí mismo.

—Yo crie a una hija adolescente —ofreció Parker—. Lo único que puedo decir es que, con el tiempo, mejora. Solo hay que aguantar los momentos difíciles.

«Con razón tenía tanta paciencia».

Sonó el timbre y Colby fue a abrir, murmurando para sí misma sobre visitas inesperadas a esas horas de la noche. Regresó unos minutos después con dos invitadas tras ella. Quedaba por ver si eran o no deseadas.

Vestida con unos pantalones cortos de correr de color durazno pálido y un top blanco, Iris Van Aarle hizo entrar a una Wendy enfurruñada en la habitación. La chica llevaba jeans y abrazaba con fuerza una camiseta arrugada que obviamente acababa de ponerse. O tal vez esa era la última moda adolescente. Pero su rostro estaba contraído en un desafío juvenil, una expresión que iba bien con el revoltijo de sus rastas.

—Ha venido a disculparse —anunció Iris.

Wendy puso los ojos en blanco. Luego miró alrededor de la habitación.

—¿Por qué están todos aquí?

«Una disculpa convincente», pensó Miranda.

—Hemos venido a ayudar, Wendy —dijo Parker en su tono paternal.

Wendy se cubrió la cara con las manos.

—Esto es tan humillante.

—Estoy harta de esta tontería —le dijo Iris a su hija—. Mensajes maliciosos de un lado a otro. Gritos y portazos. Ya he tenido suficiente. Quiero que esto se solucione esta noche.

«Eso sí que es mano dura».

Wendy levantó la barbilla y alzó las manos hacia el clásico candelabro del techo en un dramático gesto de mártir.

—No fue mi culpa. Sucedió en el último momento. Timmy salió con Mackenzie y no le gustó. Así que me invitó a mí. ¿Qué se suponía que hiciera? ¿Decir que no?

Miranda estudió a la chica que una vez pensó que era su hija. Lo había pasado mal. Mucho peor que Mackenzie. Pero, aun así...

—Podrías haber hablado con ella primero —dijo.

Wendy dejó escapar un fuerte gemido.

—Fue solo una cita.

Una puerta se abrió de golpe en el piso de arriba y unas pisadas retumbaron en las escaleras.

—¿Es ella? ¿Cómo te atreves a venir aquí? —Mackenzie estaba a un cuarto del camino hacia abajo, asomada a la barandilla, mirando a Wendy con furia.

Wendy se movió para poder verla mejor y agitó las manos hacia Mackenzie.

—¿Crees que quiero estar aquí? Mi madre me está obligando a disculparme.

Mackenzie la fulminó con la mirada.

—¿Cómo sé que es verdad? ¿Cómo puedo volver a confiar en ti para algo?

—Wendy —advirtió Iris.

—Está bien. Pues me disculpo. Hala —puso las manos en las caderas en un desafío desafiante.

Mackenzie le hizo una mueca amarga.

—Disculpa no aceptada.

—Solo estás celosa porque a Timmy le gusto yo y no tú.

—Eso no lo sabes.

—Eso fue lo que me dijo.

—Maldita perra.

—Mackenzie —espetó Colby.

La chica la ignoró.

—Traidora, mentirosa, perra. Te odio.

—Yo también te odio. ¿Y yo te engaño? No soy yo la que está buscando a su verdadero padre a espaldas de todos.

Mackenzie aspiró una ruidosa bocanada de aire.

—Te dije eso en la más estricta confidencialidad. ¿Cómo te atreves a decirlo delante de todo el mundo? No volveré a hablarte en mi vida.

Y una vez más, corrió escaleras arriba y dio un portazo.

Miranda se quedó mirándola, completamente atónita. Lentamente se giró hacia Wendy.

—¿Es eso cierto? ¿Mackenzie está buscando a su verdadero padre?

Wendy bajó la mirada a su zapatilla, hurgó la alfombra con ella.

—Me lo dijo hace un par de semanas. Me pidió consejos sobre cómo encontrarlo en internet. Me hizo jurar que no te lo diría. Dijo que no la ayudarías.

Eso fue hacía más de un mes. Mackenzie había mencionado la búsqueda de su padre, pero Miranda había asumido que la chica había perdido el interés. Se había equivocado.

Colby agarró el brazo de Miranda.

—No sabía nada de esto, Miranda. Te lo prometo.

—Sé que no lo sabías, Colby.

—Oliver y yo le quitaremos sus privilegios con la computadora de inmediato.

Miranda asintió. Pero el daño ya podría estar hecho.

Mirando a Miranda con preocupación, Parker se dirigió a su anfitriona.

—Colby, Iris. Realmente no creo que podamos hacer nada más esta noche. ¿Por qué no lo consultamos todos con la almohada y vemos qué se nos ocurre por la mañana?

—Tienes razón, Wade. Siento mucho haberlos hecho venir a todos hasta aquí esta noche.

—No pasa nada —le dijo Miranda a Colby mientras se dirigían a la puerta—. Para eso está la familia.

Una familia de verdad que te quería y se preocupaba por ti. No un violador que no era más que un donante de esperma. De alguna manera, tendría que convencer a su hija de que abandonara esta búsqueda.

Todos se despidieron y Miranda regresó al Honda de Becker sintiéndose cansada hasta los huesos. Mientras Parker le abría la puerta y ella entraba, se preguntó cómo diablos iba a conseguirlo.

CAPÍTULO CINCUENTA Y SIETE

Pasada la medianoche, Fanuzzi y Becker los dejaron en la mansión Parker, diciendo que al día siguiente pensarían qué hacer con las chicas. Todos necesitaban una buena noche de descanso.

Miranda subió a rastras la escalera de caoba, se dio una ducha rápida y se dejó caer en la cama sin siquiera pensar en desempacar. Apenas sintió los labios de Parker sobre su cuello.

Pero sonrió ante el intenso consuelo que le brindó la sensación. Luego, se quedó dormida.

Durante un buen rato, Parker permaneció despierto en la oscuridad, observando dormir a su esposa. Su cabello, su rostro, su esbelta figura. Las heridas, tanto externas como internas, que sobrellevaba con tanta nobleza.

La amaba tanto. Ahora más que nunca.

Pensó en lo que acababan de pasar en París. En lo que había pasado Dave. En lo que había pasado Joan. Pensó en el valor de Miranda al ir sola tras Yanick. Pensó en el riesgo que había tenido que correr en las Catacumbas. Gracias a Dios, ahora todo estaba bien. Gracias a Dios, habían vuelto a casa, sanos y salvos.

¿Pero sería siempre así?

No, él sabía que no. Cuando te arriesgas así una y otra vez, la suerte acaba por agotarse. Lo más probable era que un día uno de ellos volviera a casa solo… para enterrar al otro. Si estos últimos días en París no lo habían dejado claro, nada lo haría jamás.

Sintió que su determinación se solidificaba en su pecho, como roca sedimentaria sobre la corteza terrestre. Ya había tomado la

decisión. Solo le quedaba actuar. Acabar con Parker y Steele Consultores antes de que ocurriera el peor de los escenarios.

Pero no podía hacerlo de golpe. No con su esposa, tan luchadora y testaruda. Tendría que ir reduciendo la actividad poco a poco. Tomar casos más sencillos. Casos sin tanto peligro. Dejar que Miranda se adaptara lentamente.

Con el tiempo, llegaría a comprender la sensatez de su decisión.

Pensó en el viejo celular de Miranda, guardado bajo llave en su oficina de la Agencia. ¿Quién le había estado enviando esos mensajes? Tenía que llegar al fondo de ese asunto. Pensó en las palabras de Wendy Van Aarle de esa noche. Mackenzie había estado buscando a su padre. A su verdadero padre. El hombre que había violado a Miranda catorce años atrás.

¿Podría haber una conexión? Probablemente no. Era una conexión demasiado forzada.

No obstante, valía la pena investigarlo. Empezaría con eso por la mañana.

Y sin que su esposa lo supiera, comenzaría a hacer planes para su próximo caso. No habría sorpresas la próxima vez. Se aseguraría de ello.

Inclinándose, le besó la mejilla. —Te amo, Miranda Steele.

Ella murmuró suavemente, lo que le enterneció el corazón.

Luego subió las sábanas, se acomodó y se quedó dormido.

###

Gracias por leer *Chocolate Cero Oscuro*. Las aventuras de Miranda y Parker continúan en el siguiente libro de la serie, que se publicará próximamente.

Para más información, visita la página de autora de Linsey en Amazon.